BREVE HISTORIA DE LOS EJÉRCITOS:

CABALLERÍA MEDIEVAL

Manuel J. Prieto

Conozca las aventuras, las estrategias y tácticas de combate y el armamento; acérquese a su heráldica, las cruzadas, los torneos, los personajes y las batallas más importantes. Desde el origen del feudalismo y los templarios, hospitalarios y teutones hasta los mamelucos, mongoles y los mitos de la caballería

nowtilus
saber

BREVE HISTORIA DE LOS EJÉRCITOS:

CABALLERÍA MEDIEVAL

Manuel J. Prieto

Conozca las aventuras, las estrategias y tácticas de combate y el armamento; acérquese a su heráldica, las cruzadas, los torneos, los personajes y las batallas más importantes. Desde el origen del feudalismo y los templarios, hospitalarios y teutones hasta los mamelucos, mongoles y los mitos de la caballería

nowtilus
saber

BREVE HISTORIA

DE LA CABALLERÍA

MEDIEVAL

BREVE HISTORIA

DE LA CABALLERÍA

MEDIEVAL

Manuel J. Prieto

Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de la Caballería medieval

Autor: © Manuel J. Prieto

Director de la colección: Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2017 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación

Imagen de portada: ARBO, Peter Nicolai. Detalle de: The Battle of Stamford Bridge (1870). Nordnorsk Kunstmuseum, Noruega.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición digital: 978-84-9967-843-6

Fecha de edición: Marzo 2017

Depósito legal: M-3101-2017

A mi mujer, Esther,

por un abrazo.

Índice

Introducción

1. Evolución de la caballería

La época de Carlomagno, rey de los francos

El vasallaje, la base de la sociedad medieval

El origen de la caballería medieval

Las Cruzadas

2. El papel del caballero en la sociedad medieval

El feudalismo

La sociedad de los tres órdenes

El poder de los caballeros en la sociedad medieval

El libro de caballería de Ramón Llull

El código de honor de los caballeros

3. El camino del caballero

Educación y servicio en las grandes casas

La ceremonia para armar nuevos caballeros

Nuevos caballeros antes de la batalla

Entrenamiento en las armas

Cómo montar a caballo y cargar contra el enemigo

Jóvenes y escuderos

4. Armas y armaduras

La espada

La lanza

Otras armas

La cota de malla

Armaduras

La protección de la cabeza

Los escudos

5. La caballería en combate

Mercenarios, al servicio del mejor postor

Organización y formaciones en combate

Los rescates a cambio de caballeros prisioneros

Tácticas de combate

Los primeros ejércitos regulares

6. Grandes batallas de la caballería medieval

La batalla de Hastings (1066)

La batalla de Hattin (1187)

La batalla de las Navas de Tolosa (1212)

La batalla de Legnano (1176)

La batalla de Crécy (1346)

La batalla de Nájera (1367)

La batalla de Aljubarrota (1385)

La batalla de Grünwald (1410)

La batalla de Agincourt (1415)

7. Templarios, hospitalarios y otros monjes guerreros

El origen del Temple

Ingreso en la orden

La ceremonia de ingreso

Las reglas de los templarios

La misión militar de los caballeros templarios

Las ropas de los caballeros del Temple

Las armas templarias

Los caballeros de la orden hospitalaria

Los caballeros teutónicos

Las órdenes de caballería en la península ibérica

Las órdenes laicas

8. Los animales

La importancia de los caballos

Los distintos tipos de caballos usados por la caballería

Las protecciones del animal

9. Heráldica, las vestimentas y los colores

El origen de la heráldica

La información que transmitía la heráldica

El papel de los heraldos

10. Torneos, justas, desafíos y hechos galantes

Del entrenamiento militar al evento social

Los participantes en los torneos

Pasos de armas

11. El declive de la caballería

Los cambios sociales

Los cambios militares

La aparición de los ejércitos regulares

12. Caballeros medievales, fuera del tópico

Caballería pesada mongola

Caballería musulmana

Caballería bizantina

Caballeros góticos

13. Mitos y caballería

El cantar de Roldán

Amadís de Gaula

Los trovadores

El rey Arturo

El Cid

San Jorge

Beowulf

Glosario

Cronología

Bibliografía destacada

Introducción

Es innegable que la guerra es un elemento esencial de la historia, pero aun así hay épocas en las que esa influencia ha sido aún mayor, y la civilización y las estructuras sociales de la Edad Media son uno de estos casos. Así, no es de extrañar que la visión que la cultura popular tiene de esta época esté asociada a uno de los elementos clave de ese mundo bélico: el caballero. Junto con los castillos, probablemente sean los dos iconos más representativos de esta época. Con un pie apoyado en la realidad histórica y con otro en la imagen ideal que ha generado la ficción a través de los libros y del mundo del cine, el caballero medieval ha arrastrado hasta nuestros días un mundo épico, cargado de honor, de amor cortés, de guerra y valentía.

Como veremos a lo largo del libro, y desde un punto de vista puramente histórico, el caballero medieval significó en gran medida todo lo que se le atribuye, ya que no sólo fue un personaje esencial en las batallas medievales, sino que también se acabó por asociar el ser caballero con la relevancia social y con la nobleza. Así, no es de extrañar que en torno a esa forma de vida giraran gran parte de los grandes acontecimientos medievales, ya que, en una época bélica, el caballero jugaba un papel fundamental en la guerra. Y, por otra parte, cuando la nobleza y los aristócratas forman también parte de la caballería, la propia historia está protagonizada por ellos.

En este libro veremos cómo nació la caballería medieval y cuál fue su cometido en la sociedad de ese período, cómo fue ganando el lugar predominante al que hacíamos referencia. Esa responsabilidad social también les exigió el cumplimiento de un ideal, o al menos el acercamiento a ese ideal, donde la lealtad, el honor, la fe y el valor, entre otros, eran requisitos básicos. Por todo ello, llegar a ser caballero no era fácil y una vez conseguido, ser reconocido y adquirir prestigio era aún más complicado. Todos estos aspectos

serán tratados en el libro, para comprender cómo y por qué la historia fue así.

Volviendo a la imagen popular que en la actualidad tenemos de estos hombres, sus animales, sus armas, sus armaduras, la heráldica... todo esto tiene una razón de ser y una evolución, aspectos que repasaremos para que el lector pueda comprender qué hay detrás y cuál fue la utilidad de cada elemento. Siendo la caballería un cuerpo principalmente bélico, es obligatorio revisar sus tácticas en combate, sus ventajas y sus inconvenientes en la batalla. A través de un recorrido por algunas de las batallas más importantes de la Edad Media, comprobaremos qué ocurrió en la realidad y cómo cambió dicha realidad con el paso del tiempo.

También hay sitio en el texto para las órdenes militares, como los templarios, para los mitos, leyendas y personajes célebres en la literatura caballeresca, como el mito del rey Arturo, El cantar de Roldán, la leyenda de san Jorge o Beowulf. Al fin y al cabo, también forman parte de la historia de la caballería y están muy relacionados: el mito nace de la caballería, pero la caballería se vio muy influida por el mito.

Como opinión personal, permítame el lector asegurarle que la Edad Media es una época fascinante, y que si encontramos apasionantes muchas de las aventuras que la ficción coloca en el medievo o viste con caballeros y reyes, más apasionantes aún son los hechos acontecidos en un período en el que Europa estuvo envuelta en guerras de unos reinos contra otros, en el que las batallas casi épicas eran habituales, en el que había hombres que cruzaban medio mundo para combatir por su religión... y en el que ocurrieron cosas que, aunque parezca sorprendente, aún hoy siguen marcando nuestra historia.

Esta obra tiene un enfoque claramente divulgativo y se centra en la caballería medieval, y nada me gustaría más que abriera el apetito al lector para seguir conociendo el período medieval y su historia, para profundizar en aquellos aspectos, personajes y hechos que le llamen más la atención. Si este libro enseña, entretiene y abre paso a la curiosidad, habrá cumplido su cometido.

1

Evolución de la caballería

Es complicado marcar los límites temporales de la época dorada de la caballería medieval, a partir de qué momento y hasta cuándo su papel en la guerra, en la sociedad, y por lo tanto en la historia, fue tan clave como para dejar la marca que hoy nos lleva a pensar en guerreros a caballo cuando pensamos en la Edad Media. Algunos autores sitúan esas fechas de referencia en torno al año 1100, para el comienzo, y los primeros años del siglo XVI, para el punto final. Se toman referencias como la Primera Cruzada, la composición de El cantar de Roldán o el triunfo de los jinetes normandos en la batalla de Hastings para lo uno, y la Reforma o el dominio de la artillería en el campo de batalla para lo segundo.

Es complicado establecer un punto inicial para la caballería medieval, un momento a partir del cual fuera creada o cobrara importancia, porque en realidad toma elementos de culturas y formas de combatir previas a la Edad Media y los adapta. Los caballeros no tardaron en extender aquello que les caracterizaba como tales a ámbitos más allá de la propia guerra, y ya a mediados del siglo XII su posición se ve asociada a ciertos elementos éticos y religiosos. En las primeras novelas corteses en las que se narran aventuras caballerescas, ya se mencionan algunas de las cualidades esenciales de los caballeros, más allá, lógicamente, de su capacidad como guerreros y de su alta posición social. Entre dichas cualidades están la lealtad, la cortesía, la nobleza (como forma de conducta, no como rango social), la valentía o la audacia. Durante toda la Edad Media, estos ideales fueron asociados a los caballeros. En resumen, podríamos decir que lo que se demandaba de ellos era que su valor les guiara en el campo de batalla y su honor fuera y dentro de este. En el punto central de todo esto confluye la posición social, donde la mayoría de los caballeros eran de alta cuna, el arte de la guerra y la religión. Dependiendo del momento y de la situación concreta, veremos que la caballería da más peso a uno u otro elemento. Así,

para los caballeros de las órdenes religiosas la guerra y la religión son esenciales y la parte aristocrática se diluye. En cambio, en el último período medieval, la aristocracia toma relevancia y la parte correspondiente al combate pierde su prevalencia. Lógicamente, esta visión idealizada tiene su contraste en la realidad, donde los caballeros no siempre actuaban de acuerdo con el honor y la valentía, y en no pocas ocasiones su único afán residía en la persecución del poder y de la riqueza, pasando para conseguirlo por encima de cualquier otro condicionante o valor.

Caballeros medievales en combate, donde podemos ver diferentes armaduras y armas, tanto en los caballeros como en los animales. La actitud del derrotado es ilustrativa sobre cómo los caballeros debían mostrarse valientes y orgullosos en cualquier momento.

La Edad Media en Occidente surge tras un período transitorio en el que la descomposición de la civilización clásica y el final del Imperio romano, compartiendo un espacio temporal, y físico, con los pueblos bárbaros, dieron lugar a una nueva situación social. Las diferencias fueron diluyéndose y tanto romanos como bárbaros

fueron integrándose, haciéndolo también su religión y su organización. Aparecieron reyes que construyeron su poder sobre el apoyo de una aristocracia que también luchaba por ampliar su capacidad de influencia. La progresiva desarticulación de un poder único y global, como había sido el gobierno romano, dio lugar a que la unión entre el rey y los habitantes de su reino fuera cada vez más débil, donde el control de aquel no llegaba a las amplias extensiones de terreno que pretendía dominar y por lo tanto surgió la autoridad intermedia de los aristócratas, que sí podían controlar y defender las tierras y sus habitantes de las amenazas externas y además mantener el orden. Así, a estos nobles se les entregaban tierras, derechos y beneficios, a cambio del control y la defensa de los territorios. Cumplían un servicio para su superior, el rey, pero también para las capas inferiores de la sociedad, que recibían protección y orden. Estos señores contaban con hombres armados a su servicio, ya que de otro modo no podían llevar a cabo el cometido que había surgido en la sociedad.

El ejército romano era profesional, a cambio de una paga y el sustento básico, los hombres se alistaban durante un determinado período de tiempo. Estaba organizado en unidades y sus integrantes recibían una formación que les permitía combatir de manera organizada y eficaz. La protección del ejército daba seguridad al resto de ciudadanos, dando lugar a la conocida Pax Romana, donde el propio temor a la fuerza militar y al poderío del Imperio, mantenía a sus enemigos alejados y calmados. Este patrón se extinguía y nuevas formas de conseguir básicamente lo mismo tenían que ponerse en marcha.

L

A ÉPOCA DE

C

ARLOMAGNO, REY DE LOS FRANCOS

Carlos I el Grande, conocido popularmente como Carlomagno, se erigió como rey de los francos en el año 771, y su poder y territorios fueron aumentando de tal modo que, en el año 814, cuando falleció, era emperador de gran parte de Europa occidental. En el año 800 se había coronado como emperador en Roma, pero en realidad su legitimación para dicho título estaba en su fuerza, en los guerreros que le permitían aumentar año tras año sus dominios. A menudo las luchas se disputaban lejos de su zona natural de influencia, lo que le obligaba a pasar mucho tiempo lejos de sus tierras, convirtiendo a los guerreros que le acompañaban en verdaderos expertos en el arte de la guerra. No tardaron en llegar mejoras a las armas y al equipamiento de estos hombres, demostrando que un guerrero bien protegido y bien armado era un pilar sobre el que se podía levantar un imperio. A cambio, un buen yelmo, una cota de malla bien construida o una buena espada, eran elementos cuyo coste no estaba al alcance de los campesinos. Carlomagno decidió entonces que formaría el núcleo sólido de su ejército con hombres que fueran suficientemente ricos como para equiparse bien, ya que un grupo reducido de hombres entrenados y dotados de los elementos necesarios para el combate era mucho más efectivo que un ejército numeroso de campesinos mal armados. Admitía, no obstante, la posibilidad de que los menos pudientes de entre sus súbditos se unieran y así, con la aportación de cuatro o seis personas, consiguieran el capital suficiente para equipar a un guerrero. De facto, aquella forma de organizar la guerra estructuró también a gran parte de la sociedad, dividiéndola entre los que luchaban y los que trabajaban y pagaban a los que luchaban.

Se conserva de aquel tiempo una orden escrita al poderoso y rico abad de Altaich, en la que se le ordena dotar a un grupo de soldados con alimentos para tres meses y ropas para seis. En la misma nota se describen las necesidades en cuanto a armamento que debe cubrir por cada hombre: «[…] cada jinete debe tener un escudo, una lanza, una espada, una daga, un arco y un carcaj». No se menciona expresamente la protección de la que debía disponer el guerrero, lo que hace suponer que la necesidad de la cota de malla y del yelmo para la cabeza se daba por sentado. En cambio, conviene resaltar la mención del arco, un elemento del que muchos renegaban, ya que la tradición establecía que un auténtico guerrero debía pelear hombre a hombre y con una espada. A pesar de ello, prevaleció con el paso del tiempo la tradición al deseo de incorporar el arco en el ejército carolingio.

En combate, el caballo era esencial, y por lo tanto era otro gran coste a añadir a la lista de los que tenía que soportar un guerrero. Un buen caballo de guerra era caro de mantener y entrenar, y no era conveniente montar en los largos desplazamientos el mismo animal que luego entraba en combate, por lo que habitualmente se necesitaban varios animales, es decir, el coste completo de un hombre dispuesto para la guerra aumentaba. Si bien nunca desapareció la infantería, los soldados de a pie, el paso del tiempo fue colocando en una posición privilegiada en la guerra, y por lo tanto en la sociedad, a los caballeros.

Coronación de Carlomagno por el papa León III, en Roma en el año 800. Fue el día de Navidad y de algún modo restauraba así el Imperio romano de Occidente. En aquel momento, el ocupante del trono de Constantinopla era una mujer, Irene, y eso provocó por una parte la excusa para coronar a Carlomagno y, por otra, controversia y enfrentamientos.

El Sacro Imperio Romano de Carlomagno, a la muerte de este, comenzó a fracturarse, mostrando claramente que era complicado gobernar un territorio tan extenso. La incapacidad del heredero, Luis el Piadoso, para mantener a raya las ambiciones de sus hijos, de los nobles, de los condes y de los duques, degeneró en una

consecución de enfrentamientos internos que acabaron dando lugar una gran escisión en torno al año 870, de la surgieron el reino franco (Francia) y el reino germánico (Alemania). De nuevo la guerra era el eje central y volvían e erigirse como miembros destacados de la sociedad aquellos hombres que mejor podían desempeñar su papel en dicho contexto. Los condes y duques tenían bajo su mano a los guerreros que, unidos, podían hacer moverse la balanza hacia un lado u otro. Mantener un grupo poderoso de guerreros, listos para la guerra, permitía a los nobles forzar a su rey a que les entregara más tierras, más poder y a conseguir algo que hasta entonces había sido complicado, que todo lo acumulado fuera heredado por su descendencia.

Más allá de estas fronteras, pueblos del norte, como los vikingos, se movían también extendiendo sus zonas de influencia, las zonas donde comerciaban o que trataban de conquistar y dominar. Con Carlomagno parece que la tardía Antigüedad da sus últimos pasos y deja su lugar en la historia de la civilización de la Europa occidental a otro período, un temprano Medievo, o dicho de otro modo, el comienzo de la Alta Edad Media.

E

L VASALLAJE, LA BASE DE LA SOCIEDAD MEDIEVAL

Las relaciones de fidelidad entre la monarquía y la alta nobleza nacieron muy pronto en la Edad Media, de hecho, en los albores de la Alta Edad Media, podemos encontrar ya textos al respecto, como aquel en el que un noble cierra su acuerdo de vasallaje con Pipino III de los Francos, más conocido como Pipino el Breve, o lo que es lo mismo, con el padre de Carlomagno: «Y allí fue Tassilón, duque de Baviera, encomendándose en vasallaje por medio de las manos. Prestó numerosos juramentos, innumerables, poniéndose las manos sobre las reliquias de los santos y prometió fidelidad al rey Pipino y a sus ya mencionados hijos, Carlos y Carlomán, como un vasallo de espíritu recto y de firme devoción, de derecho, debe serlo para sus señores».

Ceremonia de vasallaje de un hombre a su señor, sentado, mientras un escribiente toma nota. Este acuerdo obligaba a la lealtad y sumisión, y estaba regulado por un acuerdo, por lo que era importante la labor de ese escribiente. Faltar al acuerdo podía suponer la ruptura definitiva del mismo.

Esas alianzas de vasallaje, esas relaciones entre nobles y monarquía, entre señores y caballeros, se centraban en la capacidad militar y en la fuerza. De acuerdo con el texto Capitularia Regum Francorum I, podemos ver cómo los hombres libres tenían ciertas obligaciones militares en el siglo IX en la Europa carolingia:

Que todo hombre libre que posea cuatro mansos habitados, bien en alodio, bien en beneficio de alguien, haga sus preparativos y se dirija por él mismo a la hueste, con su señor, si este último también concurre, o con su conde. Que el poseedor de tres mansos se asocie al de un manso, al cual ayudará para que pueda servir por ambos. Que el poseedor de dos mansos se asocie a otro de dos mansos, y que uno de ellos, a costa del otro, concurra a la hueste. Que el poseedor de un solo manso y que tres hombres que asimismo tienen uno sean asociados y den su ayuda al que concurra a la hueste. Los tres hombres que ayuden permanecerán en sus tierras [...].

Un manso era la porción del feudo que era concedida a cada siervo para su explotación, por lo que el texto venía a organizar los deberes en función del terreno que se había asignado y del que se disfrutaba. Además, se daban indicaciones para responder a la llamada militar fuera cual fuera el poder, pudiendo aunar esfuerzos entre los más modestos para ser capaces de generar fuerza para la guerra, a la vez que otros hombres se mantenían en el campo trabajando y administrando los dominios.

E

L ORIGEN DE LA CABALLERÍA MEDIEVAL

Durante la Edad Media, la caballería era la fuerza dominante en los combates. Pero no quedaba ahí, en la guerra, la misión del caballero, sino que toda su vida, y la de aquellos que colaboraban con él, estaba dirigida por una forma de ver la vida y unas reglas generales. Hasta llegar a este punto, en el que la importancia de la caballería fue tal que se mostró como un vértice en la vida medieval, los caballos y los caballeros habían cambiado y evolucionado con los tiempos, y lo habían hecho haciendo cambiar también a la sociedad. Un camino que había comenzado varios siglos antes, cuando el Imperio romano se veía obligado a defender sus largas fronteras, como ya hemos indicado.

La caballería, como elemento de combate, código de conducta y estrato clave en la estructura social, va unido al mundo de la nobleza. Desde el siglo XI a comienzos del siglo XV, se puede hablar de caballería, si bien, como es lógico, cubrir un período de varios siglos hace que cualquier definición global tenga que ser obligatoriamente demasiado sintética. En sus orígenes, la condición caballeresca no es más que una técnica de combate, una forma de ir a la guerra, que se mostró como predominante. Con el paso del tiempo, como veremos, la caballería se tornó en un hecho más social, asimilando en muchos casos la caballería con la nobleza.

Desde comienzos del siglo XI la importancia de la caballería en combate se fue acrecentando de manera significativa, con la incorporación de elementos que permitían al caballero luchar con mayor eficacia. La llegada a Europa del estribo, invento oriental, permitió a los jinetes tener mayor estabilidad sobre su montura y

además poder controlar a esta de una forma más sencilla. Desde esa nueva posición, los guerreros montados podían cargar contra el enemigo lanzados a la carrera, comenzando también a usar la lanza de manera diferente a como se venía utilizando, como veremos más adelante.

En un primer momento, la palabra latina miles era empleada como un término general para designar a cualquier soldado profesional. La evolución de esta palabra durante los siglos XI y XII nos acerca a la evolución de la propia caballería, ya que entonces se comenzó a utilizar la palabra miles, cuyo plural es milites, para denominar al guerrero a caballo. En el propio uso de la palabra podemos ver cómo la función caballeresca va tomando relevancia en la sociedad, ya que en el siglo XI tan sólo se utilizaba por parte de los más modestos, por ejemplo, en los documentos que presentan una lista de testigos, y no por parte de nobles. En el siglo XII, en cambio, también se reivindican como milites estos últimos, y por lo tanto se muestran dispuestos a llevar la forma de vida y valores que se atribuyen o esperan de un caballero. Así, ese uso del término nos muestra cómo la caballería cobró prestigio en esa época, cómo ser caballero significaba algo importante dentro de la sociedad. No sólo por el componente bélico, sino también porque se trasladaban a la persona los valores e ideales que se le suponían al caballero. Por otra parte, ya hemos mencionado el coste significativo que conllevaba el ser caballero, por lo que ser reconocido como tal, implicaba reconocer también riqueza y poder.

Las técnicas de combate habían dado lugar a diferencias entre los milites, que eran jinetes, y los pedites, que eran soldados que combatían a pie. Para la nobleza la guerra era una práctica indispensable, un modo de vivir que incluso cuando no se ejercía directamente, marcaba su razón de ser, otorgaba y sostenía su poder y además eran la fuente de recursos y riqueza para ese importante grupo social. Así, no es de extrañar que siendo los caballeros el grupo predominante en el campo de batalla, y la guerra la actividad principal de la nobleza, estos se identificaran de manera casi general y estrecha con la caballería. En Francia ocurrió de manera

más temprana, mientras que en otros territorios predominó durante algún tiempo la condición de noble que otorgaba la sangre y la estirpe sobre el honor de pertenecer a la caballería. En cualquier caso, poco a poco se produjo la confluencia entre caballeros y nobles y ya a finales del siglo XII la integración es total y la caballería se eleva de condición social y sus integrantes gozan del prestigio y el poder que les otorga ser el grupo dominante y privilegiado dentro de la pirámide que daba forma a la sociedad medieval.

En los reinos hispánicos de la península ibérica, donde la Reconquista marcaba unas necesidades militares muy elevadas y constantes, la configuración de la caballería como un pilar poderoso fue aún más clara y rápida. La situación guerrera fue tan extrema, que casi únicamente la posesión de lo necesario para el combate, el caballo y las armas, hacían a su propietario ascender en la sociedad. Esa misma necesidad, que abría oportunidades para los que tenían lo mínimo imprescindible para combatir, determinó que los hombres que tenían cierta riqueza estuvieran obligados a acudir a la guerra ante la llamada de su señor, procurándose todo el equipo para ello. Estos eran los caballeros de cuantía o de premia, que debían combatir a caballo o afrontar una severa multa si no lo hacían. La época de la Reconquista, que dio lugar a multitud de enfrentamientos, tanto entre religiones como entre los propios reyes cristianos, desembocó en la adquisición de rango nobiliario ganado en combate por muchos hombres, lo que dio lugar una significativa pujanza de la caballería.

L

AS

C

RUZADAS

En el año 1095, el papa Urbano II convocó una importante reunión en Francia, en la localidad de Clermont, y expuso allí frente a un buen número de nobles y caballeros la complicada situación por la que estaban atravesando los cristianos en Oriente. Los turcos selyúcidas habían destrozado al ejército del emperador oriental y Asia Menor había caído en poder de los musulmanes, incluyendo Tierra Santa. En esta situación, acudir en peregrinación a los lugares donde Cristo había vivido y predicado se convertía en una aventura muy peligrosa, más allá de la cierta deshonra, a los ojos del papado, que suponía que aquella parte del mundo que era tan fundamental en el origen del cristianismo estuviera gobernada y dominada por infieles. Durante siglos, la Ciudad Santa, Jerusalén, había permanecido en manos musulmanas, pero los nuevos gobernantes eran más estrictos y duros que los anteriores y los cristianos ya no eran bienvenidos. De nuevo a los ojos del papado, el deseo de Dios era recuperar esos Santos Lugares, y así lo proclamó el papa durante la reunión en Clermont, lo que animó a los allí reunidos a gritar «¡Dios lo quiere!» y a hacer gala de su fervor religioso, asegurando que ponían su voluntad y esfuerzo en la nueva empresa, que no era otra cosa que embarcarse en una guerra para reconquistar Tierra Santa.

Esa misión, casi divina, se extendió por Europa y pronto se formó una expedición de campesinos y gente sin muchos recursos, que avanzaron hacia Oriente, liderados por Pedro el Ermitaño. Mendigando y sin mucho que ofrecer, llegaron a Constantinopla,

donde el emperador se sintió profundamente defraudado ya que la ayuda que había solicitado y esperaba no era una procesión de campesinos guiados por la fe, sino un ejército armado y suficientemente fuerte como para plantar cara a sus enemigos. Este primer intento de cruzada, que en verdad fue un preludio y que no puede ser considerado como tal, aunque se le conoce como la Cruzada de los Pobres, acabó en desastre y fue aniquilado por los selyúcidas en octubre de 1096.

La Primera Cruzada, la que llevó a los caballeros al combate en Oriente, tardó algo más en organizarse que la expedición de Pedro el Ermitaño, y estuvo compuesta por guerreros, por nobles de las mejores casas, por hombres de las familias reales y su objetivo y forma de acometer la llamada del papa eran muy distintos del caso anterior. Si bien la fe y la religión eran la excusa y en algunos casos el motivo principal, lo cierto es que entre los hombres de la Primera Cruzada había algunos que buscaban conquistar nuevas tierras, riquezas, oro, aventuras, honor... había hijos menores de familias importantes, que buscaban así aumentar su honor y patrimonio, sabiendo que a través de la herencia no obtendrían mucho; había hombres que tenían pocas riquezas o muchos problemas en sus territorios de origen y buscaban de esta forma cambiar de vida. En definitiva, muchas eran las razones interiores, pero exteriormente el grito de ¡Dios lo quiere!, morir como mártires luchando por la cristiandad y la religión, eran la razón de todo aquello. Aquella llamada papal y la organización de la cruzada, dieron lugar a un nuevo entorno en el que muchos caballeros se dispusieron a combatir, a buscarse su forma de vida e incluso a aumentar sus riquezas y poder mediante las armas.

Luis VII de Francia combatiendo en Tierra Santa durante la Segunda Cruzada. Este rey fue uno de sus líderes y en aquella empresa le acompañó su esposa, Leonor de Aquitania. El matrimonio se anularía tras la cruzada.

A medida que avanzaba el viaje hacia Oriente, los cruzados comenzaron a tener problemas logísticos y de abastecimiento, por lo que se separaron en dos columnas, para aumentar así las oportunidades de conseguir provisiones. Los turcos compusieron un gran ejército cuyo elemento principal eran los arqueros a caballo y se lanzaron contra una de las columnas, pero los francos, como se nombraba a los caballeros europeos por parte de los musulmanes de Oriente, cargaron contra ellos y les obligaron a retroceder. La poderosa carga de la caballería pesada era temible, pero los turcos volvieron una y otra vez a acercarse con sus caballos, más ligeros, y a disparar con sus arcos contra los cruzados, que comenzaban a estar cansados. Estas formas de combatir, como veremos más adelante, son características de los caballeros de uno y otro bando. La situación se hacía crítica para los cristianos, cuando por detrás de las filas turcas apareció la otra columna de cruzados y llevó a cabo un ataque decisivo y letal, derrotando a los turcos. Aquello fue

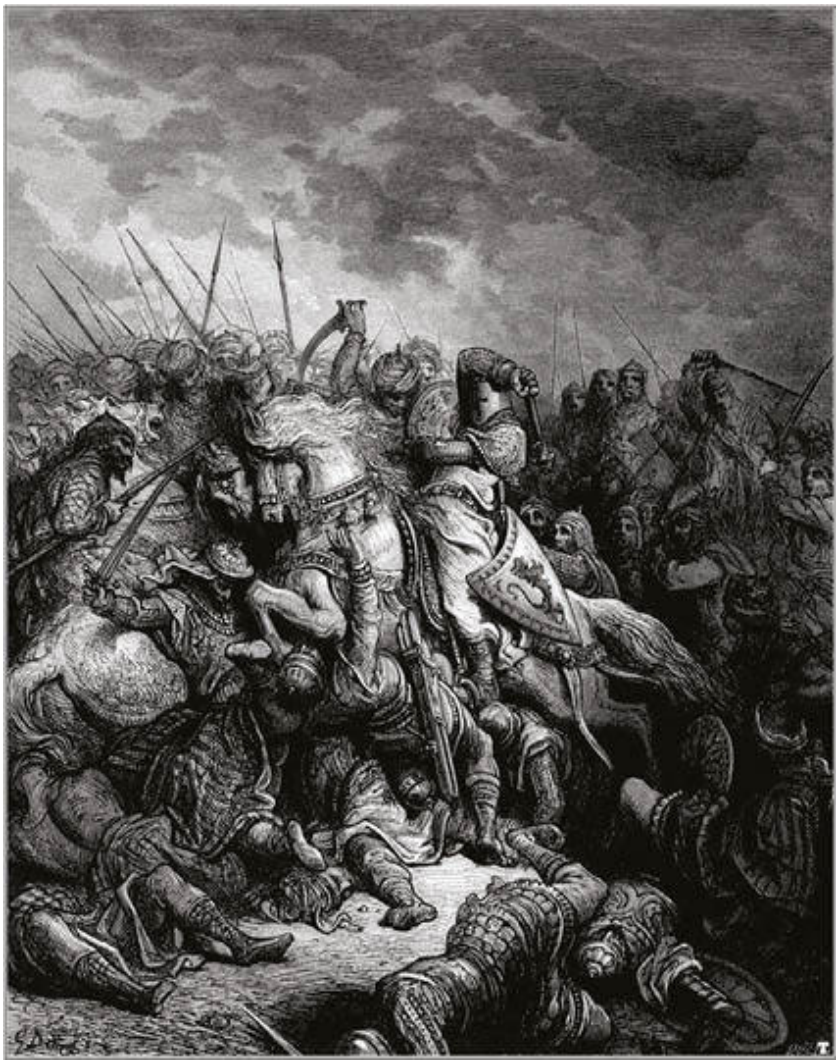
la batalla de Dorilea y tuvo lugar el primer día de julio de 1097, llenando a los cruzados de optimismo y de confianza en el éxito de su empresa.

Durante dos años, los cruzados continuaron su viaje, combatiendo y conquistando territorios y ciudades, discutiendo sobre la mejor forma de actuar y contraponiendo intereses, lo que provocó un buen número de enfrentamientos en sus filas. Pero tras esos dos años, en el año 1099 consiguieron recuperar Jerusalén, arrebatándosela a su enemigo y creando el reino cruzado de Jerusalén. Tras esa hazaña, que era el objetivo principal de la cruzada, muchos de los caballeros occidentales regresaron a su tierra de origen, pero otros muchos se quedaron en Oriente y recibieron tierras, creando allí un sistema feudal similar al europeo.

A partir de entonces, los largos períodos de paz se interrumpieron con enfrentamientos y guerras, y en muchos casos los cruzados lograron vivir sin problemas precisamente porque sus enemigos, los musulmanes, eran a su vez enemigos entre sí, lo que evitaba que pusieran a los cristianos en su punto de mira. También había buenos acuerdos entre cristianos y musulmanes, algo que escandalizaba notablemente a muchos de los recién llegados a Tierra Santa desde Europa, que no acertaban a comprender el buen entendimiento, por interés, entre cristianos y musulmanes.

Representación artística de la toma de Jerusalén por los cruzados, en 1099. En el cuadro podemos ver la importancia que se le da, idealmente, a la religión en esa guerra.

Hay un dicho que afirma que nada une más que un enemigo común. En ocasiones esto es totalmente cierto, pero en otras, las rencillas son más fuertes que el odio al enemigo común y entonces la unión frente a un enemigo común ha de ser forzada. En la Edad Media, el papado establecía la conocida como Paz Universal. Las luchas entre los diferentes reinos y dominios cristianos eran comunes y mantenían ocupados a los ejércitos. Por esto, cuando la Iglesia decidía que era el momento de unirse contra un enemigo común, es decir, cuando había llegado el momento de hacer una cruzada, se prohibían las luchas entre cristianos y se trataba de aunar esfuerzos y recursos para afrontar la guerra santa. El objetivo era que todos los cristianos combatieran unidos, al menos temporalmente, contra el ejército infiel, fuera en Tierra Santa o fuera en la península ibérica, en plena Reconquista.



Batalla medieval entre cruzados y musulmanes en Tierra Santa. Se pueden ver las espadas curvas musulmanas, sus característicos escudos redondos, la maza del caballero cristiano y las clásicas espadas en forma de cruz.

El papado proclamaba la Paz Universal y esto prohibía combatir entre creyentes para así no desgastar fuerzas y recursos que debían

ser aprovechados en un interés mayor a ojos de los más altos poderes cristianos. Se anunciaba en todas las iglesias de la cristiandad y así el que infringía aquella norma estaba enemistado con el representante de Dios en la tierra. Algo muy importante en aquellos tiempos. Por otro lado, luchar en la cruzada significaba indulgencias plenarias, lo que suponía otro aliciente.

El desarrollo de la sociedad feudal medieval en la que ser guerrero era una forma de vida principal y donde los caballeros ganaron prestigio y poder dentro de esa sociedad, se unió a las Cruzadas, a las guerras contra los infieles, para dar lugar a un escenario en el que la caballería era un puntal en la organización de la vida.

2

El papel del caballero en la sociedad medieval

En el mundo medieval, las fortalezas y los castillos jugaban un papel esencial en cómo se desarrollaba y estructuraba la sociedad, ya que daban protección y aportaban una seguridad que les llevó a ser el centro en torno a la cual crecieron las comunidades. Lógicamente, el propietario del castillo, el que aportaba la seguridad, dominaba e imponía su propia visión y sus propios intereses. Se generaba así una relación de dependencia entre los señores, que debían mantener su posición y protección, y los vasallos, que deben servir a su señor. Con la fuerza de su lado, el señor determinaba la ley, recaudaba tributos y decidía, casi de manera omnipoderosa, sobre la vida de toda su comunidad. Existían derechos de pontazgo (pago por utilizar un puente), portazgo (pago por atravesar una puerta), montazgo (pago por cruzar un monte con ganado), colodrazgo (pago por vender vino), barcaje (pago por utilizar una barca) o castillería (pago por pasar por el territorio de un castillo), por citar algunos, que denotan el poder del señor sobre casi cualquier cosa y de cómo podía utilizar este para generar tasas e ingresos que fortalecieran su posición. El poder del señor se extendía hasta donde este quisiera llevarlo, y no eran extraños los usos exagerados de dicho poder. Por ejemplo, un señor se podía quedar con los bienes del que moría sin descendencia (mañería), podía cobrar por sacar el grano de sus dominios (saca) o podía llevarse sin pagar cualquier animal de sus siervos.

E

L FEUDALISMO

Como se ha comentado anteriormente, la sociedad se estructuraba en tres órdenes: oratores, laboratores y bellatores. Esto es, los religiosos y monjes que se dedicaban a orar, los trabajadores que cultivaban el campo y criaban animales, y, por último, los guerreros, que defendían y daban protección al resto de la sociedad y a las tierras donde vivían todos ellos. Este esquema básico, como era de esperar, fue cambiando con el paso del tiempo.

El sistema feudal se extendió en general por toda Europa occidental, si bien su razón de ser era puramente rural y por ello en el norte de Italia y en Flandes no tuvo la misma importancia, ya que la riqueza y el centro de la vida residían en las ciudades. En estos lugares, los señores abandonaron el campo para convertirse en comerciantes en las ciudades, siendo estas las que cobraron la importancia y el dominio sobre los campos que las rodeaban. Venecia, Florencia, Brujas o Gante son ejemplos de esto último, y en estos lugares existía una milicia, una fuerza regular al servicio de la ciudad y cuyos cometidos eran mantener el orden y proteger los servicios del lugar: puertos, caminos...

Representación de las tres partes de la sociedad feudal: clérigo, caballero y campesino. El clérigo está representado por la tonsura en su pelo, el caballero por su casco y escudo y el campesino por sus ropas simples y la pala con la que trabaja el campo.

En España, donde la Reconquista supuso una guerra intermitente durante siete siglos, se mantuvieron durante mucho tiempo unos combates basados en ataques rápidos contra el enemigo, en una guerra más cercana a la guerra de guerrillas que de las grandes batallas en busca de una victoria definitiva. Como veremos más adelante, esto hizo que los caballeros españoles prefirieran caballos rápidos, precisamente caballos árabes, y armaduras menos pesadas,

para facilitar los movimientos y poder acosar al enemigo, muchas veces, a un enemigo no militar, buscando el dominio sobre territorios. Pero esta forma de combatir también acabó provocando que el poder se moviera hacia ciudades o centros de población que ofrecieran protección frente a estas razias, por lo que el feudalismo no fue tan importante en España como en Francia o Inglaterra.

Antes de continuar, aclaremos que el feudalismo es el conjunto de acuerdos y relaciones de subordinación entre los señores y entre estos con las capas inferiores de la sociedad, que establecían la estructura de facto de dicha sociedad. Duques, condes, señores de castillos, señores mucho más modestos... entre todos ellos se formaba una red de acuerdos en los que se establecía una doble relación jerárquica. Por medio del homenaje, un señor se reconocía a sí mismo como vasallo de otro y se comprometía a ayudarlo y a servirlo, poniéndose a su disposición y órdenes cuando fuera necesario. A cambio, ese señor recibía algún bien, que habitualmente era una tierra, lo que se conoce como feudo, que da nombre por su parte al feudalismo. Tan sólo un hombre, idealmente, no tenía ningún superior ni era vasallo de ningún otro: el rey. Dicho esto, en algunos lugares, como en la Francia del siglo XI y comienzos del XII, el rey no era aún un personaje tan destacado como para estar por encima de todos los demás, sino que los grandes feudatarios, es decir, titulares de los feudos, eran casi similares en poder al propio rey.

Siendo la guerra la justificación del estatus social, no es de extrañar que el desempeño de los caballeros en combate marcara cómo era el prestigio de estos y cómo ascendían en la escala social. La cruz de esta moneda reside en que no era algo poco frecuente que algunos de los hombres fueran demasiado impulsivos, arriesgados y temerarios en sus acciones, pensando más en su propio prestigio y lucimiento que en el desarrollo real del combate. Enfrentarse con campesinos o soldados a pie no era algo de lo que un caballero pudiera jactarse, por lo que todos estaban ansiosos por enfrentarse a un enemigo poderoso, de renombre a ser posible, para vencer y aumentar así su fama. Esto llevaba, como veremos, a acciones

personales en combate contrarias al interés del propio bando.

Por otra parte, también la posición social y el reconocimiento sirvieron de acicate para que los caballeros se formaran como tales y se preocuparan por desarrollar sus capacidades. En el siglo XI y comienzos del XII, no existían en Europa occidental grandes ejércitos y no había una formación militar organizada, por lo que era necesario algún elemento que motivara a los hombres a entregar su vida a la guerra, empleando para ello mucho tiempo en practicar y una buena cantidad de dinero en las herramientas necesarias para ir a la guerra. Sin las consecuencias sociales y sin los beneficios a todos niveles que percibía un caballero, quizás este no hubiera tenido los estímulos necesarios para prepararse desde muy joven con el único fin de combatir. A comienzos del siglo XII aparecieron los torneos como un encuentro de preparación para el combate, aunque aún no configurados como los contempla la visión popular actual. No pasó mucho tiempo antes de que esos encuentros entre guerreros devinieran también en importantes reuniones sociales y en encuentros corteses, donde la lucha seguía presente, pero dejaba hueco también para un acto social en el que se reconocía a los mejores, aumentando así el incentivo de los hombres de dedicarse al combate.

En términos generales, podemos concluir que en Europa occidental el sistema de obligaciones y privilegios que se fue desarrollando en torno a los caballeros fue similar, dando lugar a un escalafón donde el orden social respondía a dicho escalafón. Ser caballero era ya un privilegio e indicaba que uno vivía para la guerra y no para el trabajo en otros entornos, siendo el cargo de caballero un reconocimiento y un título, que además era hereditario. Algunos de los caballeros tenían un señorío o se les había asignado uno como recompensa por sus acciones de combate. Había señores que tenían suficiente poder económico como para mantener su propio grupo de caballeros, que dirigían y por lo tanto le servían como argumento de poder frente a la escala superior en la organización social. Así, a modo de pirámide, se iba construyendo una estructura de poder, donde el nivel superior podía llamar a la guerra y organizar al nivel

inferior. Las interdependencias estaban basadas en juramentos de lealtad y el señor exigía a los que estaban bajo su cadena de mando a que le sirvieran, trasladando dichas exigencias a los niveles inferiores. Cada señor tenía su propia milicia y de ese modo se articulaban ejércitos enteros.

L

A SOCIEDAD DE LOS TRES ÓRDENES

También conocida como la sociedad de los tres órdenes, la sociedad medieval se estructuraba en términos muy generales en tres grandes grupos: oradores, guerreros y labradores. Esta forma de ver la sociedad fue fomentada y documentada por algunos religiosos medievales, que veían la separación de responsabilidades, obligaciones y deberes que se desprendía de los tres grupos, así como las relaciones entre estos, algo sólido, real y lógico. A comienzos del siglo XI ya se encuentran documentos que giran en torno a esta idea, quizás demasiado sintética, pero representativa a vista de pájaro de los papeles que se repartían unos y otros. Los oradores, es decir, los religiosos, eran la base de la sociedad, enfocada hacia Dios y obligada a tener a este presente en todos los quehaceres diarios. Los sacerdotes, obispos y monjes, tenían la tarea de rezar por la salvación del resto de la población, y de hacerles conocer la palabra de Dios, así como dirigirles en su vida, para que esta discurriera conforme al dogma cristiano. Los guerreros eran el siguiente estrato en importancia, y tenían por misión defender al resto de la población de los ataques de otros pueblos, así como de mantener el orden y la justicia. En el caso de que otros pueblos fueran no cristianos, infieles, su obligación a la lucha cobraba un papel aún más alto. Por último estaban los labradores, el grupo más bajo de la sociedad en cuanto a su consideración, y cuya función, otorgada por Dios, era la de trabajar para mantener alimentados al resto de los hombres y mujeres. Esta visión, definida por los religiosos, sitúa a estos y a Dios por encima de todo, pero en la práctica, los guerreros y los nobles no se sometían tan claramente al clero ni a la voluntad divina, si esta pudiera conocerse.

Uno de esos clérigos que escribieron en el siglo XI sobre esta visión del mundo fue Adalberón de Laon, conocido así por ser obispo

precisamente de dicho lugar, Laon, y que dejó escritos varios documentos, entre los que ha llegado a ser fundamental, con respecto a la sociedad de los tres órdenes, el siguiente fragmento:

El orden eclesiástico forma un solo cuerpo, pero la división de la sociedad comprende tres órdenes. La ley humana, en efecto, distingue otras dos condiciones. El noble y el no libre no son gobernados por una ley idéntica.

Los nobles son los guerreros, los protectores de las iglesias. Defienden a todos los hombres del pueblo, grandes y modestos, y por tal hecho se protegen a ellos mismos. La otra clase es la de los no libres. Esta desdichada raza nada posee sin sufrimientos. Provisiones, vestimentas, son provistas para todos por los no libres, pues ningún hombre libre es capaz de vivir sin ellos.

Por tanto, la ciudad de Dios, que se cree una sola, está dividida en tres órdenes: algunos ruegan, otros combaten y otros trabajan. Estos tres órdenes viven juntos y no soportarían una separación. Los servicios de uno de ellos permiten los trabajos de los otros dos. Cada uno, alternativamente, presta su apoyo a todos.

No hay que olvidar, por otra parte, que uno de los elementos claves del poder, ya desde los carolingios, era el desempeño de labores administrativas y de gobierno por parte de hombres cercanos al poder. Entre las funciones palaciegas estaba la dirección del reino, lo que significó también que muchos nobles, aristócratas y personajes destacados, adquirieran cargos que de un modo distinto a la pura contribución militar significaban también el afianzamiento de su posición social. Algunos de esos cargos son públicos y externos al ámbito palatino, como son los títulos que dan derechos sobre territorios para gobernarlos e impartir justicia, donde sí que es necesaria una fuerza guerrera importante para defender las

marcas fronterizas y mantener el orden, pero en otros casos son cargos cercanos al rey y de servicio casi personal. Así, aparecen camareros, senescales, condestables y confesores, por citar algunos, que otorgaban poder e influencia sin necesidad de un respaldo militar directo.

Dentro de la organización militar que impregnaba la sociedad, pequeños grupos de caballeros estaban comandados por un banneret o baronet, que podría traducirse por abanderado, cuyo nombre proviene precisamente de la bandera que llevaba para ser localizado fácilmente en medio de la batalla por el resto de guerreros que estaban bajo sus órdenes. No dejaba de ser un caballero, pero contaba con una cierta relevancia en el combate. En cualquier caso, como decimos, no dejaba de ser un caballero, y salvo que sus riquezas fueran elevadas, no era considerado como un noble y no destacaba socialmente sobre el resto. Los barones, condes y duques, trasladaban al campo de batalla la relevancia que les otorgaba su título. Título que muchas veces se habían ganado precisamente en el campo de batalla o por su contribución a la guerra.

En el período inicial, el mando y el control de las huestes eran algo muy rudimentario, y en la mayoría de las ocasiones el noble de más edad tenía mayor capacidad de decisión, independientemente de su experiencia o capacidad. Aparecieron entonces títulos como el de condestable, que otorgaban el mando de manera general sobre las tropas en ausencia del rey. Cualquier caballero o barón podía ser nombrado condestable de un territorio y por lo tanto mandar sobre todos los efectivos de dicho territorio, siendo su posición superior en la estructura militar a la de cualquier barón, conde o duque, aunque los títulos de estos fueran superiores a los del condestable, que incluso podía ser sólo un caballero. Dicho esto, lo más habitual era que el condestable fuera alguien de una posición nobiliaria elevada. Estos rangos puramente bélicos, trascendían el combate y alcanzaban todos los ámbitos de la vida.

El Libro de la orden de caballería, escrito por Ramón Llull, obra de la que hablaremos más adelante y que es un importante referente del mundo caballeresco, afirma:

[…] tan noble cosa es el oficio de caballero que cada caballero debería ser señor y regidor de alguna tierra; pero no hay tierras suficientes para los caballeros, que son muchos. Y para significar que sólo Dios es señor de todas las cosas, el emperador debe ser caballero y señor de todos los caballeros; mas como el emperador no podría por sí mismo regir a todos los caballeros, conviene que tenga debajo de sí reyes que sean caballeros, para que lo ayuden a mantener la orden de caballería. Y los reyes deben tener bajo sí condes, comdors, valvasores y los demás grados de caballería; y bajo estos grados deben estar los caballeros de un escudo, los cuales sean gobernados y sometidos a los grados de caballería arriba citados.

Como podemos ver, se espera de los caballeros que se organicen en niveles de sometimiento por rango, y que en cualquiera de esos niveles, gobiernen y dirijan la parte del reino o del dominio que les corresponda, lo que incluye gobernar también a los que allí habitan. De las letras de Llull se desprende que no hay nada más importante que ser caballero, y por eso mismo hasta los emperadores y reyes deben formar parte de la caballería, ya que de otro modo no estarían completos como hombres importantes en su rango.

E

L PODER DE LOS CABALLEROS EN LA SOCIEDAD MEDIEVAL

A camino entre la leyenda y la historia, está la coronación de Enrique VII de Inglaterra en el mismo campo de batalla. Este hecho demuestra la importancia de la guerra en la sociedad medieval, donde un rey debía ganarse y demostrar su legitimidad como tal, a menudo, directamente en combate, tal y como se desprende también del texto de Ramón Llull. La batalla de Bosworth es considerada como la última batalla de la guerra de las Dos Rosas, el conflicto que enfrentó a las casas de York y Lancaster en el siglo XV. Aunque posteriormente a esta batalla la guerra aún dio algunos coletazos, fue el punto en el que cambió la casa en el trono de Inglaterra y fue también escenario de un hecho que parece sacado de una película épica, como decíamos, casi de la leyenda. La guerra de las Dos Rosas enfrentó durante tres décadas, entre 1455 y 1485, a los partidarios de la casa de Lancaster contra los partidarios de la casa de York, buscando cada uno de ellos colocar a su hombre en el trono de Inglaterra. El nombre de la guerra proviene de los emblemas de ambas casas, que eran en los dos casos una rosa, aunque de distinto color, siendo una blanca y la otra roja. Estos emblemas, por cierto, dieron finalmente lugar al emblema de los Tudor, que unió esas rosas, como unió ambas casas.

En agosto de 1485 se enfrentaron en Leicestershire, en el centro de Inglaterra, los de York y Lancaster. Por un lado Ricardo III lideraba la casa de York y por el otro, en aquel momento aspirante a la corona, estaba Enrique Tudor, de lado de los Lancaster. En la batalla murió el rey Ricardo III y venció el bando de Enrique, por lo que tenía vía libre para hacerse con el trono. Y aquel día de agosto no sólo acabó la guerra de las Dos Rosas, sino que, en una imagen y momento histórico, un rey de Inglaterra fue coronado, directa y simbólicamente, en el propio campo de batalla, después de ganarse

ese derecho al vencer. Enrique subió al trono de Inglaterra como Enrique VII y dio inicio en aquel momento a la dinastía de los Tudor. La ceremonia oficial de coronación tuvo lugar a finales de octubre, pero su reinado comenzó el 22 de agosto de 1485, día de su victoria en la batalla de Bosworth, y acabó el 21 de abril de 1509, cuando murió. Este ejemplo, que no es más que un caso paradigmático, muestra la estrecha relación entre el poder, la caballería y la guerra, llegando al extremo de que un rey se ganaba el derecho a ser nombrado como tal directamente en el campo de batalla, por vencer por la fuerza a otro con las mismas pretensiones.

En la sociedad medieval, los caballeros de armas componían un importante y poderoso estrato, siendo la parte más elevada del mismo la caballería, que enlazaba directamente con la nobleza, el pico de la pirámide, pero cualquier hombre de armas, cualquier soldado profesional (arqueros, ballestero, especialistas en artillería, infantería...) se distinguía en su reconocimiento de los trabajadores del campo y de los artesanos básicos. Esto llevaba a que la formación necesaria para ser caballero, al menos en teoría y en el ideal general, incluyera todo lo necesario para hacer de él un hombre culto y diestro en las ocupaciones habituales de la alta sociedad medieval, como eran la caza, la cetrería o la impartición de justicia.

Coronación de Enrique VII, tras la victoria en la batalla de Bosworth. Ricardo III, último monarca de la casa York, había sido derrotado y falleció en en el campo de batalla, dando paso a la casa de Tudor en el trono.

Es muy complicado determinar con cierta exactitud cuántos caballeros existían en cada reinado, por la época y por lo complicado de hacer un censo fiable de los mismos. De todas formas, y únicamente con el afán de marcar los órdenes de magnitud en los que nos moveríamos, se estima que en Inglaterra había unos cuatro mil caballeros, o quizás algunos cientos más, al comenzar el siglo XIII. No parece un número alto, pero no hay que olvidar que eran una élite y el coste que suponía ser caballero. En Francia, a mediados del siglo XIV, el número de soldados a caballo estaba entre los tres mil quinientos y los cuatro mil, pero tan sólo un pequeño porcentaje, menos del diez por ciento, cumplían también con la parte social de su título, es decir, eran miembros importantes y destacados de la sociedad.

Aunque el feudalismo fue un elemento común en toda Europa occidental, ya adelantábamos que no había sido de igual manera en los distintos países o zonas. En Inglaterra no se desarrolló el sistema de manera gradual y por propia organización social, sino que, a diferencia de Francia o Alemania, en Inglaterra fue impuesto por el rey. Los pueblos del oeste de Europa estaban ya acostumbrados a combatir a caballo y el ejército se estructuraba en base a ello en gran medida, mientras que esa forma de lucha no era muy común entre los ingleses. Los nobles sí debían combatir por su rey cuando este se lo requería, pero no había caballeros, con el matiz de hombre de guerra por encima del resto, entre las tropas, tropas que por otra parte unían a guerreros y a campesinos.

Como veremos más adelante, cuando nos detengamos en algunas de las batallas más relevantes para la caballería en la Edad Media, en el año 1066 el duque de Normandía, Guillermo, conquistó Inglaterra llegando desde el otro extremo del mar. En su nueva situación como señor de los territorios conquistados, pensó que la implantación del sistema feudal sería una buena forma de gobernar y dar estabilidad a esos nuevos dominios. Los nobles que le habían acompañado desde su Normandía de origen hasta el combate en Inglaterra esperaban importantes recompensas por el sacrificio hecho y por el riesgo que habían corrido. Esas recompensas,

lógicamente, eran las tierras conquistadas. Guillermo era consciente de que el feudalismo tenía una parte contraproducente y es que algunos de los señores podían alcanzar tal cota de poder y fuerza que podrían levantarse contra el rey. De hecho, el propio duque de Normandía había hecho lo propio contra el rey de Francia y había salido vencedor. Así, entregó títulos y tierras con mucho cuidado y allá donde a cambio de las riquezas, aquel que las recibía, y que en muchos casos era nombrado conde, tenía que ofrecer su protección contra una amenaza externa, como por ejemplo era la frontera con Gales. Junto con esto, entregó a sus principales varios dominios, pero separados entre sí, de tal forma que ninguno de ellos pudiera hacerse con un terreno conjunto muy grande, sino que tuviera repartidas sus tierras por varios lugares. Esto evitaba que pudieran alcanzar una fuerza significativa, por una parte, y por otra complicaba la defensa de esos dominios en caso de rebelión, ya que estarían troceados y por lo tanto serían más débiles.

Guillermo también impuso el número de caballeros que podía tener bajo su servicio y protección cada uno de los nobles, y a su vez otorgó a estos nobles la capacidad para decidir si esos caballeros sobre los que tenía ascendencia eran mantenidos en las tierras del propio noble o si por el contrario les entregaba dominios propios. Si ocurría esto segundo, se construía una pirámide de dependencia y servidumbre, que iba desde los caballeros hasta el rey, situado este en el vértice superior de la pirámide. Es más, Guillermo obligaba a cualquiera que tuviera tierras a que le jurara lealtad sagrada a él, por encima de cualquier otro, incluido su señor inmediato. Así, todos los nobles debían lealtad al rey, pero también los caballeros que dependían de estos nobles, que sobre el papel y bajo juramento, debían ser más leales al rey que a aquel que les había dado tierras y poder.

En Inglaterra, como vemos, los nobles y caballeros eran en gran medida importantes terratenientes, algo que se repetía en general en Europa occidental. En la península ibérica la cuestión era diferente, ya que la lucha por reconquistar los territorios a los musulmanes, la Reconquista, duró varios siglos y los territorios

estaban bajo peligro constante de ataque, por lo que era muy común que los caballeros vivieran en núcleos grandes y bien protegidos. Podríamos decir que a diferencia de los caballeros ingleses, hombres de campo, los caballeros castellanos eran urbanos. Las ciudades fortificadas eran esenciales para proteger los territorios que se iban reconquistando, y en este caso los caballeros recibían como premio títulos y otro tipo de privilegios, pero no tanto tierras, como ocurría en el caso de Guillermo de Normandía, del que hemos hablado. Esos privilegios eran, principalmente, la pertenencia a una élite social y ser considerado como un hombre importante. Lógicamente, en este caso, la relevancia del caballero no provenía de las tierras que le habían sido otorgadas o que había podido reunir, sino que el caballero castellano mantenía su privilegio en cuanto era un hombre válido para la batalla, por saber cómo combatir y por tener a su alcance y servicio todo lo necesario para ello, es decir, armas, armadura y caballos. Bien es cierto que un caballero de nacimiento seguía manteniendo el rango aunque cayera en desgracia y la pobreza le impidiera mantener lo que necesitaba para luchar. Cuestión distinta es si mantenía su relevancia social y su poder en ese caso, aunque siguiera siendo reconocido formalmente como caballero.

Para acabar con este repaso rápido sobre cómo los caballeros se hicieron con su hueco y lugar en los distintos lugares de Europa, tenemos que hablar del caso alemán, donde los caballeros no eran en un primer momento ni siquiera hombres libres. El emperador reclutaba a hombres y los entrenaba para combatir, como si fuera ese cualquier otro trabajo. Eran siervos, como denota el nombre que se les otorgaba, que no era otro que ministeriales, palabra que proviene del latín minister, o lo que es lo mismo ‘sirviente’. Partiendo de esa situación, estos guerreros germanos fueron adquiriendo riquezas y poder, ya que tenían la fuerza de su lado, y con el paso del tiempo llegaron a ser señores, con dominios y vasallos a su servicio, lo que acabó por darles un lugar entre la parte alta de la sociedad, ganándose muchos de ellos los títulos necesarios para ser nobles y convergiendo así con el modelo del que ya hemos hablado que iguala relevancia social y caballería, es decir, estatus social y poder bélico.

E

L LIBRO DE CABALLERÍA DE

R

AMÓN

L

LULL

Escrito por Ramón Llull en la segunda mitad del siglo XIII, el Libro de la orden de caballería, es una valiosa fuente de la que se pueden extraer algunos puntos básicos de la vida caballeresca. La vida del propio Llull da valor a sus testimonios. El padre de Ramón Llull había formado parte de los hombres que habían acompañado al rey Jaime I de Aragón, apodado el Conquistador, en su campaña contra los moros para recuperar Mallorca, y por ello fue recompensado con importantes propiedades allí, propiedades que pasarían con el tiempo a manos de su hijo. Ramon entró de muy joven al servicio de la corte del rey de Aragón y fue senescal del hijo de El Conquistador, también llamado Jaime y que sería Jaime II de Mallorca al heredar dicho reino.

Ramon vivió como caballero desde su juventud, aunque parece ser que también tenía cierta inclinación por la vida libertina, lo que no le impidió en cualquier caso escribir canciones y versos. En 1263 comenzó su conversión a la vida religiosa, dedicándose entonces al estudio y la enseñanza, y a viajar y dejar constancia en sus textos de su filosofía y recomendaciones para la vida. Su muerte, en 1316, con ochenta años, le llegó cuando los musulmanes a los que trataba de convertir acabaron por apedrearlo. En cualquier caso, la forma de afrontar la filosofía y la evangelización, incluso de los musulmanes, que puso en marcha Llull, le convierten en uno de los

hombres más importantes del medievo y en una referencia clave en teología, con algunos planteamientos muy avanzados para su época.

Al poco tiempo de comenzar esa segunda fase de su vida más religiosa, escribió el Libro de la orden de caballería, que como era habitual en muchos de aquellos tratados, tenía una forma narrativa a pesar del espíritu del texto y de que lo escrito es un medio para transmitir hechos, consejos y una determinada forma de ver la vida, tenía una forma narrativa. Así, el libro comienza con un escudero que cabalga hacia la corte de un rey, con el afán de ser armado caballero por este junto a otros muchos jóvenes. En su camino, mientras atraviesa un bosque, se pierde y acaba dando con la celda de un anciano ermitaño, que tras años de vida dedicados a las armas y a la caballería se ha retirado a aquel lugar del bosque a reflexionar y a esperar la muerte en contemplación. Cuando el ermitaño conoce hacia dónde y para qué el escudero está de viaje, y tras intercambiar algunas palabras, se sorprende del poco conocimiento que tiene el futuro caballero de lo que supone precisamente eso, ser caballero, y comienza entonces a leerle un libro en el que le explica el significado verdadero de la caballería.

En el libro de Llull se asegura que la caballería fue instituida para contener y defender a la gente, donde un hombre de cada mil, el más fuerte, valeroso y noble, era elegido caballero. Para ello debía tener a su disposición un caballo, la más noble de las bestias según el texto, y la mejor armadura. Se le daría también un escudero para que le sirviera, y el sustento de todos, caballero, escudero y animales, debería correr a cargo del pueblo que cultivaba las tierras sobre las que el hombre de armas ofrecía su protección. El texto también aboga por dar importancia y visibilidad a la parte de la caballería que no está directamente ligada a la guerra y al combate, sino que también habla de la ética y de la doctrina que debe respetar, comenzando por defender la fe de Jesucristo y no dejando nunca de lado a los más débiles, a las mujeres, a las viudas y a los huérfanos. Siendo un hombre recto, el caballero puede verse incluso en la necesidad de ejercer la justicia, de decidir en disputas y de declarar quién había actuado fuera de ley y era un malhechor y

entonces el propio caballero estaría obligado a ir contra él. Sabiduría, valor, caridad, honor y nobleza, eran elementos esenciales sin los que un hombre no podía ser considerado como caballero. Debía evitar el orgullo, los juicios falsos, la ociosidad, la lujuria y la traición, siendo lo peor en esta última categoría matar a su propio señor, yacer con la esposa de dicho señor o entregar el castillo del señor a otro.

Más allá de la guerra y los deberes morales, el caballero debería ejercitarse de manera permanente, estando siempre preparado para responder a una llamada a las armas. Para ello podía cazar y acudir a justas y torneos. Debe ser cortés, hablar con buenas palabras, debe vestir bien y en la medida de lo posible, es decir, tanto como lo permitan sus recursos, debe ser buen anfitrión y mantener su casa abierta para otros.

Hay que tener en cuenta que la visión que ofrece Llull de la caballería es totalmente ideal y buscaba la perfección absoluta, hasta el punto de afirmar que un hombre entrado en carnes o con alguna deformación física, no podría nunca ser caballero. No obstante, esa visión refleja lo que la sociedad medieval esperaba de la caballería.

El caballero no dejaba de ser un soldado al servicio de un señor, cumpliendo las órdenes de este, que bien podrían ser acudir a una guerra o hacer una gran campaña, o luchar en pequeñas luchas locales. También podía tener que responder como protección para los viajes, de su propio señor o de alguien a quien este quisiera ofrecer dicha protección usando sus caballeros. Podían ser enviados a proteger caminos, fronteras, una fortaleza... en definitiva, un caballero podía recibir cualquier mandato en el que su fuerza y su capacidad para el combate fueran necesarias. En algunos momentos podía verse a las órdenes del señor de su propio señor, por ejemplo, un caballero al servicio de un noble, podía ser enviado a servir dentro de la corte y encontrarse entonces bajo las órdenes de los

hombres del rey.

Ilustración de dos caballeros en combate, en Europa oriental. Bertrán de Born, un francés que nació en el siglo XI, dejó escrito que «una vez entrado en la refriega todo hidalgo sólo debe pensar en cercenar cabezas y brazos».

E

L CÓDIGO DE HONOR DE LOS CABALLEROS

Además de a su señor, no hay que olvidar que un caballero también debía ser fiel al código de conducta que le marcaba pertenecer a la caballería, teniendo presente su obligación para con los más débiles, las damas y actuar con cierta nobleza y honor. Estas obligaciones pasaban a un segundo plano cuando el caballero se convertía en un soldado en campaña, donde su código de honor se difuminaba y la guerra era el elemento que marcaba su forma de actuar. Los ideales de la caballería, de acuerdo con los escritos de la época son los siguientes: Largueza, que es sinónimo de generosidad, coraje, valor, cortesía, galanura, lealtad y fidelidad.

La ética del caballero, como veremos más adelante, se mezcló con la religión y la fe católica, pero las ideas básicas datan del siglo XII, y ya entonces había una gran cantidad de valores compartidos entre la religión y el ideal caballeresco.

La unión entre la religión católica, la Iglesia, y la caballería fue muy estrecha en Europa occidental durante mucho tiempo. Tanto es así que se llegaron a enlazar ambos elementos de manera muy estrecha. El acto de nombrarse caballero, como veremos, estaba plagado de símbolos y elementos religiosos y también la ética y el código de conducta estuvo muy condicionado por lo que los clérigos dictaban. Más allá de los caballeros religiosos, como los templarios, de los que también hablaremos posteriormente, todos los que eran nombrados caballeros debían ser piadosos, bondadosos, humildes y rendir honor a Dios con sus actos.

Alegoría del caballero cristiano, de mediados del siglo XIII. Sobre el escudo podemos ver el Scutum Fidei, una representación abstracta de la Santísima Trinidad. En los vértices están el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y en el centro Dios. Las uniones determinan qué es y qué no es cada uno: el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu

Santo es Dios; pero el Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Espíritu, el Espíritu no es el Padre.

Los nobles y los caballeros debían defender los dominios, no sólo de los enemigos externos sino también de los malhechores y de los bandidos internos. Mantener el orden en los dominios propios era una de las labores básicas de los señores, y esta labor no siempre era sencilla. Por ejemplo, en el siglo XIV, en Francia, vivió un destacado bandido y salteador de caminos llamado Merigot Marchés y en las crónicas que cuentan su vida, hay un relato ilustrativo de su forma de vida y de cómo los nobles, en este caso el conde de Armagnac, tuvo que lidiar con él:

No hay en el mundo un modo de vivir, ni recreo, oro, plata o gloria que se puedan comparar con el placer de llevar armas y de pelear como lo hicimos. ¡Qué alegres estábamos cuando cabalgábamos a la aventura y nos encontrábamos con el campo con un rico abad, con un comerciante, con una recua de mulas cargadas de paño, pieles, especies o sedas! ¡Todo era nuestro o se podía rescatar a nuestro antojo! Todos los días teníamos dineros nuevos. Los villanos traían graciosamente trigo, harina, pan cocido, avena, paja para los caballos, buenos vinos, bueyes, ovejas, carneros cebados y toda clase de aves y caza. ¡Estábamos vestidos como reyes y cuando cabalgábamos todo el país temblaba a nuestro paso! ¡De qué manera tomamos Charlat yo y el bastardo de Campaigne! ¡Cómo tomamos Chaluset yo y Perrot el Bearnés! ¡Cómo escalamos vosotros y yo, sin ninguna ayuda, el castillo de Mercoeur! Sólo lo ocupé cinco días y me pagaron por él cinco mil francos. A fe mía que no había vida mejor que aquella. Me pesa haber restituido y vendido Aleuze, porque desde allí uno podía hacerse fuerte contra todo el mundo y el día en que lo entregué estaba abastecido de tal modo que hubiera podido sostenerme siete años sin recibir nuevas provisiones. ¡Creo que el conde de Armagnac me engañó! Tenían razón Olim Berbe y Perrot el Bearnés cuando me decían que me arrepentiría de ello. En verdad, me arrepiento de lo que hice.

Estos bandidos y malhechores, también daban trabajo a los caballeros y los nobles, y contra ellos tenían que luchar para cumplir con su cometido social de proteger a aquellos que de un modo u otro le daban sentido a parte de su existencia, los campesinos. Un caballero, en el caso extremo, era también un juez, un guardián del orden, un soldado, un defensor de causas nobles, un protector, un hombre culto…

3

El camino del caballero

Hacerse caballero no era un camino sencillo ni barato. Por una parte, había que invertir muchas horas de vida, desde la primera juventud, en entrenarse y aprender a combatir y a cabalgar. Por otra, el dinero que era necesario gastar para dotar a un hombre de todo lo necesario para ser caballero, era una barrera inalcanzable para muchos. Así, parece necesario que la educación en una casa noble o al amparo de una casa noble estuvieran presentes. No era extraño que los señores mantuvieran un grupo de caballeros, ya formados, a su servicio, y que estos entrenaran a los más jóvenes para que fueran adquiriendo las destrezas necesarias. Tenemos por tanto ante nosotros un círculo cerrado que complica la incorporación al grupo social de caballeros a ciertas escalas sociales, ya que era necesario cierto dinero y rango social para comenzar la formación como caballero, y sólo desde esa posición se podía adquirir el dinero suficiente como para apoyar la carrera hacia la caballería de un joven. El desarrollo de nuevas armas y de la mejora de las armaduras con el paso del tiempo, no hizo sino mantener e incluso agravar esta situación, ya que mejorar la armadura suponía un mayor coste a afrontar para adquirir una y, a menudo, la búsqueda de caballos más grandes y fuertes, lo que también los hacía más caros.

E

DUCACIÓN Y SERVICIO EN LAS GRANDES CASAS

Existen casos, no obstante, en los que aún sin provenir de un gran linaje, un hombre consiguió una posición destacada como caballero, algo que podía llegar a conseguirse gracias a la capacidad en combate o, en algunos casos, por ganarse de algún modo el beneficio de un noble o personaje poderoso. Por ejemplo, un caballero francés de una casa no demasiado relevante, Bertrand du Guesclin, consiguió que sus enormes méritos militares le brindaran la oportunidad de ser condestable de Francia y recibir un ducado en España. De igual modo, la familia del conocido caballero Boucicault no partía de una posición social relevante, pero poco a poco consiguió avanzar y abrirse paso en la corte gracias a las habilidades para la guerra, y también para la diplomacia. Estas excepciones demuestran que siempre hay opciones para los caballeros menores, por llamarlos de algún modo, pero no hay que olvidar que no era la regla, especialmente en Francia y en España, pero también en Alemania. En Inglaterra la cuestión era algo diferente, donde las cuestiones de rango de las casas, tenían peso, pero también había más puertas abiertas para otras opciones. Todo aquel que poseía una tierra que diera al menos una renta de cuarenta libras anuales, podía llegar a ser caballero.

La formación dentro de un grupo, a menudo bajo la cobertura de un gran señor, dejaba una impronta muy marcada en el candidato a caballero, que iba desde la lealtad y el agradecimiento al propio señor y a los hombres que se preocupaban de enseñar lo que sabían, hasta el desarrollo de una forma de pensar y actuar, muy en la línea de cómo eran los que formaban a los aspirantes. Acababan por crearse unos lazos profundos dentro del grupo de caballeros, con un sentimiento de pertenencia y compañerismo que a menudo tenía su reflejo en el combate.

Tal y como hemos comentado, no era extraño que un caballero con una posición importante, un noble, tuviera que gobernar un territorio e impartir justicia. E incluso cuando no tenía ningún domino que gobernar, su posición como principal dentro de la sociedad lo podía llevar ante la situación de ser juez en alguna disputa. Por ello, y por su propio interés, no era extraño que los futuros caballeros recibieran las enseñanzas necesarias para saber escribir y leer. Podrían tener que leer documentos, contratos, acuerdos, cartas... y aunque existían personas cuya responsabilidad era precisamente esa, no estaba de más ese conocimiento entre los caballeros. Ya hemos hablado de algunos caballeros que escribieron sus propias crónicas e incluso algunos escribieron textos de temática no relacionada con la guerra o el mundo que les era propio.

El libro de Llull del que ya hemos hablado, Libro de la orden de caballería, escrito en la segunda mitad del siglo XIII, también menciona los requisitos esenciales necesarios para ser escudero. Habla de que un escudero debe comenzar a serlo a una edad adecuada, especialmente para que dicha edad le permita desempeñar las tareas que de él se esperan, tanto por su capacidad de discernimiento como por su fuerza, siendo esta un elemento muy a tener en cuenta. Por otra parte, un escudero debe proceder de un buen linaje y tener los suficientes recursos como para mantener su rango. Serán bien considerados aquellos hechos que el escudero pueda mostrar como pruebas de su valor y honor, y, por el contrario, se ha de tener en cuenta si en el pasado del muchacho hay hechos que lo muestren como malévolo, cobarde o en general contrario a los ideales que deben regir la vida caballeresca. Los motivos por los que el escudero desea comenzar su camino dentro de la caballería deben ser conocidos y evaluados, con el objetivo de comprobar si dichos motivos son malvados o sólo buscan el interés propio, bien sea económico o de prestigio. Según este mismo texto, cuando un escudero está listo para ser nombrado caballero, se elegirá una fecha concreta para tal hecho, y a ser posible será un día destacado en la vida religiosa, como puede ser el día de Pentecostés, Navidad o Pascua, aunque en ocasiones la urgencia y

las circunstancias no harán posible esperar a que llegue uno de esos días señalados.

L

A CEREMONIA PARA ARMAR NUEVOS CABALLEROS

El acto y el ritual a seguir para armar a un nuevo caballero, difería de unos lugares a otros de Europa occidental, si bien con el tiempo se fueron igualando. Según las normas más comunes, la víspera de la ceremonia el futuro caballero deberá asearse, bañándose, algo no muy habitual. Después deberá confesarse y pasar la noche anterior a su ordenación orando y meditando sobre su nueva condición. Como vemos, el caballero debía llegar limpio física y moralmente, y el baño era un elemento simbólico más. Tras esa noche, ya en el día de su ordenación, oirá misa junto con el resto de escuderos que van a ser ordenados caballeros con él, y durante el sermón se les explicará el significado de los artículos de la fe, los diez mandamientos y los siete sacramentos. En algunos casos las ropas también conllevarán una carga simbólica, donde una túnica roja muestra la predisposición a derramar la sangre propia en defensa de la Iglesia, y de la Fe, y unas calzas negras recuerdan al caballero que es mortal. El cinturón debe ser blanco, color de la pureza. Tras esa parte puramente religiosa, aún dentro del templo y ante el altar, el escudero recibirá la orden de caballería de un hombre que ya sea caballero.

Imagen del Príncipe Negro siendo nombrado miembro de la Orden de la Jarretera por Eduardo III. Este la fundó en 1348 y originalmente ambos, rey y príncipe, fueron los miembros principales, con doce compañeros cada uno.

Otros caballeros le pondrán las espuelas, doradas a ser posible, en las botas y un caballero, destacado en el mejor de los casos, hará el acto más conocido, blandirá una espada sobre el hombre que va a recibir el honor, que estará arrodillado, y le dará unos golpes en cada hombro con la espada, para después besarlo y así será nombrado caballero. Como vemos, una ceremonia cargada de simbolismo en el que están presentes el honor de la orden de caballería, pero también la Iglesia y la fe cristiana. De nuevo, hay que tener presente que ser caballero tenía un componente social muy importante, y por lo tanto se trataba de un hecho importante y muy significativo en la vida de un hombre. Por ejemplo, cuando el que más tarde sería el rey Eduardo III fue nombrado caballero, se organizó una fiesta en la que según las crónicas de la época se degustaron una enorme cantidad de manjares por parte de todos los invitados: cinco mil anguilas, casi trescientas piezas de bacalao, más de ciento treinta lucios y un centenar de salmones.

N

UEVOS CABALLEROS ANTES DE LA BATALLA

Todo esto es el caso ideal, cuando se cumplen todos los protocolos y se celebra un evento social de altura. En ocasiones no hay tiempo para tanto y se celebran nombramientos a gran escala.

En el año 1306, en Inglaterra, el hijo del rey en aquel momento, que más tarde reinaría con el nombre de Eduardo II, armó caballeros a unos trescientos hombres de manera simultánea y en único acto. La mayoría de ellos hicieron la vigilia anterior al nombramiento en la abadía de Westminster y al día siguiente, la ceremonia fue más bien caótica y ruidosa. De igual modo, la tradición permite que antes de una batalla los señores armen caballeros de manera conjunta a algunos de sus hombres, sin tanta ceremonia ni celebración. En este caso, un simple juramento y los toques de espalda en el hombro suelen ser suficiente.

El mismísimo Príncipe Negro fue armado por Eduardo III en una de estas ceremonias grupales, poco antes de que los ingleses llegaran a Normandía en 1346. El Príncipe Negro se llamaba en realidad Eduardo de Woodstock, y Eduardo III era su padre. Fue padre, a su vez, del rey Ricardo II y el apodo de Príncipe Negro hace referencia a la armadura que portaba, aunque se le comenzó a llamar así un par de siglos después de su muerte. Fue padre e hijo de reyes, pero nunca reinó, aunque estaba destinado para ello. Murió un año antes que su padre y así la corona de este pasó directamente a su nieto.

Antes de la batalla de Aljubarrota, en agosto de 1385, donde las tropas portuguesas e inglesas lideradas por Juan I de Portugal

vencieron a las tropas castellanas de Juan I de Castilla, el rey de Portugal emitió una proclama en la que indicaba que cualquiera que quisiera ser caballero debía tan sólo dar un paso al frente. Unos sesenta hombres dieron ese paso y fueron hechos caballeros, sin más. Dentro de la ceremonia, Juan I afirmó que «la orden de caballería es mucho más noble y digna de elogio de lo que la imaginación puede suponer [...] cuando un caballero se baja la visera del yelmo, debería ser tan audaz y feroz como el león que avista a su presa». Otro caso sorprendente es el de Alfonso XI de Castilla, que en el siglo XIV se hizo investir caballero por una estatua articulada que representaba nada más y nada menos que al mismísimo apóstol Santiago. El caso del Alfonso XI es una muestra clara de la importancia del hecho de armarse caballero.

El espaldarazo, obra de Edmund Blair Leighton, muestra parte de la ceremonia para armar a un caballero, aunque en esta obra, la ceremonia esté idealizada. No sería una dama, sino un caballero, el encargado de llevar a cabo tal acción sobre el recién nombrado.

E

NTRENAMIENTO EN LAS ARMAS

Una vez hecho caballero, este tenía que mantenerse listo y en forma para combatir. En el entrenamiento del caballero jugaba un papel importante el poste o palus. Frente a él, que no era más que un poste clavado o en suelo, los caballeros entrenaban de manera repetida los golpes de espada, con un doble objetivo. Por una parte se acostumbraban a golpear con la espada, adquiriendo la destreza de asestar el golpe allí donde querían y del modo que deseaban (inclinación, fuerza...) y por otro fortalecían sus músculos. El brazo trabajaba de manera constante sosteniendo la espada y descargándola sobre el poste, lo que era un ejercicio básico y muy útil para los caballeros. La espada clavaba su filo en la madera, por lo que también se familiarizaban con las sensaciones de recuperar la espada tras el golpe, con el movimiento de muñeca necesario para separar la espada de la madera, que en combate sería un escudo o el cuerpo del enemigo. Los dos elementos eran necesarios, la destreza por un lado y la resistencia por otro, por lo que el poste era un entrenamiento muy común. Cuando un guerrero se enfrentaba a otro y este tenía ciertas protecciones sobre su cuerpo o sabía colocar con efectividad el escudo, era un requerimiento insalvable que el golpe de la espada, bien fuera a pie o a caballo, fuera perfectamente dirigido contra aquel punto donde podía hacer más daño, bien porque el escudo dejaba una parte al descubierto o bien porque la armadura o la cota de malla presentaba algún punto débil. Esa puntería con la espada, si se puede usar este término asociada a dicha arma, se adquiría con las horas de entrenamiento en el poste.

Más allá del entrenamiento básico con la espada, el caballero debía aprender a combinar sus movimientos de piernas y cuerpo, con el golpe de la espada y la defensa del escudo. De nuevo, las horas y horas de práctica, a solas y con compañeros, eran el mejor camino

hacia la excelencia. Y esta podía ser el punto que delimitara la vida de la muerte llegado el momento de un combate real. Siglos después de la Edad Media, un general afirmó que cuanto más se suda antes de la guerra, menos se sangra en ella. Este dicho era ya cierto mucho antes de ser pronunciado por aquel general, y en la Edad Media los caballeros y los aspirantes a caballero lo tenían muy presente, entrenando todo lo posible para reaccionar de manera instintiva en el momento del combate real.

Para las prácticas a caballo, donde el caballero debía alcanzar la misma destreza ya descrita para la espada, pero en este caso con la lanza, es decir, dirigir el golpe allá donde decide que será más efectivo, se usaban tanto otros caballeros, en justas y torneos, como veremos, como monigotes o incluso hortalizas. En el caso de los monigotes, estos no eran más que unas telas con una forma y dimensiones similares a la humana, y rellenos de paja. El caballero, lanzado al galope, debía acertar con su lanza allá donde se proponía en el cuerpo del monigote. En otras ocasiones se colocaba una calabaza, una sandía o algo similar, sobre un poste o colgada de algún sitio, para que el caballero, de nuevo, adquiriera destreza y puntería. Otro ejercicio de entrenamiento, muy conocido incluso en nuestros días, consistía en hacer pasar la lanza por una anilla que colgaba de una cuerda o estaba en la parte superior de un palo clavado en el suelo. El objetivo, como es fácil de imaginar, era de nuevo afinar la puntería con la lanza.

Otro elemento clásico y muy conocido popularmente que usaban los caballeros para su entrenamiento con la lanza, era la quintana o estafermo. Esta era una plataforma, un poste grueso, que podía girar sobre su base y que en la parte superior tenía dos brazos enfrentados, formando algo parecido a una cruz. En uno de los brazos el estafermo tenía un escudo, que era algo similar a la diana sobre la que el caballero, de nuevo lanzado al galope, tenía que hacer blanco con su lanza, mientas que en el otro brazo colgaba un contrapeso, que habitualmente era un pequeño saco cargado de tierra. La sensación del golpe que tenía el caballero al golpear con su lanza era similar a la que tendría en un ataque real contra un

oponente, y además obligaba al caballero a hacer el ataque a una velocidad elevada, ya que de otro modo, el estafermo comenzaba a rotar y el saco podía acabar golpeando al caballero. Por otra parte, si el golpe con la lanza no era plano y paralelo al suelo, la quintana no giraba o giraba mucho menos, lo que también era algo directamente relacionado con el combate real. Un golpe oblicuo o inclinado, era mucho menos efectivo ya que la armadura del caballero que recibía el golpe haría que la laza, ya inclinada, resbalara por el metal y saliera despedida por el costado sin causar grandes daños. En resumen, cuantas más vueltas diera la quintana tras el golpe, mejor había sido este, ya que eso indicaba que el golpe había sido bien ejecutado y además con fuerza.

Estafermo o quintana, elemento que se usaba para entrenar el ataque con lanza a caballo. La palabra estafermo tiene su origen en el italiano y viene a decir ‘está firme, quieto’. Esa palabra ha pasado ya al lenguaje habitual y un estafermo es también una persona parada, como embobada y sin acción.

C

ÓMO MONTAR A CABALLO Y CARGAR CONTRA EL ENEMIGO

Un soldado a caballo tenía ciertas ventajas sobre un soldado a pie, pero si por algo era temible la caballería medieval, era por cargar en formación, método con el que conseguía romper las líneas enemigas. Para ello era necesario que todos los caballeros fueran capaces de montar con destreza y de dominar sus animales. Por otra parte, la dirección y gobierno del animal, tanto en formación como en la lucha en solitario, debía hacerse casi automáticamente, ya que la atención prestada a la montura era atención que se restaba del propio combate, que era donde el caballero realmente se estaba jugando la vida. Para conseguir esto, de nuevo, el entrenamiento era el mejor camino. Las piernas eran un elemento esencial para gobernar al caballo y para dirigirlo. Montar a caballo a diario era un buen ejercicio, pero también lo era salir a cazar, donde no sólo se debía trabajar con la propia montura, sino que también se entrenaba el uso de las armas y cómo combinar ambas cosas, por no mencionar que se trataba probablemente de la principal actividad de ocio para la nobleza y las capas altas de la sociedad medieval.

Godofredo de Charny, un caballero francés de la primera mitad del siglo XIV y autor de varias obras sobre la caballería, dejó escrito que era acorde a todo hombre de rango el disfrutar del deporte de la caza con halcón y con galgo. Godofredo de Charny sirvió al rey Juan II de Francia y fue portador del estandarte de la corona, la oriflama. Esta responsabilidad, a la vez que un honor significativo para el hombre que recibía tal encargo, era un peligro, ya que sin duda se convertía en un objetivo prioritario en el campo de batalla. Echar al suelo la oriflama o hacerse con ella, sería un éxito grandioso para los enemigos de Francia, ya que ese estandarte, que en un primer momento había sido la enseña de la abadía de Saint-Denis, era el pendón de guerra de los reyes de Francia y todo un

símbolo. El caballero de Charny, tenía una gran reputación con las armas y se le reconocía como un gran hombre, cargado de honor y en su época era conocido como un caballero casi perfecto, por lo que sus consejos han de ser tenidos en cuenta.

Duelo de caballeros, en una pintura de historia de la época romántica, realizada por Delacroix. En palabras de Guillermo el Conquistador: «Si luchas con hombría, la victoria, el honor y las riquezas serán tuyas. De lo contrario te matarán o, como prisionero, deberás servir los caprichos del más cruel de los enemigos».

Las justas, a menudo confundidas con los torneos, eran combates entre dos caballeros, combates singulares. Dicho combate se llevaba a cabo a caballo y con lanza, imagen que la cultura popular asocia con los torneos, y de ahí proviene el error. En realidad las justas se hacían para justificar o encontrar razón para algún motivo, desafío o derecho. Por otra parte, las justas se solían llevar a cabo usando

armas de combate real, y la lucha era mucho más violenta que en el caso de los torneos, donde se esperaba de las armas que mostraran quién era el mejor caballero, el ganador, pero no que acabaran con la vida del contrincante. Las justas eran en ocasiones algo similar a una ordalía, es decir, una prueba a través del combate sobre de parte de quién estaba Dios. Los torneos, en cambio, eran dos grupos de combatientes los que se enfrentaban, cada uno con sus partidarios y detractores, siendo por tanto algo mucho más lúdico y simbólico, casi un deporte, y menos violento.

Las justas también servían para que un caballero mostrara su destreza en combate y practicara enfrentándose a otros. Una vez más, se unen en este tipo de hechos los componentes que ya hemos visto recurrentemente que cubren la vida de los caballeros: el combate, el prestigio de ser buen guerrero y la necesidad de demostrar todo ello para ascender en la escala social y adquirir prestigio. Esta forma de entrenarse era la más peligrosa de todas ya que era la que más se acercaba al combate real, aunque estaba regulada por algunas normas. La primera de ellas era que, si era posible, el lugar debía ser adecuado para el encuentro a caballo, con un terreno llano y preparado para que los caballos pudieran galopar. En algunos lugares había un palenque de manera perpetua, es decir, un cercado de madera que delimitaba el recinto en el que debía llevarse a cabo la justa.

J

ÓVENES Y ESCUDEROS

Volviendo a los inicios de la vida de un caballero, ya a una edad muy temprana, en torno a los ocho años, se enviaba a los niños que estaban destinados a ser caballeros al lugar donde debía comenzar su formación, que no era otro que el castillo de un señor o, con suerte, a la propia corte. Allí el niño comenzaba una formación tanto en el campo de la guerra, como en la forma de comportarse, la ética y, habitualmente, en el aspecto religioso. Cinco o seis años después, y salvo que por algún motivo el aspirante a caballero fuera descartado, comenzaba como escudero de un caballero, uniendo su suerte a la de él y tratando de aprender lo máximo posible del ya armado caballero, a la vez que le servía y ayudaba en un buen número de tareas. Entre las labores del escudero estaba ayudar a su señor con todas las tareas básicas del día a día, como era cuidar y limpiar y abrillantar la armadura, las armas o los animales. Además de todas estas labores, el escudero entrenaba y aprendía el uso de las armas y cómo combatir, a menudo, practicando con otros aspirantes y con otros caballeros. El entrenamiento físico también era importante y los escuderos hacían ejercicio para fortalecer sus músculos. Las casas nobles solían tener unos maestros o personas responsables de la formación de los jóvenes, además de la contribución de los caballeros y demás personal. Geoffroi de Charny, un caballero destacado de la primera mitad del siglo XIV, dejó escrito uno de los libros clásicos sobre el mundo de la caballería y en él explicaba cómo a los más jóvenes les gustaba oír y prestar atención a los hombres, caballeros y guerreros, mientras estos hablaban y comentaban las acciones militares en las que habían participado. También disfrutaban del ambiente, de las armas y de los soldados con sus armas, de sus caballos.

Este camino hacia ser armado caballero debía estar libre de malas

acciones o hechos que deshonrosos, lo que podía evitar que finalmente el joven consiguiera su objetivo. No hay que olvidar que ser caballero era un elemento de ascenso social y que los ideales de estos eran muy altos. Cosa a parte eran las situaciones y momentos en los que los escuderos eran armados caballeros por necesidad, por un combate inminente o algo extraordinario. Algunos escuderos nunca alcanzaban el grado de caballeros, aunque si sus servicios como asistente eran valiosos y eran apreciados por su señor, podían llevar una buena vida como escuderos y recibían una paga sustanciosa por ellos. Un escudero, desde el punto de vista del estatus social, nunca sería un caballero, pero en muchos casos tampoco era una posición despreciable y junto a su señor, podían llevar una vida cómoda en un castillo o en la corte, sin tener que trabajar duro en el campo. Con el paso del tiempo, cada vez fue más habitual que algunos escuderos no llegaran a caballeros y decidieran mantener su rango como tales. Esto fue unido al hecho de que los escuderos fueron siendo cada vez mejor vistos, como demuestra que en algunos casos, excepcionales, se les permitiera llevar escudo de armas propio. Ricardo II de Inglaterra autorizó a John de Kingston, escudero, a ser conocido por sus armas, que podría lucir a partir de entonces.

Cuando los caballeros iban a la guerra, sus escuderos les acompañaban, y su papel distaba mucho de hacerlos pasar por meros espectadores. Tomaban parte activa en el combate y era habitual que en la retaguardia se dispusieran unidades formadas por los escuderos, que debían combatir como uno más. Estos momentos eran oportunidades que los más valientes y avezados entre ellos podían aprovechar para mostrar su valentía y buen manejo de las armas, lo que les permitía comenzar a escribir su propia historia, a ganarse su prestigio como guerrero incluso antes de ser armados caballeros. De hecho, si algún escudero destacaba especialmente como guerrero podía ganarse su rango como caballero de manera más rápida. En teoría, cualquier hombre que demostrara en el campo de batalla un valor muy por encima del resto y una destreza con las armas extraordinaria, podría ser nombrado caballero como premio y reconocimiento a dichos méritos. Dicho esto, era casi imposible que un pobre soldado a pie llevara a cabo acciones

épicas, tan importantes y significativas como para alcanzar por la vía rápida el cargo de caballero. Así, esta vía de acceso a través de los méritos en el campo de batalla sólo estaba accesible para escuderos con cierta preparación y con una buena oportunidad ante ellos, o a otros soldados destacados, que, sin ser caballeros, sí tuvieran alguna notoriedad entre los soldados.

Aunque parezca un poco sorprendente a la vista de nuestros tiempos, los chicos que tenían como destino marcado la vida caballeresca, se veían ya envueltos en la guerra real siendo aún muy jóvenes. Así, Eduardo III de Inglaterra se puso al frente de sus tropas en la campaña de Weardale contra los escoceses, en el año 1327, cuando tan sólo contaba con catorce años de edad. Esto nos debería llevar a pensar que si bien es cierto que no era en realidad el responsable de dirigir a los hombres, sí estaba ya ligado a la guerra y a cómo pensaban los hombres cuya vida era esa. Lo habitual era que ya de niños estuvieran presentes en el campo de batalla y hasta quizás tuvieran algún papel en la retaguardia, para que comenzaran a intervenir en actos de armas en la adolescencia, con quince o dieciséis años.

Ya hemos comentado que un caballero debía disponer de su propio animal y de sus propias armas y armadura, lo que requería una importante inversión. Sin esas propiedades, aún en su versión más básica, el escudero o aspirante no podía ser nombrado caballero. Así, el campo de batalla también ofrecía la oportunidad de hacerse con todo ello si se capturaba a un caballero enemigo, algo que no debía ser sencillo, y el aspirante podía quedarse con las propiedades de este. Y no era fácil hacerse con un caballero enemigo como prisionero por dos razones principales. Por una parte, un hombre a medio entrenar y peor equipado que un caballero, debía ser realmente bueno para ser capaz de vencer a este, por lo que en caso de hacerlo, tenía bien ganado su premio. Por otra parte, que un caballero enemigo estuviera en una posición delicada y estuviera en peligro de ser hecho prisionero, haría que otros caballeros del bando del escudero se pusieran en primera posición para hacerse con el prisionero y sus propiedades, llevando el rescate a su bolsa y

privando de todo ello al escudero, que podía haber ganado en el campo de batalla parte de lo necesario para ser armado.

4

Armas y armaduras

El equipamiento básico de un caballero, más allá del propio caballo, consistía en un arma de cinto, que en la inmensa mayoría de los casos significaba una espada, una pica o una lanza, con la que combatía y cargaba a caballo y, a modo de defensa, todos los elementos de protección personal que se pudiera permitir. Estos elementos de protección, habitualmente eran un escudo y una armadura, siendo esta tan completa y bien construida como el caballero pudiera o estuviera dispuesto a pagar. Tres elementos se combinaron durante los siglos para avanzar unos en post de los otros: las tácticas de guerra, las armas y las protecciones. La mejora de las protecciones obligaba a hacer más efectivas las armas, mientras que las tácticas de combate hacían que algunas protecciones no fueran adecuadas o incluso inútiles, al igual que determinadas armas. Las mejoras y variaciones en unas y otras, obligaban al resto a evolucionar.

L

A ESPADA

La espada era el arma esencial de un caballero, además de por su labor en combate, donde en realidad en muchos casos era secundaria, porque era un símbolo social de su estatus como tal. Forjar una espada de las dimensiones adecuadas, que estuviera bien construida, que no se mellara, doblara o incluso rompiera con su uso, no era algo sencillo y requería un trabajo y un conocimiento considerable por parte del forjador, lo que acababa convirtiendo a una buena espada en un objeto caro. Las armas más cortas, como las dagas, cuchillos o espadas cortas, eran más sencillas y baratas, pero no eran tan útiles en combate ni tan significativas como elemento de rango social.

En el combate de espada a caballo, el jinete debía dirigir el caballo a la vez que luchaba y colocarlo de tal forma que le ayudara en su objetivo. Por ejemplo, cuando se enfrentaban dos hombres montados, si uno de ellos quería asestar un golpe sobre su contrincante, debía hacer que el caballo se colocara con su lado derecho pegado al enemigo, para no interrumpir así el golpe de espada, que solía ser desde arriba y con considerable fuerza. De otro modo, el jinete tendría que colocarse en una postura extraña para asestar el golpe, perdiendo fuerza. Si el caballo no se colocaba bien, el hombre tendría que girar demasiado la espalda o inclinarse exageradamente hacia adelante para golpear, lo que le restaría eficacia. Por supuesto, si tenía que golpear al lado izquierdo del caballo, siendo el jinete diestro, el movimiento sería de nuevo más complicado e incluso la cabeza del animal podría estorbar. En ocasiones, para aumentar la fuerza del golpe, el caballero se apoyaba en los estribos, poniéndose casi de pie, para dar así mayor estabilidad e impulso a su brazo.

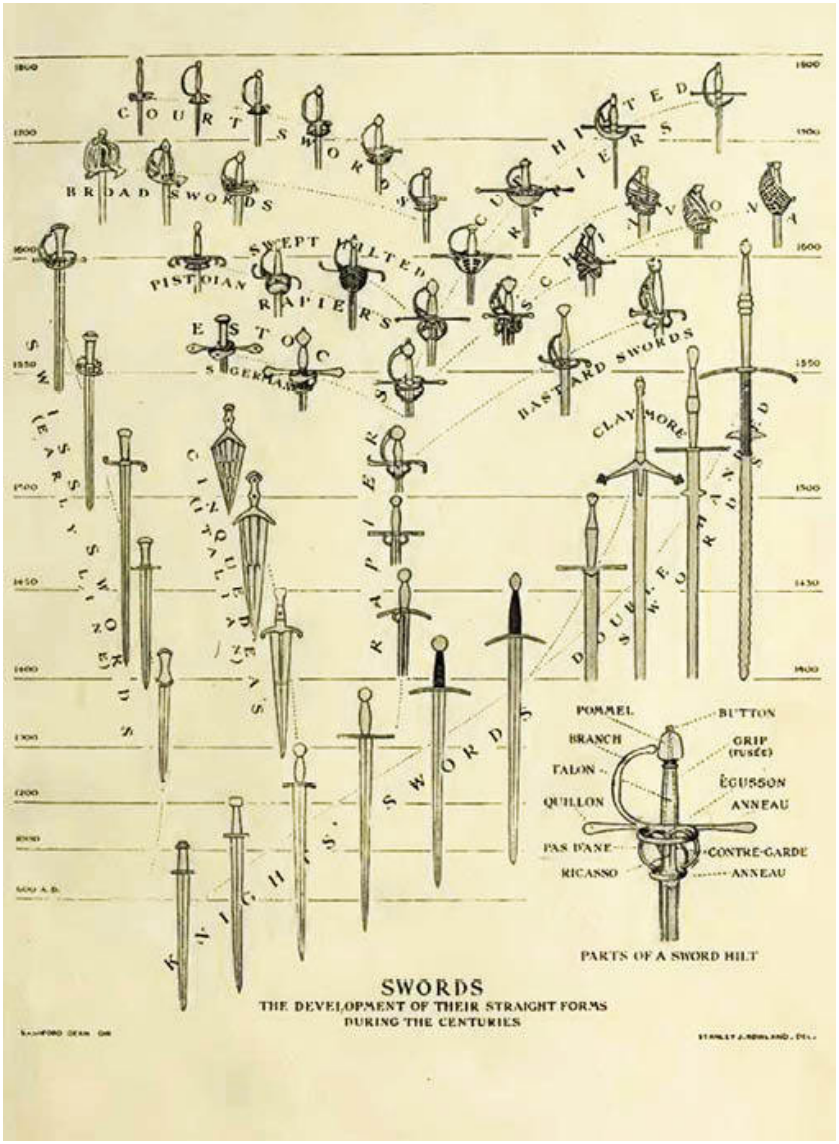


Diagrama de la evolución temporal de las espadas. Comenzando por la parte inferior, tenemos las espadas de caballero y vemos cómo a partir del año 1400 aparecen los mandobles, desembocando en el siglo XVI en una mayor variedad de diseños, llegando a las espadas cortesanas, en la parte superior, que, como su nombre indica, son

ya casi sólo un símbolo.

Para luchar con la espada a pie, algo a lo que el caballero se vería obligado tarde o temprano, debía aprender las defensas básicas y los tipos de ataques y golpes clásicos. Algunos tratados ya exponían entonces cómo debía ser el arte de la esgrima, donde se explicaba cómo moverse, cómo contra atacar o cómo y dónde golpear. Así, en El libro del combate, escrito en 1389 por Hanko Döbringer, un alemán, se explica cómo se deben buscar siempre los huecos en la parte superior del contrincante, más que en la parte inferior, asestando golpes y estocadas por encima de la empuñadura del rival, con la mayor velocidad y habilidad posible. Advierte de que siempre surgen mejores oportunidades cuando se ataca con la espada buscando espacios sobre la altura de la empuñadura del rival, mejor que por debajo de esta. Además, de este modo se obtiene una posición más segura en la lucha y por lo tanto el ataque sirve a su vez como método de defensa. Estas técnicas y conocimientos debían ser conocidos por el caballero de tal forma que los ejecutara de manera automática, y esto se conseguía gracias al entrenamiento.

La espada medieval básica que usaban los caballeros, solía ser recta y sencilla, de hoja ancha y con un pomo en el extremo de la empuñadura para dar estabilidad y equilibrio al arma. Solía medir en torno a un metro y pesaba algo más de un kilogramo, aunque como es de esperar estos datos variaban notablemente de unos lugares a otros e incluso de unos caballeros a otros. La hoja, cortante por ambos lados, era un arma devastadora cuando le lanzaba contra un enemigo ligeramente armado. Para hacer las espaldas más ligeras, sin perder tamaño o capacidad de corte, se les hacía una acanaladura a lo largo de la hoja, en la parte central, conocida como vaceo.

Aunque no eran las espadas usadas por los caballeros habitualmente, ya veremos que llegó un momento en que se

abandonó el escudo, por perder efectividad en el combate, y comenzaron a utilizarse espadas más grandes, hechas para ser manejadas con ambas manos. Estas espadas, que en el combate cuerpo a cuerpo eran letales, podían acercarse a los dos metros de longitud y solían sobrepasar el metro y medio, por lo que algunas eran tan tan altas como un hombre. Su peso podía alcanzar los cinco kilogramos, lo que les otorgaba efectividad, pero también requería una fuerza y una preparación especial por parte de aquel guerrero que la manejara.

Siendo el elemento distintivo de los caballeros, no es de extrañar que las espadas tuvieran en muchos casos un aura de magia en torno a ellas y que se contaran leyendas sobre las mismas, alcanzado algunas el rango casi de mito. Entre los pueblos germánicos el herrero que forjaba las espadas era visto como un hombre especial. De hecho, en la mitología nórdica se hablaba del maestro herrero Völundr, que fue capaz de crear la espada Balmung, que blandió Odín o de crear una espada tan sumamente afilada que era capaz de cortar en dos el pulmón de un pájaro. Más tarde hablaremos de Excalibur, que tiene su espejo en la leyenda de la espada Nothung, que el dios germánico Wotan clavó en un fresno y que sólo un hombre, un héroe, predestinado para ello, podría arrancar de dicho árbol.

Fueron muchas las espadas que llegaron a tener un nombre propio, algo que no ocurría con otros elementos del caballero, como el casco, la armadura o el escudo, por ejemplo. Tan sólo la espada era lo suficientemente importante como para merecer un nombre. Así, además de las ya mencionadas, tenemos a Joyosa, la espada de Carlomagno; Durandal, que perteneció a Roldán, comandante al servicio de Carlomagno y protagonista de El cantar de Roldán; Lobera, la espada del rey Fernando III el Santo; o las famosas Tizona y Colada que según la leyenda pertenecieron a Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid.

L

A LANZA

Las clásicas cargas de caballería de la Edad Media, nos llevan a pensar en grupos más o menos organizados de caballeros que usando la lanza como arma esencial, arremeten contra el enemigo. Esta forma de combate comenzó a darse en torno al año 1000, si bien es complicado, una vez más, encontrar el momento exacto en que ocurrió. Para que la carga pudiera llevarse a cabo, el jinete necesitaba dominar y dirigir al caballo a la vez que fijaba su atención y atacaba con la lanza. Esto hace que el estribo, las espuelas y la propia silla de montar, fueran puntales sobre los que afianzar su modo de cabalgar y gobernar el caballo. En cuanto al ataque, existían cuatro maneras de manejar la lanza.

Podía llevarse la lanza empuñada con la mano que dejaban libre las riendas, balanceándola con el brazo colgando y descargando el golpe hacia abajo, intentando ensartar a los soldados que combatían a pie sobre el terreno. Una segunda forma, similar a esta, consistía en atacar de manera similar, pero descargando el golpe bajando el brazo desde encima de la cabeza. En el tercer caso, el caballero arrojaba la lanza al enemigo, una vez que había llegado junto a este y por lo tanto cuando tenía ciertas garantías de acertar. En todos estos casos la lanza debía ser ligera, tanto por la necesidad de manejarla con soltura con un único brazo, como por la de ser capaz de lanzar con fuerza y a cierta distancia. En cualquiera de ellos, el lugar por donde se agarraba la lanza era un punto esencial, ya que podía determinar la fuerza del golpe y, en el caso del lanzamiento, la puntería.

La cuarta forma clásica de combatir con una lanza a caballo es muy

diferente de las anteriores y es la que se ha quedado en la cultura popular asociada a los caballeros medievales. En este caso, la lanza es mucho más grande y pesada, tanto que el caballero ha de sostenerla con el brazo mientras la lleva encajada bajo la axila, para mantenerla en una posición horizontal. El brazo libre, de nuevo, sirve para sujetar las riendas del caballo y, a menudo, un escudo. Como si fuera un ariete, el caballo, su jinete y la lanza, se convierten así en un proyectil que era lanzado al galope contra los enemigos. Cuando estos estaban concentrados y sufrían una carga de caballeros con lanzas, usándolas de este modo, el encuentro tenía muchas posibilidades de acabar con un choque tremendo que hacía descomponerse a la formación enemiga. Esta forma de cargar a caballo es conocida popularmente como carga de caballería franca.

Caballeros normandos representados en el tapiz de Bayeux. Se pueden apreciar los grandes escudos, típicos normandos, y la forma de coger la lanza de los caballeros, por encima de la cabeza.

Para que la pesada lanza se mantuviera horizontal con el mínimo esfuerzo posible por parte del jinete, y que además este pudiera dirigirla con cierta facilidad, debía estar perfectamente equilibrada. El objetivo era que el jinete la agarra por el punto de equilibrio, que lógicamente debía estar mucho más cerca del extremo que se

llevaba encajado bajo la axila, que del extremo contrario, que debía quedar lo más alejado posible del jinete e incluso sobresalir por delante de la cabeza del caballo. Para conseguir esto, las lanzas llevaban un contrapeso en el lado de la empuñadura, moviendo así el punto de gravedad hacia el jinete. Cuando este, lanzado al galope, chocaba contra su objetivo, debía hacer un esfuerzo considerable para mantenerse sobre su montura y no salir despedido. De nuevo, el diseño de los aperos del jinete estaba realizado para ayudar en dicho cometido. Así, el arzón de la silla de montar, es decir, la parte delantera y trasera de la misma, eran elevados y tomaban una forma curva que abrazaba en cierto sentido al caballero, dándole estabilidad incluso cuando el golpe de la lanza lo impulsaba hacia atrás con fuerza. No siempre la carga era contra un soldado a pie y, en ocasiones, dos caballeros montados y con las lanzas en ristre se enfrentaban entre sí. De hecho, esta es la imagen que ha perdurado de los caballeros combatiendo con lanza, gracias a los torneos.

La iconografía histórica de la segunda mitad del siglo XI, período clave para el desarrollo de esta forma de combate, muestran el uso de la lanza según las tres primeras formas que hemos descrito de manera habitual, no así con la cuarta. Esta última, aunque aparece en algún caso, parece que no era tan común entonces y que se fue desarrollando con el paso del tiempo. En el tapiz de Bayeux, realizado en torno al año 1080, aparecen las cuatro formas de combatir con lanza descritas. Basándonos por tanto en esta y otras fuentes, podríamos concluir que la segunda mitad del siglo XI es el momento histórico en el que la carga de caballería con lanza, la carga franca, comienza a desarrollarse. En estas incipientes etapas, uno de los problemas de la carga franca era que tras el primer encuentro violento con el enemigo, tras una carga, si esta no era definitiva, los jinetes tenían que volver sobre sus pasos y organizarse de nuevo en formación para lanzar un segundo ataque. Esta táctica no estaba aún desarrollada y por lo tanto en ocasiones se perdía eficacia en combate, una vez consumido ese primer intento.

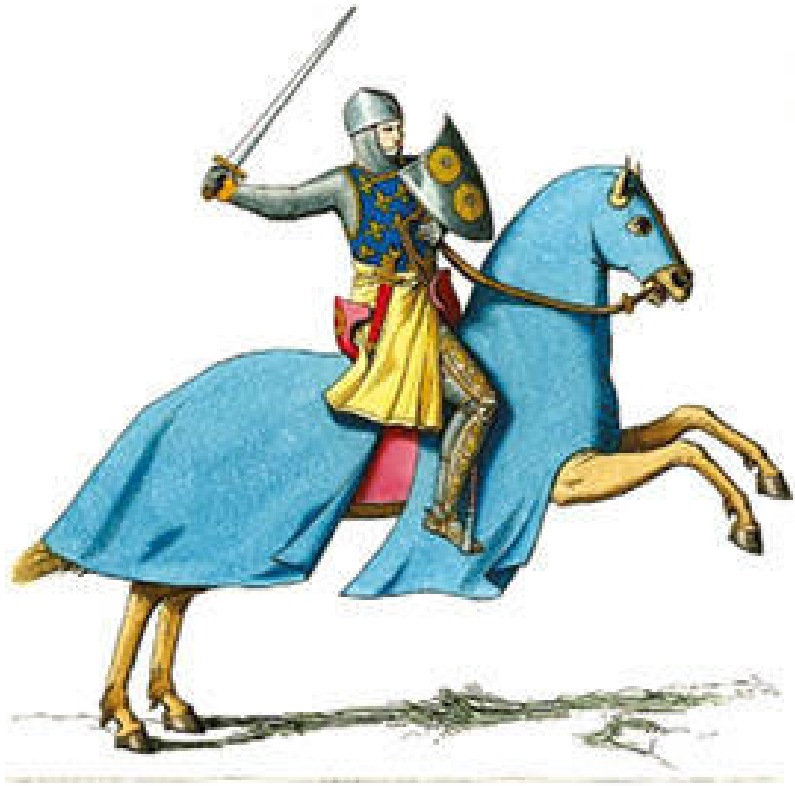
La lanza era fácil de fabricar en principio, ya que bastaba con un gran asta de madera, coronada en uno de sus extremos con una punta de hierro. Si la madera era de fresno, como ocurría a menudo, la lanza era aún mejor, ya que esa madera aportaba flexibilidad. Con más de tres metros de longitud, y acercándose a cuatro con el paso del tiempo, las lanzas largas sobresalían por delante del caballo, como ya hemos mencionado. En ocasiones, un pequeño trozo de tela, conocido como veleta, se fijaba en el extremo de la lanza, cerca de la punta.

O

TRAS ARMAS

Aunque la espada y la lanza eran las armas principales entre los caballeros, también se utilizaban las hachas, entre otros. El hacha de mano era muy efectiva contra enemigos provistos de armadura, ya que además de ser capaz de cortar, como la espada, el golpe que se asestaba con la misma era más contundente al concentrar toda la fuerza del balanceo del brazo sobre la hoja. Aunque requerían un filo y cierto trabajo para que fueran sencillas de manejar y efectivas, lo cierto es que eran mucho más sencillas de fabricar que una espada, lo que las hizo muy populares. Además, en tiempos de paz, muchos hombres ya disponían de hachas para cortar leña y trabajar la madera, por lo que cuando se reclutaban campesinos para ir al combate, era sencillo para estos disponer del hacha como arma.

Usadas contra los escudos o contra determinadas partes de un enemigo con armadura, podían ser fatales. El movimiento del brazo, para golpear con fuerza, debía ser largo, por lo que pasaba un tiempo valioso entre un golpe y otro. Así, el principal problema del uso del hacha en combate residía en que cuando se erraba el golpe o este no era efectivo, el atacante quedaba en gran medida a merced de su enemigo, al menos durante los cortos momentos en los que asestaba un nuevo golpe.



Representación sencilla de un caballero, montado sobre su animal y en actitud de ataque. En la pierna, se puede ver cómo el quijote (parte superior de la armadura) y la greba (parte inferior) están lujosamente decoradas con dorados, lo que denotaría el poder económico y la importancia del caballero.

Similar a lo que ocurría con el hacha, algunos caballeros usaban el martillo para atacar las armaduras de los enemigos. El martillo solía tener un extremo plano y otro acabado en punta, por lo que se podía elegir entre uno u otro en función de contra qué parte del enemigo se dirigiera el golpe.

Las mazas de guerra tenían una cabeza de metal, diseñada y reforzada para servir de elemento contundente con el que golpear. El mango corto permitía utilizarlas con facilidad a la vez que servía para dar más fuerza al golpe. La cabeza solía ser esférica o con alguna forma poliédrica simple, y algunos diseños eran completados con púas, puntas o cuchillas, llamándose en algunos casos a la bola con púas, irónicamente, el lucero del alba. En raros casos la maza tenía una guarda en torno a la empuñadura, para proteger la mano, similar a las protecciones de las espadas. El golpe con la maza, incluso cuando el enemigo iba protegido, provocaba importantes heridas y rotura de huesos. En el caso de utilizarse contra una armadura de placas, esta podía quedar abollada y deformada, reduciendo así la movilidad del enemigo o incluso impidiéndole respirar con facilidad si el golpe era en el pecho o en la espalda. Usada contra la cabeza solía ser fatal, pero no eran sólo esas partes su objetivo, y era un buen instrumento se dirigiera hacia donde se dirigiera. Las mazas tenían una ventaja sobre el resto de armas, y es que no solían provocar derramamiento de sangre, si bien conseguían a menudo infligir un daño considerable. Al no provocar, habitualmente, una herida por la que manara la sangre, era un arma que usaban en ocasiones los hombres religiosos, que tenían así la sensación de ser menos contrarios a su voto sobre el no derramamiento de sangre. De igual modo, en algunas fechas muy señaladas en el calendario, en las que tampoco se deseaba la sangre, se usaba la maza. Ni que decir tiene que no siempre era un arma tan limpia, ya que no era extraño que un golpe dado con una maza sobre la cabeza de un caballero acabara provocando heridas abiertas y derramamiento de sangre. A pesar de ello, se consideraba, incluso en esos casos, un arma adecuada por su limpieza.

Una variación de las mazas eran los mayales, que eran una evolución de un instrumento agrícola con el que compartían el nombre. El mayal, como arma, constaba de un mango, al que iba unida una cadena corta y al final de esta una pequeña barra de hierro. De nuevo, se trataba de un arma contundente y además tenía la gran ventaja de ser muy fácil de construir. El mangual seguía el mismo diseño del mayal y era muy similar, cambiando la

barra metálica de este por una bola de hierro, pesada y contundente, que habitualmente estaba poblada de afilados pinchos. El mango y la corta cadena seguían inalterados, y con el paso del tiempo aparecieron manguales en los que había un mango y varias bolas, unidas por cadenas independientes. Además del propio golpe, los clavos de la bola podían provocar heridas graves e incluso cuando se encontraban con una armadura, no era extraño que la perforaran. Por contra, su fabricación no era sencilla y su uso tampoco.

Este tipo de armas contundentes, ganaron terreno frente a la espada a medida que las armaduras se fueron perfeccionando y las espadas perdían eficacia en el combate.

Las dagas y en general un buen repertorio de armas cortas eran utilizadas por las gentes de baja condición y por ello no eran muy populares entre los caballeros, aunque eran efectivas en el combate cuerpo a cuerpo. Esto cambió durante el siglo XIV, cuando los caballeros comenzaron a portar dagas, habitualmente sobre su cadera derecha. Esta arma también solía ser recta, como las espadas, si bien los gavilanes que formaban la cruz con la espada, en la unión entre la hoja y la empuñadura, eran mucho más cortos, relativamente, que en el caso de las espadas.

L

A COTA DE MALLA

En cuanto a la protección de los caballeros, la cota de malla estaba formada por pequeños aros de hierro o acero, entrelazados de tal forma que creaban una vestimenta, una camisa amplia y protectora. Su origen está en el siglo V a. C. y con el paso del tiempo fue perfeccionándose. Su proceso de construcción era muy lento y laborioso, lo que suponía, como es lógico, un coste elevado. Una sola cota de malla podía requerir unos treinta mil eslabones o aros, lo que significaba realizar cada uno de ellos de manera manual, y luego entrelazarlos del mismo modo. Era habitual que cada anilla estuviera unida con otras cuatro, en un patrón que se conoce como cuatro a uno, y en ocasiones los puños tenían unas filas con eslabones de latón. En Occidente se alternaban las filas de anillas remachadas con las filas de anillas soldadas, mientras que Oriente solían ser todas soldadas. El nombre de cota de malla proviene del francés, donde el término en realidad viene a significar túnica de anillos y en castellano se la conoce también como loriga. Bajo esta los caballeros llevaban un jubón acolchado o de cuero, que hacía más cómodo el vestir la protección sobre el cuerpo. El lorigón era una versión más corta de la loriga, que lógicamente dejaba más parte del cuerpo al descubierto, pero a cambio era más ligero y más barato.

Caballero con una sencilla cota de malla y sobrevesta, luciendo también un casco típico de la Alta Edad Media. Esta sencillez se fue abandonando con el paso del tiempo, para mejorar la protección, por una parte, y para mostrar la riqueza e importancia del caballero, por otra. Ni siquiera la heráldica era importante aún en este momento.

Debido al elevado coste de las cotas de malla, quedaban fuera del alcance de muchos de los guerreros, por lo que tenían que recurrir a una prenda, en muchos casos sin protección en los brazos, sin mangas, hecha de cuero o algún otro material resistente y acolchado, que recibía el nombre de almilla, aunque como veremos, este tipo de prendas recibe también otros nombres según el origen

geográfico del caballero.

Desde el siglo IX cobró relevancia y entre los siglos XII y XIII el elemento central de protección de los caballeros y en general de todos los hombres de armas era la brunia, una cota de malla que llegaba hasta la rodilla. Debajo de la cota, y con el objetivo de protegerse de los golpes y de amortiguar el daño que estos podrían causar, los caballeros llevaban una prenda acolchada llamada gambesón o alcotón. Así, a la protección frente a los cortes que ofrecía la cota de malla, se unía esta protección contra el efecto de los golpes, ya que, sin esta amortiguación, aun evitando el corte, la cota transmitía el golpe directamente al cuerpo del caballero. El gambesón se fabricaba uniendo dos paños grandes de tela gruesa, cortados con el patrón adecuado para el cuerpo del caballero. En los bordes ambas partes iban cosidas, y también se pespunteaban pequeñas secciones, cuadrados o rombos, habitualmente, que se rellenaban con lana o pelo de algún animal para producir el acolchado. También se podían incluir en algunas de aquellas secciones algún elemento de metal que aumentara la protección, especialmente en alguna zona especialmente peligrosa.

En ocasiones, algunos caballeros llevaban prendas acolchadas tanto debajo de la armadura o de la cota, como por encima de esta, y algunos autores usan términos diferentes para uno u otro, reservando gambesón para el que era visible. En este caso, el gambesón podía ir forrado con algún material más fino y caro, como podía ser el terciopelo o el satén, utilizando con el paso del tiempo esta tela fina para blasonar al caballero, es decir, para vestir los colores de su cota de armas o el escudo de la casa a la que pertenecía o servía.

Una amplia apertura en la parte inferior central, tanto por delante como por detrás, que subía desde el borde de la cota de malla hasta casi la altura de la cintura, permitía al caballero montar sin problema y le daba un mayor margen de movimientos.

Para proteger la cabeza, algunas cotas de malla incluían una capucha unida e integrada con la propia cota del cuerpo, pero en otros casos la capucha era un elemento adicional. Estas capuchas reciben el nombre de cofia o almófar y podía tener un elemento que habitualmente se llevaba suelto, colgando, y que en combate se ataba con un cordón a un lateral de la capucha y protegía la cara, creando algo similar, en su conjunto, a lo que en la actualidad se conoce como pasamontañas o balaclava. Algunos diseños cubren también los hombros y la parte superior del pecho y la espalda, mientras que en otros casos están hechas para llevar bajo el yelmo.

Batalla medieval en la que se mezclan los caballeros, mostrando sus lanzas y espadas, así como diferentes cascos. La imagen corresponde a la batalla de Dorilea, que tuvo lugar en el año 1097, durante la Primera Cruzada. La victoria de los cruzados les dio ánimos para seguir con su propósito: tomar Jerusalén.

Las brafoneras eran la protección para las piernas, y algunas podían llegar a cubrir incluso los pies. Según el diseño, podían ser como grandes medias metálicas, y en algunos casos eran ajustables por la parte posterior de la pierna mediante correas de cuero. Si no era posible llevar esta protección, un par de botas altas de cuero eran un método alternativo para proteger, aunque fuera con menos efectividad, la parte inferior de las piernas.

Las cotas de malla eran muy efectivas como elemento de defensa, ya que eran una barrera segura frente a los cortes, ofreciendo a la vez una buena movilidad. Tan sólo armas con la punta muy fina podrían abrirse un camino entre los anillos y aun así era complicado que llegaran a hacer una herida considerable.

A

RMADURAS

La protección de un soldado a través de una gran pieza de metal que le protegiera principalmente el tronco, era algo ya conocido desde la antigua Grecia. Los petos metálicos y las grebas, que protegían la parte inferior de las piernas, las espinillas, eran comunes ya entonces, demostrando que era relativamente fácil trabajar el cobre para construir esos grandes elementos. El avance de las armaduras llegó cuando se fueron creando piezas no tan grandes para proteger otras partes del cuerpo, y cuando estas piezas se fueron diseñando de tal modo, que unas estaban enlazadas con otras dejando así cada vez menos espacio libre para el atacante, y manteniendo, en la medida de la posible, la movilidad y la capacidad para el combate de aquel que portaba la armadura. Estos últimos requerimientos, movilidad y comodidad, eran tan importantes que determinaron la forma y todos los detalles de las armaduras, pudiendo afirmar en la actualidad que las armaduras no eran tan incómodas ni tan pesadas como se pudiera pensar a priori. El buen manejo de los materiales fue haciendo que las cotas de malla se sustituyeran por placas de metal, al menos en algunas partes del cuerpo.

Retrato imaginario de Enrique II de Castilla, con cota de malla, coderas, sobrevesta y un casco coronado. En la imagen se pueden ver el León, una figura clásica en la heráldica, y el castillo, también con la clásica y habitual representación con tres torres. Ambas figuras aparecían en su escudo como rey.

Recientemente se han llevado a cabo estudios prácticos y empíricos, en los que se ha comprobado que la armadura no evitaba al caballero combatir con facilidad e incluso llevar a cabo actividades a priori más complicadas, como sería escalar. Es cierto que los caballeros entrenaban con asiduidad y eso les permitían mantener una cierta forma física, por ejemplo, entrenaban movimientos con pesadas espadas y hachas que fortalecían los brazos, hacían lo que hoy podríamos considerar gimnasia e incluso bailaban y se movían de forma extraña con la armadura puesta para acostumbrarse a ella y ser capaces de aprovechar esa familiaridad en el momento del combate. Era su obligación prepararse para la guerra, y esa preparación incluía la preparación física, que les permitía no resentirse al portar la armadura. El problema principal de la armadura no estaba en el peso o en la incomodidad, sino en que reducía la resistencia del caballero en combate, como lo haría portar cualquier otro peso. También las temperaturas que se alcanzaban dentro de la armadura, especialmente si el sol daba sobre el metal, podían llegar a ser un problema. Sin llevar el casco puesto, que en realidad no es un elemento que pudiera reducir la movilidad, si acaso la capacidad de visión, pero portando una armadura de más de veinticinco kilogramos de peso, se han llevado a cabo pruebas reales que permiten asegurar que las armaduras del siglo XV, a pesar de tapar casi complemente al caballero, permitían a este estirar y encoger los brazos y las piernas sin problemas, correr de forma natural, llevar a cabo saltos considerables y por supuesto manejar las armas sin problemas.

Aunque probablemente no era lo más habitual, por el coste que conllevaba, lo ideal era que las armaduras fueran hechas a medida, ajustándose a las formas del caballero que iba a portarla. Fuera de estas construcciones a medida, algunos torpes mecanismos y correas

permitían adaptar las placas al cuerpo y era habitual que se adquirieran armaduras hechas con un patrón, podríamos decir. Los milaneses y los artesanos de algunos lugares de Alemania, como Colonia, eran armeros reconocidos en toda Europa occidental.

Siendo un elemento tan caro dentro de los recursos con que debían hacerse un caballero para considerarse como tal, era importante mantener la armadura en el mejor estado posible. Al igual que ocurría con la cota de malla, el metal debía pulirse, limpiarse y hasta pintarse para evitar que se oxidara. Era habitual que tanto las partes de la armadura como las cotas de malla se metieran dentro de un barril de salvado y, tras cerrarlo, comenzar a hacer rodar durante un buen rato el barril. El roce del salvado con el metal, no sólo lo pulía, sino que el aceite que soltaba el salvado con el roce evitaba que se oxidara el metal.

Lógicamente conseguir esto fue posible gracias al diseño adecuado de los componentes y las partes de la armadura, dejando poco espacio para sufrir una herida y permitiendo esta preciada movilidad. Como ya se ha avanzado, las armas y las armaduras fueron avanzando de la mano, preparándose cada una de ellas para hacer menos efectiva a la otra. Así, un guerrero con armadura del siglo XV, eran casi impenetrable para las armas a las que tenía que enfrentarse. Un ejemplo de esta carrera entre el ataque y la defensa, entre el arma y la armadura, está en la pérdida del escudo. A medida que las armaduras se convirtieron casi en impenetrables para las espadas que se manejaban con una mano mientras que con la otra se sujetaba el escudo, este fue perdiendo sentido en el combate, ya que no era necesaria la protección que ofrecía. Sin escudo en el brazo, un caballero podía combatir en tierra con un espada más grande, una espada que requería ambos brazos para manejarse, algo que podía hacer ya que no tenía que llevar escudo. Estas espadas, mandobles, sí eran capaces de generar daños en el enemigo, incluso cuando este portaba armadura, esa misma armadura que había hecho inútil es escudo.

Incluso cuando la pólvora comenzó a adueñarse del combate, las armaduras eran capaces de mantener a salvo a su portador, ya que los proyectiles no tenían fuerza suficiente en muchos casos para atravesarlas. Tanto es así, que cuando se fabricaba una armadura, en este tiempo, se solía realizar un disparo contra la misma, a cierta distancia, en el propio taller de fabricación. Este disparo no atravesaba el metal pero sí dejaba una marca, una abolladura. Dicha marca era una prueba de calidad, una señal directa de que aquella armadura era capaz de proteger a su portador incluso contra las armas de fuego.

De igual forma que en ocasiones se sacrificaba protección en los cascos y se optaba por cubrir parte de la cabeza con cota de malla, para ganar comodidad, las armaduras más pesadas y elaboradas que vistieron los caballeros medievales no fueron las utilizadas en combate real, en la guerra, sino aquellas que se crearon para los torneos y para las justas. Las propias reglas de los torneos hacían que el caballero estuviera más expuesto al golpe, de hecho, el objetivo era que el encontronazo con el contrario tuviera lugar, con toda la fuerza que transmiten dos caballos lanzados al galope el uno contra el otro. Esto hacía que la protección fuera el elemento principal en una armadura de torneo, combinándose con la vistosidad necesaria para que la posición social del caballero quedara a la vista de todos los asistentes. Por otra parte, si bien tenía que proteger contra cualquier golpe y arma, ya que podría darse esa situación, lo cierto es que estaba muy concentrado el lugar en el que el golpe sería más fuerte, en lado y la altura en la que la lanza del contrincante haría impacto. Así, se colocaban estructuras especiales para proteger ese lado del cuello, se reforzaba el costado izquierdo de forma significativa e incluso los yelmos eran diseñados especialmente para las justas, llegando al extremo de estar sólo perforados algunos de ellos en el lado derecho, para que el lado izquierdo fuera más sólido, seguro e impenetrable. Todo esto era viable en un torneo, donde la acción era conocida de antemano y su duración era muy poca. Este tipo de armaduras, tan pesadas, no serían prácticas en el campo de batalla ya que el caballero estaría agotado a los pocos minutos de comenzar la lucha.

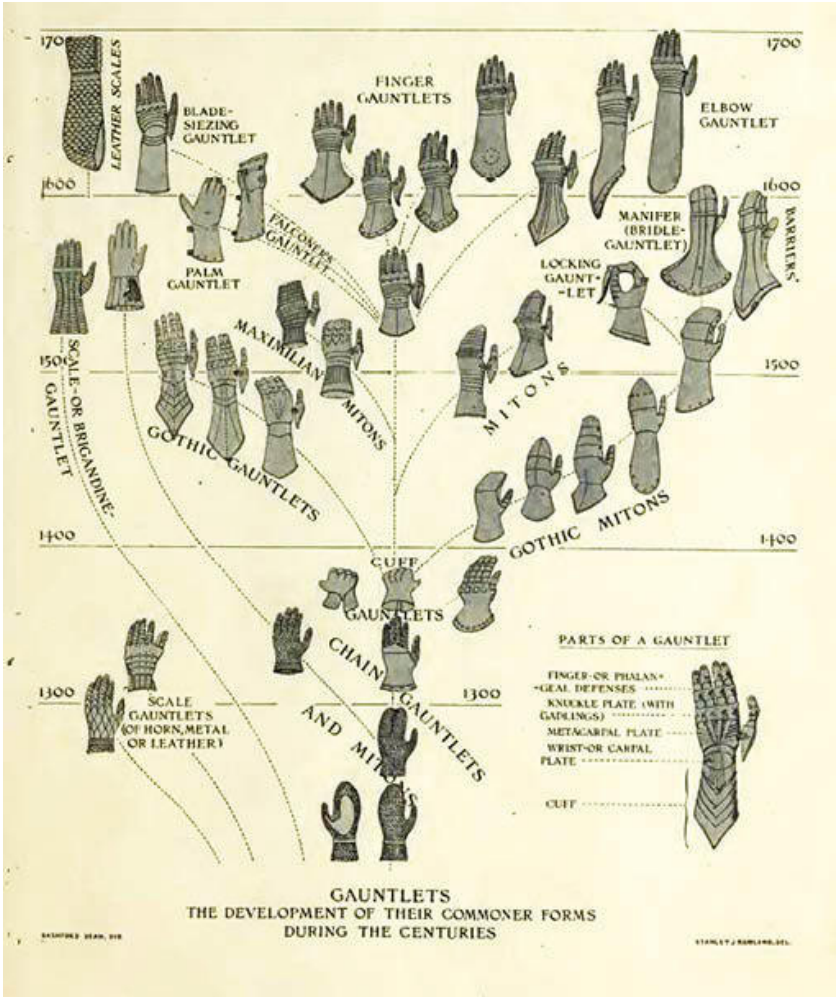


Diagrama de la evolución de los guanteletes. De las sencillas figuras del siglo XII, que cubren sin diferencia toda la mano, llegamos a los diseños del siglo XVI, donde ya cada dedo es independiente e incluso tiene movilidad a nivel de falange.

Las armaduras llegaron finalmente a tal capacidad en su construcción, que no era extraño encontrar guanteletes, la parte que

protegía la mano, con la forma casi perfecta de esta y que combinaban láminas de metal de tal forma que, entrelazándose unas con otras, permitían una movilidad de los dedos más que destacada, a la vez que protegían estos de cualquier golpe o corte. Lógicamente, este guante de metal era contundente si se tenía que utilizar, en última instancia, como arma en un combate cuerpo a cuerpo, convirtiendo un puñetazo en algo mucho más efectivo que un simple puñetazo.

Por otra parte, a lo largo de los siglos, los materiales usados para proteger a los caballeros y en general a los soldados, fueron de lo más variado. La cota de malla y las placas de metal son los más conocidos y los que tenemos todos presente en nuestra cabeza, pero también el cuero curtido era común, perfecto por ser ligero y muy resistente y hasta el cartílago de ballena fue usado en algunas ocasiones para hacer parte de armaduras.

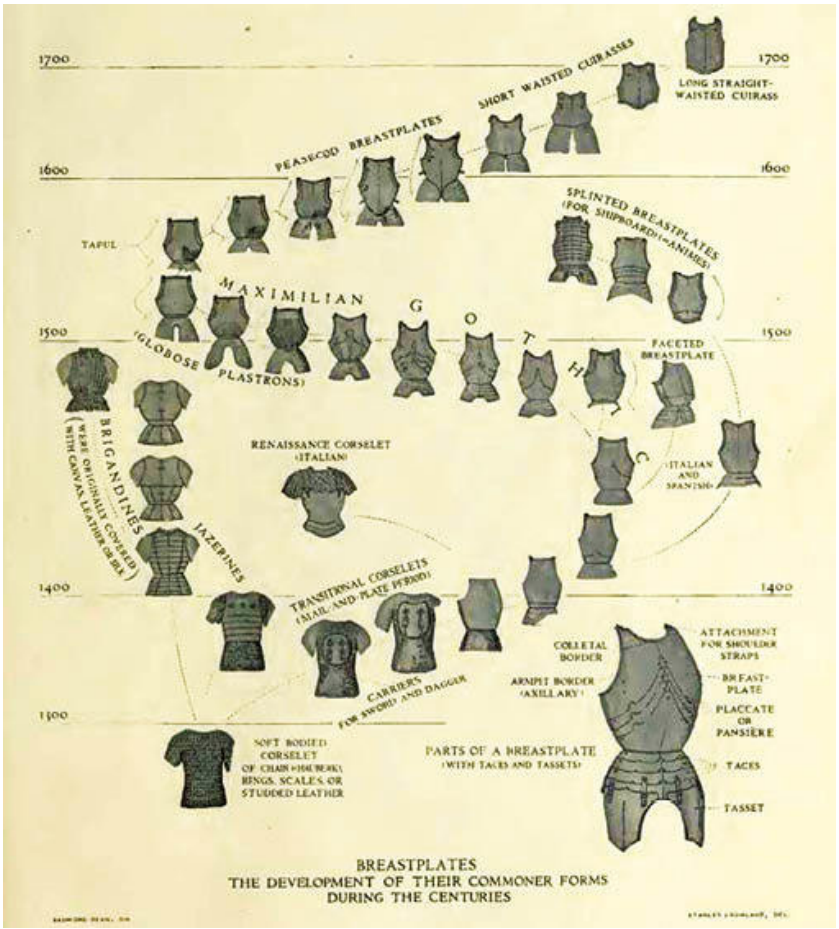


Diagrama de la evolución temporal de las corazas. La cota de malla inicial fue evolucionando, mejorando el propio material, así como los diseños, donde las partes móviles, que vemos por ejemplo sobre los muslos a mediados del siglo XV, permitían al caballero mayor capacidad de acción.

En el siglo XV, la conocida como armadura gótica era un compendio de todo ese conocimiento acumulado a lo largo de los siglos en torno a la construcción de las mismas, consiguiendo la máxima protección mientras que se permitía al caballero una

movilidad total. Las técnicas metalúrgicas habían avanzado lo suficiente como para que las placas de metal fueran finas y tuvieran las formas adecuadas, a la vez que ofrecían una muy buena resistencia a los golpes. La parte más importante seguía siendo el peto que abrazaba el tronco del caballero, pero finas láminas hechas con un propósito y lugar de destino muy concreto de la armadura se unían unas a otras para ofrecer cobertura en el codo, en los hombros, en las ingles, en el cuello... y en aquellos lugares donde no llegaba el metal, siempre se podía recurrir, a pesar del paso del tiempo, a la cota de malla. Tenían las armaduras de este período un buen número de partes articuladas, que permitían que los codos, rodillas, tobillos... tuvieran una buena movilidad. El yelmo estaba diseñado para hacer resbalar los golpes hacia fuera, gracias a los planos que lo componían. Tanto para los golpes frontales como para los descendentes, aquellos que recibía el caballero desde la parte superior de su cabeza. Este tipo de golpes eran habituales en el combate a espada. En definitiva, las armaduras del siglo XV habían alcanzado un nivel de sofisticación muy elevado, siendo más seguras y útiles para aquel que las vestía que las de siglos anteriores, además de ser mucho menos pesadas y de dejar una libertad de movimientos al caballero mucho más alta.

L

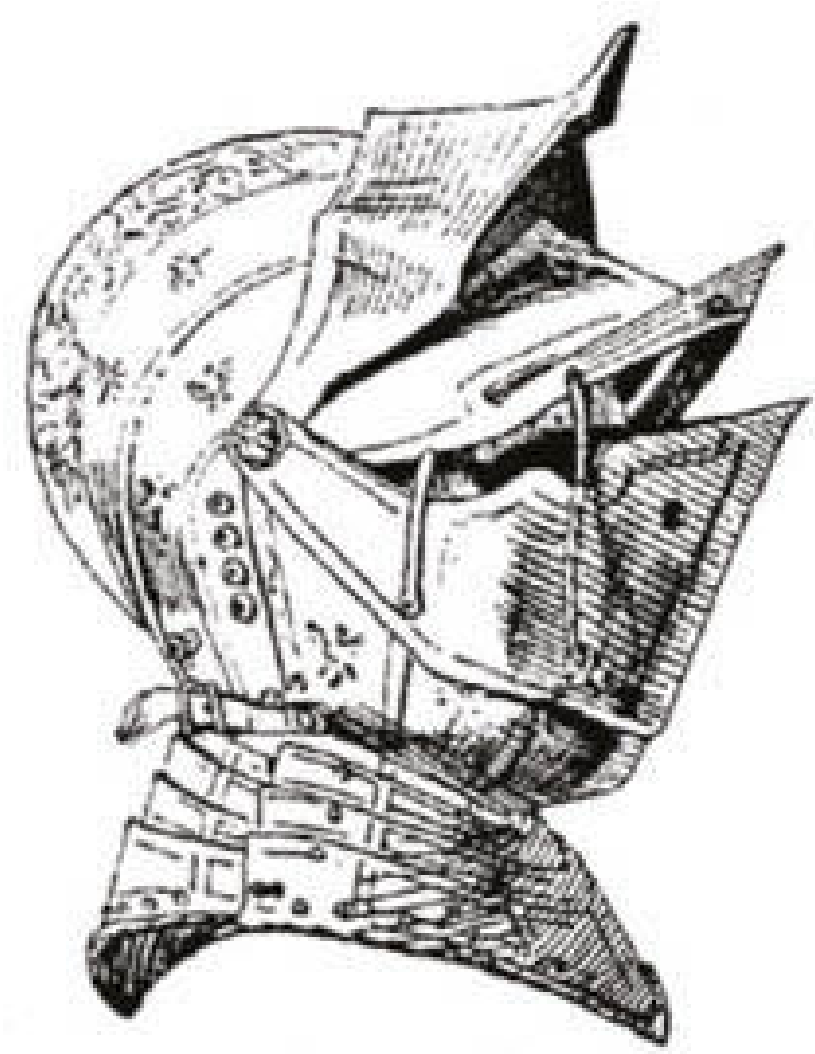
A PROTECCIÓN DE LA CABEZA

El casco fue un elemento esencial en la protección de los caballeros en combate, y en el siglo XI cubría únicamente la parte superior de la cabeza, como una corona, incluyendo habitualmente un protector nasal. Así eran los cascos típicos de los caballeros normandos, aunque ya entonces había muchas variaciones en la forma y en algunos pequeños detalles. Por ejemplo, desde siglos atrás se usaban las carrilleras, que eran tiras de metal o cuero, que colgaba del casco y que protegían los lados de la cara. Esta configuración básica fue aumentando en cuanto a la zona de la cabeza que protegían y los cascos acabaron por cubrirla completamente y además proteger también el cuello. De aquel que cubría sólo la parte superior de la cabeza, se pasó a un diseño cilíndrico, con la parte superior plana o casi plana, que protegía efectivamente toda la cara y el cráneo, pero que presentaba un importante inconveniente, que no era otro que la capacidad que visión que dejaba a aquel que lo llevaba puesto. Una apertura longitudinal a la altura de los ojos permitía al caballero ver lo que ocurría a su alrededor, pero la pequeña franja en el caso limitaba de manera importante la visión, aunque protegía bien la cara y los ojos. Por decirlo de un modo casi cómico y para que el lector lo visualice claramente, aquellos caballeros llevaban sobre su cabeza algo así como cubo de metal, con una ranura que les permitía ver.

Caballero vistiendo un sencillo casco hemisférico, donde también se ve una cofia de malla.

El otro inconveniente del casco era la sensación de agobio para el guerrero, entre otras razones, porque respirar dentro de él se convertía en no pocas ocasiones en algo complicado. Y no hay que olvidar que cuando más sentido tenía usar estos cascos era cuando un caballero entraba en combate, suponiendo ello una actividad física que aumentaba el ritmo de respiración. Para solventar este problema y llevar el máximo volumen de aire a los pulmones, era habitual que estos cascos cilíndricos tuvieran perforaciones a la altura de la nariz del caballero. En cualquier caso, más allá de la

propia sensación de casi claustrofobia que podemos imaginar, los hombres respiraban dentro del casco un aire poco adecuado, ya que su renovación era casi nula y por lo tanto aspiraban el mismo aire una y otra vez, cada vez menos cargado de oxígeno.



Ejemplo de yelmo complejo, con dos viseras móviles. Sólo en la

misma batalla ambas se bajaban, ya que la visibilidad y la respiración se complicaban con las viseras. También se ve en la imagen cómo el diseño protege el cuello a partir de varias láminas que se superponen, lo que permite cierta movilidad al caballero.

Estos problemas se solventaron con el rediseño de las protecciones para la cabeza, incluyendo una visera móvil que permitía subir la parte anterior del casco, bien totalmente, o bien en una amplia zona que dejaba la cara, entre los ojos y la boca, al descubierto. Subir la visera del casco ofrecía una mejora considerable de la visibilidad y permitía respirar más cómodamente, aunque suponía un riesgo si se hacía en una acción de combate. Por otra parte, hacer un casco con parte móviles conllevaba más complejidad para el herrero o artesano y además suponía cierta debilidad estructural del mismo, algo que, como era de esperar, fue mejorando con el paso del tiempo y la experiencia. Otra ventaja que ofrecía la capacidad de destaparse la cara sin tener que retirar todo el casco de la cabeza, era la posibilidad de identificarse fácilmente y de manera rápida delante de otros. Según parece, ese gesto de levantarse la visera para mostrar la cara y así hacerse reconocer entre los suyos, es el origen de que el saludo militar actual sea llevarse la mano a la frente o a la visera de la gorra.

Todas las incomodidades asociadas al uso del casco merecían la pena si tenemos en cuenta que salvaban vidas y que protegían algo tan delicado como la cabeza de los terribles golpes que se asestaban con las espadas o mazas. Esto lo atestigua una anécdota que protagonizó el guerrero y noble anglonormando del siglo XII Guillermo el Mariscal, denominado en alguna ocasión como el más grande caballero que jamás vivió, y que sirvió a cuatro reyes: Enrique II, Ricardo Corazón de León, Juan I y Enrique III. Fue uno de los hombres más poderosos de su tiempo y un gran guerrero. La anécdota en cuestión narra cómo en una ocasión se vio obligado a asistir al herrero y poner su cabeza sobre el yunque, para que este le pudiera extraer el yelmo de la cabeza usando martillos, tenazas, pinzas y todas las herramientas propias del oficio de herrero. Tantos golpes había recibido en la cabeza, que el casco se había abollado y

deformado de tal modo que Guillermo no podía extraérselo. Eso sí, a cambio de aquella incomodidad, se vio a salvo de las graves heridas que hubiera sufrido de no disponer de aquella protección.

Los bacinetes con forma ojival, como los arcos apuntados, en la parte superior, y con una visera puntiaguda frontal, se conocían como cabeza de perro o cabeza de cerdo, si bien, más parece que es un pico de pájaro lo que tenía el caballero en su cara bajo el casco, precisamente por la forma de este. Este diseño era el más común entre los caballeros de Europa occidental en la segunda mitad del siglo XIV. En esta misma época el yelmo fue quedando relegado a los torneos y evolucionó hacia el casco que habitualmente se conoce como casco boca de rana, precisamente porque la forma del mismo, donde la ranura larga transversal que permitía la visión le daba un aspecto peculiar y que recuerda a la cabeza de una rana. Esta pequeña ranura y la forma del casco hacían que en los torneos el caballero inclinara la cabeza hacia delante, acercando la barbilla al pecho, lo que le permitía ver por la estrecha rendija al contrincante y preparar el golpe mientras se acercaba al galope. Justo antes del coche el caballero levantaba la cabeza, perdiendo la visión, pero protegiendo sus ojos, ya que la forma del casco hacía que ni la lanza ni alguna astilla perdida penetrara por la ranura. Estos yelmos de justa eran relativamente sencillos de construir, ya que consistían en tan sólo dos piezas de acero. La primera se ajusta al cráneo y es curvada siguiendo la forma de la coronilla, mientras que la segunda pieza envuelve la cabeza entera con una forma especial en el frente que presenta dos planos que expulsarían la lanza hacia los lados y una pequeña línea vertical en el frente del yelmo. Ambas piezas se unen con remaches, y en la zona frontal se tiene la ranura visión, justo en la junta entre ambas piezas y que básicamente se genera reduciendo el tamaño de la parte superior. Así se genera la boca de la rana, que en realidad apunta al cielo. Durante el siglo XV los diseños variaron y divergieron en gran medida.

Por debajo del casco los caballeros se colocaban el almófar, como ya hemos adelantado, que era una cota de malla que se unía al caso y caía sobre los hombros para proteger estos y el cuello,

especialmente la nuca. Los almófares surgieron como sustitutos para las cofias de malla de los siglos anteriores, que a mediados del XIV ya habían dejado de usarse por completo. La cota de malla, combinada con el casco, pasó por varios diseños, en los que aquella se unía de diferentes modos al casco, protegiendo la cara y dejando más o menos espacio para la vista y la respiración. Estos cascos en los que la parte superior era de metal y la parte inferior, que podríamos asemejar a una balaclava, como ya hemos comentado, era útil en combate real, donde se perdía protección, pero se ganaba en comodidad, pero no se utilizaba en torneo, ya que no era una defensa válida contra una lanza dirigida hacia la cabeza.

Todos los elementos que intervenían en el diseño y en la construcción de los cascos tenían que combinar tres elementos principales: la seguridad, la capacidad del caballero para ver y respirar y, por último, la comodidad. De nuevo tenemos aquí una carrera contra las armas. Así, ya que en los ataques con lanza esta podría ser dispuesta de abajo arriba, la parte inferior del casco, aquella sobre la que se apoyaba lo que hemos indicado anteriormente que era movible y se podía elevar para dejar ver la cara, sobresalía, de tal forma que si la lanza impactaba en la parte inferior, la que cubría la boca y las mejillas y comenzaba a resbalar hacia arriba, saltaría a la parte superior, que al estar desplazada hacia atrás, evitaba que la lanza se trabara en la abertura de los ojos, algo que hubiera sido fatal. De igual modo, si todo el caso estuviera en el mismo plano, la lanza al resbalar por el mismo se toparía con el agujero de visión provocando terribles daños, por lo que otra parte del diseño de los cascos destinada a evitar que las lanzas provocaran daños, era la forma en cuña de los mismos. Si el casco presentaba un plano más o menos regular al enemigo, un golpe de lanza sobre dicho plano haría una fuerza tremenda hacia atrás, con las consecuencias que todos podemos imaginar. En cambio, si el caso presenta dos planos laterales que se unen en una fina línea que recorre el frontal de arriba abajo, un golpe de lanza, por la propia inercia del golpe, resbalaría por el metal desde el frente hacia los lados, saliendo la lanza por los laterales del casco sin provocar mayores daños. Todas estas ideas dieron lugar a los más variados diseños, pero respetando siempre estas cuestiones

básicas que podían hacer del casco algo útil o casi inútil.

Finalmente, cuando los torneos eran el destino de las armaduras y no tanto el campo de batalla, los cascos fueron añadiendo elementos más vistosos y menos prácticos, aunque en su estructura y diseño básicos se mantenían tal y como hemos descrito. Estos cascos iban coronados con formas de animales y altos plumajes, buscando más la vistosidad del caballero que la utilidad. Seguían no obstante siendo necesarios, ya que en los torneos también debían cumplir con el objetivo de proteger al caballero, aunque el objetivo primero de estos encuentros y luchas entre caballeros no fuera provocar el daño, y mucho menos la muerte, al contendiente. Un caso significativo de lo peligroso que eran los torneos y de lo importantes que eran las protecciones y la forma del casco, tal como hemos descrito, es la muerte del rey Enrique II de Francia, ya en pleno siglo XVI. En 1559, entre los muchos actos que se organizaron con motivo de la boda de su hija Isabel con Felipe II, rey de España, se puso en marcha un torneo, lógicamente con un objetivo muy lejano al combate real. En un encuentro del rey Enrique contra el conde de Montgomery, una astilla de la lanza se coló por la fina ranura que permitía la visión a través de la celada del rey y atravesó su ojo, hiriéndolo de gravedad. Se puso al monarca en manos de los mejores médicos y cirujanos y ante lo complicado de la situación, se intentaron los métodos de cura más drásticos, incluyendo la propia trepanación del cerebro del rey. Antes de llevar a cabo la operación sobre el rey, los médicos tuvieron a su disposición a algunos condenados a muerte a los que provocaron los mismos daños que tenía Enrique II, para luego intentar salvarlos. Ninguno de estos condenados sobrevivió, como tampoco lo hizo el propio rey. Este hecho, además de sorprendente, ilustra lo que hemos expuesto sobre los cascos.

L

OS ESCUDOS

Un método de protección básico, barato pero efectivo, eran los escudos. Hechos de madera, los escudos solían estar rodeados a lo largo de su borde por metal o en algunos casos por cuero. Esto les daba consistencia y sujetaba la madera, ya que a menudo eran varias maderas las que daban forma al escudo, y además ofrecía así una barrera más dura para los golpes contra el borde del escudo, muy habituales. En muy pocos casos y tan sólo avanzada la Edad Media, algunos escudos fueron realizados completamente en metal.

Estos materiales hacían que el escudo fuera pesado, por lo que se requería una fuerza y destreza considerables para mantenerlo en alto con el brazo, dirigirlo del modo adecuado para detener los ataques y además resistir los golpes del enemigo sobre el mismo. El escudo tenía en su interior una serie de tiras y asideros por los que el caballero metía el brazo y agarraba la mano, embrazando así este elemento defensivo. En algunos casos, a pesar de servir básicamente para la defensa, también el caballero podía usar el escudo para golpear a su enemigo o para empujarlo. Un caballero debía estar bien entrenado para situar el escudo de tal modo que le protegiera y además llevara a su enemigo a atacar en una determinada zona, la que no cubría el escudo. Con este, debía rechazar el ataque y preparar el contraataque con su propia arma. Entrenamiento, como decíamos, y fuerza física eran esenciales para poder resistir la lucha.

El escudo fue un elemento de protección usado por los caballeros durante casi toda la Edad Media, hasta que dejaron de ser útiles, como hemos visto. No obstante, cuando no eran ya útiles como defensa, seguían siendo útiles para lucir el blasón o los colores del

caballero. Sus tamaños y formas fueron muy variados, pero en términos generales tenían forma triangular, como si fueran una cometa, y si bien las longitudes dependían del momento y del país, la anchura sí fue común en términos generales. Esta era la suficiente para proteger el costado del caballero y, por otra parte, la anchura que un hombre podía mantener firmemente con su antebrazo, ya que esta era la forma de sujetar el escudo. Así, el escudo no podía ser mucho más ancho de lo largo que era el antebrazo del caballero, ya que las partes externas, en ese caso, serían poco sólidas frente a los golpes. De nuevo, la balanza entre la protección que ofrecía el elemento y la comodidad y manejabilidad que le permitía al caballero debía ser equilibrada. Así, el clásico escudo normando, muy largo y acabado en forma de pico, era capaz de cubrir casi por completo el costado de su portador, llegando hasta media pierna. También se le conoce como escudo de lágrima, por su forma, pero lógicamente era poco manejable y pesaba mucho, por lo que a partir del siglo XII fue perdiendo popularidad. Este tipo de escudo, en combate a pie, protegía la pierna izquierda, normalmente adelantada, mientras que, en el caso del combate montado, la protección cubría todo el flanco.

El escudo fue menguando de tamaño, aunque mantuvo en cierta medida esa forma, manteniendo su acabado en pico en la parte inferior, y protegiendo únicamente ya el torso del caballero, de la cadera al cuello. En algunos lugares, como en Oriente o los árabes que tomaron la península ibérica, la forma era redonda, recibiendo estos el nombre de adarga o rodela.

5

La caballería en combate

Un señor menor podía tener bajo su control a un grupo de soldados a pie, a menudo dotados únicamente con un jubón de cuero y una lanza o quizás un arco. Incluso los hombres que trabajaban el campo en sus dominios, a los que protegía y a los que arrendaba, de un modo u otro, las tierras, se veían también obligados a combatir. Algunos de ellos, quizás llegaran a tener un yelmo y alguna pieza más de armadura, que les protegería en parte. Diferenciándose de esta base militar, de estos soldados de infantería, la familia del señor, así como algún otro hombre destacado, tenía lo necesario para ser considerado caballero. Es decir, no sólo la caballería formaba la dotación militar con la que un señor protegía sus tierras y respondía a las peticiones bélicas del rey, sino que siempre estuvo rodeada de hombres a pie, y en gran número. Por ejemplo, a mediados del siglo XIV, se mencionan casos cuyas dotaciones eran catorce caballeros, sesenta escuderos y más de ochenta arqueros, o veintitrés caballeros, más de cuarenta escuderos y más de sesenta arqueros. Como vemos, los caballeros son una pequeña parte del grupo de hombres con el que estos señores, en Inglaterra, respondían a las peticiones de su rey. En la mayoría de los países lo reyes tenían la potestad, en caso extremo, de requerir la participación en sus filas de todos los hombres con capacidad para combatir, recayendo además en ellos la responsabilidad de equiparse y armarse, dentro de sus posibilidades, que lógicamente no solían permitir dotarse como un caballero.

Si bien la organización cambia entre países, era habitual que incluso hubiera caballeros con un rango menor, a los que, en Francia, por ejemplo, se conocía como sargentos, y que, si bien iban a caballo, su armadura y su montura no estaban a la altura de la caballería y por lo tanto su aportación en el campo de batalla era otra, más cerca de organizar a los hombres de a pie moviéndose rápido con sus caballos ligeros.

Si bien los señores estaban obligados a acudir a la llamada del rey, había restricciones. Así, después de algunas semanas, unas seis en términos medios, por parte de los hombres podían volver a sus casas, lo que obligaba al rey a tener que pagar a su ejército para mantenerlo combatiendo, u ofrecer algún otro tipo de compensación. Tampoco existía la obligación de combatir fuera de los límites del reino, lo que puede ser visto como una forma de entender que el servicio al rey era de protección de sus dominios, pero no de ayuda para nuevas conquistas. El pago de un impuesto o multa eximía a los señores, en muchos casos, de acudir al servicio del rey, y eran muchos los que optaban por tal opción. Lógicamente, ese hecho podía ser visto como una falta de honor y lealtad, siendo estrictos, pero lo cierto es que el dinero que recaudaba el rey le permitía contratar otros soldados, mercenarios, que sustituían a sus señores.

M

ERCENARIOS, AL SERVICIO DEL MEJOR POSTOR

Que el rey pudiera llamar a su servicio a sus señores y a los hombres que estos pudieran arrastrar, tenía como contrapartida que más allá de los caballeros y de los hombres de armas que vivían exclusivamente para la guerra, el resto de los soldados fueran en muchos casos torpes en combate y, por otra parte, estos mismos hombres podían no estar equipados como debieran. Los señores, por su parte, si bien eran el pilar de la fuerza militar, podían tener sus propios intereses, que en ocasiones no los predisponían a la guerra. Por estos motivos, y para aumentar las fuerzas de su lado, ya desde el siglo XI los señores buscaban y contrataban mercenarios, que estaban entrenados para la guerra, estaban bien equipados por ser ese su oficio y estaban dispuestos a luchar ya que su subsistencia dependía de su desempeño en el campo de batalla. En el siglo XII la mayoría de los ejércitos contaban en sus filas con un numeroso cuerpo de mercenarios y en el siglo siguiente, era común que se ofreciera una paga a la mayoría de los soldados, fueran estos mercenarios o no.

A finales del siglo XIII los señores más importantes de las ciudades del norte de Italia, los Visconti milaneses o los Medici florentinos, por ejemplo, deseaban aumentar sus territorios, lo que significaba tener que embarcarse en guerras de un calado al que las tropas de la ciudad, pensadas para otros cometidos, no podían llegar. La falta de la estructura feudal que había dado lugar a la caballería en otros lugares, provocó que en el norte de Italia comenzaran a reclutarse mercenarios, en muchos casos, germanos. En ocasiones eran verdaderos ejércitos, estos grupos de soldados de fortuna, como en el caso del grupo comandado por Werner von Urslingen, a cuyas órdenes estaban unos seis mil hombres. Fra Moriale, cuyo nombre real era Jean du Montreal d'Albarno, fue otro gran líder mercenario,

cuyas tropas llegaron a alcanzar los siete mil jinetes y los dos mil arqueros. De origen noble, había sido un caballero hospitalario y tras ser expulsado se unió a Von Urslingen, para acabar capitaneando su propio ejército mercenario. También algunos italianos formaron sus grupos, en busca de lo que no dejaba de ser un gran negocio, el negocio de la guerra.

No es extraño que los grupos de mercenarios crecieran, ya que su beneficio dependía de su reputación y de lo bien entrenados y armados que estuvieran sus hombres. Así, todos querían unirse a los más reconocidos, ya que las probabilidades de cobrar y de vencer eran mayores. Los jefes, como hemos visto en el caso de Fra Moriale, eran habitualmente miembros de grandes casas, destacados por su formación militar y sus dotes con las armas. Dentro del pacto de servicio de los mercenarios para con su comandante, estaba el de permanecer a su lado incluso cuando no había trabajo, cuando no estaban luchando para algún señor, lo que era recompensado con una paga. Esa paga que el capitán del grupo entregaba a los soldados, incluso en tiempo de paz, era conocida en italiano como condotta, y por ese motivo a los grandes capitanes mercenarios que combatieron en el norte de Italia se les conoce como condottieri, en español, condotiero, que en la actualidad ha venido a ser sinónimo de mercenario de manera más general, pero en realidad se refería únicamente al comandante o jefe de los mercenarios.

Retrato de Pedro I de Castilla, con armadura y corona. Del lado de este rey castellano combatieron arqueros ingleses, de los que en el siglo XIV se escribió que disparaban sus flechas con tanta fuerza y rapidez que parecía que nevaba.

Cuando llegó la guerra de los Cien Años, que curiosamente duró ciento dieciséis años, desde 1337 a 1453, los ejércitos tanto de Francia como de Inglaterra ya se componían en gran parte de soldados que luchaban a cambio de una paga. En esta última, Inglaterra, existía una prohibición que limitaba el uso de hombres extranjeros al servicio del rey. Eduardo III implantó un sistema, en 1341, por el que la Corona acordaba con un capitán, mediante un contrato, que este tendría que proveer al rey un determinado número de hombres, que estarían en el lugar acordado en la fecha acordada. En el mismo documento se establecía el tiempo que duraría el servicio, período que habitualmente iba desde los cuarenta días hasta un año, y de igual modo quedaba cerrado el importe que recibiría el capitán y las obligaciones y deberes de todos los reclutados. En estos grupos había caballería, arqueros, lanceros... y dieron lugar a verdaderos ejércitos, a los que resultó complicado disolver una vez que las campañas o las guerras finalizaban. Cuando en 1356 el ejército francés fue derrotado en la batalla de Poitiers, algunos de estos grupos de mercenarios, conocidos como las Compañías Libres se dieron cuenta de que gracias a la falta de orden y poder que se había provocado por la propia guerra, podían vivir del saqueo. Así, en tiempos de guerra los nobles les pagaban para combatir, y en tiempos de paz saqueaban castillos y ciudades, extorsionando a señores y a los propios habitantes. Estas brigadas de mercenarios combatieron por toda Europa, desde el norte de Italia y Suiza hasta la península ibérica, donde lucharon, por ejemplo, junto a Enrique de Trastámara en su guerra contra Pedro I de Castilla, conocido como el Cruel. Este último también las tuvo de su lado, cuando acompañaron al Príncipe Negro inglés en sus combates en Castilla.

O

RGANIZACIÓN Y FORMACIONES EN COMBATE

Las guerras medievales no sólo se basaban en las grandes batallas en campo abierto, sino que era habitual luchar buscando escaramuzas que fueran disminuyendo las fuerzas, y la moral, del enemigo. También era habitual el arrasamiento, que consistía básicamente en la incursión de los dominios del enemigo para quemar cosechas y destruir aldeas, reduciendo así su capacidad económica, su poder y su influencia. Reducir la capacidad económica también se dejaba notar en la fuerzas que podía un señor pagar, a los mercenarios que podía contratar para combatir de su lado. Esta forma de combate, alejada de los ideales caballerescos, era muy habitual. Este tipo de acciones desemboca en muchos casos en un contraataque, lanzado por las fuerzas del territorio que estaba siendo arrasado, lo que provoca enfrentamientos entre pequeños grupos y tan sólo en algunas ocasiones se presentaba la ocasión de enfrentar una batalla de gran envergadura, un enfrentamiento masivo a campo abierto. Por supuesto, también existían asedios a ciudades y castillos, en los que la forma de combatir tenía sus propias reglas y condiciones.

En muchas ocasiones el objetivo último de una campaña bélica era la toma de un lugar estratégico y significativo, como era una ciudad o un castillo. Los castillos, centro de poder de los señores y elemento de defensa y protección para todos aquellos que no combatían, solían situarse además en lugares esenciales, como era el cruce de un río o un enclave importante. Por otra parte, cuando un ejército avanzaba por territorio enemigo, no podía dejar atrás castillos o ciudades sin tomar, ya que ello suponía dejar en su retaguardia, si seguía avanzando, a toda la dotación que se protegía dentro, lo que en el futuro podía conllevar terribles consecuencias. Por estas razones muchas de las batallas eran para romper un asedio

o para establecer un asedio, incluso cuando las batallas eran entre las dos fuerzas en campo abierto.

Los asedios determinaban en gran medida el devenir de la guerra y en ellos participaban principalmente cuatro grupos de combatientes: caballería, infantería, especialistas en las armas de asedio y en lanzar proyectiles, y, por último, grupos de hombres especializados en cuestiones concretas, como podía ser el excavar minas.

Como ya hemos comentado, el valor y el honor de un caballero se demostraba en el campo de batalla, y de ese papel en batalla dependía su consideración social. Esto provocaba en no pocas ocasiones que, en lugar de buscar una estrategia con el objetivo directo de vencer, muchos nobles y caballeros optaran por un camino más corto, más directo y que implicaba la batalla lo antes posible. Esperar a unas mejores condiciones o plantear alguna estrategia complicada para vencer, quizás fuera interpretado como miedo o como cobardía, con la correspondiente mella en la reputación del responsable. A esta forma de actuar pueden achacarse en cierta medida las derrotas francesas de Crécy y Angicourt, batallas que estudiaremos con detalle más adelante.

En la lucha cuerpo a cuerpo en el campo de batalla, es decir, cuando se establecía contacto directo entre los contendientes, el arma determinaba la forma de proceder. Tanto para los hombres a pie como para los hombres montados, luchar con una espada o con un hacha, por su propio manejo, requería más espacio entre los hombres que cuando estos usaban una lanza. En gran medida únicamente la primera línea de las formaciones era la que podía alcanzar a los enemigos, por lo que era determinante la extensión en horizontal de la línea de combate, pero también lo era la profundidad de la unidad, o dicho de otro modo, cuántos hombres estaban a la espalda de esos que componían la primera línea. Tener hombres detrás, que poco podían hacer salvo mirar, obligaba a los

que entraban en combate a afrontar el miedo y a mostrar valor, ya que estaban siendo observados. Por otra parte, como es obvio, tener hombres detrás ayudaba a contener el encontronazo con el enemigo, evitando que la formación retrocediera y servía de fuente de sustitutos o de nuevos guerreros a medida que los de primera línea iban cayendo o agotándose. Si estas líneas posteriores estaban armadas con picas o lanzas largas, podían atosigar al enemigo por encima o entre sus propios compañeros.

No todos los hombres que iban a caballo eran caballeros, ya que también existían soldados de menor rango que iban montados. Esto les confería un status superior al de un soldado de infantería, pero aun así estaban por debajo de los caballeros y habitualmente a su servicio. En algunos casos, la diferencia real entre un caballero y un soldado a caballo, pero no caballero, estaba sencillamente en la posición social. Un mercenario, o un sargento podían tener un caballo y combatir montado, pero no era un noble, y de hecho estaban subordinados a los caballeros reales, tanto dentro como fuera del campo de batalla. Si su destreza era destacada y su valentía y buen hacer les llevaban a realizar algunas hazañas en combate, estos jinetes podrían ser nombrados caballeros, ascendiendo así en la escala social y ganando poder dentro del campo de batalla.

Escena representativa de la batalla de Bannockburn (1314), donde el rey Roberto I de Escocia se dirige a sus hombres. Los escoceses escogieron bien el terreno y su posición en el mismo, anulando a los arqueros ingleses. Las picas y las lanzas, que se ven en la imagen, destrozaron las cargas de caballería inglesas y permitieron la victoria de Roberto I.

Por otra parte, la caballería pesada compone el centro de la visión popular de la caballería, pero la caballería ligera también jugaba un papel en el combate, si bien en Europa occidental su prestigio y su uso era menor que en Oriente. Con monturas diferentes a las que usaban los caballeros pesados, y también con armas distintas, habitualmente lanzas pequeñas o arcos para lanzar flechas, se esperaba de la caballería ligera que sirviera para pequeñas escaramuzas y para explorar, buscando rutas o dónde se localizaba el enemigo, atosigándolo tanto antes del combate, como durante el mismo e incluso después, si había oportunidad. Las cargas frontales y los choques brutales de líneas de infantería eran lo habitual, desaprovechando muchas veces las posibilidades de la caballería

medieval para ayudar allá donde las líneas eran más débiles o estaban sufriendo más, o para aprovechar estas mismas debilidades en el bando contrario. De igual modo, un movimiento envolvente por los flancos podía dar grandes resultados, como demostró la historia con el paso del tiempo. En cualquier caso, sí que existieron ocasiones en las que se aprovechó con gran éxito la movilidad de la caballería ligera, si bien fue mucho más común en Europa oriental, donde la influencia de los jinetes asiáticos se dejó notar.

El ataque más eficaz de la caballería medieval, la caballería pesada, era la carga directa, en formación y con lanza contra un enemigo dispuesto en el campo de batalla. Cuando la carga era contra una formación de infantería, de soldados a pie, la eficacia era significativa y en ocasiones el grupo de jinetes lanzados al galope provocaba la disolución de la formación que era atacada, incluso antes de que se produjera el encuentro. Aun cuando el soldado tenía un escudo con el que defenderse, la fuerza del jinete y el caballo hacían que hubiera pocas posibilidades de resistir. Lógicamente, para que esto tuviera lugar, se tenían que encontrar ambos ejércitos listos para la batalla en un lugar adecuado. A esto contribuía el ritual que en muchas ocasiones se seguía para acordar una batalla, uno de esos encuentros históricos en los que dos bandos se citan casi en un lugar y hora, a menudo tras buscarse durante un tiempo, para combatir como si fuera una partida de ajedrez a gran escala. Idealmente, uno de los bandos enviaba un emisario al enemigo, en el que le proponía un día y un lugar en el que enfrentarse. Si el otro estaba dispuesto, aceptaba la propuesta y unos días después, se encontraban sobre el sitio adecuado, después de haberse desplegado sobre el terreno. En estas situaciones, los exploradores no tenían que preocuparse de cumplir con su obligación de saber por dónde y cómo se movía el enemigo, ya que esto se conocía de antemano, pero sí adquiría importancia entonces su trabajo reconociendo el terreno de la batalla y sus alrededores. Con esa información se preparaba la batalla, la táctica a seguir y se disponían las tropas para cumplir el objetivo, vencer.

León VI, apodado el Sabio, y que fue emperador bizantino, escribió

en torno al año 900 un libro sobre táctica militar para el ejército del Imperio bizantino, y en él ya mencionaba algunos de los aspectos habituales y de las características que tendría la caballería en la Alta Edad Media. Sobre los francos, decía el texto:

[…] dados al exceso, consideran el menor movimiento en su retaguardia como una desgracia, y luchan en cuanto les presentan batalla. La carga de los jinetes francos, con sus anchas espadas, sus lanzas y sus escudos, es tan formidable que es mejor no trabar combate con ellos mientras no se cuente con todas las ventajas posibles. Hay que aprovechar su falta de disciplina y su desorden, ya luchen a pie o a caballo, cargan formando una masa densa y torpe que no puede maniobrar porque carece de organización y adiestramiento. Se sienten confusos inmediatamente si se les ataca por los flancos o por retaguardia, lo cual es fácil, porque son absolutamente descuidados y no usan ni guardas ni puestos avanzados y tampoco estudian adecuadamente el terreno que les rodea.

No hay nada que dé tan buen resultado en su contra como fingir una huida para hacerles caer en una emboscada, ya que se apresuran a seguir a los soldados que se retiran y así, invariablemente, caen en la trampa. Pero quizá la mejor táctica sea prolongar la campaña y arrastrarlos hasta colinas o terrenos desolados, porque nunca se preocupan de llevar consigo provisiones, y cuando estas empiezan a escasear su vigor desaparece.

Carecen de todo respeto hacia sus comandantes, un noble se considera tan bueno como cualquier otro, y desobedecen deliberadamente las órdenes cuando están descontentos. Sus jefes no se dejan sobornar.

En general, por tanto, resulta más fácil y menos costoso agotar a un ejército franco con pequeñas escaramuzas, operaciones prolongadas en terrenos desolados y falta de provisiones que tratar de destruirlo de un solo golpe.

Este texto bizantino, da las claves de varios aspectos muy relevantes. En primer lugar, pone en valor la fuerza de una carga de caballería, y pone de manifiesto lo importante que es para un ejército, en caso de querer usar una de esas cargas, buscar un buen sitio para combatir y posicionarse bien sobre el terreno. Cargar subiendo una colina no es bueno, del mismo modo que es mejor protegerse los flancos con un bosque, por ejemplo, que dejarlos libres para que el enemigo pueda superar el frente por un flanco y causar daño. Habla también del desorden y del caos de las cargas, algo que, como veremos, se corrigió con el paso del tiempo. También habla León VI de lo complicado que es gobernar un ejército con varios nobles, que asumen ser servidores del rey pero que no aceptarán órdenes de un igual. En resumen, en muy pocas palabras el emperador toca algunas de las teclas más destacadas del combate en la Alta Edad Media. No hay que olvidar, no obstante, que León VI tenía sus propios prejuicios sobre los francos, a los que tenía por hombres poco refinados.

Una de las formaciones más extendidas en el campo de batalla era la cuña, que consistía en disponer a las tropas en forma de V, con el vértice de la cuña apuntando hacia el enemigo y con los hombres mejor armados en la parte exterior de la formación. Al lanzarse contra la formación enemiga, la cuña rompía dicha formación y desbarataba las posiciones de defensa, dividiendo a las tropas y ofreciendo así cierta ventaja. Dentro de la cuña se agrupaba el resto de la tropa, que aprovechaba la fuerza y el camino abierto para combatir contra una formación enemiga rota y dañada por la propia carga. En ocasiones la cuña combinaba caballería e infantería, donde la primera abría una brecha en el enemigo y la segunda sacaba partido de esa ventaja.

Caballería e infantería luchando en una zona boscosa, representadas en una miniatura de las Cantigas de Santa María del rey Alfonso X el Sabio. De nuevo, como en el tapiz de Bayeux, vemos un uso de las lanzas diferente al que estamos acostumbrados a asociar con los caballeros medievales.

En terrenos llanos y regulares, los piqueros, armados con largas lanzas, formaban un cuadrado o rectángulo en el que sus armas apuntaban hacia fuera y formaban un muro de picas que podía contener una carga de caballería. Dentro del cuadro podía haber hombres que lanzaran flechas o algún otro proyectil contra el enemigo. Lógicamente esta formación no servía para avanzar, ya que era estática, pero era un buen método de defensa contra una carga de caballería, lo que podía arruinar la fuerza de los hombres a caballo y abrir así una ventaja para su bando.

Estos elementos se podían combinar en tácticas de combate y formaciones más complejas, pero no hay que olvidar que muchos de los hombres que componían las tropas eran campesinos armados o soldados sin mucha experiencia en combate, lo que hacía

complicado llevarlas a cabo. Por otra parte, actuar en formación y con los papeles repartidos, suponían que cada grupo de soldados hiciera un determinado trabajo y lo hiciera bien. Así, unos debían confiar en el buen hacer y en el valor de otros, y en muchas ocasiones esa confianza era dudosa, precisamente por la escasa preparación de parte de la tropa. Lo mismo ocurría con los líderes o comandantes de las tropas. Reclutados de distintos lugares y con distintas motivaciones, la confianza entre ellos podía determinar que parte de la tropa actuara de una forma u otra, sabiendo que podrían estar protegidos por otros o no.

La organización en combate de las tropas respondía a la propia organización social, y así el rey, o el condestable, dirigían el ejército en su globalidad, mientras que las unidades que componían este, eran comandadas por hombres de distinto rango. Un grupo reducido de caballeros estaba bajo el mando de un baronet, cuyo rango entre barón y caballero le daba potestad para portar una bandera y reunir así a su grupo en torno a ella. Estos grupos eran, habitualmente, demasiado autónomos y desconfiados como para que una estrategia global compleja de batalla pudiera ser puesta en práctica.

L

OS RESCATES A CAMBIO DE CABALLEROS PRISIONEROS

Ya se ha explicado que una de las motivaciones principales de la caballería a la hora de entrar en combate era mantener su prestigio y ganar consideraciones, riquezas, fama y posición social gracias al papel desempeñado en combate. Esto provocaba algunos comportamientos extraños, contraproducentes en cierta medida para el devenir del combate pero lógicos si tenemos en cuenta los intereses de los caballeros. Así, vencer a campesinos armados no era algo de lo que un caballero pudiera ufanarse, por lo que buscaban enfrentarse y vencer a otros caballeros, y si estos fueran nobles u hombres destacados, mejor. Esto primaba frente al interés propio de la batalla en muchos casos, siendo como es lógico contraproducente para el objetivo general del ejército.

Cuando un hombre principal y adinerado era capturado, se podía obtener una importante recompensa económica por él, además de la fama y reconocimiento que suponía la propia captura. Los rescates se fijaban de acuerdo con el rango y dignidad del preso, pudiéndose ganar verdaderas fortunas con ellos. Esto era un motivo para llevar a los caballeros al combate, la posibilidad de cobrar rescates, pero también suponía un problema. Cuando la batalla parecía ponerse claramente de un lado, los hombres de dicho bando comenzaban a buscar a sus presas, para hacer prisioneros y cobrar el rescate, dejando de lado la evolución de la propia batalla y cualquier organización o táctica pactada. Entre ayudar a un grupo de compañeros en apuros o conseguir un buen botín por un prisionero, no era extraño que surgieran dudas y se optara por lo segundo. Así, que un comandante mantuviera el orden de su tropa en este tipo de situaciones era tan complicado como poco común. En ocasiones, batallas que parecían marchar bien para un determinado bando cambiaron finalmente de suerte cuando los virtuales vencedores se

centraron en buscar y capturar a los principales de entre el enemigo, descuidando el grueso de las tropas y convirtiéndose finalmente en derrotados. En lugar de cargar contra un enemigo en retirada, labor muy común para la caballería a lo largo de la historia, para convertir así la victoria en algo más definitivo y diezmar aún más al ejército enemigo, no era extraño que se dejara huir a los derrotados, mientras se empleaban el tiempo en buscar un buen prisionero.

Como ya hemos comentado, la carga de un grupo de caballeros en formación era el método más usado y efectivo para aprovechar todo el potencial de un hombre con armadura sobre su montura. La carga en masa, en grupo, en ocasiones era desorganizada y aun así tenía éxito contra las filas enemigas gracias a la fuerza y potencia de la misma. En cualquier caso, se perdía parte de la eficacia de la misma ya que la desorganización hacía que tan sólo unos pocos caballeros, aquellos que iban en vanguardia, abrieran realmente brecha, si bien los que venían detrás podían aprovechar su posición favorable sobre el caballo para destrozar la formación enemiga.

T

ÁCTICAS DE COMBATE

Las cargas tenían que enfrentarse a la posible defensa que el enemigo desplegaba contra ellas. Las formaciones o incluso los contraataques desde algún flanco, forman parte de las tácticas usadas en algunas ocasiones. Lógicamente todo esto dependía del tamaño de los contendientes, del terreno, de la posición sobre el terreno en la que estaba desplegado cada bando, la forma de afrontar la batalla... veremos varias de estas situaciones en un capítulo posterior, cuando se entre en el detalle de algunas de las batallas más significativas de la Edad Media en las que tuvo un papel representativo la caballería. Veremos que un terreno embarrado o unas estacas clavadas en el suelo podían ser una verdadera barrera para una carga de caballería pesada. En ocasiones, la carga fracasaba antes de contactar con el enemigo sencillamente por un mal planteamiento, por la inexperiencia de los hombres o por algún error de cálculo. El objetivo de la carga era avanzar al galope y en formación, a ser posible, contra el enemigo, y llegar al momento del encontronazo con la fuerza y la velocidad suficientes, sin haber roto la formación. A veces el propio ímpetu con el que los caballeros se lanzaban al combate, las ansias y las ganas por llegar hasta el enemigo y derrotarlo, hacían que la formación se rompiera, perdiendo efectividad, o incluso que los animales fueran agotados antes de tiempo y llegaran al último tramo de su carrera sin fuerzas, reduciendo la velocidad y por lo tanto quitando de igual modo efectividad al ataque. Veremos también en el futuro alguna batalla en la que los caballeros se lanzan antes de tiempo contra el enemigo, animados por lo que creían que sería una victoria fácil. No hay que olvidar que más allá del valor y de las ganas por combatir de los caballeros, estos veían en la batalla el momento de mostrar su valía y ganarse el respeto y el reconocimiento, cuando no veían directamente la oportunidad de capturar algún enemigo noble y que valiera un buen rescate, llenándose además así sus bolsillos.

Una vez más tenemos que hacer referencia a que los propios errores detectados en los combates sirvieron para aprender, en el mejor de los casos, y las tácticas usadas en el planteamiento de los encuentros en el campo de batalla fueron mejorando. Así, al comienzo de las cargas con caballería pesada el hombre a caballo estaba casi blindado y a menudo era inaccesible para el enemigo, mientras que dominaba desde la altura a los hombres a pie. No tardaron en llegar situaciones en las que la carga era abrazada o envuelta por el enemigo una vez que había tenido lugar el primer contacto, dejando a los caballeros retenidos y a merced de los soldados a pie. En ese momento de la batalla la caballería se quedaba sin movilidad y no podía volver a cargar, quedando también a menudo en manos de un número mayor de enemigos. No tardaron los hombres que planteaban las batallas en darse cuenta de que lo ideal sería cargar, retroceder y volver a cargar, por lo que las tácticas y planes para los combates comenzaron a ir en esa línea. Una forma de hacer esto era lanzar varias filas de manera sucesiva que cargaran en línea. Es decir, una larga fila de caballeros marchaba con sus caballos, estribo con estribo, hasta impactar con el enemigo, y antes de que este se recuperara y pudiera acorralar a los caballeros o reorganizar su formación, una segunda fila era lanzada de igual modo y contra el mismo punto, mientras la primera se retiraba. Esto aumentaba el daño hecho, y hacía que los soldados a pie se dispersaban, lo que restaba peligro para los caballeros que habían realizado la carga y hasta les permitía un cierto respiro o salir a campo abierto y reagruparse. Si con las cargas se conseguía romper la formación enemiga y se ganaba cierta ventaja, matando o hiriendo a un buen número de guerreros, la ventaja para la infantería que llegaría tras la caballería es obvia, y llegaban frescos a la lucha contra un enemigo ya golpeado y maltrecho. No siempre era ese el planteamiento, y en muchos casos la caballería se reservó como último recurso y permaneció en retaguardia mientras luchaban la infantería de cada bando, manteniéndose los hombres a caballo a la espera del momento adecuado para asestar el último golpe, o bien para intentar dar un vuelco a la batalla en un momento delicado.

Si a pesar de todo los caballeros se veían engullidos por el enemigo y acababan descabalgados, tendrían que luchar hombre contra hombre, aprovechando aún en esa situación su armadura y preparación, luchando a menudo contra hombres cuyas armas, preparación y destreza en el combate era menor. Aun así, el número de efectivos solía ir en contra del caballero, que por otra parte no hay que olvidar que tenía sobre sí el estigma de ser un botín potencial para todos sus enemigos.

Otro de los problemas de las cargas de caballería era que en gran medida no había forma de detenerlas una vez lanzadas. Intentar detenerlas voluntariamente, por el motivo que fuera, tenía el problema de comunicar a los caballeros esa decisión, algo ciertamente complicado una vez lanzada al galope. Si el motivo para detener la carga fuera algún cambio en la situación de la batalla o algún obstáculo, probablemente los primeros en parar no serían seguidos por el resto y hasta serían arrollados por los que cabalgaran un poco más atrás. En cualquier caso, el resultado sería el caos, con jinetes parando, otros lanzados, atropellos... en conclusión, una carga de caballería lanzada contra el enemigo era prácticamente irreversible.

Lógicamente, contar con varias líneas de caballería que cargaran de forma sucesiva y organizada suponía una cierta disciplina entre los caballeros y una formación no despreciable, además de un planteamiento relativamente complejo por parte de los responsables de definir la táctica de la batalla. Como decíamos, estas cuestiones mejoraron y se fueron estableciendo en los ejércitos con el paso del tiempo, pasando de un entrenamiento casi individual, al conocimiento colectivo de lo que se quería hacer en el combate y cómo llevarlo a cabo. En cualquier caso, este tipo de tácticas no eran las más habituales, precisamente por la complejidad que conllevaba actuar de manera organizada en un grupo de combate que no solían practicar de manera conjunta, sino que a menudo se veían únicamente reunidos en la lucha precisamente en ese momento clave, sin preparación previa como grupo. Por otra parte, la lucha organizada o incluso combinada con otro tipo de

combatientes (infantería, arqueros...) suponía que se aceptara un mando común y que todos los guerreros aceptaran el planteamiento para la batalla y las órdenes de algún superior. En el caso de la caballería, especialmente, donde muchos de los integrantes eran nobles y se veían a sí mismos como líderes, ceder esa posición para reconocer a otro como líder y aceptar sus órdenes no era algo que siempre se consiguiera. Era necesario un líder que todos aceptaran como superior y al que creyeran con la capacidad suficiente como para marcarles cómo combatir, dejando así a un lado su propia posición e independencia en la lucha. Esta forma de pensar y actuar era otra pequeña piedra en el lado de la balanza que hace que las tácticas que requerían mucha coordinación y organización no fueran las más habituales.

En cualquier caso, el relativo dominio de esta coordinación y la implantación de cierta disciplina en los ejércitos permitieron que maniobras más complicadas comenzaran a verse sobre el campo de batalla. Por ejemplo, apareció la táctica que se conoce como retirada fingida, donde en un combate entre caballerías, habitualmente, una de ellas comienza a retirarse simulando darse por perdida. Esto solía dar lugar a una persecución por parte de los que se creían vencedores, que hacía que se alejaran del grueso de su ejército y fueran llevados a un punto determinado. En dicho punto solía haber refuerzos o una posición favorable para que los caballeros que estaban simulando la huida se volvieran contra sus perseguidores, que eran víctimas de la sorpresa y del cambio de situación.

L

OS PRIMEROS EJÉRCITOS REGULARES

El rey Carlos VII de Francia, en la primera mitad del siglo XV, emitió una orden según la cual se creaban las compagnies d'ordonnance, unas unidades militares que estaban compuestas por cien lanzas. Cada una de esas lanzas estaba compuesta por un hombre de armas, dos arqueros y tres auxiliares, que usaban armas ligeras. Todos ellos, en principio, se moverían a caballo. En resumen, esas unidades eran compañías de caballería acompañadas por tropas de apoyo. Las fuentes de hombres para estas formaciones fueron varias, pero una de las más importantes fueron las compañías libres, es decir, los grupos de mercenarios que se mantenían unidos y activos una vez que habían finalizado su contrato. Los mercenarios volvían a combatir por dinero, pero en este caso formaban una tropa que dependía directamente del rey. En algunos casos, como hombres de las compagnies d'ordonnance, los mercenarios tuvieron que hacer frente a sus antiguos compañeros, que dentro de las compañías libres se dedicaban al robo y al saqueo cuando no tenían otra forma de ganarse la vida al carecer de contrato, como ya comentamos en su momento. También se incorporaron a estas compañías antiguos caballeros, que veían en esta forma de vida una continuidad y una respuesta a su planteamiento vital.

Eran soldados profesionales al servicio del rey, y por sus servicios cobraban una paga regular. Para hacer frente a este nuevo gasto, el de mantener unas tropas fijas al servicio del rey, se creó un nuevo impuesto en Francia. Las compagnies d'ordonnance fueron el primer ejército regular permanente de Europa, y su aspecto, su forma de combatir y su equipamiento heredaban lo que hasta aquel momento había sido la caballería, pero eliminando algunos de sus problemas, como era la falta de preparación conjunta o la no aceptación de

órdenes y de una escala jerárquica.

6

Grandes batallas de la caballería medieval

Como ya se ha explicado de manera reiterada a lo largo del texto, el motivo principal de la existencia de la caballería era la guerra, el combate, y por lo tanto la mejor forma de comprobar su efectividad y conocer su papel real en la historia, está en repasar su contribución en algunas de las batallas más importantes de la Edad Media, recorriendo distintos conflictos y los distintos siglos en los que esta reinó en el campo de batalla.

L

A BATALLA DE

H

ASTINGS

(1066)

La batalla de Hastings, que tuvo lugar a mediados de octubre de 1066 en una colina a unos once kilómetros de Hastings, una localidad al sur de Londres, enfrentó a las tropas del rey anglosajón de Inglaterra, Harold II, y el ejército que comandaba el duque de Normandía, conocido como Guillermo el Conquistador. Esta batalla es un buen ejemplo de cómo la caballería, actuando de forma disciplinada y con cierta organización, se convierte en un elemento decisivo en el combate.

El duque de Normandía iba acompañado por un buen número de nobles en la caballería, que componían en núcleo de su ejército. Estos nobles esperaban aumentar de manera notable sus fortunas acompañando a su líder en su aventura al otro lado del mar, es decir, al norte del canal de la Mancha. Por lo tanto, su línea de retirada, en caso de ser vencidos por las tropas del rey Harold II, estaría cortada por la costa, ya que el mar los separaba de sus propios territorios. Así, aquella campaña era una promesa de grandes riquezas, por un lado, pero era también un riesgo elevadísimo. A favor de los normandos jugaba que Inglaterra estaba metida en una pelea interna para ver quién era de verdad el gobernante más poderoso, lo que debilitaba al rey Harold II. Esto permitió a Guillermo el Conquistador cruzar el mar, asentarse en el sur de Inglaterra y construir fortificaciones para dar cierta seguridad a su presencia en territorio enemigo.

La caballería normanda estaba bien equipada y era una de las más avanzadas de su época, con cotas de malla diseñadas para protegerles bien incluso montados a caballo, y permitirles cabalgar con comodidad gracias a la gran apertura frontal a la que ya hemos hecho referencia cuando revisamos las armaduras y protecciones. Las sillas de montar eran de arzón alto para proteger las ingles e incluso algunos hombres, los más adinerados, llevaban calzas hechas también con cota de malla. Sobre la cabeza llevaban un sencillo casco abierto con protección nasal. Por otra parte, los caballeros normandos usaban la lanza de manera habitual, no siempre para cargar a lanza tendida, sino que también arrojaban sus lanzas ligeras a cierta distancia. Por supuesto, la espada también era un arma que todos los caballeros portaban y utilizaban, contra otros caballeros y contra los hombres que luchaban a pie.

Los sajones, en cambio, eran básicamente un ejército de infantería, armados con lanzas y espadas, si bien algunos grupos también tenían hachas. Su posición inicial para la batalla parecía lógica y bien enfocada, ya que se situaron en una la cima de la colina de Senlac y formaron una pared defensiva, estática, que a priori sería difícil de penetrar por parte de sus enemigos. No tenían caballería y parecía el proceder más lógico frente a los normandos, que sí disponían de caballería y además contaban con más arqueros de los que había llevado hasta el campo de batalla el rey Harold II. La combinación de arqueros y caballería de los normandos, se dispuso a echar abajo el muro sajón, que no podía hacer mucho más que intentar resistir y aguantar cada golpe.

El desarrollo de una batalla que cambió la historia de Europa

Mientras que la caballería normanda era una amenaza tal que mantenía retenidos a los enemigos en su posición, los arqueros normandos trataban de hacer mella paulatinamente, a pesar de que

la posición elevada estaba ocupada por los sajones. Esta ventaja que proporcionaba la altura hizo que en un primer momento las flechas y demás proyectiles sajones mantuvieran lejos a los normandos. Algunos de los sajones, viendo que los hombres de Guillermo retrocedían ante sus disparos, se lanzaron en su persecución, lo que dio lugar a que la caballería entrara en combate y aniquilara a una parte de los sajones, a los que habían dejado la formación. Tras esta primera fase de la batalla, parecía claro que la lucha de infantería contra infantería no iba a favorecer a priori a los normandos, que tenían que luchar contra la elevación, y entonces Guillermo, el duque de Normandía, decidió aprovechar su mejor baza y usar su caballería, poniéndose él mismo al frente. Comenzó entonces una sucesión de cargas contra la formación sajona, que, si bien conseguían romperla en un primer momento, no eran capaces de abrir una brecha definitiva y los hombres del rey Harold II se recomponían rápidamente, a la vez que respondían con todas sus fuerzas a cada golpe. Los arqueros normandos intentaban colaborar apoyando a sus compañeros a caballo, pero la situación no acababa de romperse del lado de uno u otro, si bien los sajones estaban cada vez más agotados.

El combate había comenzado a primera hora de la mañana y, pasado el mediodía, en una de las cargas, el duque Guillermo fue descabalgado y comenzó a luchar a pie. En esa situación, un rumor se extendió por el campo de batalla: Guillermo había sido abatido. Esto provocó cierta confusión y falta de ánimo entre los normandos, pero pronto fue desmentido el falso rumor. Para ello, el propio duque tuvo que mostrarse y enseñar su cara, para acallar la duda. Casos como este fueron los que motivaron que la heráldica comenzara a tomar un papel relevante en la lucha medieval, para que las tropas pudieran identificar y seguir de forma sencilla a sus capitanes.

La lucha seguía y seguía, mientras los anglosajones sacaban partido de su posición y seguían en pie y en formación a pesar de todo lo que los normandos habían intentado. Los normandos se tomaron un cierto respiro en sus cargas, que por otra parte cada vez eran menos

fuertes ya que tras horas de combate el número de caballos que habían perdido era considerable, mientras que los hombres del rey Harold se agrupaban y acortaban sus filas, debido también a que cada vez eran menos los hombres en disposición de luchar. El combate se hacía más lento y menos efectivo, por el cansancio, y por lo complicado que era moverse por el campo de batalla, lleno de hombres, caballos y residuos de todo tipo.

Los normandos seguían con su táctica básica, que no era otra que la de cargar a caballo mientras que sus arqueros e infantería intentaban sacar partido del daño hecho por los hombres montados. Según cuentan las crónicas, el duque Guillermo realizó algunas retiradas fingidas durante el combate, si bien, no queda claro si eran fingidas o si realmente se vio obligado a llevarlas a cabo. En cualquier caso, en una de ellas, los sajones rompieron su formación y se lanzaron a la persecución de los normandos en retirada, pensando que quizás había llegado el momento de aprovechar la oportunidad y asestar el golpe definitivo. La caballería normanda dio media vuelta y rodeó a sus perseguidores, evitando así que recibieran ayuda y masacrándolos. Aquello debilitó la formación del rey Harold de manera definitiva, ya que los escudos que quedaban sobre la colina no eran suficientes para contener a la por otro lado casi agotada fuerza normanda. Las brechas en la formación no pudieron ser cerradas a partir de aquel momento, a diferencia de lo que había ocurrido durante todo el día. La desmoralización hizo mella entre los anglosajones y aunque seguían resistiendo, comenzaron las primeras deserciones. Cuando el rey Harold fue abatido por una flecha, la situación se hizo insostenible y los sajones resistían únicamente mientras trataban de buscar una oportunidad para escabullirse y ponerse a salvo alejándose del lugar.

Cuando todo hubo acabado, ya que siguieron existiendo pequeñas luchas y escaramuzas durante los días sucesivos, Guillermo había derrotado al único ejército suficientemente fuerte como para plantarle cara y evitar su invasión.

Merece la pena hacer mención en este momento al tapiz de Bayeux, una fuente maravillosa y uno de los objetos más característicos de la Edad Media, símbolo de toda una época y especialmente de la caballería. La historia del duque Guillermo y su victoria en Hastings fue bordada en una serie de imágenes, sobre un rollo de lino diseñado para adornar las paredes de un castillo, además de para servir de testimonio. Esa obra, que se conserva en Bayeux, en Normandía, es uno de los elementos esenciales para conocer cómo se combatía en el siglo XI. Las distintas figuras muestran caballeros, arqueros, imágenes de combate de todo tipo, formas de usar la lanza, tipos de armaduras... También se conoce como el tapiz de la reina Matilde, por la esposa de Guillermo, y está constituido por ocho piezas de medio metro de alto, que unidas forman una obra de setenta metros de largo. En el tapiz salen representadas más de seiscientas personas y unos ochocientos animales, entre reales y fantásticos, además de árboles, construcciones y barcos. Unas dos mil palabras en latín describen las imágenes.

Fragmento del tapiz de Bayeux, en el que se muestra el el combate en Hastings. Se puede ver la carga de caballería, que se describe como un desastre. Se ve algún hacha (parte inferior derecha) y, en la continuación del tapiz por la derecha, aparece el obispo

normando Odón, blandiendo un garrote ya que los religiosos no debían derramar sangre.

L

A BATALLA DE

H

ATTIN

(1187)

Las formas de combatir que se vieron enfrentadas en el campo de batalla durante las Cruzadas eran muy diferentes. Del lado cristiano, la caballería pesada era el elemento esencial. Como ya hemos comentado, con sus cargas era capaz de romper formaciones y destrozar al enemigo, una vez descompuesto. La infantería apoyaba a esta caballería, pero a pesar de ello era incluso despreciada por los responsables de plantear el combate y por los propios caballeros. Aún en este tiempo gran parte de los ejércitos cristianos eran indisciplinados y combatían sin coordinación, por la falta de entrenamiento y por la negación de un mando común. A pesar de ello, el coraje, el valor y la agresividad con la que se lanzaban los caballeros al combate hacían que las victorias fueran comunes.

Frente a esto, los musulmanes combatían con formaciones mucho más móviles, mejor entrenadas para el combate en formación y su caballería era más ligera. Esta caballería, en las Cruzadas y a finales del siglo XII, estaba compuesta principalmente por soldados egipcios y sirios, que luchaban protegidos con una cota de malla y usaban arcos, espadas, lanzas y escudos como armas. Estos jinetes eran muy buenos llevando a cabo escaramuzas y en el combate cuerpo a cuerpo también eran efectivos. Su movilidad les hacía temibles en el ataque relámpago ya que eran capaces de generar mucho daño sin que el enemigo fuera capaz de organizarse para responder. Los áscaris egipcios eran soldados regulares, que combatían por un sueldo, y eran ayudados por caballería irregular

de diversas procedencias. En cuanto a la infantería, arqueros y lanceros, con escudo, acudían al combate de manera agrupada y confiando sus destinos a un único líder, al que obedecían y al que dejaban la responsabilidad de plantear las batallas.

En las Cruzadas, las expediciones cristianas durante algunos períodos eran capaces en ocasiones de conquistar grandes regiones y de dominar a los musulmanes, mientras que en otras épocas las tornas cambiaban y eran los cristianos los que eran derrotados y perdían poder y dominios en Tierra Santa. En varias ocasiones se firmaron acuerdos entre los cruzados y los musulmanes para mantener una cierta paz y tranquilidad. No obstante, debido principalmente a que entre los cruzados había diferentes líderes, intereses, motivos para el combate y formas de ver al enemigo y el valor de la Tierra Santa, no era extraño que algunas facciones de los cruzados acabaran por romper estas débiles treguas, dando lugar a nuevas temporadas de enfrentamientos. La batalla de Hattin, que tuvo lugar en el año 1187 al oeste de Acre, fue consecuencia de uno de esos tratados no cumplidos.

En 1186 uno de los líderes cruzados, Reinaldo de Chatillón, asaltó una caravana y capturó a un buen número de prisioneros, además de hacerse con un botín nada despreciable. Esta acción rompía la tregua acordada y tensaba la situación entre cristianos y musulmanes. El rey de Jerusalén, Guy de Lusignan, le reprendió por su acción y le solicitó devolver el botín. Por su parte, Saladino, líder de los musulmanes, solicitó lo mismo, pero al no recibir respuesta por parte de Reinaldo, dio la tregua por rota y comenzó a reunir sus tropas para preparar una nueva campaña.

Una fuerza de unos seis mil musulmanes fue enviada como avanzadilla para intentar descubrir todo lo posible sobre los cruzados, sus fuerzas, su disposición y sus intenciones en el corto plazo. Entre los cristianos, las órdenes del Temple y del Hospital, es decir, los caballeros templarios y los caballeros hospitalarios,

estaban en campaña con unas fuerzas más bien reducidas para el combate, ya que entre ambas tan sólo contaban con ciento cuarenta caballeros y unos trescientos cincuenta soldados de infantería. Se habían reunido para intentar resolver una disputa entre el rey de Jerusalén y el conde de Trípoli, Raimundo III, pero en principio no estaban listas para enfrentarse a un gran contingente enemigo. Esta pequeña fuerza, a pesar de no haberse juntado para combatir, decidió plantar cara a la avanzadilla enviada por Saladino y salieron en busca de la fuerza sarracena. A aquel encuentro, en el que las fuerzas estaban tan sumamente desequilibradas, tan sólo sobrevivieron tres hombres, entre ellos, el gran maestre de los caballeros templarios. La avanzadilla, tras aquel encuentro en el que arrasaron a la débil fuerza cristiana, siguió avanzando por el territorio cristiano, recopilando información y atacando algunas poblaciones, como fue el caso de Nazaret, que acabó siendo asolada.

Los cruzados, entre tanto, trataban de organizarse e intentar responder a la amenaza que cada vez estaba más cerca. A pesar de las diferencias y de que Reinaldo de Chatillón había sido en gran medida culpable de la situación, el camino de la guerra contra Saladino los colocó a todos en el mismo bando. Decidieron reunirse en Acre para llevar a cabo dicha organización y hacia allí se dirigieron unos dos mil caballeros cristianos, entre ellos, menos de cincuenta caballeros hospitalarios y unos ochenta templarios. Hasta completar los dos mil, asistieron unos setecientos cruzados y el resto, algo más de mil jinetes, eran mercenarios u hombres que buscaban oportunidades y fortuna en Tierra Santa. Además de esa fuerza montada principal, en Acre se reunieron cuatro mil jinetes turcopolos, es decir, guerreros locales que se habían convertido al cristianismo, y más de treinta mil hombres de infantería. Los cruzados contaban además con un sustento moral, la Vera Cruz, la reliquia que se tomaba por la cruz en la que Cristo había sido crucificado. Sin duda aquel hecho significaba un impulso para los guerreros cristianos, que se creían invencibles al ir acompañados de tal reliquia al campo de batalla.

Los sarracenos habían llegado hasta la poderosa fortaleza de

Tiberíades, en la orilla occidental del mar de Galilea, donde en aquel momento estaba la mujer de Raimundo III. Aunque el entorno había sido ya saqueado por los musulmanes, la fortaleza y todos los que estaban allí refugiados tenían la seguridad de que no sería sencillo para el enemigo hacerse con ella, lo que por otra parte concedía cierto margen de tiempo a las fuerzas cristianas para llegar hasta allí y plantear la batalla. El rey de Jerusalén, Guy de Lusignan, no aprovechó ese margen temporal y pensó que a su ejército le iría mejor combatiendo lo antes posible. Estaban a unos pocos kilómetros de Tiberíades, acampados, y la ruta más directa suponía atravesar una llanura carente de agua. Era el mes de junio de aquel año 1187 y no era algo a tomarse a la ligera, un desplazamiento por una zona extremadamente árida, implicando en ello a miles de hombres armados, cubiertos con armaduras, caballos y muchos soldados a pie. El enemigo, mientras tanto, tan sólo tenía que esperar. De nuevo, probablemente la idea de ser valeroso, quizás hasta la imprudencia, llevó al rey a no dejar pasar el tiempo y lanzarse a la caza de su enemigo, para evitar el riesgo de ser tomado por cobarde o de tener dudas de su victoria, a pesar de llevar consigo la Vera Cruz. Decidió finalmente modificar ligeramente su ruta para acercar el camino a puntos de agua, lo que indica que él mismo era consciente del riesgo, si bien los exploradores de Saladino tenían todos los movimientos del ejército cruzado vigilados y a este debidamente informado.

Durante el trayecto, los musulmanes lanzaron constantes escaramuzas contra la retaguardia de la larga marcha cristiana, que tan sólo podía responder a las mismas con los jinetes turcopolos, ya que eran los más efectivos por ser capaces de reaccionar y moverse rápidamente gracias a su equipo, mucho más ligero que el de los cruzados. Estos encuentros fueron provocando que esa caballería ligera cristiana fuera concentrándose en la retaguardia y además sufriera las consecuencias de esas escaramuzas de manera especial. Llegó un momento en que esta fuerza del bando cruzado ya no era capaz de responder a los ataques, lo que dejaba al resto de fuerzas indefensas, lo que resultó en que la formación se moviera con la caballería pesada dentro de un muro defensivo que formaba la infantería. El penoso camino acabó a unos dos kilómetros del lugar

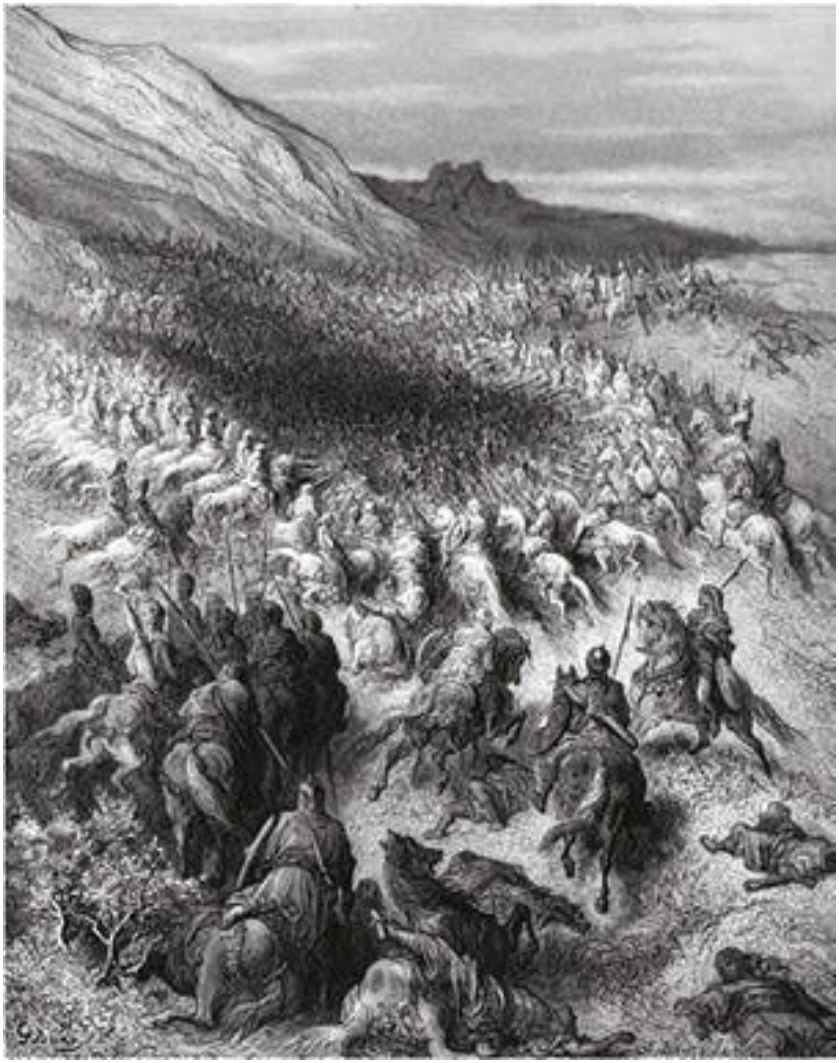
donde tenían previsto llevar a cabo la batalla real y total contra las tropas musulmanas, en un lugar sin agua. La columna estaba tan cansada por el calor, el camino y por el acoso de su enemigo, que esa falta de agua fue pasada por alto.

La batalla final tras el penoso camino

Al día siguiente el objetivo prioritario era conseguir agua, tanto para los animales como para los hombres, por lo que los cristianos, agotados, se dirigieron hacia Manescalia, aunque fueron interceptados mucho antes por los musulmanes. Estos estaban siendo abastecidos mediante reatas de camellos desde su retaguardia y estaban en mejor disposición para la lucha que los cruzados. Cuando se detuvieron los ejércitos, enfrentados, la diferencia entre las fuerzas, a consecuencia del viaje que les había llevado hasta aquella posición, era más que notable.

Saladino dispuso a sus hombres en forma de media luna y avanzó hacia los cruzados, deteniéndose antes de llegar a contactar. Desde esa posición comenzó un ataque con flechas sobre los cristianos, que estaban aún desorganizados, lo que azuzó aún más a estos a llevar a cabo una carga. A pesar del cansancio y del penoso estado de jinetes y de las monturas, una carga de la caballería pesada seguía siendo algo temible, y quedarse quietos hacía a los cristianos más vulnerables a las flechas, lo que iba reduciendo su fuerza poco a poco. La infantería cruzada, víctima de las flechas enemigas y sedienta hasta la desesperación, trató de avanzar hacia el mar de Galilea, pero las fuerzas musulmanas les cortaron el camino con facilidad, ya que el cansancio y el caos convertían a los soldados a pie bajo las órdenes de Guy de Lusignan en un enemigo vulnerable. Fueron derrotados y acabaron por refugiarse en las laderas de la más oriental de dos colinas próximas al campo de batalla, conocidas estas colinas como los Cuernos de Hattin. Las órdenes y peticiones para responder al ataque, entablar batalla y presentar cara a las

tropas de Saladino fueron sistemáticamente ignoradas y los soldados acosados se mantuvieron inmóviles en la colina.



Representación artística de la batalla de Hattin. En los momentos finales de la batalla, cuando la Vera Cruz fue capturada por los musulmanes y su portador, el obispo de Acre, cayó muerto, la ya deshecha moral de los cristianos acabó por derrumbarse.

Con la caballería abandonada por su infantería, atacada por los arqueros musulmanes y con el enemigo formado frente a ellos, la única opción para los jinetes cristianos era avanzar. Raimundo III, junto con dos centenares de jinetes, se lanzó a la carga, pero antes de que llegara a contactar, los musulmanes, mucho más rápidos en sus movimientos, abrieron una brecha en la media luna que habían formado y dejaron pasar el enemigo entre sus filas, encerrándolos por los flancos y disparándoles flechas. Como si fuera una emboscada en un desfiladero, los jinetes cristianos, con unos caballos muy debilitados y con las fuerzas justas, se veían rodeados de enemigos mientras cabalgaban hacia la nada y recibían las flechas por ambos lados y por la espalda. A pesar del resultado de la carga de Raimundo III, que fue herido, los caballeros cruzados no tenían otra opción que lanzarse de nuevo contra las tropas de Saladino, pero los jinetes musulmanes se movían demasiado rápido y el resultado del resto de las cargas fue similar al primero. Tras evadir sin mucha dificultad las torpes acometidas cruzadas, los arqueros de Saladino masacraban a los caballeros occidentales y los pequeños grupos que se iban formando, acababan siendo arrasados por las fuerzas enemigas sin problemas.

Unos trescientos caballeros consiguieron escabullirse de las encerronas musulmanas y volvieron a Acre, mientras que el grueso de los caballeros era llevado hacia la colina occidental de los Cuernos de Hattin, llegando a una situación similar a la de la infantería. Allí constituyeron una posición defensiva, aunque con pocas esperanzas de que aquello acabara bien. Los cruzados podían lanzar una carga desde la colina, una posibilidad que aún hacía comportarse de manera prudente a Saladino, que optó por mantenerlos concentrados en la colina y sin agua, mientras que sus arqueros los atosigaban con sus flechas. El rey Guy de Lusignan había montado su tienda y en torno a ella se formó una posición defensiva desde la que se lanzaron algunos contraataques, aunque no supusieron un cambio significativo en la situación. El cansancio y la sed abatían la moral de los caballeros cristianos, que a pesar de todo trataban de resistir. Los musulmanes, por su parte, eran

conscientes de que el tiempo y el sol jugaban a su favor, y prendieron fuego a la maleza, para que el humo hiciera aún más sufrida la resistencia de los cruzados.

Lo que era ya inevitable desde mucho antes, acabó por ocurrir y la tienda del rey Guy de Lusignan fue tomada, rindiéndose ante Saladino los cruzados que aún sobrevivían, entre ellos, el propio Guy de Lusignan y Reinaldo de Chatillón. En total, unos ciento cincuenta caballeros. Las tropas de infantería, refugiadas e inmóviles en la colina oriental, fueron masacradas tras la batalla contra la caballería y los pocos hombres que sobrevivieron a aquel día fueron vendidos como esclavos. Los caballeros no corrieron mejor suerte y Saladino se mostró implacable con los vencidos. Reinaldo de Chatillón fue ejecutado, junto con todos los templarios y hospitalarios. Los turcopolos tuvieron el mismo destino, ya que para sus compatriotas eran considerados traidores, al haberse convertido al cristianismo y luchar del bando cruzado. Sí mostró clemencia, en cambio, con el rey Guy de Lusignan y con la mujer de Raimundo III, que, si bien tuvo que rendir su fortaleza, se le permitió partir sin más. Para liberar al rey, los cruzados tuvieron que pagar un rescate que incluyó ceder el control sobre once ciudades en Tierra Santa.

Tantos esclavos salieron de aquella batalla, que los musulmanes tuvieron problemas para conseguir cuerdas para atarlos a todos y cuando los vendieron, el precio descendió temporalmente debido a que inundaron el mercado local con ellos.

Rendición de los cruzados ante Saladino. Tras la batalla se llevaron a la tienda de Saladino a los principales señores francos, entre ellos al rey y a Reinaldo de Chatillón. Saladino ofreció, como signo de hospitalidad, agua a todos ellos, salvo a Reinaldo de Chatillón, el único que también sería ejecutado allí mismo.

El desastre de los Cuernos de Hattin, desastre para el banco cruzado, fue una muestra clara de cómo un error de planteamiento y de movimiento y abastecimiento puede llevar a un ejército a la derrota. La falta de agua y el cansancio fueron elementos clave, que llevaron a Saladino a una posición mucho mejor de la esperada. Una vez en la batalla, actuó además con inteligencia, aprovechando las cartas en su mano, es decir, la mayor movilidad de sus jinetes y la mejor situación física de estos y sus animales. La carga clásica de la caballería pesada, temible en cualquier caso, no fue posible ya que los musulmanes no dejaron que el contacto entre las tropas tuviera lugar, y en lugar de enfrentarse al enemigo como en un pulso, midiendo las fuerzas, jugaron con la táctica y la inteligencia

para deshacer su mejor arma. El resultado, como hemos visto, fue de una magnitud enorme. Tanto es así, que Hattin está considerado como un punto de inflexión a partir del cual los cruzados comenzaron a languidecer. Detrás de aquel día de 1187 hubo más cruzadas y más éxitos occidentales, pero nunca tan grandes como los que ya se habían vivido. En un año, varias decenas de fortalezas cruzadas fueron perdidas y Jerusalén acabó por caer en las manos de Saladino.

L

A BATALLA DE LAS

N

AVASDE

T

OLOSA

(1212)

La Reconquista de la península ibérica duró desde el año 722 hasta el año 1492, por lo que esos casi ocho siglos de conflicto intermitente son un elemento esencial de la Edad Media. Durante todo ese tiempo hubo pactos, negociaciones y enfrentamientos entre cristianos y musulmanes, pero también los hubo dentro de cada bando. En el año 1212 tuvo lugar la famosa batalla de las Navas de Tolosa, que fue un punto de inflexión a partir del cual la expansión de los conquistadores se frenó y comenzó un declive, lento y progresivo, de la presencia almohade en la Península.

A mediados del siglo XII había surgido en el norte de África un imperio en torno a la unificación de diferentes tribus de bereberes. Los almohades, este poderoso grupo, suponían una renovación en algunos aspectos importantes de su religión, el islam, y tras dominar el norte de África se expandieron por la península ibérica, aprovechando su superioridad sobre los reinos de taifas almorávides, que aun con cierta ayuda cristiana no fueron capaces de contenerlos. Era el año 1147 y los almohades no tardaron en dominar un importante territorio, haciendo de Sevilla su capital dentro de la Península, aunque el punto central de todo su poder residía en Marraquech. Los nuevos conquistadores no sólo frenaron

el proceso de reconquista cristiana, sino que incluso pusieron en peligro a los reinos cristianos. El rey de Castilla, tratando de contrarrestar el peligro, fomentó la creación de las órdenes militares de Calatrava y de Santiago, en 1158, mientras que el rey de León había hecho lo mismo con la Orden de Alcántara, en 1154. La labor de estas órdenes era mantener bajo control las zonas del centro peninsular que se iban ganando en el avance hacia el sur, y proteger a los pobladores cristianos que se asentaban en aquellos lugares.

A pesar de todo, los almohades avanzaron hacia el norte, y en el año 1195 las tropas cristianas fueron derrotadas en la batalla de Alarcos, frenando la Reconquista y dejando la ciudad de Toledo en peligro, mientras que aragoneses y catalanes comenzaban también a verse amenazados. El miedo común al poder almohade llevó a que los reinos cristianos comenzaran un período de acercamiento entre sí, fomentado especialmente por Alfonso VIII de Castilla desde 1208. Así, las coronas de Aragón y Navarra se unieron a la castellana para plantar cara a los musulmanes, que seguían empujando hacia el norte y tomando algunas localidades importantes. Tal era el poder del enemigo, que la Iglesia también puso de su lado para que surgiera un frente común, y el arzobispo de Toledo, a la sazón Rodrigo Jiménez de Rada, trabajó para unir fuerzas y consiguió que el papa Inocencio III proclamase una cruzada en territorio peninsular contra los musulmanes, ofreciendo las correspondientes bulas e indulgencias para contribuir al éxito de la llamada. Esta llamada, de la que se hicieron eco otros jerarcas de la Iglesia, acabó por atraer al combate contra los almohades a caballeros de Francia y de otros lugares de Europa.

Estas tropas francesas, conocidas como ultramontanas por venir del otro lado de los montes Pirineos, se reunieron en la primavera de 1212 con las tropas castellanas, ya que el rey de Castilla se había comprometido a mantener a estos caballeros que habían llegado en su ayuda. Las fuerzas catalanas y aragonesas, al mando de Pedro II de Aragón, también se unieron en Toledo al cada vez más numeroso ejército. El 20 de junio comenzó el camino hacia el sur, con la convicción de que una tropa tan numerosa y heterogénea no podría

mantenerse unida y con la convicción total de su cometido, al menos durante mucho tiempo. Las dimensiones del ejército, para lo que era habitual a esas alturas del siglo XIII, eran enormes, si bien, como ya hemos comentado, es complicado afirmar con exactitud el número de efectivos. Con toda seguridad eran varias decenas de miles de hombres, aunque algunas fuentes hablan de hasta cien mil soldados. La larga procesión iba encabezada por las tropas extranjeras, al mando de las cuales estaba Diego López de Haro, al que seguían las tropas aragonesas y catalanas, junto con su rey y un buen número de nobles y altos cargos religiosos de sus territorios. Tras ellos, avanzaba Castilla, con su rey y prácticamente toda su nobleza, junto con cargos religiosos y caballeros de varias órdenes religiosas, como el Temple, Calatrava o Santiago. Tras ellos, había más tropas, reclutadas y llegadas de otros lugares. Junto a este ejército, una riada de carros y mulas llevaban todos los recursos, alimentos y materiales que podían ser necesarios o útiles, tanto durante la marcha como en la futura batalla.

El camino hacia el sur de los cristianos

En su camino hacia el sur, tomaron Malagón o Calatrava, entre otros. En este último lugar, el hombre que la defendía, llamado Abén Cadis, salvó la vida al rendir la ciudad, ya que acordó con los cristianos que le dejarían ir a cambio de dejar en sus manos la localidad. Días después, el califa almohade, al conocer la historia, ordenó que lo degollaran por haber rendido la ciudad y no haber peleado hasta la muerte. Los cristianos pactaron la rendición con la promesa de respetar la vida de los enemigos que había en la ciudad, entre otras cosas para no desgastarse en combates menores durante el trayecto hacia el objetivo real de aquella campaña. Esto provocó algunas deserciones, como el caso de muchos de los templarios que habían llegado de Francia, ya que no estaban de acuerdo con la posición de Alfonso VIII de Castilla y eran partidarios de matar a los capturados y saquear la ciudad. Esta pérdida de hombres se vio compensada con creces por la llegada del rey Sancho de Navarra junto con varios miles de sus caballeros, que se unió al ejército

cristiano, que contaba ya con tres reyes entre sus filas, aunque ni el rey de León ni el rey de Portugal habían acudido. El portugués tenía problemas internos y tan sólo envió una pequeña representación de templarios de su territorio y algunos infantes. El rey leonés, por contra, era enemigo de Alfonso VIII de Castilla y no sólo no se puso del lado de este contra los almohades, sino que aprovechando que Castilla quedaba en cierta medida desprotegida, lanzó algunas acciones para hacer con territorio castellano.

Tras tomar el puerto del Muradal, el enorme grupo cristiano acampó a los pies de Sierra Morena, cerca ya del campamento almohade, que estaba al otro lado de un desfiladero, el desfiladero de la Losa. Los almohades estaban bajo el mando de un hijo del califa, llamado Al-Nasir Mohammad ben Yussuf, conocido por la cultura popular como Miramamolín, y en la zona tenían más de cien mil hombres, aunque algunas fuentes multiplican ese número por tres y cuatro, probablemente de manera exagerada. Vigilaban los desfiladeros de Sierra Morena y también entre sus filas había hombres de múltiples procedencias, ya que, como los cristianos, en el lado del islam se había convocado a una guerra santa. Habían llegado a combatir a la Península arqueros turcos, capaces de disparar con precisión y fuerza mientras montaban a caballo, y también un buen número de subsaharianos, llamados la guardia negra por su color de piel y que armados con largas lanzas eran la guardia personal de Miramamolín.

El tiempo corría en contra de los cristianos, que como ya hemos visto comenzaban a tener distensiones entre sus filas, y además estaban muy lejos de sus zonas naturales, por lo que el suministro de alimentos y recursos amenazaba con ser un problema. El avance más lógico, por el paso de la Losa, era un suicidio, ya que las fuerzas enemigas allí eran considerables y además estaban en mejor disposición para el combate en dicho lugar. Entonces, ocurrió algo que forma parte de la historia y que parece sacado de una leyenda. Un pastor de la zona, llamado Martín Halaja, se presentó ante un noble catalán, Dalmau de Creixell, y le ofreció guiar a las tropas cristianas al otro lado del paso a través de una ruta sin peligro. Se

envió primero, por prudencia, a un grupo de exploración que, acompañado por el pastor, consiguió llegar sin problemas al otro lado del paso, a una llanura suficientemente grande para acoger a todo el ejército. Pocas horas después, los cristianos estaban ya en su nueva posición, desde la que podrían prepararse para la batalla y habían salvado el punto crítico, el paso del estrecho desfiladero, punto en el que podrían haber sido masacrados sin problemas por los almohades.

Tras cruzar el desfiladero

El domingo 15 de julio de ese año, 1212, los musulmanes se dispusieron para la batalla y trataron de provocar a su enemigo para que estallara, pero los cristianos, aún cansados por la marcha del día anterior, decidieron esperar y estudiar la situación y las fuerzas enemigas para preparar correctamente el combate. La moral era importante, y el componente religioso era un acicate clave para la misma, por lo que los cristianos fueron motivados por los religiosos que los acompañaban, celebrando misas y confesiones. En el orden de batalla que se propuso, el ala derecha estaba destinada para el rey navarro y la izquierda para el aragonés. Era grandes combatientes y, aprendidas lecciones anteriores, su principal cometido era evitar los movimientos envolventes de la hábil caballería almohade. El centro de la formación quedaba bajo el mando del rey Alfonso VIII de Castilla y organizada en cuatro filas, estando el propio rey en la última de ellas, junto con el arzobispo de Toledo. Esa última fila de reserva, como veremos en otros casos, podía mostrarse como clave, ya que, llegado un momento delicado, su función sería acudir al rescate de alguna posición y por lo tanto su contribución podía suponer la diferencia entre perder la batalla o salvar un mal momento y acabar victoriosos. En las demás filas centrales se repartían caballeros castellanos y órdenes de caballería.

El planteamiento de los musulmanes no fue muy diferente de lo que

pensaban los cristianos que llevaría a cabo, ya que colocaron a la ágil y peligrosa caballería en los flancos, y formaron en el centro cuatro filas, principalmente de infantería, armados con lanzas y espadas, formando una media luna en el frente. En la primera fila estaba gran parte de los voluntarios, llegados de diferentes lugares, y dispuestos a combatir por la guerra santa de manera feroz. La guardia negra estaba en la última de aquellas filas, junto con algunos arqueros, y se dispusieron al combate como verdaderos fanáticos, preparando una protección de estacas sobre su posición, pero también encadenándose unos a otros y enterrándose los pies en el terreno para que su propio cuerpo fuera una barrera, según las crónicas más fantásticas. Por una parte, era una muestra clara de que no darían ni un paso atrás y obligarían, anclados al terreno como estaban, a sus enemigos a pasar por encima de ellos para llegar hasta lo que protegían, al líder de su ejército, Miramamolín. Dicho esto, es más que probable que la leyenda emborrone gran parte de lo que se cuenta de la guardia negra, y que si bien lucharon con cadenas, no estuvieran enterrados o fueron tan fanáticos como se dice.

Los musulmanes tenían a priori una mayor movilidad y flexibilidad y por ello su planteamiento era provocar a sus enemigos y esperar a que estos desencadenaran la clásica carga de caballería, intentando frustrarla abriéndose en el momento del contacto y envolviendo a los caballeros cristianos o simulando huir. Cuando los cristianos se lanzaran a la persecución, los musulmanes se revolverían y la formación enemiga, ya descompuesta, caería bajo sus lanzas y flechas. Los flancos musulmanes se cerrarían entonces sobre el enemigo y una vez anulada la caballería cristiana, su infantería entraría en juego, apoyada también por la caballería ligera que iba y volvía sobre el enemigo todas las veces necesarias.

A primera hora de la mañana del 16 de julio, Alfonso VIII de Castilla ordenó el ataque y la caballería pesada cristiana puso en práctica su carga, en formación y con fiereza. Los hombres de Miramamolín, como ya hemos explicado, se mostraron flexibles y dejaron entrar a los cristianos entre sus filas, mientras les

disparaban con todo lo que tenían a su alcance. Las dos primeras filas musulmanas fueron superadas sin problemas, pero cuando los cristianos llegaron hasta la tercera, que tenía a su favor que estaba en lo alto de una pequeña colina, fueron detenidos. Las líneas almohades, mientras por una parte luchaban contra la ya descompuesta carga castellana, se lanzaron a su vez contra las filas cristianas, abriendo una importante brecha y dando lugar a un combate cuerpo a cuerpo en ambos bandos, ya que las formaciones tanto de un lado como del otro habían sido rotas y se mezclaban los guerreros musulmanes y cristianos sin orden alguno.

En los flancos también había movimientos, y los rápidos caballeros almohades estuvieron a punto de envolver las alas que formaban los navarros y aragoneses. Las dos filas centrales del lado cristiano habían quedado ya aisladas y estaban sufriendo terriblemente bajo las flechas y las cargas de sus enemigos. Comenzaron a verse algunas deserciones y huidas entre ellos. Había llegado un momento clave, como decíamos hace un momento, y el rey castellano se dio cuenta de que tenía que acudir al socorro. Según se cuenta, el rey mismo le dijo al arzobispo de Toledo que aquel era un buen día para morir y se lanzó en ayuda de los suyos, lo que levantó el ánimo de las tropas. En el lado enemigo, no se sabe si por el ímpetu de los cristianos o como venganza por lo que los jefes almohades habían hecho con Abén Cadis, los guerreros andalusíes se retiraron y huyeron del campo de batalla, comprometiendo así notablemente a los musulmanes. Sus dos primeras filas luchaban en combate cerrado con los cristianos, y en un momento su tercera fila se había evaporado con aquellas deserciones.

En medio del combate, los castellanos y aragoneses por un lado y el rey de Navarra por otro, aunque es complicado determinar con exactitud quién fue y quién fue el primero, consiguieron llegar hasta la guardia negra y superarla, saltando la barrera de hombres y cadenas. Esta imagen es posiblemente la que ha quedado en la cultura popular para la posteridad, gracias a la leyenda y al mundo del arte, que se ha centrado en ese momento en que los cristianos saltaban las cadenas, sobrepasaban la guardia personal del líder

almohade y este quedaba, por tanto, a merced de sus enemigos. Finalmente consiguió escapar, haciendo de la derrota musulmana ya un hecho incontestable y dejando en manos cristianas un gran botín, tanto económico como moral. Muchos estandartes almohades fueron enviados a Toledo, el del propio Miramamolín fue enviado al monasterio de las Huelgas, en Burgos, y su lujosísima tienda fue enviada al papa Inocencio III como regalo y agradecimiento por haber apoyado la campaña desde el primer momento. Más allá de esto, los muertos y heridos se desconocen con exactitud, pero las crónicas hablan de decenas de miles, números que, como ya hemos advertido, han de ser tratados con prudencia.

Representación artística de la batalla de las Navas de Tolosa, realizada en 1864 por el pintor español Francisco de Paula van Halen. En la historiografía árabe se conoce a esta batalla como la batalla de Al-Uqab, y en las crónicas de la época aparece referenciada como la Batalla, lo que indica su trascendencia.

Las consecuencias de la batalla de las Navas de Tolosa fueron

magníficas para el bando cristiano y un auténtico desastre para los musulmanes. Precisamente con ese descriptivo nombre fue conocida la batalla en el lado almohade, como el desastre, dando lugar a tensiones internas que provocaron graves problemas en el gobierno de la Península. El avance del sur hacia el norte quedó prácticamente anulado y el inicio del fin de la Reconquista había llegado. Por otra parte, una muestra clara de lo importante que es estaba batalla en la Edad Media peninsular son las leyendas que surgieron tras la batalla. Desde la que cuenta con épica cómo los navarros rompieron las cadenas y sobrepasaron a la protección del líder almohade, motivo por el que las cadenas llegaron al escudo de Navarra, según la leyenda; hasta otra leyenda famosa, que asegura que el pastor no era otro que el mismísimo San Isidro, que acudió en socorro de los cristianos. En resumen, lo que ocurrió en las Navas de Tolosa, como en el caso de otras batallas y hechos que hemos comentado y comentaremos, debe ser pasado por el filtro de la leyenda, por la falta de fuentes fiables y por lo complicado que es comprobar algunos aspectos.

L

A BATALLA DE

L

EGNANO

(1176)

Son varios los momentos en la historia en los que se demostrado cómo los Alpes suponen una barrera complicada de superar para los ejércitos. Tanto fuera para acceder a Italia como para salir de ella, los soldados tenían que hacer un duro y largo viaje a través de pasos estrechos y peligrosos. Estas montañas eran una defensa natural para los estados de Italia, y durante parte la Edad Media, a pesar de que la mitad superior de la Península formaba parte del Sacro Imperio Romano Germánico, las ciudades y hombres poderosos de Italia buscaron su propia soberanía gracias al crecimiento en población y riquezas de sus dominios. Por su parte, el emperador sólo se aventuraba al sur de los Alpes para controlar a sus súbditos italianos si no existían otro tipo de problemas al norte de la cordillera que pudieran poner su posición en peligro, lo que no ocurría muy a menudo.

Esta situación provocó en repetidas ocasiones que las ciudades de la península itálica se rebelaran contra el emperador, lo que acababa en el campo de batalla. Aquí, la experiencia y la preparación de los soldados alemanes solía sobreponerse a sus enemigos. Mejor armados y mejor dirigidos, los hombres del emperador sofocaban las rebeliones, tan sólo para esperar a la siguiente.

En este contexto tuvo lugar la batalla de Legnano, el 29 de mayo de

1176, donde las tropas del emperador Federico Barbarroja se midieron en el campo de batalla con los soldados y las milicias de Milán, que contaban con la ayuda de otras ciudades italianas. Federico había sido designado sucesor del emperador Conrado III en 1152, y para entonces su experiencia en el campo militar era ya amplia. Federico no poseía lazos familiares directos con el emperador, pero su desempeño en el campo de batalla tuvo mucho que ver con que fuera elegido para suceder al emperador, elección que además no tuvo a personajes importantes en contra, lo que denota que Federico no sólo era un buen jefe militar, sino que se había ganado el respeto de los principales hombres del Sacro Imperio Romano Germánico.

Barbarroja al sur de los Alpes

En 1154, Federico Barbarroja se lanzó a su primera campaña al sur de los Alpes, acabando así con un largo período en el que los italianos se habían visto libres de la presencia de soldados imperiales en su Península. Los dos inmediatos antecesores de Federico, Conrado III y Lotario II, habían estado demasiado ocupados con otros temas y problemas, y las ciudades del norte de Italia habían disfrutado de una situación de práctica independencia. Esto había provocado que la recaudación de impuestos en aquellas zonas, destinadas a las arcas imperiales, hubiera descendido alarmantemente, junto con el incumplimiento de otros deberes. Por otra parte, los pasos de los Alpes estaban dominados por los ladrones y asaltantes, por lo que el comercio y los intercambios de todo tipo entre un lado y otro estaban casi interrumpidos. El emperador deseaba cambiar esta situación y puso en marcha una expedición por territorio italiano que llevó a su ejército hasta la mismísima Roma a mediados del 1155. Allí fue coronado por el papa Adriano IV, el 18 de junio, como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y regresó a Alemania como tal, si bien, no consiguió anular la rebelión de los milaneses y sus aliados.

Milán era una ciudad muy rica, era un centro de comercio muy importante y eso le reportaba importantes beneficios, lo que aumentaba su deseo de independencia, como ya hemos dicho. La vuelta a su territorio natural por parte de Federico Barbarroja sin haber conseguido poner bajo su pie a ese Milán rebelde, fue tomada por los nobles alemanes como un símbolo de debilidad, lo que dio lugar a revueltas entre los propios nobles alemanes. Esto obligó a Federico a intervenir, pero Italia seguía en su cabeza y puso en marcha una segunda campaña, que a diferencia de la primera tuvo más éxitos y las tropas de Barbarroja tomaron Milán en septiembre de 1158. Durante los años siguientes estos problemas se convirtieron en rutina, con otra expedición al sur de los Alpes en 1163, de nuevo para intentar reducir a los rebeldes, que en este caso se habían configurado en la conocida como Liga Lombarda, formada por varias ciudades entre las que estaban Padua, Venecia y Verona, entre otras. Fracasó Barbarroja en esa ocasión y también en la siguiente, tres años más tarde.

En 1174 tuvo que acudir de nuevo a territorio italiano a intentar poner orden, en su quinta campaña contra los rebeldes. En esta campaña es donde se enclava la batalla Legnano, que a pesar de su importancia no es tan conocida ni está tan presente en las fuentes de la época como otras batallas o incluso como encuentros mucho anteriores. En cualquier caso, sí se conoce lo suficiente sobre lo que ocurrió en el campo de batalla como para conocer el papel jugado por la caballería de uno y otro bando. La Liga Lombarda había sido objetivo del ejército imperial desde 1174, aunque los resultados no eran los esperados. Así, en 1176 Barbarroja, desde Italia, pidió refuerzos a Alemania y llegaron unos dos millares de soldados, principalmente de caballería. Otros quinientos caballeros, probablemente de la guardia personal del emperador, se unieron a ellos a comienzos de mayo, generando así dos grupos dentro del ejército venido del norte. Por una parte estaban esos aproximadamente dos mil quinientos caballeros, y por otro el grueso de las tropas alemanas. Es de suponer que la intención final era que todos ellos se unieran en un único ejército y que este se enfrentara a la Liga Lombarda.

Los milaneses, que habían sido derrotados en las dos últimas ocasiones que se las habían visto en el campo de batalla con las tropas imperiales, reunieron todas sus fuerzas y pidieron ayuda a sus aliados. Las crónicas alemanas hablan de doce mil jinetes y un número indeterminado de infantes. Quizás esas crónicas, partidarias, exageren las fuerzas de sus enemigos, ya que lo más probable es que el número de jinetes fuera mucho menor, y apenas superara los dos millares. Conociendo la posición de las tropas del emperador y sabiendo que estaban divididas, los milaneses se pusieron en marcha para interceptar a la caballería enemiga. Llevaban como parte de la expedición al conocido como Carroccio, un gran carro que simbolizaba la riqueza e independencia de Milán, portando sobre un gran altar, encima del propio carro, el estandarte de la ciudad.

Legnano, la hora de la verdad

Finalmente, el 29 de mayo de 1176, se encontraron las tropas en las afueras de Legnano. Los primeros en cargar fueron los milaneses, que con setecientos jinetes de su vanguardia sorprendieron a los alemanes, que se vieron superados en ese primer golpe, si bien el emperador recompuso sus fuerzas rápidamente y las lanzó contra los milaneses que perseguían a sus hombres.

Reorganizando sus filas unos y otros, quedaron las caballerías de ambos lados una frente a otra, dejando en el lado milanés la infantería en su segundo plano. El emperador, tomando la iniciativa, ordenó una carga en formación de su caballería pesada y las líneas de jinetes milaneses fueron fácilmente atravesadas y desmontadas. Los alemanes siguieron avanzando y se dispusieron a rematar la carga contra la infantería milanesa. Como es lógico, la fuerza de los caballeros alemanes, después del encontronazo y de atravesar las primeras filas italianas, era mucho menor y al llegar

frente a los soldados a pie, se encontraron un muro bien formado de escudos y picas. Los caballos se detuvieron ante las picas y extrañamente la formación de infantería italiana permaneció estable, sin fisuras y con los escudos muy juntos y las picas sujetas con firmeza, como dejó escrito el arzobispo de Salerno. Esta situación no era común en ese momento de la Edad Media, aunque se había dado alguna vez, ya que aún la fuerza de la caballería lanzada en una carga era tan temida, que las formaciones de infantería no se mantenían estables al ver llegar el tropel enemigo hasta ellos. La disciplina, la experiencia y la confianza para la infantería llegaría con el tiempo, pero en Legnano las picas milanesas no movieron el muro que formaban ante la caballería enemiga.

La caballería milanesa, entre tanto, pasó de verse derrotada y superada a comprobar que una oportunidad se abría ante ellos gracias a sus compañeros a pie. Los jinetes de Barbarroja estaban frustrados y se movían sobre sus propias pisadas, tratando de buscar un hueco por el que romper la formación enemiga. Cada vez más ofuscados y cansados, no se dieron cuenta de que la caballería milanesa se estaba reorganizando y cuando estos cargaron contra el flanco de los jinetes alemanes, la situación cambió de manera definitiva. Los caballeros imperiales se vieron atacados, por un lado, manteniendo una posición estática, cansados e incapaces de avanzar contra la infantería que tenían en frente, que seguía clavada en su lugar en el campo de batalla, levantando un muro de picas al que los caballos se negaban a enfrentarse. Detrás de la infantería milanesa, el Carroccio era testigo de la situación.

Representación de la batalla de Legnano, donde se puede ver al fondo el Carroccio milanés. Federico Barbarroja combatió toda su vida, en seis campañas en Italia, en Alemania, en la Segunda Cruzada... En 1189 marchó de nuevo a Tierra Santa y se ahogó en un río antes de llegar a su destino.

Se inició entonces la retirada de los alemanes, una retirada que se convirtió en una huida. Si los alemanes hubieran dispuesto a la infantería entre sus filas, podrían haber cabalgado en retirada hasta detrás de la protección que les proveería dicha infantería y reorganizarse. Pero no era así y los caballeros imperiales eran perseguidos por los jinetes milaneses, más frescos y motivados en

aquel momento. De hecho, los milaneses habían hecho exactamente eso, aprovechar la infantería para dar una segunda oportunidad a sus jinetes, permitiéndoles resguardarse tras ellos y reorganizarse para lanzar un nuevo ataque.

La derrota de Barbarroja era ya total cuando su estandarte fue capturado por el enemigo y su caballo herido, pensándose entonces que el propio emperador había fallecido, aunque no era así. Lo cierto es que hubo muchísimos capturados entre los jinetes imperiales y no tantos muertos, lo que demuestra que las protecciones y armaduras de los caballeros alemanes cumplían bien con su cometido.

En Legnano quedó claro que una infantería bien formada y disciplinada, tenía un papel muy importante en la batalla, aun cuando la caballería era la fuerza principal. Así, cuando Barbarroja se presentó en el campo de batalla sin infantería aquel día en Legnano, dejó a sus caballeros sin ayuda de los infantes y sin posibilidades tácticas de cargar, retirarse, formar de nuevo y volver a cargar. Como hemos visto, aquel error le costó caro, y casi le costó la vida.

L

A BATALLA DE

C

RÉCY

(1346)

A comienzos del siglo XIV, las tropas inglesas habían aprendido, en sus combates en Escocia, que una buena y sólida formación de lanceros a pie podía ser un muro contra el que los caballeros, a pesar de su armadura y de sus poderosos caballos, se podrían estrellar y acabar siendo derrotados. Por otro lado, también habían comprobado de primera de mano que los buenos arqueros eran letales contra esas masas de lanceros a pie, pero que también eran igual de letales contra una caballería pesada a la que diezmaban desde la distancia. Si esta distancia desaparecía y los caballeros alcanzaban a los grupos de arqueros, estos estaban prácticamente indefensos y eran los hombres a caballo los que en este caso arrasaban las vidas de sus enemigos. Estos tres elementos se podían conjugar y plantear con ellos las batallas, ya que los lanceros podían servir de barrera para que los caballeros nunca llegaran hasta los arqueros mientras que estos los asaeteaban sin piedad. Esto cambió en gran medida los combates, y los caballeros, que hasta aquel momento eran letales con sus cargas, se vieron obligados ahora a descabalgar y a luchar a pie en determinados momentos, con sus armaduras, poniendo sus espadas a la misma altura que los arcos de los campesinos, abandonando la altura que les daba el caballo.

Durante algunos años los ingleses usaron con éxito esa combinación de fuerzas, mezclando a los caballeros a pie, los arqueros y los lanceros. Mientras que en los territorios escoceses este cambio era

ya una realidad incuestionable, como se vio en varias batallas en la década de los treinta del siglo XIV, en el continente poco o nada había cambiado, y las tácticas en batalla permanecían casi inalteradas. En agosto de 1346, en el contexto de la guerra de los Cien Años, tuvo lugar la batalla de Crécy, un punto de inflexión en la historia de la guerra en general y de la caballería en particular.

El rey Eduardo III de Inglaterra había hecho una campaña de conquista en el norte de Francia, pero las cosas no le habían ido demasiado bien y se retiraba hacia Flandes, territorio afín, mientras que el ejército francés, liderado por el rey Felipe VI y por Juan I de Bohemia, acortaba la distancia en la persecución que estaba llevando a cabo. Finalmente, viendo que la situación no le era favorable y que el tiempo corría en su contra, el rey inglés decidió detenerse en Crécy y plantar batalla a sus perseguidores. Sabía que los franceses eran sensiblemente más numerosos y que por lo tanto no pasarían por alto la oportunidad de combatir. De hecho, al moverse tras los ingleses, parece obvio que los franceses estaban muy interesados en encontrarse en el campo de batalla.

El lugar de la batalla, favorable a los arqueros

Como ya hemos comentado repetidamente, escoger el lugar adecuado para la batalla era muy importante, y situar bien las tropas en dicho lugar, era otro aspecto clave a analizar antes de presentar batalla. Aprovechar los accidentes geográficos, por insignificantes que parecieran en un primer momento, podría resultar crucial con el avance del combate, de igual modo que era aconsejable aprovechar un bosque, un riachuelo o algo similar para proteger los flancos. En el caso de la batalla de Crécy, los ingleses subieron a lo alto de una loma. Para la caballería enemiga sería más complicado y fatigoso cargar subiendo, mientras que una posición en altura es favorable a los arqueros y ballesteros. Los ingleses se organizaron en tres divisiones, dos de ellas formando una primera

línea, mientras que la tercera quedaba en la retaguardia como reserva. El rey estaba junto a este grupo de reserva. Cada división inglesa tenía una línea de caballería pesada en el centro, acompañada por infantería, muchos de ellos armados con lanzas. En los extremos de cada división, en ambos lados, estaban formados los arqueros, que avanzaban la línea ligeramente hacia el enemigo, otorgando una forma similar a una media luna a cada división, con el centro más alejado y los extremos, los arqueros, más cerca de los franceses. De igual modo que los accidentes geográficos eran ayuda, también se llevaban habitualmente a cabo algunos pequeños trabajos para preparar el campo de batalla. En este caso, los ingleses hicieron hoyos en el terreno que tenían los arqueros ante sí, y los disimularon con hierba, con la intención de hacer tropezar a los caballos cuando los franceses cargaran con su caballería.

Las tropas del rey Felipe VI se sabían muy superiores en cuanto a número y estaban ansiosas por pelear. Querían aprovechar la oportunidad para ganar prestigio como buenos guerreros, para cobrarse cuantiosos rescates y para infligir una derrota importante a su enemigo. Hasta el mismo rey de Inglaterra estaba a su alcance. Cuando llegaron al lugar donde los ingleses esperaban para plantar batalla, estaba ya muy avanzado el día, pero no esperaron a que todo el ejército francés estuviera reunido y listo para formar en el campo de batalla, sino que sin perder tiempo lanzaron un primer ataque. Enviaron en ese primer golpe a una hilera de ballesteros, que eran mercenarios procedentes de Génova, experimentados en la lucha y con dominio de sus armas. Cuando los mercenarios llegaron a la base de la loma, los arqueros ingleses abrieron fuego desde lo alto, con mucha más efectividad de la que mostraban las ballestas genovesas. Las ballestas tardan más en cargarse que los arcos y, por otra parte, el terreno favorecía a los ingleses. Finalmente, los genoveses se dieron por vencidos y comenzaron a retroceder, alejándose de la loma.

Imagen de la batalla de Crécy, donde se ven los arqueros y ballesteros en primer plano y con los británicos, vencedores, a la derecha. Estos muestran sus arcos largos y en la parte inferior izquierda podemos ver cómo un soldado prepara su ballesta, apoyada en el suelo, para ser disparada.

Los caballeros franceses insultaron a los genoveses que se retiraban, llamándoles cobardes y traidores, mientras ellos se preparaban para la batalla. Al fin y al cabo, los caballeros estaban allí por el honor, y seguían ansiosos de ensuciar sus armaduras con el polvo de la batalla y sus espadas con la sangre inglesa. Los caballeros franceses comenzaron a avanzar, mientras que los mercenarios aún se estaban retirando, lo que provocó un pequeño caos a los pies de la loma, con caballos en una dirección y hombres a pie en otra, permitiendo que los arqueros ingleses siguieran haciendo buen uso de sus longbows, sus arcos, lanzando flecha tras flecha sobre los enemigos.

El desastre de la caballería en Crécy

Cuando los caballeros franceses consiguieron sobrepasar a sus propios compañeros, se lanzaron colina arriba listos para cargar contra las formaciones inglesas. Durante la subida, a medida que se acercaban a su objetivo, las flechas llegaban con más fuerza y acierto, alcanzando a los caballos en muchos casos. Los caballos caídos provocaban que los que venían detrás tropezaran, y al caer atrapaban a sus jinetes debajo de ellos. Sin jinete, o incluso heridos, algunos animales daban la vuelta y corrían colina abajo, desmontando la carga francesa. Entre todo este caos, los jinetes a pie quedaban a merced de las flechas, que atravesaban las protecciones, salvo en las partes más resistentes de las armaduras. Aquellos caballeros franceses que no eran alcanzados y que conseguían llegan hasta la parte superior de la colina, se encontraban con que los arqueros disparaban tanto desde su izquierda como desde su derecha, ya que entraban por la parte frontal de la formación en media luna con la que se habían dispuesto los ingleses para combatir.

A pesar de todo lo que hemos visto, los franceses acabaron por articular una carga, aunque muy debilitada, y chocaron contra los ingleses. No sólo una vez, sino varias, lo que pone de manifiesto su valor, ya que durante todas ellas fueron objetivo de los arqueros. Los franceses llegaban hasta su enemigo y trataban de romper su formación, pero las flechas se mostraban más efectivas y en cada nueva carga quedaban menos caballeros, que además tenían que sortear y pasar por encima de un campo lleno de restos, caballos y caballeros, además de los hoyos que habían cavado los ingleses y la pendiente propia de la colina.

Finalmente, los franceses tuvieron que aceptar la triste realidad, habían sido derrotados, ellos, los grandes señores bien armados y a

caballo, por los arqueros ingleses, siendo muchos de ellos nada más que campesinos, hombres de una capa social más baja y menos dotados para la guerra. Esto no significaba que la caballería fuera inútil a partir de aquel momento, sino que cambió el paradigma según el cual una carga bien organizada y dirigida era casi imparable. Era necesaria una revisión de las tácticas y los planteamientos de las batallas, algo que los franceses intentaron en batallas posteriores, con cargas sucesivas, caballeros que desmontaban en determinados momentos y combatían a pie... en cualquier caso, en la guerra de los Cien Años, había llegado el momento de los arqueros ingleses y sus temibles arcos largos. Tardaron los franceses aún muchos años en darse cuenta de que su caballería estaba a merced del enemigo en un combate a campo abierto. Hasta entonces, el orgullo, la confianza y las ansias de honor que habían azuzado a los caballeros en las cargas a lanzarse contra el enemigo sin miramientos, se convirtió en una maldición. Contenerse era complicado y cada vez que intentaban asaltar una posición inglesa, se encontraban con los arqueros y su letal forma de combatir. En realidad, era toda una forma de ver el mundo, por lo que no es de extrañar que los caballeros fueran incapaces en muchos de casos de cambiar ese patrón mental sobre el que estaba construido todo su mundo, toda una sociedad y toda su escala de valores.

L

A BATALLA DE

N

ÁJERA

(1367)

Durante la Edad Media Castilla fue testigo de varias guerras civiles, si se pueden llamar así, que enfrentaron a los nobles y reyes cristianos entre sí. Así, entre 1366 y 1369 tuvo lugar la que enfrentó a Pedro I de Castilla, conocido como el Cruel por unos, y el Justo por otros, contra su hermano ilegítimo, conocido como Enrique II de Enrique de Trastámara. En este conflicto castellano también intervinieron los reinos de Inglaterra y Francia, enfrentados entonces en la guerra de los Cien Años. El trono de Pedro I era pretendido por Enrique y cada uno de ellos buscó o encontró sus propios aliados en la guerra contra el otro.

Enrique, con ayuda del reino de Aragón, contaba también con el apoyo de Francia. El papa Urbano V, con la excusa de que judíos y musulmanes combatían en el bando de Pedro, se puso en contra de este y llegó a promulgar una cruzada contra el rey castellano. Mercenarios franceses fueron contratados para el bando de Enrique y el rey de Francia, Carlos V, que curiosamente había estado emparentado con Pedro por Blanca de Borbón, envió a Bertrand du Guesclin como comandante de sus tropas. Antes de internarse en la península ibérica, los franceses fueron bendecidos por el papa, dando así más valor a la parte religiosa del conflicto.

En una rápida campaña, Pedro fue derrotado y Enrique fue

coronado, repartiéndose los beneficios de aquel cambio de mano del trono entre todos. Pero el destronado no estaba dispuesto a dejar de plantar batalla y buscó la ayuda del Príncipe Negro de Inglaterra, que estaba en la zona francesa de Aquitania, cercana a la frontera, y de los reyes de Navarra y Mallorca. De nuevo, los mercenarios tuvieron su momento y el príncipe inglés contó entre sus filas con todos los que podía o estaba dispuesto a pagar, ya que, debido a la calma temporal en la guerra de los Cien Años, el número de mercenarios disponibles había aumentado, mientras que sus requerimientos económicos eran menores.

Frente a la amenaza inglesa, el ejército de Enrique se situó en la zona de Santo Domingo de la Calzada, desde donde podría moverse hacia el norte o el nordeste fácilmente e interceptar cualquier ruta que tomaran sus enemigos. Estas tropas estaban acostumbradas a combatir en grandes llanuras abiertas y en zonas montañosas, por lo que su caballería era relativamente ligera. Los ejércitos castellanos llevaban ya varios siglos combatiendo contra los moros, y su forma de combatir y su experiencia estaba acostumbrada a dicho enemigo. Esto las diferenciaba de las tropas que dirigía el príncipe inglés, que había luchado en Francia, donde el terreno cultivado era mucho mayor y había muchas más poblaciones. Así, el terreno en el que unos y otros habían combatido hasta entonces había dado forma al ejército y su forma de luchar. En cuanto a la caballería, si la castellana era más bien ligera, como hemos dicho, la que venía del otro lado de los Pirineos era más pesada, más acorazada.

Ingleses, franceses y castellanos sobre el campo de batalla

Después de algunos encuentros entre grupos de ambos bandos, el Príncipe Negro cruzó el Ebro y sobrepasó a Enrique, que le siguió entonces pasando también el Ebro y llegando a Nájera, bloqueando de nuevo el camino que pretendía seguir el inglés. En aquella situación, tan sólo una llanura y un arroyo separaban a ambos

ejércitos, y Enrique, en cuyo bando estaba Du Guesclin, con experiencia en combate contra los ingleses, decidió forzar la batalla cruzando el arroyo. Colocó como vanguardia a soldados a pie, que, sumando soldados franceses y castellanos, caballeros a pie y ballesteros, alcanzaba los dos mil hombres. Tras esta barrera de protección en vanguardia, se situaba en el centro el propio rey Enrique junto con mil quinientos caballeros. Por cada flanco, y un poco adelantados con respecto a esa posición central del grupo de rey Enrique, había más jinetes pesados y caballería ligera, con un buen manejo, esta última, de la jabalina como arma arrojadiza. Por último, la formación del rey Trastámara la cerraban varios miles de infantes.

Frente a ellos, forzado a la batalla por el enemigo, el príncipe inglés formó también en tres líneas. La primera tenía unos dos mil caballeros en su ala izquierda, unos dos mil quinientos en el centro, tanto a pie como a caballo, junto con medio millar de arqueros y en el ala derecha otros dos mil caballeros y escuderos. Muchos de los hombres de esta primera línea eran mercenarios de las compañías contratadas para luchar del lado de Pedro. La segunda fila estaba liderada por el propio príncipe inglés, que se acompañaba de dos mil de sus hombres, de algo menos de mil caballeros castellanos y de varios cientos de lanceros navarros. En la tercera línea, bajo el mando del rey Jaime IV de Mallorca, había caballeros al servicio de este rey, moros, mercenarios e infantería gascona.

Aunque siempre hay que tomar los números de efectivos en uno y otro lado con mucho escepticismo, ya que las fuentes originales no siempre son fiables y diferentes estudios apuntan a diferentes números, lo que sí parece claro es que en la batalla de Nájera el número de hombres que combatieron de uno y otro lado es realmente elevado para lo que era habitual entonces. Sin duda, a esto contribuyó el exceso de mercenarios disponibles en Europa, como ya hemos apuntado.

Du Guesclin ordenó avanzar y embistió contra la vanguardia enemiga, haciendo a esta retroceder. Esto comprimió el espacio tanto, que no dejó lugar para las lanzas y los movimientos a caballo, por lo que las espadas, las hachas y las dagas fueron las armas más usadas. El bando del inglés reaccionó y los mercenarios trataron de flanquear a la vanguardia de Du Guesclin, mientras que la caballería ligera castellana que servía al lado de Enrique reaccionaba y, tratando de evitar que tuviera éxito ese intento de flanquear al grupo de Du Guesclin, atacó por el lado opuesto, acercándose tanto a los arqueros ingleses que sufrieron muchas pérdidas y tuvieron que retroceder. La movilidad de la caballería ligera se conseguía a cambio de no ir tan bien protegidos, ni caballero ni caballo, lo que limitaba el peso y daba esa necesaria movilidad. Frente a los arqueros ingleses, esa falta de protección les obligó a retroceder. A la vista de este resultado en el flanco, el propio Enrique avanzó cargando directamente contra los gascones que acosaban a la vanguardia de Du Guesclin, pero de nuevo las flechas del bando inglés hicieron fracasar esa carga. Entre los caballeros castellanos, como ya hemos comentado, estaba visto como un deshonor el tener que echar pie a tierra y combatir sin estar caballo. Y las masas a caballo bajo el mando de Enrique debían haber hecho más caso a las recomendaciones de Du Guesclin, que advirtió de que cualquier grupo de caballeros debería moverse con movimientos más amplios, sin acercarse a los arqueros, ya que de lo contrario la ventaja sería para estos.

La complejidad de dirigir una batalla en marcha

Cuando fracasó el contraataque contra los mercenarios gascones, los hombres de Enrique se vieron rodeados por ambos flancos y el Príncipe Negro ordenó avanzar a su formación central, para reforzar el frente y hacer de tapón frente a la vanguardia enemiga, que ya tenía enemigos por el frente y por ambos lados. Los esfuerzos de la caballería de Enrique por dar la vuelta a la situación, lanzando cargas de su caballería de manera repetida, cometían siempre el error ya mencionado de acercarse demasiado a los arqueros ingleses

en su movimiento y no consiguieron su objetivo. Cuando los asfixiados soldados de Du Guesclin no podían más, llegó el golpe de gracia por parte de las tropas del rey de Mallorca, que atacaron desde su tercera fila en la formación del bando de Pedro y llegando por el flanco izquierdo causaron un daño terrible y persiguieron sin piedad a los enemigos que trataban de huir.

El propio rey Enrique, que bastante había hecho durante la batalla decidiendo hacia dónde enviar la ayuda, ya que el terreno no le ofrecía un punto alto desde el que divisar y controlar todo el campo de batalla, también se vio obligado, ante el colapso de sus posiciones, a huir hacia la retaguardia. Durante la retirada de los soldados de Enrique, muchos fueron los muertos por la caballería de Pedro, lanzada en su persecución con fiereza. Tanto es así, que también es considerable el número de hombres que se ahogaron en el arroyo, aquel mismo arroyo que habían cruzado unas horas antes para plantar batalla ante el príncipe inglés y las tropas de Pedro.

Las bajas en el lado de Pedro fueron muy pocas, pero se calcula que aproximadamente la mitad del ejército de Enrique fue muerto o capturado, entre ellos muchos nobles cuyos rescates serían un buen premio a aquella batalla. Enrique no se contó entre ellos y pudo huir. La victoria en la batalla de Nájera, un sábado de abril de 1367, no le sirvió de mucho a Pedro, como bien había apuntado ya el Príncipe Negro, que al finalizar preguntó si el rey Enrique había caído, y cuando le dijeron que no se encontraba entre los muertos o capturados, replicó que entonces nada estaba hecho. Efectivamente, el tiempo demostró que Enrique aún tenía un papel importante que jugar y que Pedro no sacó un buen partido de aquella victoria, que era importante, y de sus importantes aliados.

Representación de la batalla de Nájera, con Pedro I de Castilla (a la izquierda), y Eduardo de Woodstock, el Príncipe Negro. En esa batalla, Du Guesclin, el líder francés, fue capturado y el Príncipe Negro permitió que su vida se intercambiara por cien mil francos. Tras volver a Francia, Du Guesclin fue nombrado condestable en 1370.

Lo que demuestra claramente la batalla de Nájera, es cómo los movimientos de escaramuza de la caballería, los ataques por los flancos y la ayuda a otras unidades, que como ya hemos comentado son parte esencial de su contribución durante la batalla, son complicados de llevar a cabo si dicho movimiento no se ejecuta con cuidado. Dirigir a varios cientos de caballeros en mitad del caos y el ruido de una batalla es algo muy complicado, y seguir un estandarte puede convertirse en una odisea. Así, no es extraño que una masa enorme de caballeros, que idealmente debería moverse evitando el

peligro de los arqueros y atacar como si fuera un sólo caballero, acabe cerrando demasiado su movimiento y colocándose en una posición vulnerable, dando por lo tanto al traste con el planteamiento táctico que el comandante o líder de su ejército había dispuesto.

L

A BATALLA DE

A

LJUBARROTA

(1385)

Alfonso VI de León, en 1095, entregó a Enrique de Lorena el condado de Portugal, aunque sometido a vasallaje de León, como dote por el matrimonio de su hija Teresa. A la muerte del rey leonés, Portugal se erigió en reino independiente y desde entonces ese nuevo reinó luchó por hacer suyos algunos de los territorios que los cristianos iban ganando a los musulmanes durante la Reconquista. Casi tres siglos más tarde, en 1379, Juan I de Castilla se casó, en segundas nupcias, con la hija del rey de Portugal. Al fallecer este en 1383, Juan I demandó para sí el reino de Portugal, tal y como estaba dispuesto en las capitulaciones matrimoniales, lo que dividió a los portugueses, situando unos a favor y a otro en contra del rey castellano.

Por si todo esto fuera poco complicado, el líder de los portugueses contrarios al rey Juan I de Castilla, era otro Juan, a la sazón, maestre de la orden militar de Avis, fundada originariamente, y con otro nombre, en 1166 en Portugal. Este Juan era sobrino del rey portugués fallecido y en 1385 las Cortes de Coímbra lo nombraron rey de Portugal, también con el nombre de Juan I, en este caso, de Portugal. Así, en este conflicto ibérico de finales del siglo XIV se enfrentaron dos juanes, Juan I de Castilla y Juan I de Portugal, ambos demandando para sí la Corona de Portugal.

Representación de Pedro I de Castilla y el Príncipe Negro, donde también podemos ver a un caballero de la Orden de Santiago (derecha). El Príncipe Negro acabaría muriendo en 1376, casi diez años más tarde de la batalla de Nájera, probablemente por una larga enfermedad contraída entonces en España y que lo acompañó todo ese tiempo. Murió una semana antes de cumplir los cuarenta y seis años.

El portugués solicitó ayuda a los ingleses, en aquel momento enemigos del castellano. Este, Juan I de Castilla, era hijo de Enrique de Trastámara, que como ya hemos visto había contado en su bando con los franceses para luchar contra Pedro I de Castilla, al que ayudó el mismísimo Príncipe Negro. Los ingleses, por tanto, eran partidarios del portugués e incluso deseaban sentarse en el trono castellano. De nuevo, la península ibérica se convertía en el lugar donde la guerra tenía resonancias de otros lugares de Europa.

Ya desde 1383 los enfrentamientos fueron algo común, y los castellanos llegaron a poner cerco a Lisboa por tierra y mar, pero la peste hizo estragos entre ellos, contándose entre los fallecidos muchos nobles, grandes militares, el maestre de la Orden de Santiago, Cabeza de Vaca, el comendador mayor de Castilla, mariscales de Castilla... Aquel intento fallido no hizo que los castellanos abandonaran, y en 1385 volvieron a planear el asalto a Lisboa, enviando tropas por tierra y mar. El avance de estas tropas alertó al portugués, que buscó el mejor lugar y situación para plantarle cara con garantías, y llegó allí con tiempo suficiente para disponer la batalla con cuidado. El condestable portugués, Nuno Álvares Pereira, desplegó las fuerzas lusas en un pequeño valle, con dos arroyos al fondo que les ofrecían cierta protección. En la parte baja del pequeño valle colocaron el grueso de sus tropas y las elevaciones de los lados fueron ocupadas por los flancos. Formaron un cuadro, en el que en los vértices más cercanos al enemigo estaban los arqueros ingleses. Esperaban que la caballería pesada castellana, al encontrarse ante aquella formación y confiando en la potencia de su carga, atacara de manera directa por el centro de la formación lusa. Aconsejados por los ingleses, los portugueses cavaron hoyos en campo de batalla y clavaron estacas de manera oblicua, orientadas hacia el enemigo. Aquello, pensaban, si no daba al traste con la posible carga de caballería, al menos sí le restaría fuerza.

La autoconfianza castellana

La tarde del 13 de agosto de 1385, tras semanas de marcha y combates, los castellanos llegaron hasta Aljubarrota, en el centro de Portugal. Si bien el ejército que el rey de Castilla llevó hasta allí se estima en unos treinta mil hombres, los cinco mil caballeros castellanos del mismo eran su valor más importante, y aquello en lo que se confiaba para ganar la batalla. Además, había caballeros franceses, ballesteros genoveses mercenarios, y hasta algunas

primitivas piezas de artillería. El sol había castigado al ejército en movimiento y cuando la vanguardia castellana alcanzó las cercanías de Aljubarrota, aún faltaba tiempo para que los más de quinientos carros de suministros que acompañaban al ejército les alcanzaran, lo mismo que gran parte de la infantería. A pesar de ello, y viendo a su enemigo ya dispuesto para el combate, los castellanos no buscaron otra opción y se prepararon para la batalla, aun cuando el lugar había sido escogido por los portugueses, que también habían elegido a placer las posiciones de la batalla, en una situación que no era para nada adecuada para los intereses de Juan I de Castilla, ya que sus tropas serían más eficaces en un terreno más amplio, por el número de efectivos y por la fuerza de caballería, que en aquel lugar quedaba encajonada.

Los castellanos eran conscientes de la magnitud de su tropa, por lo que, en las primeras horas del día siguiente, 14 de agosto, el rey castellano ordenó a sus hombres desfilar ante las posiciones enemigas para menoscabar la moral de los portugueses. Mientras unos se lucían bajo el sol abrasador, los otros, que se sabían un ejército mucho más modesto, aprovechaban el tiempo para acabar de preparar el encuentro. Se calcula que las tropas al mando de Nuno Álvares Pereira no llegaban a los nueve mil hombres, con menos de mil caballeros. Así, ese mismo comandante sabía que sus jinetes poco tendrían que hacer contra un enemigo tan poderoso como el castellano, y ordenó que todos ellos combatieran a pie, planteando la batalla con una estrategia defensiva, esperando contener al enemigo. No hay que olvidar que, a estas alturas de la Edad Media, los arqueros ingleses ya habían derrotado a lo mejor de la caballería gala en las batallas de Crécy, en 1346, y de Poitiers, en 1356.

Por la tarde, varios hombres, tanto castellanos como franceses, aconsejaron al rey sobre la conveniencia de no atacar en aquella situación, ya que las posiciones defensivas de los lusos les otorgaban ventaja, y una carga castellana, sin poder controlar y usar los flancos, tendría serios problemas. Advertían además del cansancio acumulado en la tropa por el calor y las últimas semanas

de marcha. Uno de los hombres que asesoraban al rey era un francés que había presenciado ya algunas derrotas de sus compatriotas, por exceso de confianza y por errar en la selección de la posición en el campo de batalla. Frente a los más prudentes, había caballeros jóvenes castellanos que abogaban por que el rey se lanzara al ataque cuanto antes, deseosos por combatir y seguros de su superioridad. Muchos caballeros experimentados que habían estado del lado castellano habían fallecido en el asedio a Lisboa que la peste obligó a romper y entre los castellanos faltaba parte de esa experiencia y sensatez. Finalmente, el rey hizo caso a los que querían combatir cuanto antes. De nuevo, el honor se exponía como un elemento valioso y a cuidar, y retrasar el ataque podía hacer que los castellanos fueran acusados de cobardes, ya que era patente la fuerza de su caballería, una caballería que sería imposible de contener en cualquier caso por los lusos. Las ansias de combate y de mostrar el valor en la lucha, la pulcritud por no dejar que el honor pudiera ser puesto en duda, se puso por delante de la prudencia. Un error que como hemos visto se repitió en innumerables ocasiones durante la Edad Media, especialmente por parte de los caballeros, por las razones que ya hemos explicado en las que la posición social del caballero dependía de su desempeño en combate y negar este o no lucirse en el mismo, impedía ascender en la sociedad y ganar privilegio.

La artillería castellana comenzó lanzando algunos proyectiles de piedra, aunque sin resultados prácticos. A continuación, los caballeros se lanzaron a la carga, con cierta desorganización y sin mantener una formación sólida. Como siempre, si los caballos rompían la formación enemiga por el centro, los caballeros tendrían la posibilidad de acabar con muchos de los portugueses y posiblemente la resistencia se descompondría sin mucho más esfuerzo. Con los animales pateando con furia el terreno, los portugueses, que los veían acercarse, se dispusieron en el centro de la formación para recibirlos, apuntando las lanzas hacia adelante y manteniendo la posición. Esperaban que los hoyos y las estacas que habían dispuesto ante sí detuvieran la acometida, pero por si esto no fuera suficiente, desde el ala izquierda lusa los arqueros ingleses comenzaron a disparar, haciendo una importante mella en la carga

castellana. Todo ello, las flechas, las estacas, los hoyos y la infantería lusa, restaron fuerza a los caballeros, pero aun así estos rompieron la formación enemiga y penetraron en el cuadro portugués. Tras ese golpe, la infantería y los ballesteros del bando del rey Juan I de Castilla atacaron por los flancos. El maestre de la Orden de Calatrava, Gonzalo Núñez de Guzmán, también del lado castellano, rodeó con éxito las posiciones enemigas y atacó por la retaguardia.

Una lucha igualada

Frente a este ataque de los castellanos por tres frentes, los portugueses mostraban una defensa sólida y no se movían de sus posiciones, mientras que los arqueros seguían haciendo mucho daño. Se podría decir que la batalla era, tras aquellos movimientos, un pulso en el que ambos estaban poniendo en juego todas sus fuerzas y un desequilibro hacia un lado o hacia otro podía significar la diferencia entre la derrota y la victoria. Si la brecha que había abierto la carga castellana se mantenía y permitía que su infantería llegara hasta allí y se uniera al combate en pleno cuadro portugués, estos tendrían difícil salir del atolladero. Por otra parte, los lusos sabían que la caballería castellana también se encontraba a su espalda, por lo que no tenían otro camino que pelear, ya que la retirada no era una opción.

Unos mil caballeros lusos, que hasta aquel momento se habían mantenido en la reserva, acudieron a socorrer el frente de su formación, intentando cerrar la brecha que se abría en la misma. Al mismo tiempo, las alas portuguesas se cerraban sobre el centro con el mismo objetivo. Ahora era la caballería castellana la que se veía en un aprieto, rodeada de enemigos mientras las flechas seguían llegando contra ella. El pulso finalmente encontró un punto débil y uno de los bandos comenzó a ceder, el castellano. Acosado y cansado, los caballeros comenzaron una retirada desordenada y

caótica, que causó más muertos e impidió que pudieran volver hacia atrás para organizar una carga. La tensión de verse rodeados y superados, derrotó a los caballeros castellanos. El maestre de Alcántara, que estaba en la retaguardia lusa, al ver lo que estaba ocurriendo, intentó atravesar las posiciones enemigas desde la retaguardia hacia la parte frontal para socorrer a los suyos, pero en mitad de la maniobra los portugueses, viendo que el ataque frontal había sido rechazado, se volvieron contra ellos masivamente, montando entonces algunos caballos que no habían sido usados hasta el momento.

En menos de una hora el combate había finalizado y los castellanos habían sido derrotados, engullidos, podríamos decir, por la masa portuguesa que ellos mismos habían golpeado por varios lados. El rey castellano tuvo que huir, estando enfermo, llegando hasta las cercanías de Lisboa para subir a un barco. Dejaba detrás miles de muertos y un número mucho mayor de capturados, además de armas, carros, víveres... Entre los muertos se contaban algunos de los mejores hombres de armas castellanos y también algunos franceses. Hubo rescates que llevaron dinero a manos portuguesas y tal fue el desastre, que el rey Juan I de Castilla decretó un año de luto y sin celebraciones de ningún tipo.

L

A BATALLA DE

G

RÜNWALD

(1410)

La batalla de Grünwald, conocida también como batalla de Tannenberg o como la batalla de Žalgiris, según el bando, tuvo lugar en julio de 1410. Los caballeros teutónicos se enfrentaron a los hombres del reino de Polonia y del Gran Ducado de Lituania, dentro de la guerra que venía enfrentando a unos y otros por el dominio del territorio. Los caballeros teutónicos buscaban expandir las zonas bajo su dominio, algo que les había concedido el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, al darles permiso para conquistar y gobernar Prusia y las regiones cercanas. Durante dos siglos, los teutónicos habían seguido esa directriz y habían guerreado y dominado con la espada un territorio muy extenso. La población local recibía ayuda de Polonia, por lo que la orden germana vio la oportunidad de lanzar una guerra abierta contra este reino y poder hacerse así con más terreno para gobernar. Tan convencidos estaban los caballeros teutónicos de su fortaleza y de ser superiores a su rival, que ofrecieron a los polacos una tregua de un año, durante el cual estos pudieran prepararse para la guerra. Esto permitió a los polacos organizarse, convocar a un gran ejército y enfrentarse en una batalla con fuerzas renovadas. Una batalla que se saldaría con un único vencedor y por lo tanto evitaría una larga campaña o una guerra que durara años. Viendo este planteamiento, parece obvia la gran autoconfianza de los teutónicos.

En julio de 1410 se lanzaban unos y otros a esa gran batalla, a una batalla llamada a ser definitiva, donde la orden teutónica envió al

campo de batalla más de veinte mil caballeros, apoyados por ballesteros, lanceros y otros hombres a pie. En frente, lituanos y polacos habían juntado unos treinta mil caballeros y varios miles de infantes. El número a priori favorecía a los polacos, pero la preparación y los recursos que tenía cada caballero de la Orden Teutónica a su alcance, es decir, su armadura y sus armas, eran un elemento a favor de estos. Los caballeros lograron poner de su lado incluso algunos cañones primitivos.

Al amanecer, ambos bandos ya se desplegaban por el campo de batalla, y los caballeros teutónicos, sabiéndose en inferioridad numérica, levantaron algunas defensas ante sus líneas, lo que provocó que la prudencia de ambos mantuviera a los hombres formados en sus posiciones, mientras que ninguno de los comandantes se atrevía a dar la orden para dar el primer paso hacia la batalla. Tan sólo algunas escaramuzas sin importancia, que ya venían teniendo lugar los días anteriores, rompían la tensa calma. Finalmente los lituanos se decidieron, azuzados por el enemigo, y atacaron el flanco izquierdo de los teutónicos, cerca de la localidad de Tannenberg. Al tiempo, los polacos atacaban en flanco derecho. Los caballeros teutónicos respondieron con su caballería pesada, y no tardó en formarse el caos, con una gran batalla en la que grupos de refuerzo se incorporaban mientras otros se retiraban para reagruparse, por un bando y por otro. Los caballeros teutónicos aprovechaban su fuerza y lanzaban cargas de caballería pesada, en formación, mientras que los caballeros polacos y lituanos aprovechaban su mayor movilidad para escapar y buscar nuevo puntos en los que atacar. Los lituanos simularon algunas retiradas fingidas, que arrastraron a un buen número de enemigos hasta zonas pantanosas y los alejaron del frente. En cualquier caso, nada definitivo.

Tras horas de batalla, las filas polacas y lituanas comenzaron a perder cohesión y el largo frente fue sucumbiendo a los repetidos golpes de la caballería pesada enemiga, que en formación y sin descanso se dirigían contra ellos. Las tropas de infantería de uno y otro lado trataban de hacer su papel, y el tiempo transcurrido

comenzaba a hacer mella en los ánimos de unos y otros. La caballería lituana se batió en retirada, quizás fingida, y entonces las reservas teutónicas fueron lanzadas en su caza. Los lituanos consiguieron finalmente reagruparse y volver al campo de batalla, atrapando a su vez a sus enemigos, que habían desorganizado sus líneas en la persecución. Los polacos lanzaron entonces sus últimas reservas de hombres, mientras que los teutónicos ya habían puesto toda la carne en el asador y no le quedaba reserva alguna.

Combate durante la batalla de Grünwald, donde se pueden ver a los caballeros teutónicos. Ulrich von Jungingen fue el 23.º gran maestre de la Orden de los Caballeros Teutones, tras suceder a su hermano. Tenía fama de irascible y arrogante, y su forma de ser influyó en la

actuación de la orden. También era valiente, y durante la batalla de Grünwald lo demostró cargando en primera fila.

Se vieron entonces los caballeros teutónicos rodeados, con una caballería ligera en frente que se movía mucho más rápido que ellos, y con un frente de batalla que no eran capaces de romper definitivamente. En una última acción en la que se jugó todo, Ulrich von Jungingen, el comandante de los teutónicos, se puso al frente de sus hombres y lanzó una última carga de su caballería pesada, que se vio envuelta en un número muy superior de enemigos, y a pesar de ofrecer resistencia hasta el último momento, fueron rodeados y vencidos finalmente. Intentaron organizar una retirada y protegerse en torno a su campamento, pero de nuevo se vieron superados y la orden teutónica fue arrasada.

Joannis Dlugossii, un religioso, cronista, soldado y diplomático polaco del siglo XV, famoso por su obra Annales Seu Cronici Incliti Regni Poloniae, lo que vendría a traducirse por Anales o crónicas del famoso reino de Polonia, dejó escrito sobre la última fase de la batalla, cuando los teutónicos se refugiaron en su campamento, lo siguiente:

Aplastados los carros teutónicos, el ejército real [polaco] avanzó hacia la colina en la que se encontraba el campamento enemigo. Varios de sus escuadrones habían sido puestos en fuga. Las armaduras de los guerreros brillaban con la reverberación del sol. Preparado para proseguir la persecución, el ejército real se arrojó sobre los adversarios. Después de vencer a un pequeño número que había osado resistir, empujó al resto de las fuerzas sin infligirlas daño alguno siguiendo las instrucciones del rey a los soldados de no hacer uso de las espadas. Con una señal, Ladislao, rey de Polonia, ordenó a sus tropas perseguir al enemigo en fuga, pero absteniéndose de causar una carnicería. La persecución duró varias millas aún. Un pequeño número de huidos escaparon, pero la mayoría fueron hechos prisioneros, conducidos al campamento y

tratados con clemencia por los vencedores. A la mañana siguiente se entregaron al rey. Muchos se ahogaron en un estanque distante dos millas del lugar del combate, a causa de la confusión y de la presión que se ejercía sobre ellos.

La persecución cesó con la caída de la noche. En este combate encontraron la muerte cincuenta mil enemigos [sic] y cuarenta mil [sic] fueron hechos prisioneros. Fueron capturados cincuenta y un estandartes. Los vencedores se enriquecieron con los despojos del enemigo. Aunque cuesta trabajo creer las cifras de muertos, hay un medio de confirmarlas: a lo largo de algunas millas, el camino estaba cubierto de muertos. La tierra estaba impregnada con su sangre y el aire se cubría con los gritos y lamentos de los moribundos.

Esta batalla es uno de los acontecimientos bélicos más importantes de la historia de Polonia, supuso un punto de inflexión para la influencia y el poder de la orden teutónica y sin duda es una de las grandes batallas de la Edad Media.

L

A BATALLA DE

A

GINCOURT

(1415)

Enrique V fue coronado como rey de Inglaterra en el año 1413, y aunque era joven, veinticinco años, se mostraba ya como el paradigma de caballero y de rey, teniendo fama de justo, devoto religioso y de buen guerrero, deseoso siempre de combatir. Perteneciente a la casa de los Lancaster, poco después de subir al trono presentó a Francia una serie de demandas que, a todas luces, eran difícilmente aceptables por esta. Entre otras cuestiones, solicitaba la corona de Francia sobre su cabeza, el ducado de Normandía, la mitad de Provenza y la mano de la hija del rey de Francia.

En la batalla de Poitiers, que tuvo lugar en septiembre de 1356, más de medio siglo antes de que el Enrique V fuera nombrado rey, el rey Juan II de Francia había sido capturado por los ingleses. Cuatro años después se había llegado a un acuerdo de paz y entre otras condiciones, por la liberación del rey Juan II, Francia tendría que abonar un rescate de tres millones de coronas de oro, dividiendo dicho pago en varias cuotas. No se llegó a abonar en su totalidad dicho rescate y Enrique V, a pesar del tiempo transcurrido, incluyó como petición a Francia que satisficiera el pago total del rescate y que además le entregara otros dos millones de coronas.

En Francia las peticiones de Enrique V fueron recibidas como

ultrajantes, y además llegaron en un momento en que el reino continental atravesaba una dura situación, comido por la anarquía y las luchas internas. Carlos VI, el rey, también conocido como el Loco, había perdido el control de su reino y la casa de Armagnac y la casa de Borgoña combatían abiertamente por el poder. A la cabeza de los primeros estaba Carlos, duque de Orleans y sobrino del rey, y a la de los segundos estaba Juan Sin Miedo o el Temerario, duque de Borgoña, conde Flandes y primo del rey. En este contexto, las negociaciones entre Inglaterra y Francia fracasaron y el 11 de agosto de 1415 el rey inglés partió en su flota rumbo a Francia, donde desembarcó sin problemas tres días más tarde, junto a la ciudad fortificada de Harfleur, en la orilla norte del estuario del Sena.

El asedio de Harfleur

La toma de Harfleur era esencial en el plan de Enrique V, ya que el puerto que le proporcionaría la ciudad una vez que estuviera en sus manos, le serviría de punto de conexión con Inglaterra. Los defensores de la ciudad, listos para el asedio, inundaron las tierras llanas al norte de la ciudad, aumentaron la guarnición y emitieron una petición de ayuda al delfín, título que se daba al primogénito del rey francés, que estaba reuniendo un ejército en Rouen. Los ingleses rodearon la ciudad y trabajaron para crear una red de trincheras y defensas en torno a sus posiciones. Tras esta primera parte, comenzaron a construir minas para acabar con las murallas que protegían Harfleur. El minado consistía en escarbar un camino bajo tierra que permitiera llegar hasta debajo de las murallas para que estas se vinieran abajo, pero en esta ocasión el trabajo de contraminado de los franceses fue efectivo y los atacantes no consiguieron su objetivo. Lo intentaron entonces con arietes y trabucos, un arma de asedio que lanzaba proyectiles por encima de las murallas, pero de nuevo los defensores resistieron. Ambos bandos tenían cañones primitivos, con los que intercambiaban disparos. Uno de ellos, en el lado inglés, era capaz de lanzar piedras de más de doscientos kilos por encima de las murallas.

El paso de las semanas comenzó a hacer mella en ambos contendientes y las víctimas ya no sólo llegaban por el combate, sino también por las insalubres condiciones en las que se amontonaban los ejércitos, con barro y humedad, que acabaron provocando fiebres y disentería, siendo especialmente dura esta parte en el lado inglés. A pesar de ello, el 22 de septiembre Harfleur caía y el ejército inglés, a pesar de las semanas que había pasado sufriendo ante las murallas, decidió continuar con su campaña. Dejando unos mil doscientos hombres para asegurar la ciudad, a primeros de octubre un millar de hombres de armas y cinco mil arqueros se pusieron en camino rumbo a Calais.

El ejército francés que el delfín estaba componiendo en Rouen seguía creciendo, y si bien había dudas sobre la conveniencia de que Carlos de Orleans y Juan de Borgoña fueran convocados, para evitar así que sus disputas influyeran en los soldados, sí se le pidió a cada uno que enviara quinientos hombres de armas. Carlos de Orleans desoyó la petición de no unirse a aquel ejército y se presentó junto con sus hombres en Rouen, donde ya estaban un buen número de nobles y el condestable de Francia. También Juan Sin Miedo estaba entre las líneas francesas. Juan le Maingre, conocido como Boucicault, era el mariscal de los ejércitos de Francia y junto con el condestable, Carlos d'Albret, dirigían las tropas francesas, donde las diferencias de bandos complicaron su labor. La vida de Boucicault es un buen ejemplo de una vida centrada en el campo de batalla. A los doce años sirvió al duque Luis II de Borbón en una campaña y había ingresado al servicio de Carlos VI como paje. Con dieciséis años, por su valor militar, que había quedado ya patente y comprobado en varias ocasiones, fue nombrado caballero. Luchó en varios frentes, tomó parte en la Reconquista española y en 1391 fue nombrado Mariscal de Francia.

Enrique V atacado por el duque de Alençon. El rey inglés, además de su corona, porta la flor de lis entre sus colores, un símbolo de pretensión sobre el trono francés, asociado con este símbolo heráldico.

Enrique V necesitaba cruzar el río Somme y los franceses enviaron un contingente para impedirlo, pero no acertaron con la ruta y los ingleses encontraron un paso libre el 20 de octubre. Aunque algunos de los franceses recomendaban prudencia, recordando lo que había pasado en las batallas de Crécy y de Poitiers, los continentales veían enfrente a un grupo débil y pequeño, un grupo que había consumido ya gran parte de su energía frente a Harfleur. El condestable cedió a las peticiones de parte de su complicado consejo de guerra y envío heraldos al campamento inglés para anunciar las intenciones de Francia de enfrentarse con los ingleses sin más demora, esperando pactar un lugar para tal enfrentamiento. Se dio además la opción a los ingleses de elegir el lugar y el

momento, pero la respuesta de Enrique V fue que tenía la intención de ir a Calais sin pararse a combatir y que si los franceses querían impedírselo tendrían que buscarse sus propias oportunidades para hacerlo. A medida que los soldados avanzaban hacia Calais, el estado de los campos y el rastro que iban dejando tras de sí las tropas francesas ponía claramente de manifiesto que estos marchaban por delante de los ingleses.

A finales de octubre una avanzadilla de Enrique V divisó desde lo alto de unas elevaciones a las tropas francesas por delante de ellos, en el valle, cortándoles el paso. El encuentro era inevitable y ambos ejércitos se dispusieron y prepararon para combatir al día siguiente. Los ingleses, temerosos, mientras que los franceses se sentían seguros de su superioridad.

De nuevo, arqueros ingleses y caballeros franceses

Si bien los ingleses seguían contando entre sus filas con caballeros, que eran los soldados más importantes a priori, los arqueros y soldados básicos, lanceros, eran un número importante. Tanto es así, que se calcula que aproximadamente el ochenta por ciento de los hombres del ejército inglés eran arqueros. Los franceses también tenían arqueros, pero en menor número y además jugaban un papel menor sobre el campo de batalla. En ambos lados había ballesteros, siendo más relevantes para los franceses. El disparo de la ballesta era más potente que el del arco, pero tenía un serio inconveniente, se tardaba mucho más tiempo en recargar. Es muy complicado establecer con exactitud el tamaño de los contendientes, ya que, por ejemplo, las estimaciones para el bando francés van desde los diez mil hasta tres veces ese número. En cualquier caso, ese ejército era sensiblemente más grande que su contendiente. Basta decir que frente a los aproximadamente setecientos cincuenta caballeros y hombres de armas, los franceses enfrentaron unas diez veces más de hombres montados.

El propio Enrique V estuvo al frente de sus tropas sobre el campo de batalla, y tomó parte activa en el combate, mientras que, en el bando francés, como ya hemos visto, el rey no estaba presente y el mando se repartió entre varios hombres.

Con las primeras luces del 25 de octubre de 1415, los ejércitos comenzaron a colocarse en el campo de batalla, de acuerdo con las previsiones que tenía cada uno de ellos sobre la batalla. Los franceses tenían la localidad de Tramecourt a un lado y al otro Agincourt, cortando así el paso de los ingleses hacia Calais. Este puerto estaba ya en manos inglesas y si el ejército de Enrique V llegaba hasta allí estaría a salvo y podría pasar el invierno sin problemas. Los bosques a ambos lados del campo de batalla estrechaban este de manera considerable, dejando poco más de un kilómetro de frente en el que combatir. Los franceses formaron tres impresionantes líneas, una tras otra. Las dos primeras eran hombres a pie y en los flancos estaba la caballería pesada, y en el frente del campo de batalla, había desplegada una fila de arqueros y ballesteros. El planteamiento francés tras esta formación era sencillo, en un primer momento los arqueros y ballesteros acabarían con los arqueros ingleses, para que la caballería cargara entonces rompiendo las líneas enemigas y masacrando a los ingleses, que se verían entonces atacados finalmente por las filas francesas de soldados desmontados, que deberían llevar a cabo la acción final aprovechando su superioridad numérica y el previsible desastroso estado del enemigo llegado aquel momento.

Como ya se ha comentado repetidamente, el ideal caballeresco suponía que los actos en combate, donde un caballero podía mostrar su valentía y honor, marcaban el prestigio de un caballero y eran el camino para ganar el prestigio social. Aquel día de octubre en los campos cerca de Agincourt, los franceses se sabían superiores en número y fuerzas al ejército inglés, que llegaba a la batalla muy castigado por los meses anteriores de campaña. No es de extrañar por tanto que, conscientes de dicha superioridad, los caballeros

desearan aprovecharla para hacerse notar y hacer historia. Así, las primeras filas francesas, los arqueros y ballesteros que deberían asestar el primer golpe, fueron sobrepasados nada más comenzar la lucha por la caballería pesada, que buscaba su oportunidad situándose en primera fila, por delante de cualquier otro guerrero francés. Tanto es así que, en el momento de estallar la batalla, doce hombres con sangre real francesa montaban sus caballos en la primera fila, donde también había condes, duques, barones y un número enorme de nobles, representando a las más importantes familias.

En el bando inglés, Enrique V asistió temprano a misa y acudió tras ella al campo de batalla, con un sobretodo bordado con los escudos de Francia e Inglaterra y con su corona sobre su yelmo. La formación de sus filas se aprovechaba de la protección que ofrecían los bosques a sus flancos, y dispuso que los arqueros se intercalaran entre los hombres de armas, descabalgados, disponiendo la formación con una pequeña curva, acercando los flancos hacia el enemigo. Como básico pero efectivo método de protección frente a la caballería enemiga, los ingleses habían clavado estacas inclinadas hacia el enemigo y acabadas en punta, algo que no era nuevo para los ingleses, como bien sabemos. El rey dedicó un corto discurso a sus hombres antes de comenzar el combate y les pidió que tuvieran a sus familias en Inglaterra en mente y recordó a los arqueros que, si eran capturados, probablemente acabarían sin tres dedos en su mano derecha. Este castigo era el método usado por los franceses para asegurarse de que los arqueros ingleses, tan letales en el campo de batalla, no volverían a ser útiles al rey inglés, ya que sin tres dedos en su mano derecha nunca más podrían tensar un arco.

Las cargas de caballería francesas

La estrategia del bando inglés pasaba únicamente por conseguir que sus arqueros diezmaran a las filas francesas, para lo que estos

debían situarse a una distancia adecuada. Fueron ellos los primeros en ponerse en marcha y con los arcos listos, avanzaron en formación, se movieron lentamente sobre el terreno embarrado por las lluvias. Los franceses seguían confiados, si bien el primer movimiento en combate no había sido por su parte. Los ingleses, al avanzar su posición, habían arrancado las estacas del suelo y las portaban para volverlas a clavar en el terreno blando cuando estaban a unos doscientos metros del enemigo, comenzando entonces a disparar sus flechas. Había llegado el momento para la caballería francesa de hacerse con sus méritos de guerra y desde el flanco derecho arrancó una carga, que avanzó con fuerza hacia los ingleses a pesar de que el terreno no era el más adecuado, por el barro pegajoso que envolvía cada pisada de los caballos. Los ingleses, apostados junto al bosque de Agincourt, dispararon sin cesar contra los caballeros franceses y contra los caballos de estos, acabando la carga por estrellándose contra las estacas clavadas en el suelo, donde el ímpetu de los caballeros que iban detrás y que galopaban lanzados hacia un golpe que ellos creían terrible para su enemigo, empujaba a las primeras filas contra las estacas y contra las flechas inglesas. Pocos caballeros llegaron finalmente hasta las líneas enemigas, demasiados pocos como para que el daño fuera significativo.

Tras ese primer ataque desastroso para los franceses, la vanguardia de soldados a pie de estos comenzó el avance, que ante la lluvia de flechas cambió su formación, pasando de una larga línea longitudinal en el campo de batalla a una formación en columnas, donde el objetivo para los arqueros era más limitado. En ese momento dos elementos se mostraron favorables a los ingleses. Por una parte, lo estrecho del campo de batalla, que impedía que sus flancos fueran atacados desde fuera de las formaciones y por otra la formación que habían adoptado con los extremos de su fila, que como habíamos dicho era curva, avanzados hacia el enemigo. Esto les permitió disparar fuego cruzado sobre la columna francesa que avanzaba por el centro, aumentando así la efectividad de sus flechas y provocando que la formación francesa fuera cada vez más cerrada. El campo, ya embarrado desde el comienzo, estaba lleno de hoyos debido a los cascos de los caballos que habían hecho la

primera carga francesa, por lo que el avance era costoso, aunque a pesar de todo la cabeza de la columna francesa acabó por alcanzar el centro de los ingleses y hacerlos retroceder. Los franceses no podían combatir con comodidad, ya que su formación se había concentrado demasiado por el fuego cruzado de los ingleses y la vanguardia francesa se veía empujada constantemente hacia adelante por las tropas que iban llegado por detrás a una formación demasiado estrecha como para contener tal cantidad de hombres y permitirles el espacio suficientemente como para combatir.

Se desató entonces un combate cerrado, hombre a hombre, donde hasta los arqueros combatían con mazas, hachas, martillos o cualquier cosa que tuvieran a su alcance. En esta fase del combate los franceses acabaron con el duque de York, tío del rey y también llamado Enrique, e incluso fue derribado el propio rey inglés. El duque de Gloucester, hermano del Enrique V, fue herido por el duque Juan de Alençon, que dirigía la segunda división del ejército francés, aunque un soldado inglés mató al francés con un hacha y le salvó la vida. Como podemos intuir por estos hechos, esa parte de la batalla fue un auténtico caos en los que el combate cuerpo a cuerpo determinó la evolución de la misma, que comenzó a remitir cuando los franceses comenzaron a retirarse. Muchos de los nobles y hombres principales de Francia habían sido hechos prisioneros y los soldados que quedaban en la retaguardia no atacaron. Era tal el número de franceses hechos prisioneros y eran todavía tantas las fuerzas francesas que podían entrar en combate, que Enrique V, consciente de su menor número de hombres ordenó matar a los prisioneros para que en caso de ataque francés, no pudieran volverse contra los ingleses. Estos se quedaron asombrados y recibieron la orden a matar a los capturados con poco ánimo, no por las propias vidas, sino por el enorme dineral en rescates que se iban a echar a perder. Sólo los más principales entre los franceses se vieron a salvo y tras aquello el botín se componía de armaduras y armas, de las que habían despojado a los vencidos.

Los arqueros se mostraron, una vez más, como letales aquel día sobre el campo de batalla, arqueros que eran capaces, gracias a sus

enormes arcos, de acabar con un caballero con armadura. Por otra parte, lo angosto del campo de batalla benefició a la estrategia inglesa y el territorio empapado y embarrado hizo más complicado el combate, llegado el momento de luchar cuerpo a cuerpo, que los franceses se agotaran antes y que sufrieran más. Por supuesto, también tuvo algo que ver, aunque es complicado saber cuánto, que los ingleses tuvieran al frente y entre ellos a su propio rey, mientras que los franceses estaban divididos entre ellos y atendían a varios líderes.

Miniatura medieval que representa la batalla de Agincourt, con los ingleses a la izquierda y los franceses, con su estandarte sobre el suelo, a la derecha. Según un cronista francés, al final de la batalla los arqueros ingleses salieron de la protección de las estacas, tiraron los arcos y con sus espadas y otras armas mataron sin piedad a los franceses.

La victoria de Agincourt fue un hito para los ingleses y un desastre histórico para la caballería francesa. No era la primera vez que ocurría, pero lo importante de la batalla y los grandes nombres que fueron derrotados entre los franceses, hacen que Agincourt sea puesto como uno de los momentos clave en los que la caballería acabó por perder su poder y aura de gracia sobre el campo de batalla.

Enrique V consolidó sus derechos al trono francés y en 1420 fue nombrado heredero al trono francés, aunque murió dos años después y nunca llegó a ocuparlo.

7

Templarios, hospitalarios y otros monjes guerreros

Los caballeros templarios eran, por delante de cualquier otra cosa, hombres religiosos, cuya forma de vida se ajustaba a la de los monjes, a la vida monacal que otros muchos hombres llevaban, donde la oración era un elemento principal. En cualquier caso, se debe tener claro desde el primer momento que no eran monjes al uso, que no vivían confinados en sus monasterios ni llevaban una vida contemplativa. Vivían en propiedades del Temple y se regían por una regla que gobernaba todos los elementos de la orden, cómo debían funcionar las comunidades y cómo debía ser la vida de los propios hombres. Más allá de este sustrato común, los caballeros templarios se comprometían por juramento a defender los territorios cristianos y a sus habitantes frente a las amenazas de otras religiones o cualquier otro tipo de enemigos. Su orden era reconocida por la Iglesia católica, que también le asignaba ciertos derechos como contraprestación a sus obligaciones. Como monjes que eran, vestían un hábito, una indumentaria propia y característica que tenía sus normas.

E

L ORIGEN DEL

T

EMPLE

El nacimiento de la orden tuvo lugar en 1120, aunque el origen hay que buscarlo algunos años antes, en la Primera Cruzada. Tras la toma de Jerusalén, en 1099, algunos caballeros decidieron quedarse allí y comenzar a vivir como religiosos, tomando la iglesia del Santo Sepulcro como punto central, probablemente el santuario más importante de la cristiandad en aquel tiempo, ya que era el lugar, supuestamente, en el que había estado la tumba de Cristo. Así nació la Orden de Caballería del Santo Sepulcro de Jerusalén, precursora de este tipo de órdenes y cuyo reglamento inicial sirvió de base para otras, como la del Temple o la de los hospitalarios.

Cuando los peregrinos cristianos viajaban a la Ciudad Santa, ahora en manos favorables a su religión, sufrían los ataques de bandidos musulmanes, por lo que surgió la necesidad de que algún grupo de hombres armados, alguna institución, diera seguridad a esos peregrinos religiosos. Desde antes incluso de la conquista de Jerusalén, se fueron abriendo algunos establecimientos dedicados a la asistencia de los peregrinos, como el que se ubicó en la iglesia de San Juan, para ayudar en el viaje a los peregrinos y a los enfermos. En 1113 se fundó el Hospital de San Juan de Jerusalén, con carácter puramente asistencial al comienzo y que acabaría siendo el germen de la Orden de los Hospitalarios, una de las órdenes de caballería más importantes durante varios siglos.

En enero de 1120 se organizó el Concilio de Nablus y de allí surgió

una petición a Roma para que aprobara la creación oficial de esa nueva institución, que debía proteger Tierra Santa y a los peregrinos. En el concilio, además de los señores y clérigos del reino de Jerusalén, estaban presentes aquellos caballeros de la iglesia del Santo Sepulcro.

En ese momento y con un caldo de cultivo favorable, Hugo de Payns se presentó ante Balduino II, rey de Jerusalén, y le propuso que él y otros ocho que le acompañaran podrían formar una orden para defender y proteger a los peregrinos. La propuesta se aprobó y el rey de Jerusalén les entregó el palacio que estaba sobre lo que había sido la mezquita de al-Aqsa, en el monte donde se asentaba el Templo de Jerusalén. Este lugar era conocido por los francos, denominación con la que los musulmanes se referían a los europeos occidentales, como el Templo de Salomón, por lo que pronto estos caballeros comenzaron a ser conocidos como los caballeros del Templo o del Temple, lo que conllevó que sus miembros fueran conocidos como los templarios. El nombre formal de la orden, no obstante, fue Pauperes commilitones Christi Templique Salomonis, es decir, Los pobres caballeros de Cristo y del Templo de Salomón. El momento en que se convertiría en una orden religiosa formal y reconocida, sería enero de 1129, cuando el papa en el Concilio de Troyes, en Francia, les daba tal entidad.

Los templarios no sólo tenían que defender a los peregrinos a Tierra Santa, sino que también debían ofrecer ayuda a los nuevos señores que surgieron en Oriente en sus enfrentamientos contra las regiones vecinas, a menudo gobernadas por musulmanes. Dicho esto, también tuvieron que tomar parte en los enfrentamientos entre los propios cristianos. Esa labor de defensa de los territorios cristianos frente a sus enemigos llevó a los templarios a tener presencia y combatir en lugares muy alejados de Tierra Santa, como fue la península ibérica, donde los reyes cristianos luchaban por reconquistarla y donde, de manera habitual, unos reyes cristianos combatían contra otros.

Ilustración de caballeros templarios, donde se pueden ver representados como soldados y también como monjes. San Bernardo de Claraval, elogiando a los caballeros templarios, dijo: «Parecen corderos, pero son más fieros que leones».

La misión de los templarios, al menos sobre el papel, era todo un orgullo para cualquier buen cristiano, ya que eran monjes que tomaban las armas para defender su religión, aunando así las virtudes de la religión con las virtudes de los hombres militares. Por

este motivo no tardó en darse la situación en la que algunos terratenientes, muy alejados de Tierra Santa, donaban sus tierras a la Orden de los Templarios para ayudar así a la labor de estos de defensa de la cristiandad. Esto llevó a que si bien las operaciones militares de los templarios tuvieran lugar principalmente en Oriente y en la península ibérica, la orden tuviera presencia y explotaciones a lo largo de Europa, lo que dio lugar a que la actividad comercial cobrara cada vez mayor relevancia y parte de la orden se dedicara a tareas que generaban riqueza, que en principio debían servir para alimentar las acciones militares allá donde hubiera que defender a la cristiandad. Esto cambió la estructura de la orden.

Las tierras que pertenecían a los templarios se organizaban en provincias, al mando de las cuales estaba un gran comendador. Una provincia podría tener varias encomiendas, al cargo de las que había un comendador, que se encargaba de organizar y mantener la actividad. Habitualmente era una explotación agraria en la que un pequeño grupo de monjes vivían y trabajaban. Podría tener una modesta capilla, según el lugar, un pabellón para alojar a peregrinos y las instalaciones necesarias para que la comunidad viviera y sacara partido de sus tierras. El gran comendador reunía a todos los comendadores regularmente, en los capítulos, lo que indica su base como orden religiosa, para rendir cuentas y tratar temas económicos y de gestión de aquello que administraban.

Durante varios siglos la Orden del Temple jugó un papel fundamental en cuestiones políticas y militares, por supuesto en los territorios santos, pero también en Europa occidental. En 1291 el sultán mameluco de Egipto acabó por hacer suyos todos los dominios de Tierra Santa, conocidos como Outremer, es decir, del otro lado del mar, y la orden se movió a Chipre a la espera de alguna oportunidad, de alguna nueva cruzada, que le permitiera retomar sus pasos. No fue así y en el año 1307 el rey Felipe IV de Francia acusó a los templarios de herejía y de practicar la magia negra, entre otras cuestiones, ordenando la detención de sus miembros y confiscando todas sus posesiones. El juicio no fue claro y los temas económicos y políticos en los que estaba envuelta la

orden fueron el marco en que se fraguó su final, entrando también en la ecuación los graves problemas financieros por los que atravesaba el rey francés.

I

NGRESO EN LA ORDEN

A diferencia de la caballería medieval asociada con la nobleza, donde el acceso a la misma tenía unos requerimientos que suponían una barrera insalvable para la gran mayoría, la Orden del Temple dio cabida en sus filas a una gran diversidad de personajes, venidos desde diferentes estratos sociales. Debido a que la parte militar de la orden era el componente más exclusivo y necesario, el aspecto que, además, les diferenciaba de todos los monjes que poblaban multitud de monasterios por toda la cristiandad, los guerreros eran los hombres más importantes dentro del Temple. Dicho esto, la Orden del Temple comenzó cuando aún el concepto de caballero medieval del que hemos hablado anteriormente, el asociado a la nobleza, no era algo realmente consolidado y había diferencias entre los nobles y los guerreros. Cuando la orden fue disuelta a comienzos del siglo XIV, ya había dejado que la idea del caballero noble y de alta cuna se colara en su forma de actuar y era normal que tan sólo entraran en la orden como caballeros aquellos cuyos apellidos indicaban que pertenecían a una gran casa o a una familia de caballeros.

Guiot de Provins, un poeta de finales del siglo XI, que se convirtió en monje, describía a los templarios de este modo:

Son sobre todo hombres valerosos [...] Son tenidos en gran consideración en Siria; los turcos les temen mucho, pues son como lanzarse contra un castillo o una muralla, nunca se retiran del campo de batalla. ¡La fe! Por eso me causaría gran dolor entrar en el Temple, porque soy consciente de que huiría, ¡no podría esperar a recibir los golpes! No creo que esté loco por decir esto, porque

ellos luchan con gran fiereza.

Aquellos que no eran caballeros dentro de la orden recibían el nombre de sargentos, que en realidad provenía del término latino sirvientes, indicando que en cierto modo eran servidores de los caballeros, la verdadera quintaesencia de la Orden del Temple. Estos hombres daban ayuda en el campo de batalla y aunque intervenían en la lucha en cierta medida, no se esperaba de ellos grandes contribuciones. Los hombres que se encargaban de otras ocupaciones dentro de la orden, como los artesanos o administrativos, tampoco eran considerados caballeros. Esto es una muestra clara de que el aspecto militar no sólo era un componente vital en la orden, sino que era el punto más alto de la pirámide, aquello para lo que todo el Temple trabajaba.

El ingreso en la orden se producía cuando uno ya era adulto, entre los veinticinco y los treinta y cinco años de edad, dejando claro que los niños no podían ingresar como miembros. En algunos casos, algunos infantes que quedaban huérfanos o estaban envueltos en alguna otra situación excepcional podían formarse dentro de las casas de la orden, si bien nunca podrían ser caballeros antes de ser adultos. Algunos caballeros lo eran únicamente de forma temporal, prestando servicio durante un tiempo y sabiendo de antemano que en algún momento dejarían de vivir su día a día dentro del Temple y volverían con su familia.

Los motivos para incorporarse a la orden eran de diferente naturaleza, siendo en muchos casos la fe cristiana y la posibilidad de luchar en Tierra Santa el principal de ellos. Ingresar en el Temple y consagrar la vida a defender la tierra en la que Cristo vivió y murió, ayudando a otros cristianos, suponía, de acuerdo con sus creencias, un camino directo al cielo, que alcanzaría su máxima expresión si la muerte se alcanzaba en el campo de batalla combatiendo contra los enemigos de la fe cristiana, como eran los musulmanes. En otros casos, era una situación difícil en la vida la

que llevaba a un hombre a enrolarse en la Orden del Temple. Un hombre sin demasiado futuro o riquezas podía ingresar y construirse así un prestigio y una forma de vida, dura, pero que le aseguraba alimento y vivienda, y además le permitía formar parte de un grupo social relevante. Podían escapar de problemas terrenales o podían intentar redimir sus vidas o intentar salvar a su familia, entregando su vida a la orden. Al modo de las habituales promesas religiosas, no eran raros los caballeros que se hacían templarios como entrega para que Dios salvara la vida de algún familiar o como agradecimiento por algún hecho excepcional, como era verse recuperado de una enfermedad, algún familiar o el propio caballero. En un primer momento no se podía formar parte de la orden si se había sido excomulgado, pero con el paso del tiempo, y a medida que las necesidades de nuevos miembros aumentaban, se pensó que sería una buena forma de reformar a los descarriados y de que estos a su vez hicieran penitencia. El importantísimo Bernardo de Claraval, nacido en el año 1090, que fue un monje cisterciense, abad de la abadía de Claraval, partidario de las cruzadas y favorable a los templarios, escribió en el siglo XI que sería bueno que los ladrones, asesinos y otros cristianos con vidas alejadas de Dios fueran a luchar contra los musulmanes en Tierra Santa, ya que eso constituía una doble bendición: por una parte para sus vecinos en Europa, que ganaban tranquilidad, y por otra parte para los francos en el reino de Jerusalén, donde cualquier ayuda era poca. En algunos casos incluso los jueces imponían como pena ingresar en la orden. Dicho esto, lo cierto es que había muchos motivos y formas de ingresar en el Temple, y el más habitual era el motivo religioso.

Los solicitantes no eran admitidos nada más hacer su petición, sino que debían esperar a que la orden analizara su situación y emitiera un veredicto sobre la petición. Como era de esperar, la escrupulosidad con la que la orden se tomaba este análisis previo a la admisión cambiaba de unos lugares a otros y también variaba en función de las necesidades de la propia orden. En los tiempos en los que en el campo de batalla las vidas se perdían en grandes números, reemplazar esos caballeros perdidos era una prioridad y las restricciones se relajaban, admitiendo casi a cualquiera que lo

solicitara.

Una de las consecuencias de lo que acabamos de exponer, era que la presencia de algunos hombres en el Temple, no por vocación sino por obligación o incluso por castigo, daba lugar a trifulcas, conflictos e incluso crímenes, protagonizado todo ello por templarios. En esos casos, y una vez que habían ingresado en la orden, eran las reglas de esta las que regían y los castigos eran duros.

L

A CEREMONIA DE INGRESO

Existía una ceremonia en la que los templarios pasaban a formar parte de la orden, y aunque estaba escrita, algunos testimonios difieren en ciertos aspectos, como puede ser el momento del día en el que se llevaba a cabo, si estaba abierta a personas de fuera de la orden y otros detalles menores. En términos generales, antes de que el aspirante compareciera ante el capítulo de sus hermanos monjes, dos o tres de estos hermanos, veteranos y buenos conocedores de las reglas de la orden, le explicaban de las reglas del Temple, de la casa a la que estaba adscrito, le exponían los trabajos y sacrificios que le esperaban, con el sano fin de intentarle hacer ver los compromisos que iba a adquirir, por si quisiera desistir de su intención de hacerse caballero templario. Si estaba dispuesto a aceptar todo lo que le acababan de contar y deseaba continuar con el proceso, se le preguntaba formalmente si tenía algún compromiso con el mundo exterior, es decir, si estaba casado, si pertenecía a alguna otra orden religiosa, si debía dinero, si estaba libre de la justicia o si tenía algún problema físico oculto, que le impidiera ser templario. Si a todo esto respondía de nuevo de manera satisfactoria, entonces comenzaba la ceremonia propiamente dicha, donde el candidato comparecía ante la asamblea capitular y solicitaba formalmente su ingreso dentro de la Orden del Temple. El presidente del consejo le advertía que debía estar preparado para aceptar órdenes, lo que suponía que no podría hacer su voluntad ni guiarse exclusivamente por sus pensamientos, y que debía poner a la orden por delante de sus propios deseos. Todo esto se hacía para contrarrestar la posible visión que el hombre pudiera tener de la orden vista desde el exterior, donde los caballos, el equipamiento, los alimentos, la bebida y todo lo que la orden proporcionaba podían ser contemplados como un lujo. Una vez más, tras esto, se le ofrecía la posibilidad de renunciar.

Si la intención persistía, se retiraba el candidato a rezar mientras que los hermanos del capítulo deliberaban. Si era aceptado, se le advertía que si hubiera mentido en cualquiera de las preguntas que se le habían hecho durante el proceso de admisión, es decir, durante la ceremonia, sería expulsado de la orden de manera inmediata. Prometía entonces solemnemente el nuevo caballero por Dios y por Santa María que obedecería al gran maestre de la orden, que viviría en castidad y sin propiedades personales. Prometía también ayudar a conquistar las sagradas tierras de Jerusalén, no abandonar su lugar en la orden sin que lo autorizara el gran maestre y no acudir a un lugar donde la cristiandad pueda ser privada de sus propiedades de manera ilegal. Se le ponía entonces la capa templario sobre los hombros, acto que llevaba a cabo el presidente de la asamblea, y le ataba los lazos que cerraban dicha capa en el pecho del caballero. Recibía también en ese momento un cordón de lana que debía atar a su cintura, y que llevaría como símbolo de castidad, y una capucha como la de cualquier otro religioso.

Tras esto, el hermano capellán rezaba una oración y una vez finalizada, el máximo responsable y el capellán le daban un beso al recién ingresado. Este se sentaba entonces en el suelo, y se le leían en voz alta las reglas y las costumbres de la orden, para acabar preguntándole si tenía aún alguna duda y, si no era así, dando la ceremonia por acabada y despidiendo al nuevo caballero templario con una bendición. A partir de ese momento, el templario estaba a merced de la Orden del Temple y podía ser enviado a cualquier otra encomienda, distinta de aquella en la que había ingresado.

No todos los hermanos templarios eran guerreros, pero lo habitual era que estos tuvieran un escudero que les sirviera, y dispusieran de todo lo necesario para el combate, es decir, armas y animales. Los escuderos podían ser hermanos sargentos, hombres que prestaban ese servicio de manera temporal como acto religioso e incluso en algunos casos eran hombres contratados por la orden y que recibían un salario por sus servicios.

L

AS REGLAS DE LOS TEMPLARIOS

Las reglas y los estatutos de la orden no dan instrucciones sobre cómo debería ser el entrenamiento de los templarios, si bien existen algunas similitudes con las prácticas y métodos de los caballeros nobles y que prestaban su servicio bajo la protección de un señor, es decir, de los caballeros medievales de los que ya hemos hablado. Así, existen referencias en las que un maestre da permiso a algunos de sus hermanos a participar en alguna carrera de caballos o en alguna justa. En cambio, los templarios tenían prohibido practicar la caza, al menos como pasatiempo, entre otras cuestiones porque esta actividad estaba muy asociada a la vida de los caballeros seglares, y por lo tanto se tomaba como un acto demasiado alejado de Dios.

Habitualmente el caballero templario debía compaginar su vida religiosa, cumpliendo los horarios marcados por la vida monástica, con el tiempo necesario para mantenerse en forma y entrenarse para el combate y en el dominio del arte de cabalgar. Como hemos dicho, los hombres entraban en la vida del Temple cuando eran adultos, por lo que muchos de ellos ya sabían pelear, gracias a su vida anterior, y era habitual que muchos de ellos hubieran llegado a combatir en su vida fuera de la orden, incorporándose a esta por lo tanto con conocimientos y experiencia.

Las fuentes de la época hablan de la forma en la que marchaban y combatían los templarios, recogiéndose incluso algunos de estos aspectos en el reglamento de la orden. Dichas fuentes explican cómo los caballeros del Temple cargaban a caballo, todos juntos y en formación, como densos escuad rones que se lanzaban contra las

formaciones musulmanas, rompiendo dichas formaciones y permitiendo así que el combate fuera favorable a las fuerzas cristianas. Como ya se explicó, las cargas en formación requerían una coordinación considerable y por lo tanto para llevarlas a cabo con efectividad, los caballeros templarios debían haber invertido cierto tiempo ensayándolas. Las fuentes medievales resaltan la capacidad de los caballeros del Temple para llevar a cabo este tipo de cargas con buena coordinación, y destacan su uso y el temor de sus enemigos a esos ataques. Cuando esta práctica ya era habitual entre los templarios, aún no se había extendido entre los caballeros seglares occidentales, que cargaban de manera desestructurada y algo caótica, lo que parece indicar que esta habilidad se adquiría y entrenaba dentro de la orden.

L

A MISIÓN MILITAR DE LOS CABALLEROS TEMPLARIOS

En el aspecto militar del Temple, los caballeros eran el elemento principal, y de hecho no se tenía en consideración la lucha a pie. En cualquier caso, es probable que algunos caballeros sargentos, que no siempre estaban armados y preparados para el combate, se unieran a este y lo hicieran a pie. En ciertos documentos de la orden se habla de la compra de armas turcas, que serían espadas más ligeras que las que se solían utilizar por parte de los caballeros, para entregárselas a los sargentos, indicando así que se esperaba que estos lucharan en algunos casos, aunque se daba por hecho que su formación y preparación para el combate era mucho menor, y por ello se les destinaban armas más ligeras.

Siendo los caballeros la fuerza militar del Temple, y que además lo eran de forma independiente, es decir, no iban acompañados de infantería, no es de extrañar que muchas de sus acciones fueran incursiones rápidas en territorio enemigo para llevar a cabo un ataque fugaz y volver a territorio propio. Aprovechaban para ello la velocidad y la maniobrabilidad que les daba ser un grupo relativamente reducido y montado, sin otras unidades a las que considerar. Más allá de este tipo de acciones, participaban en otras, en estos casos ya con infantería o incluso junto con soldados que no eran templarios, y también tomaban parte en asedios, donde la forma de combate era muy diferente.

En la batalla de Montgisard, que tuvo lugar en el año 1177, donde combatieron por un lado los guerreros musulmanes bajo el mando de Saladino y de otro los guerreros cristianos comandados por el rey Balduino IV de Jerusalén, el famoso Rey Leproso, los templarios

combatieron junto el resto de caballeros cristianos y junto con los monjes de otras órdenes militares-religiosas, actuando como una fuerza de choque, y así describió un testigo aquella batalla:

Eudes (Odón) [de Saint-Amand], Gran Maestre de la Caballería del Temple, como un nuevo Judas Macabeo, estaba acompañado de los ochenta y cuatro caballeros de su escolta personal. Entró en batalla con ellos, fortalecidos con la señal de la cruz. Espoleando sus caballos al unísono, cargaron como un sólo hombre, sin desviarse ni a la izquierda ni a la derecha. Reconociendo el cuerpo de tropas en el que Saladino mandaba a numerosos caballeros, se lanzaron valerosamente contra él. Penetraron sus líneas al momento, derribando, ahuyentando, golpeando y aplastando a sus enemigos. Saladino estaba estupefacto, viendo a sus hombres dispersados en todas direcciones y puestos en fuga o cayendo bajo las espadas cristianas. Él mismo, pensando en su propia seguridad, huyó, despojándose de la cota de mallas para ir más rápido, montado en un camello de carreras, y consiguió escapar con un puñado de hombres.

Cuando los caballeros del Temple estaban siendo derrotados y el final de la lucha estaba por una parte cerca y por otra no era favorable a los suyos, los sargentos podían retirarse del campo de batalla, llevándose consigo todo el material posible para ponerlo a salvo y evitar así que cayera en manos enemigas. Los caballeros, en cambio, no podía dejar de combatir, por muy mal que estuvieran las cosas, mientras la bandera o el estandarte templario ondeara. Si lo hacían, si cabalgaban en retirada o dejaban de luchar antes de que el estandarte, conocido como baussant, cayera o se retirara, eran expulsados de lo orden.

Según escribió un peregrino anónimo a finales del siglo XII, los templarios eran los últimos en retirarse del campo de batalla, y asumían como una obligación, junto con los hombres de otras órdenes similares, proteger la retirada del resto de caballeros

cristianos. Aunque a mediados del siglo XIII la norma cambió, hasta entonces, si un caballero era capturado por el enemigo, sabía que su orden nunca pagaría rescate alguno por él, lo que lo condenaba en algunos casos a muerte, al no poder ser canjeado por dinero, y en otros a un cautiverio largo. Si sobrevivía a este y volvía a ser libre, no podía vestir sus ropas de templario hasta que se hubiera entrevistado con el Maestre y este lo hubiera autorizado. Como vemos, parece ser que dentro del Temple no se consideraba una opción rendirse o no luchar con todas las energías del cuerpo, casi hasta la muerte segura.

L

AS ROPAS DE LOS CABALLEROS DEL

T

EMPLE

Cuando los miembros de la orden estaban lejos de la batalla y la lucha, en tiempos de paz, es decir, cuando llevaban una vida monástica, la propia Regla de la Orden del Temple establecía que sus ropas debían ser sencillas y prácticas. Había unos miembros que se ocupaban de la vestimenta, que eran los hermanos pañeros o drapier. Estas ropas monacales se componían de una larga túnica de color negro, con las mangas estrechas y que llegaba hasta los tobillos. La túnica se ceñía al cuerpo con un cordón que se usaba a modo de cinturón, con el significado que ya hemos comentado al hablar de la ceremonia de iniciación. En algunos casos la túnica tenía además capucha, también de color negro. Sobre la túnica, los caballeros vestían una capa ligera, que era el elemento que diferenciaba realmente a un monje templario de cualquier otro monje. El calzado era el habitual de los monjes de la época y todo el conjunto, del calzado a la capucha, carecía de adornos o cualquier tipo de añadido.

En tiempos de guerra, cuando los caballeros no llevaban una vida monacal y por lo tanto abandonaban sus monasterios y encomiendas, vestían una túnica de color blanco, mientras que la de los sargentos seguía siendo negra, o marrón en algunos casos. El papa Eugenio, a mediados del siglo XII, les concedió el honor de llevar una cruz roja sobre el lado izquierdo de sus capas, como reconocimiento por su labor no sólo como hombres de iglesia sino como guerreros que luchaban por Dios y por la fe cristiana. Más allá de este adorno, nada más podía llevarse en la ropa, si bien se les

permitía forrar la capa con la piel de algún animal como método de protección contra el frío. Bajo la capa vestían una camisa, de lana o algodón, según el momento del año y se adaptaban así a la temperatura. El cordón como cinturón y símbolo de castidad también formaba parte de la indumentaria de los caballeros en tiempo de guerra. Las piernas la cubrían con unas calzas de lana y unos bombachos. En cuanto a su aspecto, si atendemos a las fuentes de la época, los templarios solían llevar barba.

Si bien, de manera similar a lo que ya hemos comentado para el resto de caballeros las armas y protecciones fueron evolucionando, a mediados del siglo XII los estatutos de la orden establecían qué debía portar un templario para protegerse. Podían llevar un chaleco reforzado y sobre él vestían la loriga, la cota de malla, que les cubría gran cantidad del cuerpo, incluyendo los brazos y también las manos. La cabeza se protegía con una capucha también de cota de malla y las piernas, donde no llegaba la loriga, estaba recubiertas también de unas calzas hechas con cota de malla. Los pies también se cubrían con cota de malla. Sobre estos componentes de defensa, hechos de metal, vestían la sobrevesta blanca que les permitía identificarse como caballeros templarios por la cruz en el pecho, símbolo de la orden. Para proteger la cabeza, los caballeros llevaban un yelmo o bacinete, que se ponían sobre la capucha. De nuevo, los bacinetes fueron cambiando y pasaron de ser abiertos y sin visera en el siglo XII, a ser cerrados en el siglo siguiente. En ocasiones la cabeza se protegía con un casco de ala ancha.

En el siglo XIII, el papa les permitió prescindir de la capa, que dificultaba en cierta medida los movimientos en combate, y sustituirla por una sobrevesta, larga y probablemente sin mangas, a la que se trasladó la cruz sobre el pecho que llevaba la capa.

Los sargentos iban menos protegidos, llevando tan sólo un chaleco acolchado bajo la cota de malla, que a diferencia de los caballeros no les cubría los brazos. De igual modo, las polainas de cota de

malla no protegían los pies, para facilitar su caminar, ya que solían ir a pie, mientras que los caballeros iban montados.

L

AS ARMAS TEMPLARIAS

En cuanto a las armas, la habitual espada larga en forma de cruz, y un escudo, eran lo esencial, aunque también la lanza era usada comúnmente. A ser posible, la lanza era de madera de fresno, ya que la resistencia y flexibilidad de este tipo de madera eran una buena materia prima. Las fabricaban de diferentes grosores y longitudes, pero la medida habitual rondaba los cuatro metros. La forma del escudo era variada, siendo triangular o de cometa por lo general. Además de todo esto, la normativa que regía la orden habla del uso de la ballesta y de algunas armas turcas, como las mazas.

En cuanto a los caballos que la orden ponía a disposición de sus miembros, los reglamentos estipulaban cuántos caballos podía tener un caballero, y aconsejaba que tuviera más de uno, listo para la batalla, y que dispusiera también de alguno más para viajar, incluyendo las mulas como animales válidos para cargar. De acuerdo con la norma, podía disponer de cuatro, dos destreros o caballos de guerra, un palafrén para viajar y un caballo de carga, o una mula, como decíamos. Los estatutos de la orden hablaban de todo lo relacionado con el animal, desde cinchas a monturas. Los templarios debían cuidar de todo el material y recursos que le entregaba la orden, lo que incluía a los animales, que debían mantenerse bien alimentados. Si un hombre mataba, hería o perdía a uno de sus caballos o mulas por negligencia o algo similar, podía ser expulsado de la orden.

La Orden de Temple no fue única, aunque sí la primera. Tras ella surgieron multitud de órdenes y de entidades similares, que aunaban la religión y la vida militar para defender la cristiandad

contra sus enemigos, o contra lo que cada orden consideraba un enemigo de la buena cristiandad. La Orden de los Hermanos Hospitalarios u Orden de San Juan de Jerusalén es un buen ejemplo, que nació con el cometido de hospedar y cuidar a los peregrinos que no disponían de capacidad suficiente como para viajar protegidos y alojarse pagando, en su peregrinación hasta Tierra Santa. Además, los caballeros de San Juan también participaron en los combates.

L

OS CABALLEROS DE LA ORDEN HOSPITALARIA

El Hospital de San Juan, en Jerusalén, ya existía tiempo antes de que la Primera Cruzada fuera lanzada por los cristianos para recuperar Tierra Santa, en 1095. Un grupo de mercaderes italianos, a mediados del siglo XI, lo había puesto en marcha para ayudar a los peregrinos. En la década de los ochenta de ese mismo siglo, la entidad ya disfrutaba de buena reputación y de solvencia en su compromiso, gracias a la ayuda de algunas iglesias. En un entono de trabajo religioso, mantenían dos hospicios u hospitales, uno dedicado a la atención de los hombres y otro para las mujeres. Tras la captura de Jerusalén en la Primera Cruzada, la mayoría de los caballeros volvieron a Occidente, lo que dejó a las ciudades tomadas sin demasiadas fuerzas para defenderlas. Durante este tiempo, el Hospital de San Juan siguió siendo una institución de auxilio, pero su influencia creció notablemente, con nuevos edificios y dejando de lado la supervisión y colaboración a la que otras entidades religiosas la sometían. Se convirtió en una entidad totalmente autónoma, llegando incluso a extender su zona de trabajo y a abrir algún hospital en Europa, en torno al año 1122. Desarrolló toda una red de agentes que operaban tanto en Tierra Santa como en Europa, consiguiendo financiación, recursos y hombres para su causa. Las extensas posesiones que con el tiempo fue consiguiendo la orden en Europa occidental, eran su principal fuente de financiación.

Ricardo I de Inglaterra y Godofredo de Duisson, maestre de la Orden de San Juan. La Orden de los Hospitalarios aún existe, y su nombre actual recoge todos los que ha tenido a lo largo de la historia a medida que esta les llevaba de una función a otra y de un lugar a otro. Su nombre actual es Soberana y Militar Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta.

Mientras que los templarios eran una institución con un importante y clave aspecto militar, dedicada a proteger a los peregrinos, los hospitalarios tardaron en desarrollar esa faceta, y no fue hasta poco antes del año 1160, cuando apareció un componente militar en la orden. La aprobación del papado y la aceptación general de la utilidad de las órdenes de monjes guerreros, hicieron que finalmente que la Orden de los Hospitalarios tomara el camino abierto por los templarios. La motivación para unirse a la orden era en la mayoría de los casos religiosa, y los requerimientos que establecía esta eran muy básicos. Por un parte no había límite inferior de edad para incorporarse a las filas hospitalarias, si bien sí existían reglas sobre la edad que debería tener un hombre antes de ser ordenado caballero o sacerdote. Más allá de esto, tenían que ser libres, hijos legítimos, sanos, espiritualmente limpios y no tener

deudas antes de ingresar. Durante el siglo XIII los hermanos caballeros tenían que ser descendientes de caballeros y un hombre casado podía formar parte de la orden, siempre que su esposa estuviera de acuerdo. En ocasiones, ambos miembros de un matrimonio se inscribían en la orden. No se aceptaban ex miembros de otras órdenes y, una vez dentro, no se podía abandonar. Además de los caballeros, a partir del siglo XIII la orden tuvo entre sus filas hermanos sargentos de armas, que eran monjes soldados, y hermanos sargentos en servicio, que se dedicaban a tareas menores y que no combatían.

El primer cuartel general hospitalario estuvo en Jerusalén, pero cuando en 1187 Saladino recuperó para los suyos la ciudad, se trasladó a Acre. En 1291 esta ciudad cayó ante los mamelucos y los hospitalarios dejaron de tener presencia importante en Oriente Medio. Igual que otras órdenes, como los propios templarios, se retiraron a Chipre, donde tuvieron su cuartel general durante siglos, hasta 1809.

Como estos, los hospitalarios tenían prohibido vestir prendas vistosas o lucir adornos de ningún tipo. Vestían una capa negra sobre sus protecciones y cota de malla, aunque esto no era muy práctico en combate y en 1248 el papa Inocencio IV les permitió llevar sobrevestas con la cruz sobre el pecho. En el año 1259, de nuevo un papa, en este caso Alejandro IV, permitió que los caballeros hospitalarios vistieran de manera diferente a los sargentos o sirvientes, llevando los primeros el color negro y los segundos el color marrón oscuro en sus mantos. En la guerra, no obstante, debían llevar las sobrevestas de color rojo, con una cruz blanca bordada. Dos décadas después las diferencias fueron anuladas y todos vestían en combate el color rojo.

L

OS CABALLEROS TEUTÓNICOS

La Orden Teutónica, otra de las grandes órdenes de monjes guerreros de la Edad Media, se fundó en la ciudad de Acre a finales del siglo XII, durante la Tercera Cruzada. En un comienzo fue una institución de ayuda y benéfica, como lo eran los hospitalarios, aunque no tardaron en reorganizarse como una orden militar, siendo finalmente reconocidos como tal por el papado en el año 1198. El auge de los musulmanes impidió que fueran capaces de desarrollarse en Tierra Santa y la orden se movió a Europa oriental, ya que gran parte de sus miembros eran alemanes. Vestidos con un manto blanco, sobre el que lucían una cruz negra, se pusieron al servicio del rey de Hungría para combatir a las tribus paganas, si bien se acabaron convirtiendo en un problema para el rey, por su ambición, mayor que las propias tribus, y fueron expulsados. Siguieron combatiendo contra grupos paganos, apoyando en esta ocasión a nobles polacos, y a cambio recibieron tierras y el permiso para hacer suyos los territorios que fueran capaces de conquistar. Acabaron por dar lugar a su propio estado independiente, con la aprobación del papa. Fortificaron las zonas que iban haciendo suyas y los lituanos, que aún no se habían convertido en su mayoría al cristianismo occidental, fueron su siguiente objetivo.

Representación de la batalla de Grünwald, con los caballeros teutónicos rodeados por sus enemigos. El jinete de rojo triunfante en el centro de la obra es Vitautas el Grande, un líder que aún hoy es considerado un héroe en Lituania.

Lanzaron una cruzada, que duró más de un siglo, y que atrajo a un gran número de hombres a sus filas, lo que les llevó a conquistar Pomerania y dominar grandes territorios en el Báltico, teniendo entonces problemas con algunos estados, como Polonia, precisamente por el poder que estaban consiguiendo. Los lituanos, que habían sido un enemigo duro para la orden, acabaron aliándose con los polacos a través de un matrimonio, y Letonia se convirtió oficialmente al cristianismo. Los caballeros teutónicos ya no tenían motivo aparente para seguir atacando a sus enemigos, pero afirmaron que la conversión era una farsa y por lo tanto siguieron con sus ataques contra los lituanos, capturándolos y vendiéndolos como esclavos. Este conflicto acabó con la batalla de Grünwald, o Tannenberg, de la que ya hemos visto el resultado.

L

AS ÓRDENES DE CABALLERÍA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

En la península ibérica, donde la lucha contra los musulmanes se alargó durante siglos, se crearon multitud de órdenes militares y religiosas, similares al Temple y copiando en muchos casos sus reglas y forma de gobernarse. Las órdenes de Calatrava, Santiago o Alcántara, fueron importantes y muy relevantes en el mundo medieval ibérico.

Una de las más importantes fue la Orden de Calatrava, formada en la segunda mitad del siglo XII cuando el rey Sancho III ofreció el enclave de Calatrava a cualquier noble que se comprometiera a defenderlo. Esta promesa la hizo poco antes de conquistar el lugar y sabiendo que su defensa sería una tarea nada sencilla. Finalmente, dicho cometido recayó en el abad del monasterio cisterciense de Fitero, quien para ello reunió un poderoso ejército que hizo que los musulmanes se retiraran. Los caballeros que habían tenido algún papel en aquella acción decidieron tomar el ejemplo de los templarios y formar una orden religiosa y militar que protegiera las zonas que los cristianos iban arrebatando a los musulmanes y que además combatiera contra estos. Su hábito sería el de color blanco del Císter, pero portarían la cruz de Calatrava como emblema, asumiendo los votos monacales, por un lado, pobreza, obediencia y castidad; y asumiendo su papel como guerreros por otro.

La orden creció y comenzó a organizarse en encomiendas, donde cada una de ellas estaba regida por un enclave principal al mando del cual estaba un comendador. A su vez, por encima de estos, había un comendador mayor de Castilla y un comendador mayor de Aragón, que estaban sometidos a la obediencia del maestre de la

orden. La organización de cada encomienda es similar a la de cualquier otro monasterio, rigiéndose también la vida de los monjes con las horas y obligaciones habituales.

Los templarios tuvieron su lugar y gran influencia en la Corona de Aragón y en la Corona de Navarra, pero a inicios del siglo XIV, cuando cayeron en desgracia, esto cambió. El rey aragonés Jaime II, se resistía a cumplir la orden del papa Clemente V que obligaba a entregar todas las propiedades de los templarios a la Orden de los Hospitalarios. Creó entonces una nueva orden, sobre la que tendría influencia y que podría controlar con más facilidad, y solicitó al papado entregar todas las posesiones de los templarios en Valencia a esta nueva orden, mientras que las propiedades en Aragón y Cataluña cumplían con el mandato del papa. Esta nueva orden nacía como una rama de la Orden de Calatrava, aunque lo cierto es que acabaría gozando de una amplia autonomía. Así, en julio de 1319 se constituyó la Orden de Santa María de Montesa, tomando el nombre del castillo valenciano que les había cedido el rey para establecer su encomienda principal. Acogiendo monjes del Temple y de Calatrava, sus principales cometidos fueron controlar a la población mudéjar de Valencia y proteger la costa levantina de los ataques de los piratas berberiscos. Estos dos ejemplos, Montesa y Calatrava, son sólo dos casos de las varias órdenes que surgieron en la Edad Media ibérica.

L

AS ÓRDENES LAICAS

Aunque no se trata de órdenes de monjes guerreros y su papel no fue tan importante como el de los templarios, hospitalarios, teutónicos o caballeros de Alcántara, por citar algunos, también hubo órdenes laicas. Su existencia en muchos casos no fue muy prolongada, y su relevancia también fue relativa, pero, aun así, algunas de esas órdenes laicas fueron muy populares y debido al prestigio que otorgaban a sus miembros, fueron muy deseadas por los nobles y por los caballeros. Solían crearse precisamente para dar prestigio a sus miembros, que se sentían parte de un grupo muy escogido. Por otra parte, sus promotores, habitualmente los reyes, buscaban así que ese sentido de pertenencia mantuviera cercanos y fieles a algunos de los hombres más importantes y poderosos de su entorno, dándoles a su vez un reconocimiento al hacerlos miembros.

La primera de ellas en ser creada, al menos de las importantes, fue la Orden de san Jorge, que se fundó en Hungría en 1325 y un lustro después, en Castilla, se creó la Orden de la Banda. Estas órdenes, habitualmente, suponían la obligación de respetar unas reglas y guiarse por unos ideales, que no estaban lejos de los ideales propios de la caballería. La Orden de la Jarretera, es otra de las creadas en la Edad Media, en 1348, y aún sigue existiendo. Siendo estas las conocidas, el número de órdenes es elevado y la mayoría tuvieron una existencia efímera y poco relumbrante.

8

Los animales

El soldado a caballo no adquirió un papel predominante hasta los últimos milenios anteriores a Jesucristo, y aun así tuvo que pasar un tiempo antes de que la caballería cobrara forma. El empleo inicial que se le dio al animal fue como fuerza motriz para los carros de combate, aprovechando así la experiencia que como animal de tiro tenía el hombre en el uso del caballo. El carro fue una revolución en su momento, otorgando una movilidad y una eficacia en el campo de batalla, que no había por otros medios.

La primera representación del caballo en Grecia está datada en torno al año 1600 a. C. y aun así parece que no se ejercitó la equitación hasta unos mil años después. Lo que sí hicieron los griegos fue diferenciar entre caballos ligeros y pesados, marcando un fin concreto para cada uno de ellos. Alejandro Magno, en el siglo IV a. C., hizo un uso importante de la caballería y se atribuye a su padre, Filipo, la invención de la carga de caballería, lo que implicaba la instrucción de jinetes capaces de saberse en formación, de atacar de manera conjunta sobre un punto concreto y al unísono.

Los romanos, al igual que los griegos, consideraban en cierta medida útil únicamente al caballo en combate para barrer al enemigo en retirada. Así, el uso que hicieron de estos animales fue importante, pero de nuevo se limitó en muchos casos al tiro de carros, de cuadrigas y a algunas escaramuzas con caballería ligera. Requisaban caballos en las zonas que conquistaban y reclutaban a jinetes de esas mismas zonas, adoptando también algunas de sus formas de combate.

Atila, en el siglo V, dio lugar con sus conquistas a uno de los

imperios más extensos que han tenido lugar. Uno de los pilares de los guerreros de Atila era su dominio del caballo, y parece ser que el propio Atila vivía prácticamente sobre la silla de montar. Su táctica favorita de combate se apoyaba en el ataque en tres alas, utilizando decenas de miles, y hasta centenares de miles, de jinetes en esas acciones.

En el siglo VIII se inventó el estribo, mostrándose como un elemento básico que dotaría al soldado a caballo de mayor flexibilidad y capacidad de combate, y dando lugar por tanto a nuevas técnicas de combate de caballería, más efectivas y perfeccionadas. En ese mismo siglo VIII se comenzaron a desarrollar caballos más fuertes, que podían moverse y soportar, además del peso del jinete, cierta armadura o protección. Por otra parte, mientras estos caballos pesados y fuertes, aunque menos ágiles y veloces, comenzaban a usarse en Occidente, en Oriente Medio y Asia Menor se criaban caballos ligeros, ágiles y veloces para los sultanes.

Ya en la Edad Media, el hombre que quería considerarse como caballero, debía contar con un caballo, por definición, y como daba a entender un autor francés del siglo XIV, un caballero es tan audaz y valiente como lo sea su caballo y sólo si el jinete confía en su montura. Si no confía en él, no lo domina o no son igual de dispuestos, el caballero no llegara más lejos de lo que le permite su caballo. En realidad, muchas veces lo más adecuado sería, en combate, bajar del caballo y luchar a pie, pero como ya hemos comentado en muchos casos los nobles consideraban un deshonor pelear a pie.

L

A IMPORTANCIA DE LOS CABALLOS

El inglés Guillermo el Mariscal perdió su caballo en su primer combate en un torneo e Drincourt y, tras empeñar el manto con el que había sido armado caballero tan sólo un día antes, adquirió una nueva montura, si bien la calidad de esta era peor y eso fue un lastre. En algunas ocasiones, el coste del animal impedía a un caballero justar o competir en un torneo por haber perdido su caballo, y tenía que recurrir a una montura prestada. Este fue el caso de Sigmund von Gebseltt, que en 1484 montó un caballo blanco prestado para participar en un torneo. «Sin caballo no hay caballero, y era complicado ser buen caballero si la montura no estaba a la altura»

En los cantares de gesta se habla a menudo del afán de los vencedores por capturar los caballos de los perdedores. De igual modo, pocos obsequios eran mejor recibidos por un caballero que un caballo entregado por el señor al que servían. Sabiendo cuál era su valor e incluso mostrando cierto respeto por el animal, las normas éticas no escritas de la caballería hacían que los caballeros tuvieran la consideración de no herir a los caballos sin más. Como es lógico, en medio de un combate todo esto pasaba probablemente a un segundo plano, pero un caballo era objetivo principal, por el valor del propio animal en caso de ser capturado, entre otras cosas. Este aspecto ético se muestra aún más claramente en los torneos, refinamiento y síntesis del combate de la caballería, donde se mantienen los ideales, pero se libera de la propia guerra a la lucha. En la normativa que regía los torneos, se establecía que el caballo no podía ser objeto del ataque, llegando al extremo de indicar que, si un caballero hería la cabalgadura de su oponente, quedaba automáticamente descalificado y además recibía la desaprobación del resto de participantes y del público en general. No hay que

olvidar que en gran medida los torneos se hacían como un acto social, por lo que quedar mal en él era realmente una mancha importante para un caballero.

Guillermo el Mariscal, un gran competidor de justas, descabalgando a Balduino de Guisnes. En 1241, en la descripción de un torneo, un cronista dejó escrito que «los caballeros caían en tal número, unos muertos, otros lisiados de por vida, que no parecía tanto juego de hombres como de demonios».

En el año 1343, Pedro IV de Aragón tuvo que responder a las demandas de los hombres que habían combatido a su lado, que además de demandar su salario, le pedían alguna compensación por la considerable pérdida de caballos en batalla. El monarca no se avino a pagar nada por los animales, alegando que no estaban en el acuerdo inicial, pero esta demanda nos muestra la importancia de los animales para los caballeros y el problema, principalmente económico, que suponía perder la montura en batalla. En ocasiones se acordaba alguna compensación para tales casos, algo similar a un seguro. Un acuerdo de este tipo fue el que obligó a la Corona francesa a abonar una enorme indemnización a sus caballeros después de la batalla de Crécy, precisamente por la pérdida de caballos.

L

OS DISTINTOS TIPOS DE CABALLOS USADOS POR LA CABALLERÍA

Un caballo de guerra, bien entrenado, era capaz no sólo de responder con presteza y efectividad a las órdenes que le daba su jinete con las piernas, las riendas y las espuelas, sino que también sabía sobreponerse a su miedo natural al ruido y al caos de un combate y mantener la calma incluso en dicha situación. También los animales, como hemos visto en el caso de los hombres, debían entrenarse para el momento del combate o del torneo. Los jinetes montaban y montaban a sus cabalgaduras para que aprendieran cuándo tenían que galopar, cuándo tenían que girar e incluso cuándo tenían que atacar con su propio cuerpo al enemigo. Había caballos especialmente dotados para el combate, que además se entrenaban para este y no eran utilizados en otras tareas, como podía ser el transporte. Decíamos hace un momento que algunos animales incluso peleaban por su señor, lanzando patadas, atropellando a los enemigos que se acercaban a sus patas o incluso lanzando mordiscos. Estos caballos, violentos y ariscos, eran poco útiles para otras labores y hasta peligrosos para aquellos que tenían que cuidarlos, pero podían servir de manera especial en combate, siempre y cuando su jinete fuera capaz de gobernarlos a pesar de su carácter y hacerlos obedecer.

Sobre el caballo, el jinete debía usar los estribos y la montura para moverse suavemente junto con los propios movimientos del animal, y ser un conjunto, casi un elemento único en la lucha. A través del bocado, las riendas y las espuelas, se debían transmitir las órdenes, sin maltratar al animal y comprendiendo su estado en cada momento. Es famoso el caso de Pero Niño, señor de la zona de Valladolid, que luchó al servicio de Enrique III de Castilla. Es el protagonista de una crónica escrita en la primera mitad del siglo

XV, con el título de El Victorial o Crónica de Pero Niño, y se decía de él que conocía todo sobre los caballos, que sabía cómo seleccionarlos bien, cómo cuidarlos y hasta mimarlos, y con ello les sacaba el máximo partido posible. Cabalgaba sin problemas y sus monturas estaban siempre bien entrenadas para un destino concreto, fuera este la guerra, los desfiles, la caza, las justas o el paseo.

Caballeros a galope cruzando un bosque. El autor, Eugène Burnand (1894), quiso representar a Carlos el Temerario huyendo de la batalla de Grandson. Al verse superado por su enemigo, Carlos abandonó el campo de batalla al galope, dejando atrás tiendas, armas, caballos y hasta sus propias riquezas. Incluso en esos momentos terribles, un caballero dependía de su caballo para ponerse a salvo.

Como podemos deducir de esa breve referencia a Pero Niño, es obvio que los caballeros no tenían un único animal y que no sólo eso, sino que tenían diferentes caballos, seleccionados y entrenados para distintos cometidos. El caballo de batalla, sobre el que cabalgaban para combatir o en las justas, se denominaba corcel. Estos caballos eran los que se solían proteger con una barda, hecha de cuero o de metal, a modo de armadura y por ello debían ser

ejemplares verdaderamente poderosos, capaces de soportar el peso del caballero y su armadura sin problemas, además de la carga de sus propias defensas. Estos caballos también se denominaban destreros y eran muy caros, llegando a costar hasta diez veces más que un caballo común, como por ejemplo, podía ser un rocín. Este, el rocín, era un caballo de tiro, y no se solía usar por los propios caballeros, salvo que este no tuviera dinero con que comprar un caballo mejor, pero no está de más en este repaso al tipo de animales asociados a la caballería medieval. Volviendo a los caballos de guerra, tenemos el palafrén, que era un caballo más tranquilo, menos robusto que un corcel, pero más rápido. Solía utilizarse para viajar, para cazar y para desfiles. También solían montar este tipo de caballos las damas, junto con las jacas y cuartagos, ya que eran caballos tranquilos y relativamente pequeños. Por cierto, las damas montaban a mujeriega, es decir, con ambas piernas a un lado del animal, en lugar de montar a horcajadas como los hombres. Para que la montura no las zarandeara mucho, ya que montar a mujeriega era menos estable, se enseñaba a los caballos destinados a las damas a amblar, es decir, a avanzar moviendo la mano y la pata de un mismo lado en cada paso. Los sirvientes del caballero, por ejemplo, los escuderos, montaban caballos pequeños y el buen número de pertrechos y provisiones que debían viajar con ellos, incluyendo las armas y las armaduras, se transportaba en una acémila, es decir, en una mula de carga.

Como curiosidad, podemos decir que el nombre de destrero, de ese caballo grande y preparado para el combate, tiene su origen en la posición a la que se llevaba al animal antes de que el caballero lo montara. El escudero lo mantenía a la diestra, y de ahí el nombre, del caballero, para que este pudiera subirse a él sin problema.

Fuera del campo de batalla podían utilizar, habitualmente, una yegua o un caballo castrado, pero el animal que llevaba un caballero hasta el combate solía ser un semental. Por otra parte, es lógico pensar que estos caballos de batalla eran grandes y altos, de gran alzada, y si atendemos a la literatura en algunos casos los

describían como auténticos gigantes. No obstante, las evidencias arqueológicas y el análisis de las obras de arte medievales que han llegado hasta nuestros días, indican que una altura ya destacada para estos caballos sería algo más de metro y medio hasta la cruz. La cruz del caballo está ubicada por encima de las patas delanteras, entre el cuello y la espalda, siendo ese el punto más alto de un caballo si no se tiene en cuenta la cabeza. Por lo tanto, un hombre de estatura media llegaría con el hombro a la altura de esa cruz del animal.

L

AS PROTECCIONES DEL ANIMAL

El caballo también debía protegerse frente a los atacantes, ya que descabalgar a un caballero le quitaba gran parte de su ventaja, y era una forma de acabar con una carga: herir o matar al propio animal. Los soldados a pie eran los primeros interesados en llevar a tierra a un caballero, ya que entonces aumentaban sus posibilidades de triunfo. Por esto los caballos también eran equipados con su propia cota de malla, cuero y telas reforzadas para aguantar los golpes de las armas de mano o los lanzazos. Lo más simple era colocar un peto sobre el caballo, a una tela gruesa o rellena, que sirviera de acolchado frente a los golpes. El cuero, la cota de malla o incluso las placas de metal en algunos lugares del cuerpo eran algo necesario cuando se quería que los caballos fueran inmunes a las flechas, que eran capaces de atravesar sin problema otras protecciones más débiles. Las testeras de metal, que cubrían la parte frontal de la cabeza del caballo, o algunas placas metálicas para proteger algunas zonas especialmente delicadas, como el cuello, que recibía el nombre de capizana, eran comunes, pero aumentar la carga sobre el caballo, que ya llevaba sobre sus lomos a un caballero y su armadura, podía ser contraproducente, por lo que era habitual que incluso los caballos más fuertes y poderosos tuvieran algunos puntos descubiertos, los menos probables de ser alcanzados o aquellos donde la protección limitaría más la movilidad del animal. Tan sólo en algunos casos los caballos disponían de su propia armadura completa, y esto no ocurrió hasta el siglo XVI, donde se tenían ya caballos que portaban placas de metal para proteger gran parte de su cuerpo.

La silla de montar, que como ya hemos comentado jugaba un papel esencial en la capacidad del caballero para resistir los ataques, dándole estabilidad, también ofrecía protección al jinete. No sólo

las protecciones del animal fueron siendo cada vez más efectivas, sino que también las sillas de montar fueron aprovechadas para mejorar la seguridad tanto del animal como del caballero. Para este, la parte delantera de la silla era lo suficientemente robusta y alta como proteger sus ingles, un punto delicado en la armadura ya que, al ser un punto de movilidad en el cuerpo humano, no podía cubrirse por una placa de metal sin más. Así, la parte delantera y trasera de la silla de montar abrazaba al caballero y estaba hecha de un material suficientemente fuerte como para servir de protección.

Aunque es una anécdota o leyenda muy tardía, puesto que se sitúa bien adentrado el siglo XVI, lo que ocurrió entre las tropas del emperador Carlos V y su enemigo el rey Francisco I de Francia, muestra la relevancia de los caballos y la consideración que se tenía hacia los mismos.

Durante una tregua en los conflictos que enfrentaban al imperio de Carlos V con el reinado de Francisco I, trece caballeros españoles desafiaron al mismo número de caballeros franceses, encontrándose entre estos segundos Pierre Terrail LeVieux, señor de Bayard y noble francés que pasó a la historia como el caballero sin miedo y sin tacha, por simbolizar y hacer suyos los valores que la caballería debía tener. Los españoles, una vez lanzados al combate, no llevaron sus ataques contra los hombres franceses, sino que se centraron en los caballos de estos. Al poco de comenzar la lucha, ya sólo quedaban dos soldados de Francisco I sobre su caballo, habiendo sido el resto descabalgado y teniendo a su animal muerto o herido. Entre los que quedaban montados, por supuesto, estaba el señor de Bayard. Consiguieron a pesar de todo esto vencer los franceses, y el señor de Bayard les afeó y reprochó a los españoles su forma de combatir, anteponiendo como objetivo a los caballos a los caballeros. Les dijo que actuar así era desleal y que incluso Dios estaría disgustado al ver tal comportamiento, donde se mataban animales que también eran creación de Dios y que estaban allí para servir al hombre.

9

Heráldica, las vestimentas y los colores

La heráldica, es decir, el uso sistemático de insignias, formas y colores de manera hereditaria para identificar a un hombre y a una familia, comenzó a seguir unas reglas establecidas y concretas en el siglo XII. Es cierto que, desde siempre, las fuerzas militares han utilizado algún tipo de símbolo o insignia para identificarse y reconocerse en la guerra. Ya hemos comentado lo que se cuenta del duque de Normandía, Guillermo el Conquistador, y la batalla de Hastings, cuando tuvo que mostrar su cara para hacerse reconocer y demostrar así que seguía con vida. La evolución de la armadura medieval cada vez ocultaba más al hombre tras el metal, incluyendo su cara, que quedaba totalmente oculta bajo el caso. Por cierto, si ya el duque de Normandía tuvo problemas para ser reconocido en batalla, con cascos que aún no cubrían ni mucho menos todo el rostro, imaginemos una escena de batalla donde todos los hombres lleven armaduras similares y yelmos parecidos, todo ello ocultando sus rostros y fisonomía.

E

L ORIGEN DE LA HERÁLDICA

Al principio los escudos eran el único soporte para los emblemas heráldicos, pero no tardaron en extenderse dichos emblemas también a las sobrevestas de los caballeros y a los arreos de los caballos, para acabar estando presentes en multitud de objetos: sellos, construcciones, armas, estatuas, tumbas... Los emblemas no eran sólo dibujos o formas escogidos por el propio caballero para identificarse, sino que son hereditarios y por lo tanto se asocian a toda una casa, existiendo reglas para evolucionar dichos emblemas de un hombre a otro e incluso para su representación. La falta de estas reglas hace que algunos emblemas y dibujos en los escudos no puedan ser considerados, siendo estrictos, como emblemas heráldicos. Por ejemplo, en el tapiz de Bayeux, los guerreros normandos son representados con escudos en los que pueden verse dibujos geométricos y algunos animales, pero la falta de seguridad sobre que algunas reglas guiaran su creación y sobre que existieran normas en torno a cómo se heredaban esas insignias, hacen complicado llamar heráldicos a esos símbolos.

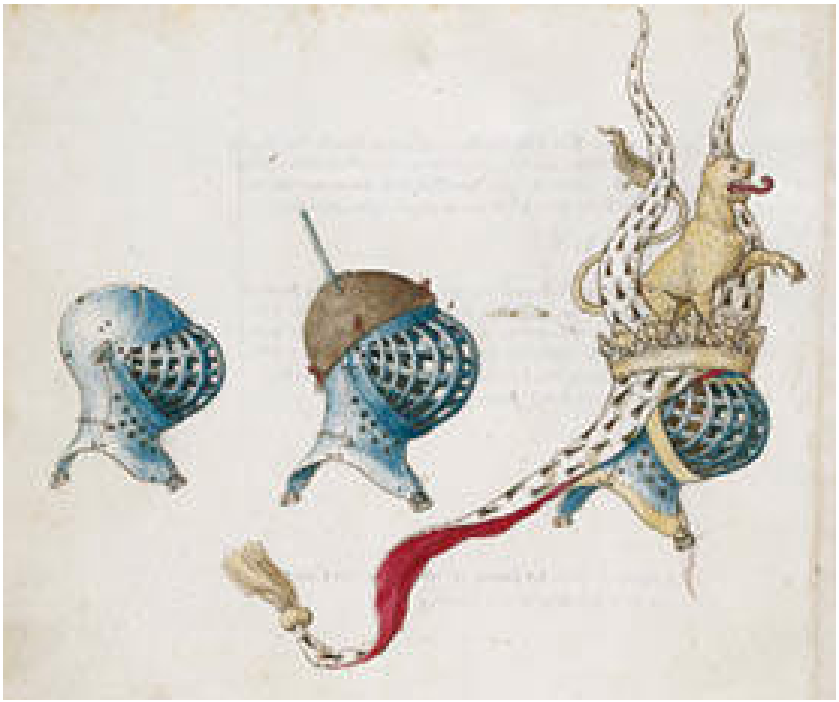
El escudo, como elemento de defensa en combate, tenía forma triangular o de lágrima, como ya hemos comentado, por lo que fue esta forma la que se adoptó como figura básica en la heráldica. A partir de ello, se habla indistintamente, y así lo haremos también aquí, de escudo de armas, de escudo o de armas, en el ámbito heráldico, para referirse a lo mismo, a ese conjunto de símbolos que identifican a un caballero.

En algunos casos los caballeros llevaban animales y otras formas sobre el yelmo, a modo de adorno. Dicho adorno se conoce como

cimera y eran muy habituales en los adornos exteriores de representación de los blasones, de hecho, es común verlos labrados en las fachadas de algunas construcciones medievales. La vistosidad y aparatosidad de las cimeras, con plumas y colores, tenía el objetivo de hacer destacar la importancia y nobleza de su portador. Con el tiempo se fueron haciendo cada vez más complejas, y se introdujo a su vez el burelete, que era un trozo de paño de color, habitualmente con los colores de la casa, que se prendía y colgaba del yelmo, tapando parte de este.

Representación de dos caballeros, mostrando sus colores y armaduras, listos para un torneo. Los colores no sólo cubren el caballero, sino también al animal y la obra nos transmite un movimiento de los animales lento, como de desfile, algo que hacían los caballeros para lucirse durante los torneos.

En el siglo XII parece que ya no existía total libertad a la hora de seleccionar las pinturas y dibujos en los escudos, y por lo tanto el sentido es otro, cobran entonces un sentido heráldico. En torno al año 1128 Juan de Marmoutier escribió sobre el momento en que el caballero Godofredo el Hermoso fue investido como tal, y narró cómo su escudo tenía un fondo azul sobre el que había pintados pequeños leones dorados. En la tumba de Godofredo, que data de 1152, vuelven a aparecer los leones, de nuevo sobre fondo azul. El escudo que lució el hijo de Godofredo mostraba un león y uno de sus nietos, el bastardo Guillermo de Salisbury, volvió a lucir los seis leones sobre fondo azul de su abuelo. Así, podemos ver que en la primera mitad del siglo XII ya se seguían ciertos patrones y que se respetaba el símbolo o forma de la casa, si bien se adaptaba este para incorporar algún aspecto particular. En el caso de la familia de Godofredo, el león dorado y el azul. Esto se repite en multitud de casas durante este período, donde asociados a los apellidos aparecen armas ajedrezadas, leones, gavillas de trigo, caballos, cruces... y esos símbolos comunes se repiten entre padres, hijos, sobrinos, y hermanos.



Yelmo adornado para un torneo, donde se muestra la estructura que sujeta al animal que corona al caballero. Los artesanos, a partir del siglo XV, eran capaces de crear elementos de la armadura, como los yelmos, que eran casi obras de arte, refinadas, labradas y con estructura, como vemos, listas para sujetar figuras.

Al comienzo únicamente las grandes familias, los nobles importantes, hacían uso de los escudos de armas de manera habitual. De este modo remarcaban su peculiaridad y trataban de distinguirse de otros hombres, caballeros también, cuyo casa o familia no era tan relevante. Por supuesto, en el caso de los reyes, estos símbolos, su uso y las variaciones son algo aún más importante y cuidado. Tanto es así que hubo un tiempo en que un hombre con escudo de armas sobre su cuerpo indicaba directamente a los demás que era un hombre poderoso, con importantes feudos y que conducía a la batalla a un buen número de caballeros y guerreros que combatían bajo su dirección. En el siglo XIII aparecen

ya documentos que registran y enumeran los escudos de armas de las principales casas, tanto en Francia, como en Inglaterra o Alemania, si bien dejan fuera de ese listado a todas las familias sin relevancia suficiente. Esto fue cambiando con el paso del tiempo y los escudos de armas se extendieron a los caballeros menos poderosos, como se puede ver en algunos documentos de finales del siglo XIII, donde se ve a escuderos y a caballeros vestidos heráldicamente, a pesar de ser relativamente humildes.

A partir del año 1200 se pueden encontrar testimonios de familias de la baja nobleza que demandan su derecho a tener escudo de armas mientras toman las costumbres de alta nobleza, colocando esos escudos en sus construcciones y en otros objetos. De esta forma, lo que había comenzado en las más altas capas de la sociedad fue descendiendo hasta el nivel medio, donde los caballeros y casas más humildes tenían escudo propio. Hay que tener en cuenta que incluso cuando hablamos de nivel medio o de caballeros humildes, en realidad estamos ante un estrato de la sociedad alejado de la pobreza y al que su capacidad para el combate permitía el prestigio y ciertos beneficios económicos nada desdeñables.

En los torneos y dentro de la vida caballeresca fuera del campo de batalla, la heráldica también tenía su importancia. Obviamente, saber quién había derribado a quién o a qué caballero se había hecho prisionero durante el torneo, era un elemento básico. Por otra parte, la actuación individual tenía que ser valorada y analizada, en muchos casos dentro de un combate en grupo, para lo que los colores y el escudo de armas eran el único modo sencillo. Chrétien de Troyes, poeta del siglo XII y al que se tiene por el primer novelista de Francia, dejó escrito lo siguiente, que nos da una información muy valiosa sobre los torneos y el papel de la heráldica en ellos. Narra cómo los caballeros acudían a un gran torneo entre Noauz y Pomelegloi, y cómo los veían la reina y sus damas:

¿Veis a aquel con una banda de oro en el escudo? Es Governal de Roberdic. ¿Y veis después a aquel que ha puesto en su escudo un águila luchando con un dragón? Es el hijo del rey de Aragón, que ha venido a esta tierra para conquistar honor y mérito. Ved al que está a su lado, ¡qué bien ataca y qué bien justa! La mitad de su escudo es verde, y lleva un leopardo pintado; la otra mitad es de azur. Es el enviado Ignaure, tan agradable como enamorado. ¿Y aquel que lleva pintados en el escudo esos faisanes pico con pico? Es Coguillant de Mautirec. ¿Y aquellos dos junto a él, sobre caballos tordos, y leones pardos en el escudo de oro? Llámase uno Semíramis; el otro es su compañero fiel: por eso sus escudos son de tintes similares. ¿Veis a aquel que lleva una puerta pintada en el escudo? Se diría que un ciervo sale de ella. Ese es el rey Yder, a fe mía.

Este pasaje es una muestra clara de cómo servían los colores y los emblemas en los torneos, y podemos deducir que más allá de los torneos, en otros encuentros y hechos sociales, la necesidad y la solución eran los mismos. La heráldica llegó a convertirse en un campo de estudio, gracias entre otras cuestiones, como decíamos, a la generalización de ciertas normas sobre el arte del blasonado. Todavía hoy es común encontrar tratados de heráldica donde se exponen y razonan estas normas, así como se detalla el estudio de los escudos y su evolución.

Estas normas determinaban que los colores de los escudos podían ser el azur (azul), gules (rojo), sinople (verde), sable (negro) y púrpura, junto con los metales, oro y plata. Las pieles podían ser dos, el armiño y el vero (marta cibelina). Que se utilicen términos de procedencia francesa, demuestra la influencia de esta zona de Europa en el nacimiento de la caballería y de su popularización. Otras reglas indicaban que no se podía colocar un color sobre otro color ni un metal sobre otro metal. Las formas geométricas que podían aparecer, conocidas como piezas, como podían ser jefe, faja, chebrón, banda y barra, también estaban normalizadas y se limitaba su uso en un mismo escudo, como también lo estaban los objetos que podían aparecer: animales, pájaros, bestias, gavillas de trigo...

La forma de describir un escudo, enumerando y relacionando los elementos, también formaba parte de la regla.

L

A INFORMACIÓN QUE TRANSMITÍA LA HERÁLDICA

Había cuatro razones por las que se podía reclamar el derecho a usar unas determinadas armas. En primer lugar, por haberlas heredado, ya que como hemos dicho la heráldica es hereditaria desde su comienzo. En segundo lugar, uno podía hacerlo si tenía un feudo particular bajo su dominio y en tercer lugar si las armas habían sido otorgadas por algún señor, siendo especialmente importantes los casos en los que un rey o un príncipe estaba por medio. En cuarto y último lugar, y aunque no era muy común, un hombre podría reclamar las armas si las había ganado en combate arrebatándoselas al enemigo, haciendo suyas las de este. Un ejemplo de esta extraña cuarta categoría la tenemos en el Príncipe Negro, inglés, que reclamó su derecho a llevar las armas de Francia por haber capturado al rey Juan en la batalla de Poitiers.

Enrique V en la batalla de Angicourt. En su sobrevesta podemos ver los símbolos tanto ingleses como franceses. Había algunos hombres, como los mercenarios, que no portaban colores heráldicos, por no tenerlos propios y por no estar al servicio de un señor. A estos hombres en ocasiones se les conocía como escudos vacíos o escudos en blanco.

La heráldica fue terreno abonado para los símbolos, las elecciones e incluso los juegos de palabras, donde las casas buscaban algún animal o elemento cuya pronunciación fuera similar a cómo se pronunciaba su propio apellido. Así, encontramos un mono (affe) rompiendo una piedra (stein) en el escudo de la casa germana de Affenstein, o un nabo (rande) en el de la casa Ot den Rand.

También sirvió para mostrar la erudición, el ingenio o enviar algún tipo de mensaje. Así, según Nicholas Upton, un escritor inglés y experto en heráldica que vivió en la primera mitad del siglo XV, el conde de Salisbury otorgó a uno de sus súbditos, un caballero que se ganó el derecho a una posición de respeto por su contribución y valor en batalla, tres perdices para sus armas. Seleccionó el duque las perdices porque estos animales eran tenidos entonces como seres sexualmente aberrantes y contrarios a la naturaleza, ya que el macho montaba al macho si se daba la ocasión. Así, cuando un escudo de armas mostraba una perdiz, el mensaje que se enviaba era que el primero que lo había llevado tenía fama de sodomita o, cuando menos, de ser un hombre de costumbres extrañas o poco de fiar. Son multitud las historias que hay detrás de los escudos heráldicos.

Con todo esto queda claro y de manifiesto que un escudo de armas no sólo identificaba a su portador, razón y motivo por el que nació, sino que con el paso de tiempo dicho escudo a su vez también describía al portador, su honor y el valor de su casa. Los colores también ganaron con el tiempo significado, asociándose la nobleza con el oro o el azur con la lealtad. Así, con unos elementos y otros, la heráldica se convirtió en todo un arte, complejo en cierta medida y con mayor importancia cada vez. Dentro del campo de batalla surgió un aspecto nada desdeñable junto con la identificación de los caballeros por sus blasones. Gracias a estos se podía reconocer a sus portadores en el campo de batalla y por lo tanto esto llevaba a los hombres a mostrarse más valerosos y a arriesgar más, sabiéndose estandarte no sólo de sí mismo sino de toda su familia. De manera

similar, usar el escudo de una casa para adornar un castillo, por ejemplo, suponía también asociar dicho escudo con la forma en la que se trataba a las personas en dicho lugar. De igual modo, sellar un documento con el blasón, suponía que el honor y la verdad que se debían asociar al hombre que usaba el sello y a toda su familia, el propio significado del hecho relacionado con el documento. El blasón de un caballero era el propio caballero y cuando se hacían tapices o se decoraba algún lugar, era habitual que se recordara en la obra algún hecho épico o alguna gran batalla, y los señores allí representados quedaban identificados y asociados a lo que se trataba de contar. A principios del siglo XV, por ejemplo, se decoraron las paredes del castillo de Runkelstein con escenas en las que el mítico Perceval lucía las armas de un caballero real, Wolfram von Eschenbach, mientras que Tristán era representado con las de Gottfried von Strassbourg.

Sello de Pedro II de Aragón, con lanza, pendón, escudo y gualdrapas. En estas últimas puede verse su enseña real. Los sellos, sobre el lacre que cerraba un mensaje escrito, daban seguridad sobre que el contenido no había sido leído, al estar el lacre intacto, y daban confianza en su emisor, por el propio sello. De ahí que fuera importante mantener los sellos bien guardados, ya que eran, por decirlo de algún modo, casi la firma de un señor.

Ejemplos de escudos heráldicos, donde también se representan los yelmos adornados. La descripción de los símbolos heráldicos tiene su propio lenguaje y forma. Por ejemplo, una posible descripción

sería «en campo de plata, dos lobos de sable, pasantes y puestos en palo. Bordura de gules, con ocho aspas de oro en flancos y punta. Sobre el centro superior de la bordura un castillo sobre ondas de azur y plata».

Para calibrar en su justa medida la importancia de los símbolos heráldicos en la Edad Media, hay que tener en cuenta que entonces no había muchos hombres y mujeres capaces de leer con soltura documentos complicados, testamentos, textos legales... por lo que signos cumplían una función de comunicación y representación de una posición social o de la misma historia. Era habitual que se refieran a las casas por sus descripciones, diciendo cosas como encomiéndame al señor que lleva oro, con tal figura sobre campo de tal color.

E

L PAPEL DE LOS HERALDOS

Asociados a la heráldica están los heraldos, que a finales del siglo XIV ya eran un referente dentro del mundo caballeresco, habiéndose ganado cierta reputación. No es de extrañar, ya que tras conocer la relevancia que como hemos visto cobró la heráldica dentro y fuera del campo de batalla, salpicando a muchos otros ámbitos de la vida social, se hace necesario que existan personajes doctos en dicho conocimiento. Los heraldos eran exactamente eso, perfectos conocedores de la heráldica en su más amplia extensión, y además dominaban lo que podríamos denominar como el protocolo asociado a los eventos sociales. Es decir, sabían cómo debía uno regirse y cómo se debía actuar, formalmente, en torneos, en juicios, en ceremonias de todo tipo, coronaciones, funerales...

Sus funciones en campaña, en la guerra, también eran importantes. Antes de la batalla tomaban notas de aquellos hombres que eran promocionados a caballeros, y tras la batalla llegaba una labor más triste, pero igualmente necesaria: revisar y anotar cuáles de los caballeros habían muerto. El reconocimiento de los hombres, lógicamente, tenía mucho que ver con sus colores y escudos de armas, de ahí que ese triste trabajo recayera en el heraldo. De igual forma, hacían resumen, tras la batalla, de las hazañas vistas y vividas en el combate, dejando constancia del caballero que las había protagonizado, para que fuera reconocido.

Si bien nos puede parecer que a menudo los escudos de armas son similares entre sí y es complicado diferenciarlos, el trabajo de estos expertos era identificarlos y leerlos sin errores, sabiendo interpretar todos los detalles. También es cierto que hay documentados casos

en los que hubo confusión entre los escudos y situaciones embarazosas. Por ejemplo, en el año 1300, dos caballeros llamados Brian FitzAlan y Hugh Poinz comprobaron que llevaban el mismo diseño heráldico cuando se encontraron. Esto mismo ocurrió en la batalla de Poitiers, en 1356, cuando John Chandos y el mariscal francés Jean de Clermont llevaban la misma heráldica. Además, uno podría comprender la coincidencia si el diseño fuera sencillo, pero en el caso de Poitiers, la coincidencia era una doncella vestida de azul con un rayo de sol en la mano. Chandos era inglés y Clermont francés, por lo que eran enemigos y todo se hacía más complicado. Con suerte, se podrían enfrentar entre ellos en la batalla y así resolver el problema por la vía rápida: el que sobreviviera, se podría quedar con el diseño heráldico, aunque no había ninguna norma al respecto. En algunas ocasiones, se hubo de recurrir a un juicio, ya que a primera vista ambos hombres tenían el derecho a lucir el diseño en cuestión y era el azar el que había querido que los años y las decisiones crearan la coincidencia.

Estas labores, necesarias e importantes para cualquiera de los bandos que luchara en una batalla, conllevó la inmunidad para los heraldos, que no eran atacados en batalla y que además se respetaban como si de diplomáticos se tratara. Y de hecho esa también fue muchas veces su labor, la de mensajero y casi negociador entre los contendientes. Si una ciudad se rendía finalmente tras un asedio, si un noble o caballero quería lanzar un desafío personal a otro, si se negociaba una tregua o si se necesitaba cerrar algún tipo de encuentro entre los contendientes, en todos esos casos, el encargado de llevar y traer el mensaje era un heraldo, precisamente porque sabía que sería respetado y que su vida no corría peligro, a pesar de adentrarse en las filas enemigas.

Lógicamente todo esto colocaba a un heraldo entre los más principales señores de un ejército, por lo que este oficio acabó por convertirse en una importante responsabilidad, muy reconocida y admiraba. Antes de llegar a este punto, los heraldos tuvieron durante décadas una posición mucho más modesta dentro de la organización social. Entre otras razones, porque el conocimiento de

la heráldica no estaba aún asociado como tal a un oficio concreto, sino que era un punto extra, algo especial que presentaban algunos señores. Así, las crónicas hablan de los heraldos haciendo la ronda con el resto de los soldados el día de la batalla de las Navas de Tolosa, y narran también cómo en el año 1265, cuando Simón de Montfort vio acercarse a un ejército, recurrió a su barbero, que se llamaba por cierto también Simón, para identificar los estandartes enemigos, ya que el barbero era un hombre experto en armas.

Ya hemos hecho mención en varias ocasiones a lo importante que era capturar a un gran señor en una batalla, ya que era muy probable que su familia o incluso el rey u otro noble, acabara pagando una importante suma de dinero para liberarlo. En este juego de capturas y prisioneros, lógicamente, la heráldica tenía mucho que decir, y tener ciertos conocimientos sobre ella permitía a un caballero dirigir su ataque hacia el pez más gordo, es decir, hacia el hombre que prometía mejor rescate por pertenecer a una casa importante. Hay una anécdota que ocurrió tras la batalla de Poitiers, en 1356, que es muy significativa y curiosa.

Tras el combate, un noble llamado Archibald Douglas fue capturado por los franceses. Por supuesto, iba con su mejor armadura y mostrando el gran señor que era. Los rescates se pagaban cuando había un hombre que rescatar, por lo que un noble capturado era mucho más valioso que uno muerto, un detalle que sin duda salvó muchas vidas en la Edad Media.

Junto a Douglas, entre otros, también fue capturado el caballero sir William Ramsey de Colluthy, familiar del primero. Cuando los franceses se dispusieron a inspeccionar a sus prisioneros, sir William comenzó a gritar apuntando con el dedo a Douglas: «[…] traidor, asesino, ¿cómo te atreves a ponerte la armadura de tu señor? Maldito esclavo, ven aquí y quítame las botas».

Douglas le siguió el juego y le quitó la bota a sir William. Este le golpeó con la bota y siguió con los insultos. Los franceses no acababan de creerse el teatro que se estaba desarrollando antes ellos, y si bien no conocían a los señores que tenían listos ante sí para convertirlos en prisioneros, seguían guiándose por la hermosa armadura de Douglas y por lo tanto tomando a este por un gran noble.

«No es un señor –afirmó sir William mostrándose seguro de sí mismo–, no es más que un esclavo que se ha puesto las ropas de su amo. Habrá asesinado a mi primo, su señor. Vete a buscarlo, maldito traidor, para que podamos enterrarlo como merece». Mientras decía esto, sir William cogió a Douglas y lo expulsó del lugar donde estaban presos para que buscara a su supuesto señor. Y aprovechando el momento, Douglas consiguió escabullirse y escapar de las manos francesas.

10

Torneos, justas, desafíos y hechos galantes

El torneo es un acto social medieval que está íntimamente unido a la caballería, tanto es así, que la imagen del caballero medieval que impera en la cultura popular está enmarcada precisamente con esos momentos. Mientras que, en los actos de guerra, las campañas y los combates, los caballeros eran una parte de un todo, en el que también soldados de más baja condición y preparación, e incluso campesinos llevados a la lucha por obligación estaban involucrados, sin formación y mal equipados; los torneos eran algo hecho para los caballeros. Era un evento social en el que las capas más altas y poderosas de la sociedad se concentraban en un acto donde el centro eran los caballeros. También en ellos se tenían encuentros amorosos y los caballeros en ocasiones ofrecían su combate a una dama, llevando una prenda de esta, un pañuelo o algo similar, en el momento de la lucha. El pueblo llano, los campesinos y artesanos, acudían a ver los torneos para disfrutar del espectáculo que eran, aunque también servían, por otro lado, para que la nobleza afianzara su posición en la escala social y las capas más bajas vieran dónde estaba realmente la fuerza y el poder, elementos de los que nacía la estructura en la que se organizaba la sociedad y se repartían responsabilidades y beneficios.

Escena de un torneo, tomada del Códice Manesse. Como vemos, hay varios caballeros peleando al mismo tiempo. Aunque pelean a caballo, vemos que los caballeros no cargan con las lanzas unos contra otros como la cultura popular asocia a los torneos, sino que pelean a caballo y con espadas. Las damas nobles tenían buenos lugares en la tribuna desde los que presenciar el combate.

Probablemente los torneos comenzaron a llevarse a cabo a mediados del siglo XI, pero no hay un consenso entre los expertos en historia medieval sobre el origen. En algunos casos se atribuye su invención al caballero francés Geoffroy de Preuilly, en la década de los sesenta del siglo XI. Otros autores, en cambio, sólo le atribuyen haber escrito las normas de los eventos que ya existían y sitúan el comienzo de los torneos, aunque no fueran ni mucho menos los torneos que figuran en la cultura popular, en el siglo X o incluso a siglos anteriores. En cualquier caso, la labor de regularizar y determinar las normas que los debían regir, sitúa a Geoffroy de Preuilly como un buen punto de referencia y tras su trabajo no tardaron en generalizarse por toda Europa, desde Grecia hasta España.

Además del propio entrenamiento para la guerra y del evento social, los torneos presentaban otros incentivos para los caballeros, que no eran otra cosa que los premios que se ofrecían en los mismos. En muchos de los torneos lo que se podía embolsar el caballero ganador como premio era una suma de dinero cuantiosa o algún objeto de alto valor. En 1390, en Londres, por ejemplo, algunos de los premios para los combatientes eran un cuerno con engastes de oro, un galgo con un collar de oro, un anillo o un cinturón de oro. En Florencia, unos años después, un león de plata o un yelmo con la cabeza de un dragón plateado, o un yelmo de justar con las alas adornadas, fueron premios de un torneo. Casi como anécdota, el rey de Hungría concedió en una ocasión tres aldeas a un caballero, en compensación por la pérdida de tres dientes durante una justa.

Por supuesto, ese combate, aunque regido por unas normas y con un objetivo distinto al puro combate, no dejaba por ello de serlo y servía de entrenamiento para la lucha real y además permitía demostrar, a falta de actos de guerra, el valor y la destreza con las armas de cada uno de los participantes. La Iglesia no era muy partidaria de los torneos, alegando que se producían algunas

muertes, aunque extrañas, y accidentes graves. Quizás tampoco el ambiente distendido y poco dado a la devoción en algunos casos, hiciera a los hombres de religión reticentes con los torneos.

D

EL ENTRENAMIENTO MILITAR AL EVENTO SOCIAL

Como en muchos de los aspectos que repasamos en el libro, no en todos los lugares de Europa occidental y no en todos los momentos de la Edad Media las cuestiones eran similares. Esto también ocurría con los torneos. Así, en Francia predominaba más el componente social de los torneos, siendo un entretenimiento y un encuentro entre nobles, mientras que en otros lugares el aspecto predominante eran el combate, la preparación de los hombres para la guerra. Esta visión influía en cómo se afrontaban los encuentros y en las consecuencias de los mismos, siendo más violentos, y por lo tanto más comunes los accidentes, en un caso que en otro. En aquellos lugares y momentos, especialmente hasta el siglo XIII, donde el torneo era un entrenamiento para la guerra, se asemejaba a esta lo máximo posible. Así, era habitual que en lugar de combatir uno contra uno, como estamos acostumbrados a ver en las representaciones de los torneos, se luchara en grupo, de tal forma que varios caballeros, formando un bando, se enfrentaban a otro bando de manera conjunta. Igualmente, las armas y armaduras que portaban eran las que llevarían a un combate real y la lucha no acababa cuando un caballero era descabalgado y caía al suelo, sino que el combate proseguía con este a pie. Como se puede ver, una forma de combate realmente cercana y similar a la guerra. En estas batallas en grupo, contar con buenos hombres en el equipo era algo esencial, y estos se reclutaban con cuidado y mucho interés, llegándose a poner en juego importantes cantidades de dinero y recompensas para que algún gran guerrero se decantara por un equipo, aunque también se tenía en cuenta, como es lógico, la reputación del líder del grupo y quiénes eran el resto de compañeros.

A medida que los torneos fueron ganando peso como evento social

y perdiendo ese aspecto de combate real, fueron apareciendo normas que regían cómo debían ser. Lo primero de todo era que, al pasar a ser un elemento social con menos violencia, se esperaba que la competitividad no fuera más allá del honor y se demandaba de los caballeros que actuaran de acuerdo con el ideal que marcaba la caballería. Dicho de otro modo, se esperaba que no se hicieran trampas, que se respetara a los contrincantes y que no se sobrepasaran los límites de lo razonable, humillando o dañando de algún modo, cuando no era necesario. Esta forma de actuar permitió que las armas, las armaduras, las monturas y los propios animales, fueran los apropiados para algo que comenzaba a ser casi más un deporte que un encuentro cercano a la lucha. Esto llevó a que el número de accidentes e incidentes se redujera de manera significativa, evitando las muertes, las mutilaciones y las heridas, en parte porque los caballeros se tomaban el hecho más como un juego que como una lucha, y en parte porque al estar más cerradas las normas y ser más específicos los encuentros, las protecciones mejoraron para adaptarse precisamente a dichas normas y al formato de los encuentros.

Dentro de esa parte social de los torneos, era muy importante el galanteo amoroso al que se daban caballeros y damas. Estas eran espectadoras atentas y entregadas a animar a aquellos por los que tomaban favor, y en las cenas y bailes posteriores a la lucha, las victorias en el campo de batalla daban alas a los caballeros para hacerse populares entre las mujeres y conquistarlas. En el año 1342, Eduardo III de Inglaterra convocó a quinientas damas nobles a un torneo y según parece, en 1409, en un torneo en Valladolid, la joven Beatriz de Portugal se enamoró del caballero castellano Pero Niño.

La versión del torneo que más conocemos es aquella en la que dos caballeros se enfrentan uno al otro, galopando cada uno de una dirección y buscando un brutal choque de lanzas contra escudos o armadura, que acabe con uno de ellos descabalgado o fuera de combate. Esta forma de competir era menos violenta que los combates en grupo, pero aun así fue suavizada con el tiempo, y el

objetivo pasó de ser el de descabalgar al oponente a sencillamente romper la lanza contra el escudo del rival. Esto demostraba que el golpe había sido lo suficiente fuerte y acertado en cuanto a su dirección, como para demostrar la destreza del caballero. Las lanzas utilizadas en este tipo de torneos eran más ligeras y menos resistentes, facilitando así su rotura. La precisión en el golpe, apuntando al escudo del contrario, se convirtió en el elemento esencial. En cualquier caso, no era algo falto de peligro. Ya hemos comentado como Enrique II de Francia sufrió un accidente cuando una astilla se le coló por el yelmo y le hirió en el ojo, falleciendo poco después. Otro caso famoso fue el del conde de Salisbury, que en 1382 tuvo la mala suerte de acabar con la vida de su único hijo durante un enfrentamiento entre ambos en un torneo.

Caballeros durante un torneo, en concreto los duques de Britania y Bourbon. En los tiempos más duros de los torneos, los resultados en ocasiones eran terribles. Según parece, uno de los casos más extremos se dio en 1241 en Neuss, donde más de sesenta caballeros acabaron perdiendo la vida.

Como evento social, llegó a ser un espectáculo en el que se reunían no sólo los nobles y señores, sino que también el público en general disfrutaba del acontecimiento, e incluso tomaba parte por alguno de los contendientes y le animaba y jaleaba. Estas aglomeraciones de personas, junto con el ambiente festivo que las rodeaba, daba lugar a la aparición de vendedores de bebidas y de comida, que instalaban sus puestos de manera temporal en la zona de torneo, así como la presencia de malabaristas y otros artistas. Las tabernas cercanas también disfrutaban de la acumulación de personal y, por lo tanto, el acto del combate entre los caballeros daba lugar en realidad a una fiesta mucho más amplia. Esto, que tenía sus ventajas para muchos y que era aprovechado por los nobles para competir en la organización de grandes eventos, generaba ciertas reticencias en la iglesia. Así, ya en el siglo XII algunos eclesiásticos denunciaron las actividades a las que daban lugar los torneos, detestando esas pecaminosas ferias y torneos, según las propias palabras de algunos religiosos de la época. La Iglesia prohibió, desde su más alto representante, es decir, el papa, los torneos, añadiendo además que cualquiera que violase dicha prohibición y combatiera, si tenía la mala fortuna de fallecer, no podría ser enterrado en sagrado, algo que era un gran castigo en aquellos tiempos. El papa Inocencio II fue uno de los que prohibió los torneos, aunque no el único. Por ejemplo, el papa Nicolás III excomulgó a todos los participantes y espectadores que se reunieron en un torneo en 1279. Frente a estos casos, también existieron otros altos eclesiásticos que no sólo no los atacaron, sino que incluso asistían a los torneos y disfrutaban de los combates.

Los torneos permanecieron activos a pesar del paso del tiempo e incluso cuando ya no había sitio en los campos de batalla para los caballeros y la sociedad había cambiado notablemente, en muchos lugares seguían disputándose torneos casi como una forma de deporte, en acontecimientos especiales y fiestas. Como es lógico, en este período final las luchas eran mucho menos violentas y todo estaba ya más cerca del teatro que del origen real de los torneos medievales, del entrenamiento de los caballeros. En 1428, en Valladolid, doce caballeros se presentaron vestidos como los doce apóstoles, lo que muestra cómo la lucha y la preparación para la

guerra eran ya un elemento secundario.

L

OS PARTICIPANTES EN LOS TORNEOS

Los individuos que tenían un papel predominante en un torneo eran varios, y cuanto más importante era el torneo o más se convertía este en un evento social, más relevancia fueron tomando algunos de estos personajes, muchos de ellos plenamente ceremoniales. Así, los jueces se colocaban al fondo del campo de combate, y formaban un tribunal en el que se juzgaba si los caballeros actuaban de acuerdo con las reglas del torneo, reglas que, como es lógico, estos jueces conocían perfectamente. Cada caballero tenía un sirviente que le acompañaba hasta el campo de combate y que llevaba el estandarte que identificaba al caballero en cuestión, y, como hemos comentado, también da información sobre el linaje del mismo y por lo tanto sobre su relevancia o importancia social. Los pajes del torneo tenían como labor principal socorrer a los caballeros cuando, durante la lucha, son descabalgados, ayudando a los hombres a volver a montar. El rey de armas, otro personaje importante en los torneos y muy popular, era el más importante de los heraldos, que tenía como labor supervisar el desarrollo del torneo, la identidad de los combatientes y, además, tenía el honor de anunciar a todo el público, incluidos reyes y nobles, los nombres de los caballeros que iban entrando en juego. Los trompeteros anunciaban el inicio del torneo, que se abría con un pequeño desfile de caballeros y escuderos, y también anunciaban el final del combate, tocando a retirada.

Curiosamente los torneos han dado lugar a un buen número de palabras y expresiones que aún se utilizan en nuestro día. Por ejemplo, la expresión morder el polvo, al parecer proviene de una costumbre que se daba en los torneos, cuando algunos combates se luchaban a muerte, es decir, aquel que era vencido podía recibir la muerte como consecuencia de haber sido derrotado. Pero no solo en

estos casos ocurría lo que sigue, sino también en aquellos en los que un lance del torneo había herido de muerte a uno de los caballeros. En estos casos, en unos y en otros, el caballero solía tomar un puñado de arena del suelo, sobre la que se había combatido, y se la llevaba a la boca para besarla, como homenaje a aquella tierra que lo había sostenido y sobre la que había luchado. La misma que en no mucho tiempo lo acogería, muerto. Así, morder el polvo, en el sentido original medieval, significaba realmente haber perdido, pero, es más, significaba haber perdido todo.

P

ASOS DE ARMAS

En ocasiones los caballeros, para demostrar su honor, para que sea Dios quien los juzgue a través de una ordalía, para hacerse notar, o sencillamente para ganar fama, emitía un desafío público, y lógicamente, cuanto más llamativo y audaz, mejor. En el caso de la ordalía esta era una prueba judicial que podríamos considerar entre supersticiosa, religiosa e inaudita. Estaba destinada a demostrar la culpabilidad o la inocencia de un acusado de un modo determinante. También se le conocía como el Juicio de Dios, porque se atribuía a este la resolución final de la prueba. Este tipo de pruebas son muy anteriores a la Edad Media, pero se perpetuaron hasta este período. Consistía en tomar un elemento, habitualmente agua o fuego, y utilizarlo para que el mismo Dios tomara una decisión sobre la vida y la inocencia del juzgado. Por ejemplo, este debía meter la cabeza bajo el agua, las manos en agua hirviendo, pasar una mano sobre el fuego o caminar sobre brasas descalzo. Si sobrevivía a la prueba o las lesiones eran leves, Dios estaba del lado del juzgado. En cambio, si Dios sabía que era culpable, se encargaría de que muriera. Por supuesto, si el acusado se negaba a realizar lo que dictaba la ordalía era considerado culpable, como es lógico. En el caso de que fuera el propio acusado el que recurriera a este método de juicio, se ofrecía a combatir y asumía que, si perdía, Dios le había dado la espalda y por lo tanto era culpable.

Similares a este tipo de desafíos eran los pasos de armas, en los que un caballero, bajo ciertas normas, se enfrentaba a todos los caballeros que pasaran por un determinado lugar, habitualmente las cercanías de un castillo, un puente o un cruce de caminos. Uno de los más famosos entre estos pasos de armas es el de Suero de Quiñones, conocido como el Passo Honroso.

El caballero castellano Suero de Quiñones, que vivió en la primera mitad del siglo XV, llevó a cabo uno de estos pasos de armas en un puente sobre el río Órbigo, en el camino de Santiago a su transcurso por León. Prometió llevar al cuello una argolla, un sacrificio que se conoce como voto caballeresco y que algunos hombres hacían, todos los jueves hasta que él y sus compañeros hubiesen roto en aquel lugar trescientas lanzas en su lucha contra otros caballeros que pretendieran cruzar el puente, rompiendo tres de ellas con cada caballero. Si no era un caballero sino una dama la que quería pasar el puente, debía entregar el guante de su mano derecha y, además, el caballero que las acompañase debía batirse por ella. Suero de Quiñones combatía como prueba de amor hacia su dama.

Tras recibir el permiso del rey Juan II de Castilla para llevarlo a cabo, corrió la voz para que los mejores caballeros, o quien así lo quisiese, se acercase hasta el puente para ponerlo a prueba. Junto a Suero había otros nueve, y los caballeros que en su camino cruzaran por Hospital de Órbigo, también se verían retados. El memorial con en el que Suero daba a conocer su paso de armas tenía veintidós capítulos, y detallaba las condiciones en las que se llevaría a cabo, así como las que tendrían que cumplir aquellos que aceptasen el desafío. En este texto podía leerse:

[…] deseo justo y razonable es que los que en prisiones o fuera de su libre poder son, desear libertad; y como yo, vasallo y natural vuestro, sea en prisión de una señora de gran tiempo acá, en señal de la cual todos los jueves traigo a mi cuello este hierro. Ahora, pues, poderoso señor, en nombre del apóstol Santiago, yo he concertado mi rescate, el cual es trescientas lanzas rotas [sic] por el asta, con hierros de Milán, de mí y destos caballeros que aquí son en estos arneses, rompiendo con cada caballero o gentilhombre que allí llegara contando la que hiciera sangre por rompida, en este año, del cual hoy es el primer día del apóstol Santiago, abogado y guiador de vuestros súbditos, y quince días después, salvo si antes de ese plazo mi rescate fuera cumplido.

En este texto, que presentaba al rey, Suero de Quiñones explicaba que llevaba a cabo su reto para verse libre, de algún modo, del amor de una dama, que lo tenía prisionero desde hacía tiempo. Duró un mes aquel desafío, entre julio y agosto de 1434, y finalizó porque Suero fue herido. En sus encuentros, un caballero falleció, al tener la mala suerte de que la lanza de Suero le alcanzara en el ojo. En aquellos dos meses ciento setenta y siete lanzas se rompieron y combatieron casi ochenta caballeros. Romper una lanza equivalía a derribar al jinete contrario de su montura o hacer sangre.

11

El declive de la caballería

La caballería medieval, tal y como la reconoce la cultura popular, no se extinguió de un día para otro, si bien a lo largo del siglo XVI su papel y presencia se fue desdibujando, tanto en el entorno militar como en el social. La caballería se transformó y se adaptó, aunque como decíamos, esa nueva caballería dejó de ser la que asociamos con la Edad Media, las armaduras y la heráldica. En el siglo XVII, en la época napoleónica e incluso posteriormente, siguieron teniendo lugar en el campo de batalla soldados montados, protegidos por una armadura. Estas nuevas protecciones respondían a las demandas de la época, lógicamente, y eran capaces de evitar las heridas por las balas de mosquete y permitían que los propios caballeros usaran armas de fuego. En cualquier caso, lo que sí cambió definitivamente desde el siglo XV fue la visión y el papel que en la sociedad tenían los caballeros, debido a la conjunción de cuestiones económicas, políticas y militares.

L

OS CAMBIOS SOCIALES

En la primera parte del siglo XVI aún la caballería tenía su visión ideal muy arraigada en la sociedad, especialmente en la nobleza europea. Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I seguían teniendo los torneos como eventos importantes y el emperador Maximiliano, heredero de Austria, se auto adjudicó el papel del caballero andante al tratar de describir su vida, y también participó con entusiasmo en torneos. Por otra parte, los primeros libros que vieron la luz fueron en muchos casos manuales de caballería, como el que ya hemos comentado de Ramón Llull, o novelas de caballeros, como el Amadís de Gaula. Estos libros recogen las viejas hazañas que ya circulaban, se contaban y se cantaban en la Edad Media, protagonizadas por los grandes caballeros. En cualquier caso, en este momento, es decir, en la primera mitad del siglo XVI, la caballería comienza a languidecer y a pasar a un segundo plano.

Uno de los motores que llevaron a pasar página en la historia con respecto a la caballería fueron los profundos cambios que estaban moviendo y alterando las estructuras sociales y políticas. La caballería, en su más amplio significado, venía a recoger toda una serie de códigos, normas, valores, cultura y forma de plantear la vida y la sociedad, que encajaba perfectamente en un entorno militar donde la guerra era un elemento clave en el que los caballeros jugaban un papel fundamental. La guerra era la profesión y el punto en el que se enraizaban todos los derechos y obligaciones de los caballeros con respecto al resto de sus contemporáneos. Los cambios radicales que en el siglo XVI comenzaron a ocurrir, afectaban al fondo directo de ese oficio relacionado con la guerra. Cambios que tenían que ver con la tecnología utilizada en el combate, con las tácticas en el campo de batalla, estando muy relacionado como es lógico lo uno con lo otro, y que también tenían

que ver con un cambio importante en cómo los reyes afrontaron su posición con respecto a la fuerza, la guerra y los hombres de armas a su servicio.

L

OS CAMBIOS MILITARES

Como ya comentamos cuando repasamos la batalla de Crécy, el cambio en los paradigmas que dirigían las formas en las que se combatían y el papel de los caballeros en el campo de batalla, supuso una ruptura en cómo se veían los caballeros a sí mismos. No debemos olvidar que si bien llegó un momento en que la sociedad asociaba el honor y la nobleza con la caballería, ese hecho había partido de la guerra, de la importancia de la fuerza y presencia militar de la caballería. Esta había dejado de ser en el siglo XIV la fuerza principal de los ejércitos. Por ejemplo, en el siglo XVI España era la principal potencia militar en Europa, y la parte clave de su ejército, aquello que les confería cierta predominancia en el campo de batalla eran las picas, que cambiaron de nuevo la forma de combatir. Siendo el puntal del ejército más poderoso, de nuevo el aspecto militar fue calando en la visión social y mientras que unas décadas antes el ser caballero era lo más honroso y ningún noble tendría como objetivo combatir dentro de la infantería, el dominio de los tercios españoles en el campo de batalla borró esas reticencias y ya a ningún caballero o noble le parecía un hecho deshonroso prestar sus fuerzas dentro de esos tercios, aunque no fueran unidades de caballería. Este cambio ocurrió no sólo en el ámbito de los tercios, sino que se hizo extensible a otros lugares y ejércitos. Donde antes del siglo XV un caballero sólo se permitía luchar a pie cuando había desmontado, en el nuevo panorama se podía luchar con honor y caballerosamente sin necesidad de luchar a caballo o ser un jinete combatiendo pie en tierra. Existen testimonios escritos de a finales del siglo XV donde se habla de gentil hombres de renombre combatiendo a pie y con honor. Aunque se suele decir que fueron las armas de fuego las que acabaron con la forma de combatir caballeresca, donde un hombre se enfrenta a otro cara a cara, en realidad, como hemos visto, ya hubo batallas en la Edad Media, antes de la generalización de la pólvora, en las que se mató a distancia y sin miramientos,

indiscriminadamente. Las armas para ello no fueron las pistolas o la artillería, sino que fueron arcos y flechas, principalmente.

Como ya hemos visto cuando hemos repasado algunas de las batallas más relevantes para la caballería en la Edad Media, los arqueros, especialmente los ingleses, jugaron un papel fundamental en la contención de las cargas, cambiando el papel de los caballeros. Incluso cuando el número de efectivos era mucho menor en uno de los bandos, si este planteaba la batalla con una estrategia defensiva y basaba dicha estrategia en el arco, tenía de su lado ciertas probabilidades de éxito. El arco largo, conocido en inglés como longbow, y también denominado alguna vez como arco galés, fue un arma decisiva para los hombres de Eduardo I y jugó un papel clave en varias de las batallas de la guerra de los Cien Años. Estos arcos medían unos ciento ochenta centímetros, tan altos como un hombre, y estaban hechos de madera de tejo, en algunos casos puede que también de olmo, y su alcance estaba en el entorno de los doscientos cincuenta metros. A cierta distancia, una cota de malla era atravesada fácilmente por las flechas lanzadas con este tipo de arcos. Lógicamente, manejar un arco de tales dimensiones no era algo sencillo y los arqueros se entrenaban periódicamente, tardando un buen tiempo en desarrollar la técnica que les permitía lanzar con la máxima fuerza y manteniendo un nivel del acierto adecuado. Los arqueros debían cuidar su arco, tratando con mimo tanto la madera como la cuerda, a la que resguardaban de la humedad.

En combate, las flechas que lanzaban rondaban los noventa centímetros y un buen arquero era capaz de lanzar entre diez y doce por minuto, lo que multiplicado por cientos de arqueros, convierten una formación de este tipo en una verdadera lluvia de saetas capaz de sembrar el caos en cualquier formación enemiga que se pusiera a su alcance, y capaz de generar problemas serios y de detener, como hemos visto, a una carga de caballería, incluso cuando las protecciones de los caballeros eran de calidad.

Otras de las armas que contuvieron a los caballeros en los campos de batalla fueron las picas, que dieron lugar en el siglo XIV a un resurgimiento de la infantería. Comenzando en las Tierras Alta de Escocia y en Flandes, las formaciones de infantería en cuadros cerrados y bien dotados de poderosas picas, hicieron que las cargas de la caballería pesada se encontraran a menudo con un muro insalvable.

A principios del siglo XVI los ejércitos habían potenciado dos partes o unidades sensiblemente con respecto a los de tan sólo unas décadas anteriores, la infantería y la artillería. La evolución y la mejora del adiestramiento de los soldados, que permitió coordinar grandes grupos de hombres para ser capaces de desplegase y actuar en el campo de batalla de manera mucho más compleja, hizo que unidades como los piqueros, como ya hemos dicho, fueran un muro capaz de detener el avance de la caballería, haciendo que sus cargas se estrellaran contra un bosque de picas apuntadas hacia los caballos y los jinetes que era prácticamente infranqueable. Desde la segunda mitad del siglo XV ya habían aumentado de manera significativa con respecto a las décadas anteriores el ratio o número de soldados a pie por cada hombre a caballo. Los Reyes Católicos enviaron contra Granada en 1489 a unos cuarenta mil hombres a pie y a unos trece mil jinetes, muchos de ellos, ni siquiera podrían considerarse caballeros, por su armamento o por su forma de enfrentarse al combate. En Francia, todos los cambios impuestos por Carlos VII llevaron a un aumento muy notable de los efectivos de las armas de infantería, en algunos casos con mercenarios suizos o con lansquenetes alemanes. Como era de esperar, aumentar el peso de la infantería en los ejércitos, permitía que el número de efectivos fuera más elevado, ya que es mucho más sencillo reunir y armar a un grupo de soldados a pie que reunir y armar a un grupo de caballeros. Jean de Bueil, un veterano de la guerra de los Cien Años, que vivió lo suficiente como para ver estos cambios, afirmaba que la guerra había cambiado mucho y que donde en otro tiempo se tenía un ejército muy grande con ocho o diez mil hombres, los nuevos estándares hacían que los números fueran mucho mayores.

Representación de la batalla de Towton (1461) en la que se ve combatiendo juntas a infantería y caballería. Si bien es complicado determinar con certeza el número de combatientes y muertos en la batalla de Towton, enmarcada en la guerra de las Dos Rosas, probablemente se trate de la batalla más sangrienta que ha tenido lugar nunca sobre suelo inglés.

Las armas de fuego se habían comenzado a utilizar en la guerra a mediados del siglo XIV, pero no fue hasta el siglo siguiente cuando se ganaron un lugar propio e importante. En algunos de los asedios de la guerra de los Cien Años, la artillería ya estuvo presente, si bien no fue hasta bien avanzado el siglo XV cuando los soldados a pie comenzaron a utilizar pistolas, cambiando para siempre, de nuevo, el combate. En pocas décadas se multiplicó el número de armas de fuego de las que disponían los ejércitos en campaña o que se almacenaban en las ciudades para permitir la defensa de estas. Esto conllevó también la necesidad de carros para transportar las armas pesadas, de animales de tiro, y por supuesto de proyectiles de todo tipo y pólvora. Aparecieron nuevos oficios asociados a la artillería, tanto dentro como fuera de los ejércitos. Los hombres dedicados a estas incipientes labores también tenían que cumplir un

proceso de formación y entrenamiento, comenzando así un camino de perfeccionamiento que iría ganando lugar para sus armas y arrinconando o cambiando para siempre otro tipo de elementos dentro del combate. El arte de la guerra tenía que aprender a colocar la artillería en el lugar adecuado del campo de batalla, aprender a disparar con exactitud y a hacerlo de forma coordinada para causar el mayor daño posible al enemigo.

Si cuando hablábamos de lo costoso de ser caballero ya decíamos que tan sólo unos pocos podían afrontar todos los gastos que conllevaba dotarse de animales, armas y armadura para ser considerado como tal, en el caso de la artillería los costes eran tan elevados, que ni siquiera era posible esperar que los hombres más poderosos se hicieran con sus propios cañones y eran los reinos, estados y ciudades los que podían pagar por tener artillería.

Los caballeros dominaron la sociedad durante los siglos en los que el feudalismo era la base de la misma. Además de la pérdida de importancia en el campo de batalla, el papel predominante de los caballeros se perdió cuando los reyes comenzaron a tener otro punto de vista sobre el control que ejercían sobre sus dominios y sobre sus súbditos. Los nobles relativamente independientes y con importantes fuerzas a su servicio, fueron dejando paso a unos reyes que tenían en mente controlar directamente las fuerzas militares, rodeándose de aquellos nobles que les fueran leales y que además fueran obedientes.

LA APARICIÓN DE LOS EJÉRCITOS REGULARES

Ya hemos hablado de los mercenarios, que cobraron importancia en esta época de decadencia de la caballería ya que eran profesionales que podían contratar directamente los reyes, acaparando así poder y restando la dependencia que tenían de las fuerzas militares que dirigían y ponían a su servicio los nobles. En su momento, ya mencionamos a las compagnies d'ordonnance que formó Carlos VII en Francia y cómo son una herencia directa de la caballería, siendo a su vez el primer ejército regular permanente de Europa. Se abrió el camino para que los reyes aumentaran su prestigio y poder con sus propios hombres fuertes, mientras que servirles directamente como hombres de armas se convertía en un oficio. También mencionamos en su momento la creación de nuevos impuestos para afrontar el gasto militar. Los súbditos de Carlos VII esperaban que llegado el momento en que las cosas se tranquilizaran con Inglaterra y la guerra pasara, estos impuestos serían eliminados. No ocurrió así, como era de esperar, y los impuestos se hicieron permanentes, como permanente era ya el ejército al servicio del rey.

El cambio fue gradual y distinto en cada lugar. Muchos reyes siguieron los pasos de Carlos VII, pero a su vez en algunos casos se crearon regimientos de caballería cuyos soldados tenían que ser nobles o provenir de buena familia, siendo su destino, habitualmente, el servicio directo en la corte. De hecho, un poco antes de la decisión de Carlos VII, los ingleses habían hecho que sus tropas en el norte de Francia fueran un ejército permanente, con una dotación fija y con un complejo sistema de reuniones y revistas. El experimento fracasó y fue disuelto.

A medida que los ejércitos regulares fueron haciéndose cada vez más grandes e importantes, componiendo así el eje central de la

fuerza de un rey, se hizo más importante la necesidad de disponer de oficiales y líderes que fueran capaces de comandar y dirigir estos ejércitos, tanto en el campo de batalla como en los tiempos de paz, manteniendo el orden y la disciplina, y obligando a la formación y entrenamiento a toda la tropa. Estos mandos, ya dentro del ejército que pagaba la Corona, provenían habitualmente de la nobleza, maniendo así su poder y su relevancia dentro de la sociedad. También mantenían así en cierta medida su influencia sobre el rey y en muchos casos, su poder dentro del ejército podía ser tal que significara una amenaza para el propio rey. Los nobles que habían sido caballeros entonces, eran ahora oficiales del ejército, y ser coronel o general significaba tener relevancia e influencia, a la vez que se necesitaba relevancia e influencia, a menudo, para ser coronel o general. Había alguna diferencia a tener en cuenta entre los antiguos caballeros y los nuevos oficiales. El trabajo del oficial tenía un ámbito administrativo mucho más pronunciado y además en la nueva situación, el nombramiento no era tanto por derecho natural sino porque una autoridad más alta dentro del ejército daba el cargo de oficial a alguien.

En Italia los estados eran ya conscientes de la necesidad de que una fuerza permanente se estableciera para dar seguridad, tanto en tiempo de guerra como en tiempo de paz. Los condottiere se ocuparon de este oficio con efectividad. En España, los Reyes Católicos tuvieron la suerte de multiplicar sus ingresos durante el reinado, lo que les allanó el camino para seguir el paso del resto de países, manteniendo así más fácilmente un ejército permanente. En Alemania, los caballeros imperiales comenzaron a pasar penalidades al comienzo del siglo XVI, ya que la inflación en la economía hacía que fuera casi imposible vivir con holgura de las rentas que les producían sus tierras. Esta crítica situación dio lugar a que parte de ellos se convirtieran en mercenarios, mientras que algunos tomaban un camino menos honroso y alejado de la ley, convirtiéndose en ladrones o extorsionadores, que aprovechaban su situación y fuerza para cobrar tributos y tasas de manera abusiva a campesinos y comerciantes. La situación estaba cambiando, el Renacimiento amanecía y la sociedad y las ideas se volvían contra la forma de actuar y la visión de los caballeros.

En esta situación, un grupo de caballeros alemanes organizados bajo el mando de Franz von Sickingen, pensó que la situación había llegado al extremo y decidieron actuar. En el año 1522 se levantaron contra la Iglesia, a la que denunciaban como acaparadora de riqueza, corrupta y podrida. Estos caballeros querían hacerse precisamente con esa riqueza que acumulaba y administraba el clero para dedicarla a otras causas. Se levantaron en armas y atacaron la ciudad de Trier, donde residía uno de los arzobispos más acaudalados y poderosos. Esperaban que los campesinos y el resto de ciudadanos se pusieran de su parte y les ayudaran a conseguir su objetivo. En cambio, esos estratos de la sociedad sospechaban que el motivo real de la actuación de los caballeros era la avaricia y el orgullo, y no se sentían como parte de esa reivindicación. Así, la rebelión contra Trier acabó por fracasar y se reunió un ejército que derrotó a los caballeros, cuya única opción entonces fue ceder gran parte de su poder y entrar al servicio de reyes y príncipes, como ya ocurría en el resto de países.

12

Caballeros medievales, fuera del tópico

En la vasta estepa euroasiática, existieron antes de la Edad Media y hasta bien avanzada esta, una serie de pueblos que tuvieron un papel importante en la historia. Muchos de ellos nómadas y criadores de caballos, eran a la vez una amenaza para las fronteras y la conexión entre mundos muy distintos. Los hunos, los ávaros, magiares, mongoles o turcos, forman parte de este grupo y aparecían como enemigos cada cierto tiempo para aquellas sociedades sedentarias que se habían desarrollado en torno a la agricultura en un determinado lugar, y que estos pueblos nómadas tenían como objetivo.

Su modo de combatir y sus armas, eran el resultado de la combinación de elementos propios y elementos tomados de aquellos pueblos con los que tenían contacto, a un lado Europa, desde los romanos hasta la sociedad feudal, y por el otro lado el lejano Oriente. A pesar de que la espada era una referencia casi divina para estos pueblos, la realidad parece indicar que el arma más característica de estos ejércitos fue el arco compuesto, utilizado precisamente por la caballería ligera. El manejo del arco era una actividad totalmente necesaria, y no sólo para la guerra. Estos nómadas llevaban consigo enormes manadas de caballos, y para acabar con animales salvajes que pusieran en peligro sus pertenencias o incluso para defenderse de asaltadores, tenían que disparar a la vez que se movían con rapidez para seguir manteniendo bajo control sus manadas.

Como era de esperar, después de todo lo que hemos visto y de las veces en las que hemos hablado de cuáles son las ventajas de la caballería ligera, las tácticas principales de estos pueblos, acostumbrados a montar y a disparar sus arcos desde el caballo,

eran las emboscadas, el hostigamiento del enemigo y las retiradas fingidas. Son varias las fuentes, especialmente árabes, que dejan constancia de la precisión y rapidez con el arco de estos enemigos. Su movilidad era mucho más elevada que la de sus enemigos, y los envolvían por los flancos, sin dejar de disparar sus arcos, estando siempre listos para reaccionar con rapidez y retirarse si atisbaban algún movimiento que pudiera suponer un peligro. Sólo cuando la formación enemiga estaba esquilmada, desmoralizada y debilitada, o habían roto dicha formación por completo, a menudo por lanzarse en persecución de estos arqueros montados, sólo entonces, hacía acto de presencia la caballería pesada.

C

ABALLERÍA PESADA MONGOLA

Los mongoles tenían una caballería poderosa, con protecciones menos pesadas y efectivas que las de los caballeros occidentales, pero contaban a cambio con la ventaja de la movilidad, que les proporcionaba precisamente esa falta de peso en sus animales. Esta capacidad, unida a la buena organización de sus unidades, hicieron de la caballería mongola una de las más temidas de su tiempo. Se suele asociar a la caballería mongola con hombres montados en caballos ligeros, sin apenas protección y armados con arcos. Es cierto que esta era una parte esencial de sus ejércitos, pero también contaban con unidades parecidas a las de los caballeros medievales occidentales, a las de la caballería pesada.

Combate entre arqueros montados mongoles, en el siglo XIII. En un informe de comienzos del siglo XIII hecho para el sha de Jwarizm,

se decía del ejército de Gengis Kan que «sus guerreros son valerosos como leones, y ninguna fatiga o penalidad de la guerra les hace mella. No conocen la comodidad ni el reposo. Cuando conquistan un lugar, no dejan vivo a ningún ser, grande ni pequeño».

Esta caballería pesada mongola usaba el arco como arma, pero también disponían de espadas. La táctica en combate, en términos generales, era muy sencilla. Los arqueros a caballo acosaban a las formaciones enemigas, moviéndose con rapidez y golpeando aquí y allá, lo que diezmaba las fuerzas enemigas y las agotaba. En ese momento entraba en juego la caballería pesada, que cargaba al modo occidental contra la formación enemiga, usando las espadas curvas y otras armas de mano, como la maza o la lanza. De esa forma, se intentaba asestar el golpe definitivo y acabar de romper las formaciones y derrotar así al enemigo. La caballería mongola también conocía y aplicaba la retirada fingida o las cargas sucesivas. Cuando una formación enemiga salía en persecución de la caballería mongola, tras una retirada fingida de estos, la caballería pesada jugaba un papel fundamental en la encerrona.

Si esta táctica fallaba y alguna parte de la formación enemiga no se conseguía reducir de este modo o se recomponía y presentaba batalla, los caballeros mongoles volvían a tomar distancia y comenzaban de nuevo el ataque con el arco, moviéndose de nuevo en torno al enemigo. El caballo mongol, por cierto, era pequeño, de unos ciento cuarenta centímetros de alzada, pero a cambio tenía una resistencia considerable y estaba preparado para el terreno y la temperatura de las estepas.

Más allá de las ropas tradicionales que portaban todos los guerreros mongoles, la protección principal de un jinete pesado era la coraza laminar, es decir, hecha de láminas, que protegía gran parte de su cuerpo y del cuerpo de su caballo. La base de esta coraza era una pieza de cuero, que se recubría con pequeñas láminas de hierro o de cuero endurecido, uniéndose unas láminas a otras través de

cordones de cuero que se pasaban por pequeños agujeros que tenían las propias láminas. De esta forma, las láminas protegían debido a su propio material, pero también permitían una movilidad suficiente, ya que al estar compuesta la armadura, por llamarla de algún modo, de pequeñas placas, las ranuras entre estas daban flexibilidad a la prenda permitiendo los movimientos y adaptándose a la forma del cuerpo. El peso de estas corazas de protección, aunque dependía lógicamente de su extensión, podía rozar los diez kilogramos.

Combate entre caballeros europeos, alemanes, y turcos otomanos. La estructura del ejército mongol no era sencilla, a diferencia de la idea de horda salvaje que en ocasiones les acompaña en la tradición popular. Además, tomaron ideas e influencia de otros pueblos, como turcos, chinos o árabes, mejorando así sus condiciones para la guerra.

De igual modo a lo que ya se explicó para la cota de malla, la fabricación de estas corazas era costosa y por lo tanto suponía que aquel que la llevaba disponía de recursos. También se construían

corazas laminares para los caballos, siempre que el jinete se las pudiera permitir, y según los casos se protegía únicamente la parte frontal del caballo, o todo el cuerpo, si bien en este caso el coste era enorme.

El caballero mongol se protegía también con un casco cónico, que se construía con varias piezas metálicas unidas entre sí y que tenía una nuquera, una protección para la nuca, elaborada también con la misma técnica de láminas con la que se construía el resto de la coraza. Por último, portaban una adarga de madera, de forma circular y reforzada con placas metálicas.

Como ya hemos comentado, el arco era un elemento esencial también en la caballería pesada mongola. El arco estaba fabricado con varios materiales, desde bambú a tendones y cuerno de yak, y se tensaba en contra de la curva natural del material, para que la potencia en el disparo fuese mayor. Precisamente se llama arco compuesto porque está construido, compuesto, a partir de diferentes materiales y piezas. Cuando el arquero se encontraba a menos de setenta y cinco metros del objetivo la eficacia era considerable, y se convertían en un enemigo verdaderamente temible. La forma del arco hacía que su longitud fuera reducida, si bien su curvatura le daba una potencia temible. Así, con ese tamaño reducido, era mucho más manejable desde el caballo.

C

ABALLERÍA MUSULMANA

Los bizantinos tuvieron éxito en la defensa de su imperio durante varios siglos, pero llegado el momento de enfrentarse a la caballería musulmana, no fueron capaces de contenerla. Estos jinetes árabes, montados en caballos, y en ocasiones en camellos, luchaban como caballería ligera en la mayoría de los casos, si bien en otros, cuando las riquezas lo permitían, usaban cascos bien construidos y cotas de malla. Los árabes eran conocidos y temidos por la calidad de su caballería, y también eran famosos por los propios animales. En el extremo oriental de Europa, como decíamos, avanzaron con cierta facilidad, y no ocurrió algo muy diferente, como bien sabemos, en el sur de continente.

En la conquista de la península ibérica intervinieron varios guerreros provenientes de diferentes pueblos, si bien la mayor parte de ellos eran guerreros bereberes del norte de África. La caballería de estas tribus bereberes era la más numerosa, aunque su equipamiento era simple y sencillo, usando pequeños escudos de cuero como protección y una espada corta como arma principal. Los terrenos irregulares eran los apropiados para su forma de combatir, donde la infantería era el elemento esencial, mientras que la caballería se dedicaba principalmente a llevar a cabo incursiones de larga distancia y a proteger y a apoyar en combate a las formaciones de infantería.

Batalla de la Reconquista representada en las Cantigas de Santa María. No es extraño, en las leyendas y en el arte, encontrarse representaciones del apóstol Santiago combatiendo del lado cristiano contra los musulmanes en la Reconquista. De ahí proviene el sobrenombre de Matamoros que tiene el apóstol. Se llega al extremo de que, en la batalla de las Navas de Tolosa, los cristianos acabaron recogieron las herraduras de su caballo.

La caballería ligera estaba acostumbrada a hostigar a los enemigos, tanto fuera del campo de batalla como dentro de este. En ocasiones, si la ocasión se presentaba, también hacían uso de la caballería pesada de la que disponían y cargaban al modo que hemos visto que solían hacer las caballerías cristianas en Europa occidental. Si la batalla se complicaba para los jinetes, estos buscaban rápidamente

el refugio de su infantería.

Los jinetes ligeros musulmanes solían llevar jabalinas y arcos, y al acercarse al enemigo en las escaramuzas y movimientos de aproximación en el campo de batalla, disparaban al enemigo desgastándolo con ataques sucesivos.

La caballería pesada árabe, como la de los cristianos, usaba una larga y pesada lanza como arma principal en sus cargas, llegando a medir hasta cinco metros. De ese contacto con Occidente había surgido la mezcla en el equipo de estos soldados, que combinaban elementos de la tradición oriental y occidental. Solían vestir una aljuba acolchada, bajo la cual llevaban una cota de malla. El caballo también iba protegido con telas acolchadas. En cuanto a las espadas, los jinetes solían llevar dos espadas, una larga y otra más corta.

El ejército sarraceno contra el que tuvieron que vérselas los cruzados en el siglo XII estaba bien organizado y era muy disciplinado. La caballería era un elemento esencial dentro de él, y si bien en algunos casos no era muy numerosa, estaba bien entrenada. Tenían algunas unidades de élite dentro del mismo, como los mamelucos, que eran esclavos, turcos, cumanos e incluso mongoles, que combatían al servicio de los califas desde que comenzaron a ser entrenados para ello en el siglo IX. En esta primera época, los califas abasíes fueron sus señores, ya que compraban a los no musulmanes en mercados de esclavos y lo integraban dentro de su ejército, evitando así quebrantar la norma que impedía a unos musulmanes combatir contra otros. La formación de los mamelucos en las escuelas militares duraba mucho tiempo, y en gran parte entraban allí siendo aún niños.

Los mamelucos constituyeron la caballería más temible y eficaz de

todo el mundo islámico. Armados con una lanza y un arco, fueron los únicos capaces de derrotar, por ejemplo, al ejército mongol de Hulegu, algo que ocurrió en año 1260. Luchaban con sus armaduras ligeras, moviéndose rápidamente y hostigando a sus enemigos con las flechas, repitiendo cargas y retiradas. No era esta su única táctica, que también usaban los turcos y los mongoles, y en ocasiones vestían pesadas armaduras, que extendían también a los caballos, convirtiéndose así en caballería pesada.

C

ABALLERÍA BIZANTINA

Dentro del ejército bizantino, la caballería era un elemento esencial, muy desarrollado y muy bien equipado, manteniendo dentro del mismo diferentes unidades, tanto de caballería ligera como de caballería pesada, estos últimos, conocidos con el nombre de catafractos. Si bien en la caballería ligera primaba la movilidad sobre la protección, como es lógico, y por lo tanto se conformaban con ropas acolchadas, eso sí, muy gruesas o una pequeña cota hecha de láminas, los catafractos iban cubiertos con una complicada armadura de placas, tanto el jinete como el caballo.

Este tipo de caballeros, cubiertos con una protección que los hacía casi acorazados, se remontan a varios siglos antes de Cristo, y fueron comunes entre los partos, los armenios, los seléucidas o los sasánidas, entre otros. Curiosamente, los catafractos, a pesar de todo, eran capaces de moverse lo suficientemente rápido como para llevar a cabo ataques envolventes, aunque su gran ventaja era la carga directa. Los catafractos bizantinos, herederos de la larga tradición de este tipo de guerreros, fueron esenciales en algunos de los éxitos bélicos de este imperio. La aportación principal de los bizantinos frente a sus antecesores fueron los estribos, que como ya hemos comentado, daban al jinete mayor seguridad, estabilidad, una mejor capacidad para dirigir el caballo y para luchar montado.

La armadura que portaban estaba construida por la unión de pequeñas escamas o láminas metálicas, cosidas sobre cuero. A pesar de ser una protección considerable, la flexibilidad de la estructura gracias a los pequeños huecos entre las placas, dotaban al caballero de suficiente movilidad. Las manos también iban protegidas con

guantes, así como la cabeza con un casco, ocultando también la cara tras una cota de malla. En aquellos lugares donde la estructura de placas no llegaba, una banda de metal o cuero servía de alternativa. El caballo llevaba también una protección del mismo tipo, tanto en el cuerpo como en la cabeza, quedando únicamente libres las patas del animal, para que pudiera moverse.

En cuanto a las armas, la lanza, larga, era el elemento principal, si bien también llevaban una espada. Gracias a la protección que les confería a estos caballeros su armadura, no era necesario que llevaran escudo, por lo que en muchos casos la espada se manejaba usando las dos manos. Como ya hemos comentado, la gran desventaja de este tipo de armaduras, tan efectivas como pesadas, era que debido al peso de las mimas y de los propios jinetes, los caballos se agotaban rápidamente. Como anécdota, en la antigüedad, entre los romanos, este tipo de caballeros se conocían como hombres horno, precisamente por el calor que debían soportan los soldados dentro de sus armaduras, en un territorio como Asia Menor, donde las temperaturas eran altas.

C

ABALLEROS GÓTICOS

Alejados también del tópico medieval en cierta medida, a finales del siglo XV, surgieron caballeros cuyas armaduras eran totales. Las técnicas de construcción de las armaduras llegaron a tal punto que no quedaba una parte del cuerpo del hombre, y pocas de las del caballo, libres de estar cubiertas. Como ya hemos mencionado al hablar de las armaduras, en Alemania e Italia estaban los centros más importantes de fabricación y diseño, marcando el estilo, por decirlo de algún modo, para toda Europa occidental. Había algunas diferencias entre lo que se hacía en uno y otro lado, estando los alemanes más preocupados por cubrir con más cuidado las zonas que quedaban expuestas en los diseños más básicos, dando lugar por tanto a un producto más ligero y diseñado con más cuidado. Se preocupaban más por la movilidad completa del soldado, especialmente de hombros y piernas, y eso se nota en cuestiones como la protección del brazo. Los italianos extendían más las piezas, superponiendo parte de la protección del brazo sobre el pecho y eso, lógicamente, complicaba algún movimiento del guerrero. Los alemanes, por contra, usaban piezas más pequeñas, unidas y articuladas de manera más compleja, que permitían mayor rango de movimientos. En caso de combate, quizás alguno de estos movimientos extraños o poco habituales del brazo, que una armadura facilitaba y otra casi impedía, podía suponer la diferencia entre tener la ventaja en la lucha o perderla. No obstante, es importante remarcar que en esta época muchas de las armaduras que se fabricaban, especialmente las de este tipo, eran tan complejas y caras que sus compradores eran hombres muy poderosos y acaudalados. Pagaban por elementos de distinción, más que por una protección, y las armaduras iban, por tanto, hermosamente decoradas y labradas, siendo más obras de arte que un objeto propio de un soldado. Se usaban en la mayoría de los casos para desfilar y para lucirlas en eventos.

Caballero, la Muerte y el Diablo, grabado de Alberto Durero, realizado en 1513. Una de las armaduras más conocidas es la del KD del emperador Carlos V, construida en torno a 1525 por Kolman Helmschmid. La inscripción KD aparece en el hombro izquierdo y proviene de Karolus Divus, con el que Carlos V quería vincular su nombre al título Divus, 'Divino', propio de los emperadores romanos.

En algunos casos, las piezas de las armaduras góticas, como se conoce habitualmente a las de este tipo y época, estaban pensadas precisamente para esos dos usos de la armadura: el lucimiento y el combate. Las decoraciones eran un lujo que se lucía para demostrar el poder y el estatus social, pero en ocasiones esas mismas armaduras se usaban en torneos, por ejemplo. En estos casos, se acababa de componer la protección con piezas adicionales que reforzaban algunas partes, especialmente aquellas que podían ser más vulnerables en la lucha del torneo. También se modificaban los yelmos, cambiando totalmente unos por otros, mejorando la protección o la visión, según lo que necesitara el caballero en cada momento. De nuevo, debemos hacer referencia a la necesidad de que todo esto fuera hecho a mano, a medida del caballero y con el mayor de los cuidados. La elaboración, por tanto, podía llevar varios meses, que, sumados a los trabajos de cincelado para adornar las piezas, nos permite hacernos una idea del coste. Tan detallado y milimétrico era el trabajo, que, en muchos casos, cuando un hijo heredaba la armadura de un padre, o sencillamente los cambios anatómicos en un hombre por el paso del tiempo, hacían que las piezas no encajaran y que no sirvieran para otra cosa que para adornar. En el mejor de los casos, podía solventarse con la adaptación o modificación de algunas partes.

Los que podríamos considerar como los últimos caballeros europeos medievales, aunque ya fuera de la Edad Media, aún fueron al combate con armaduras, aunque pensadas para enfrentarse a las armas de fuego. Incluso en el tiempo en que los primeros mosquetes, la armadura seguían ofreciendo una buena defensa e incluso había algunos hombres de guerra que aseguraban que el arco era más temible que el mosquete. Probablemente tuvieran razón en un primer momento, pero hacer que un arquero estuviera entrenado y lanzara con fuerza y precisión llevaba mucho más tiempo de preparación que el que requería saber disparar y apuntar con un mosquete.

13

Mitos y caballería

A lo largo de la Edad Media, como ya hemos comentado, surgieron en Europa historias y novelas que narraban los hechos de los caballeros y exaltaban sus hazañas, su forma de vida y sus ideales. Los precedentes de estas historias están en la mitología pagana, especialmente en las epopeyas célticas como ocurre con El cantar de Beowulf o las sagas escandinavas. Entre los siglos XI y XII, aparecen en escena los cantares de gesta, el ciclo artúrico y las novelas de caballería más conocidas.

Los romances y cantares de gesta llevan a la literatura el ideal caballeresco y la forma de ver el mundo de la nobleza medieval, con una importante influencia de la religión, como ocurría también en la vida real fuera de los libros. Se admiraba a los héroes y los trovadores crearon el mester de juglaría, una forma característica de narrar en verso esas historias, a caballo entre la realidad y la leyenda, donde el amor cortés y la guerra eran los elementos esenciales. El cantar de Roldán o El cantar de mio Cid son ejemplos de esta forma de literatura.

Caballeros de Cristo, representados por Jan van Eyck, en torno a 1390-1441. Juan de Salisbury dejó escrito en su Policraticus que un caballero debe defender a la Iglesia, combatir al infiel, venerar al sacerdote, proteger al pobre de todo mal, derramar su propia sangre por sus hermanos y, si es menester, dar la vida. Este ideal se trasladó, lógicamente, a las leyendas e historias sobre caballeros.

E

L CANTAR DE

R

OLDÁN

Desde mucho antes de la Edad Media, los grandes hechos se han recogido, escrito, cantado y contado, a menudo tras un buen trabajo de ensalzamiento de aquel del que se era partidario y rebajando en todos los aspectos a aquel bando o personaje al que se le quería restar mérito. Dicho esto, estas historias y leyendas, a menudo épicas y sobre la vida guerrera de los hombres, son una fuente maravillosa de información. Uno de los más relevantes relatos de este tipo es el conocido como El cantar de Roldán.

En el año 778, Carlomagno y sus tropas habían combatido en la península ibérica apoyando a unos señores musulmanes contra otros. Tras aquellos combates, volvía ese ejército franco a sus tierras cuando su retaguardia sufrió una emboscada en el paso de Roncesvalles, por parte de los cristianos locales. Entre los muertos en el combate estaba Roldán, duque de las Marcas de Bretaña. Este hecho, como era de esperar, fue debidamente maquillado cuando llegó a la literatura y dio lugar a El cantar de Roldán. Este cantar de gesta no fue escrito antes del siglo XII, si bien es probable que ya existieran versiones más o menos similares con anterioridad. Es posible que ya un trovador que acompañaba al ejército de Guillermo el Conquistador, en 1066, cantara un poema sobre lo ocurrido en Roncesvalles. En cualquier caso, en el cantar, el revés que sufrieron los hombres de Carlomagno, que en realidad tenía una importancia relativa, se convirtió en una gran historia trágica y romántica, que poco tiene que ver con los hechos históricos pero que es uno de los elementos clave de la literatura medieval y ha

sido una fuente esencial. En la ficción, los cristianos locales, vascos, se convierten en musulmanes y el motivo de la lucha es una cruzada, concepto que, por otra parte, no existía en el momento en el que ocurrieron los hechos históricos, en el siglo VIII.

En el cantar, Roldán está al mando de la retaguardia de Carlomagno y es traicionado por Canelón, que se asocia con los musulmanes y preparan juntos la emboscada. Oliverio, uno de los paladines que están con Roldán y con el que se había enfrentado tiempo atrás, sin que ninguno de ellos venciera, es también el hermano de la prometida de Roldán, y le insta a pedir ayuda. Roldán se resiste, orgulloso, a darse por vencido y pedir esa ayuda, hasta que ya es demasiado tarde. Cuando Carlomagno acude a socorrerlos, sólo hay ya cadáveres, entre los que se destacan sus doce paladines, curiosamente el mismo número de apóstoles que tenía Cristo. La venganza de Carlomagno es terrible y aniquila a su enemigo, ejecutando también a Canelón por su traición.

Roldán, a la derecha, recibe la espada Durandarte de manos de Carlomagno. La espada que según la tradición perteneció a Carlomagno, con una lujosa empuñadora y piedras preciosas, se usó durante mucho tiempo en las ceremonias de coronación de los reyes franceses.

A

MADÍS DE

G

AULA

El cantar de Roldán tiene un poso histórico, pero existieron otros casos en los que la pura ficción fue un éxito, como el caso de Amadís de Gaula, que es la novela de caballería más famosa de la literatura española, un tipo de literatura que triunfó en su tiempo de manera muy importante. Aunque se habla de un primer original portugués, el Amadís de Gaula comienza a hacerse popular en Castilla en el siglo XIV y a lo largo de toda la Edad Media no dejó de leerse y de contarse su historia. Amadís era el modelo de caballero enamorado, de nuevo, el hombre que cumplía con todos los ideales de la caballería y que era el mejor en el campo de batalla, era justo y culto y, en el trato con las mujeres, era exquisito y un gran amante. En 1508, en Zaragoza, se imprimieron Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula, y de esta edición se conserva un ejemplar.

Los quatro libros del Esforçado cauallero Amadis de Gaula: Complidos.

Primera edición del Amadís de Gaula de Garci Rodríguez de Montalvo, impreso en Zaragoza por Jorge Coci en 1508. En el Quijote, se puede leer: «[...] quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fue uno: fue el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo».

En términos generales, los libros de caballerías tratan de las hazañas de los caballeros andantes, partiendo de la realidad en muchos casos, para llegar a mundos en los que los encantamientos, los enemigos más fieros que puedan imaginarse y los monstruos, son personajes habituales. El caballero o caballeros protagonistas, viajan por los reinos viviendo las aventuras más asombrosas, tanto bélicas como amorosas. El amor es uno de los elementos esenciales en este tipo de literatura, y el motivo por el que los caballeros, a menudo, se lanzan a las más arriesgadas acciones. Los amores en este tipo de libros son nobles y fuertes, nacen a primera vista y, como es lógico, están rodeados en ocasiones de celos y malas artes. Con el paso del tiempo, incluso el erotismo comenzó a tener lugar en los libros de caballerías, así como el humor, ampliando por lo tanto el rango de historias que se cuentan y variando también la forma de contarlas.

Por supuesto, también la religión es importante, como lo es en todas las facetas de la vida en la Edad Media, y la magia y los hechos sobrenaturales se mezclan con la fe y los santos. Sin ir más lejos, el primer libro de Amadís de Gaula comienza con una referencia religiosa: «No muchos años después de la pasión de Nuestro Redentor y Salvador Jesucristo, fue un rey cristiano […]».

L

OS TROVADORES

En la sociedad medieval el papel de la mujer estaba lejos de los campos de batalla y de las guerras, ya que se consideraba que su falta de fuerza les impedía servir para el combate, cargar con una armadura o luchar con una pesada espada. Su función principal era tener hijos y criarlos, encargarse y gobernar la casa y, en algunos momentos y casos, encargarse también de algunos aspectos del gobierno de los dominios. El matrimonio tenía que ver con la herencia de la tierra, con las relaciones entre las familias y con los pactos diplomáticos, que estaban por delante de preferencias o cuestiones de amor.

En torno al año 1100, en la Provenza, una importante zona en el sureste de Francia, cambiaron algunos aspectos relativos a la vida de las mujeres. En el sur, junto al mediterráneo, las condiciones de vida no eran tan duras como en el norte de Francia, por el clima, pero además también tenía mayor peso el legado romano, no habían sido unos territorios tan castigados por los ataques de los vikingos y otros pueblos y las luchas locales no habían llegado a ser aún tan terribles como en otros lugares. Así, la vida en los castillos daba más pie a la charla, al entretenimiento y disfrutar del tiempo libre.

A estas casas comenzaron a llegar juglares, que eran bien recibidos y que entretenían a los nobles con sus poemas y canciones. Por cierto, los provenzales tenían un dialecto propio, el provenzal. Los temas de estas obras eran ligeramente diferentes, ya que a los clásicos temas épicos sobre grandes batallas, hombres poderosos y reyes, se añadían otros temas que tenían el amor como eje central.

No era algo nuevo el hecho, ya que durante siglos se han cantado y contado grandes historias, especialmente durante las celebraciones, pero sí los temas. Aparecían en los relatos héroes que luchaban y eran capaces de cualquier hazaña por amor, por su dama, que sin duda era la más bella y virtuosa entre todas. Los juglares que incorporaron estas temáticas se conocían como trovadores, que viene a significar los que hacen canciones. Estas canciones elevaban las relaciones amorosas y lo devaneos entre caballeros y damas a otro nivel, considerando todo ello algo noble, puro y casi divino.

Las damas disfrutaban con este nuevo arte, mientras que este nuevo arte las situaba a ellas en el centro de la vida de muchos caballeros, caballeros que por otra parte eran capaces de grandes hazañas y por lo tanto se convertían en el ideal de los hombres que compartían vida con aquellas damas. Los trovadores atraían la atención de caballeros y damas, y de algún modo esta situación dio pie a que los caballeros se refinaran en cierta medida en su día a día en la corte y en sus casas, permitiendo también a la mujer ganar cierto espacio en la vida social. Este cambio fue extendiéndose poco a poco a otros y pronto los trovadores tenían su lugar en todas las cortes y grandes castillos, donde además eran bien recibidos, ya que el señor demostraba con ello su refinamiento y generosidad.

Representación artística de un caballero en la puerta de un castillo, ante Cupido, en clara alusión al amor cortés. Las historias de amor cortés se estructuran, habitualmente, en un primer contacto en el que el caballero queda prendado y la dama se muestra esquiva, luego llega la declaración de amor a la que la dama responde entregando una prenda, o con un gesto similar y, finalmente, la consumación.

El mito del héroe caballeresco, que además de gran guerrero era un fiel y dedicado amante, es un elemento esencial en la literatura y las novelas de caballería. Ese amor cortés hace que el guerrero sea capaz de los más grandes sacrificios y de hazañas casi sobrenaturales. Desde un punto de vista más práctico, el amor cortés también permitió que la mujer dejara de ser únicamente un objeto de procreación y un arma diplomática para generar alianzas, para cobrar un papel más importante en la sociedad. Que se tomara esa forma de amor, el amor cortés, como un ideal a perseguir, llevó a la dulcificación de algunas de las actitudes masculinas, creando

vínculos más allá del propio amor carnal y meramente práctico. No era extraño que un caballero, joven y soltero, se proclamara vasallo de una dama importante, a menudo la esposa de su señor, y que uniera de algún modo su forma de actuar a la búsqueda del reconocimiento de esta. Aunque fuera en un plano casi platónico, el caballero debía escapar de lo ruin y lo mezquino, ya que esas acciones no harían sino ofender a su dama, desacreditar al caballero ante los ojos de ella y, en último término, limar su honor. Como contrapartida, la dama le al caballero entregaba alguna prenda, una cinta o un pañuelo. Como vemos, el objetivo de este amor cortes no eran recompensas directas y carnales, sino sencillamente tener un motivo por el que guiarse con altura, en búsqueda de la superación personal. No tendría sentido que este amor estuviera asociado a la carne y que las damas casadas admitieran a otro que no fuera su marido como sus vasallos.

E

L REY

A

RTURO

Si Amadís fue un éxito medieval, el mito del rey Arturo es quizás el más conocido, poderoso y amplio de todos los mitos medievales que pueblan nuestra cultura popular. Esto hace que tenga tantas ramificaciones e interpretaciones que sea complicado tratar de determinar bien su alcance. No hay un consenso absoluto sobre si existió el rey Arturo, o al menos un rey que podría ser la inspiración artúrica, o no existió, aunque parece que en la Edad Media la creencia popular así lo afirmaba. En la actualidad, el escepticismo y la rigurosidad en las investigaciones han ganado mucho territorio y las hipótesis buscan el origen del mito de una manera razonada. Algunas teorías colocan a Arturo como jefe de los bretones que se enfrentaron a finales del siglo V al avance de los sajones por el territorio de Britania. Los documentos hablan de una batalla en la que los bretones vencieron y consiguieron así varias décadas de tranquilidad tras expulsar a los sajones. En torno a esa batalla, conocida como la batalla del Monte Badon, se habla en las crónicas posteriores de un tal Arturo, líder de los bretones. Poca más información hay al respecto, pero quizás ese pueda ser el comienzo del mito del rey Arturo, el hecho y el hombre que existieron realmente en la historia y sobre los que se enraíza la leyenda. Bien es cierto, que pasado ese período de paz, cuando volvieron los sajones a la carga, tuvieron más suerte y los bretones se vieron obligados a protegerse huyendo a las montañas de Escocia, Gales y Cornualles, e incluso parte de ellos atravesaron el mar en dicha huida. En cualquier caso, los documentos al respecto son incompletos, contradictorios y muy ambiguos, por lo que esta es tan sólo una teoría.

Tras varios siglos de dominación romana, los pueblos bárbaros rompieron la tranquilidad y en el siglo IV los celtas, los pictos, los anglos y los sajones atacaron por diferentes lugares a los hombres que, bajo el control del Imperio romano, esperaban la ayuda de este, ayuda que no llegaba de manera eficaz. De esa época parten las leyendas, inspiradas en la historia, pero escritas varios siglos después de los acontecimientos. Ya en el 830, en Historia de los británicos, se cuenta cómo Arturo luchó contra las tribus invasoras, liderando a los británicos y participando en míticas batallas. En 1066, como ya hemos visto, los normandos invaden Inglaterra y para entonces el héroe ya ha ganado su lugar en la tradición y en las leyendas que se contaban, un héroe que cada vez tenía menos que ver con el personaje real. De aquel posible remoto guerrero británico que combatió contra los invasores anglosajones, se llegó ya en los siglos XII y XIII a un rey noble y justo, rodeado de caballeros en una corte admirable, que además también tenían entre ellos a magos y seres sobrenaturales. En 1136, Geoffrey de Monmouth escribió Historia de los reyes de Bretaña y mencionó a Arturo enfrentándose a los sajones, narrando una vida completa y detallando hazañas y hechos relevantes. El libro fue un éxito tanto en Inglaterra como en otros lugares de Europa y mezclando algún dato cierto con la fantasía y los ideales, creó el Arturo medieval, que se mueve ya en un entorno conocido y básicamente feudal, donde los torneos y las batallas son la base de la historia, y donde las damas, el amor y la magia son parte esencial. Aparecen entonces personajes como Merlín, Ginebra o Mordred.

Cuando la literatura inglesa se fundió o influyó en la francesa, un clérigo llamado Robert Wace, escribió la obra Roman de Brut, y en ella volvía sobre el mito artúrico, incorporando la Mesa Redonda a la historia, punto central y clave de Camelot, la corte del rey. Otro autor, Chrétien de Troyes, escribió el poema Perceval o la historia del Grial, y añadió una parte espiritual a la historia, con el Grial como centro y con la búsqueda de lo deseable, del ideal más puro, como guía en la vida. Quizás el último puntal literario de la leyenda del rey Arturo en la época medieval esté en La muerte del Arturo, la

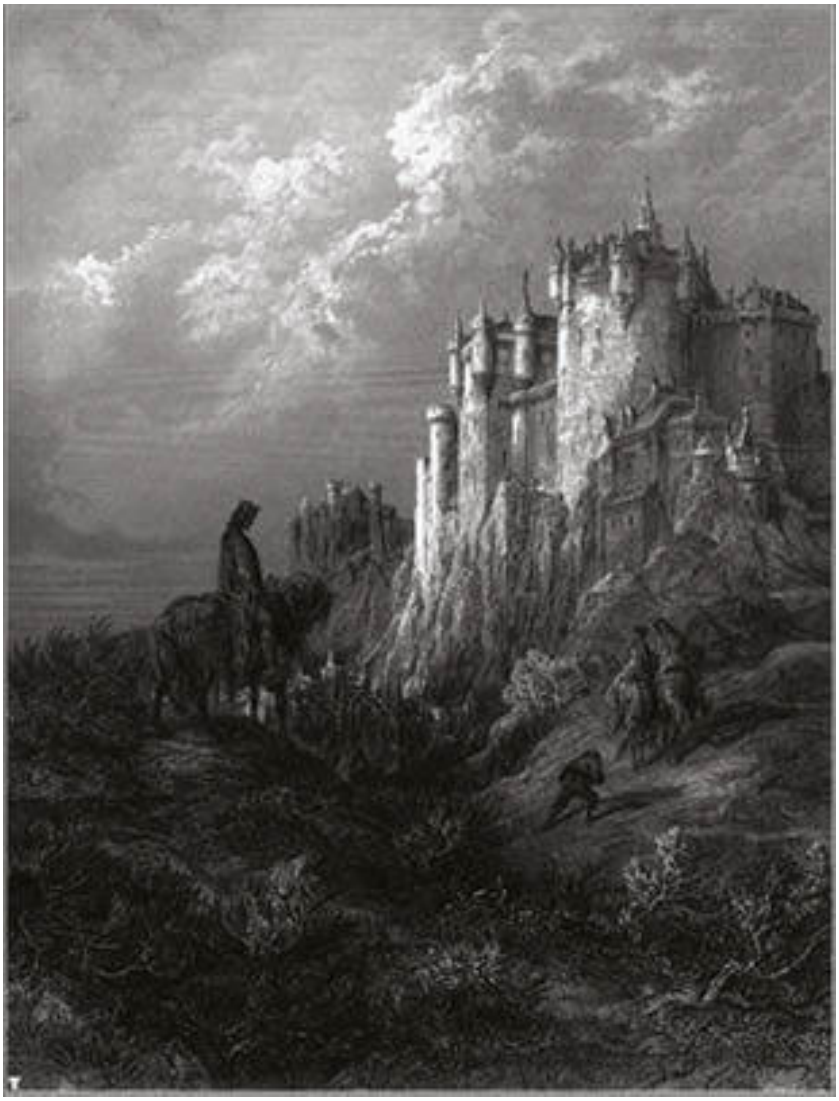
obra de 1486 escrita por sir Thomas Malory. Reordenando y adaptando elementos de aquí y de allá y reuniendo los personajes y hechos más representativos, sirvió de base para otros escritores y poetas.

Esta es la historia tras la historia del rey Arturo, pero recorrido ese camino hacia la leyenda, esta leyenda, este mito, comprende una serie de hechos y personajes que forman parte de la cultura popular y que están muy vivos aún, a pesar de los siglos transcurridos.

Más allá del propio Arturo, que como decíamos era el ideal de rey justo y grande, en la mitología artúrica tenemos personajes como Merlín. En él se combina la medicina, la magia y lo sobrenatural, y consigue con esas artes hacer que, ilícitamente, Luther Pendragon y lady Igraine, esposa de otro hombre, yazcan y se conviertan en los padres de Arturo. Nada más nacer, Arturo es entregado a sir Ector, que lo cría hasta que Merlín regresa a por él para educarlo. Cuando está preparado, Arturo se encuentra con Excalibur, la espada mágica a la que está destinado y que sólo él puede liberar. Hecho eso, es reconocido como rey y comienza la vida de Camelot. Este lugar era una fortaleza invencible y como hemos mencionado fue creado por Chrétien de Troyes, tras varias versiones del mito. Aún hoy existen especulaciones sobre cuál fue el lugar real que inspiró Camelot o dónde estaría emplazado, aunque como es lógico sigue siendo un gran misterio. Ginebra es otro personaje clave, ya que fue la esposa de Arturo y el centro de algunos conflictos. Por supuesto, su belleza era insuperable y su amor dio lugar a uno de los hechos más importantes de la leyenda. Se enamoró de Lanzarote, que era un caballero de la Mesa Redonda, pero además era el mejor amigo del rey y representaba lo mejor de la caballería, siendo un gran guerrero, noble y recto, que aun así no puede evitar enamorarse de la esposa de su amigo el rey. Este triángulo amoroso da lugar, dentro del mito, a una guerra, a odio y a la destrucción del lugar maravilloso que era Camelot. Hablábamos antes del Santo Grial, que se incorporó al mito de Arturo muy tarde, pero que es la representación de lo místico, de lo divino. El Santo Grial, que era el cáliz usado por Jesús en la Última Cena, era el mito y el reto central

de los caballeros de la Mesa Redonda, que debían encontrarlo. Tan sólo un elegido, el más virtuoso de los caballeros, puede dar con la reliquia y alcanzar así el máximo honor. Los que consiguen dicho objetivo son diferentes, curiosamente, en unas obras y en otras, siendo en unas Galahad y en otras Perceval.

Los caballeros artúricos que se reunían en la Mesa Redonda, según la mayoría de los autores, eran diez, aunque sir Walter Scott colocará a doce en Ivanhoe, como también lo hiciera Malory. Cambian por lo tanto algunos nombres de unos autores a otros, pero si tenemos en consideración la obra de sir Thomas Malory, los doce caballeros que se sentaban en torno a la Mesa Redonda en Camelot eran: el rey Arturo, sir Lanzarote del Lago, sir Galahad, sir Perceval de Gales, sir Bors de Ganis, sir Bedevere, sir Tristán de Leonis, sir Gawain, el rey Pellinore, sir Lamorak de Gales, sir Gaheris y sir Kay el Senescal. Todos ellos eran grandes caballeros y todos eran en principio iguales, como representaba la propia mesa, que al ser circular no hacía distinciones en cuanto a la posición en ella. En realidad, la leyenda no los ha hecho a todos iguales, y los más conocidos quizás sean Lancelot, Tristán, Galahad y Gawain.



Representación artística del mundo artúrico, concretamente de Camelot. Un escriba de la corte de Eduardo III mezclaba realidad y ficción en el siguiente texto: «La costumbre galesa de levantarse contra los ingleses es una vetusta locura [...], hasta el profeta Merlín recogía sus esperanzas de recobrar Inglaterra».

Robert Wace, como Monmouth, dan una versión mítica del último viaje de Arturo a Avalon y de su muerte. Se habla de la dudosa muerte de Arturo, y de cómo Merlín tenía mucho que decir en la duda sobre si el rey estaba muerto o seguía vivo. En uno de los textos se habla de las últimas palabras de Arturo: «Yo viajaré hacia Avalon, hacia la más bella de las damas, hacia Argante, un hada bellísima. Ella me curará de todas mis heridas, ella me tratará con bebedizos salvadores. Luego volveré de nuevo a mi reino y viviré con mis britanos con gran alegría». De ahí nace el mito de la vuelta en algún momento de Arturo, para seguir reinando.

El rey Enrique II de Inglaterra subió al trono en 1153 y difundió y apoyó las leyendas artúricas en su corte, aunque esa última parte en la que la ilusión del regreso de Arturo flotaba, no era muy de su agrado. Tanto es así que encargó personalmente a los monjes de la abadía de Glastombury la búsqueda de la tumba de Arturo y la hallaron, curiosamente, dentro de su propio monasterio. Un cronista relató el descubrimiento, y narró cómo dos esqueletos fueron hallados en una tumba con la inscripción: «Aquí yace enterrado el ínclito rey Arturo con Ginebra, su esposa, en la isla de Avalon».

Como vemos, Arturo es un mundo muy amplio en la ficción y en la leyenda, a pesar de que las razones o motivos históricos sean más bien ambiguos y difusos. En cualquier caso, es uno de los mitos medievales más vivos.

E

L

C

ID

Este es, sin duda, el más histórico de todos los personajes y leyendas que se repasan en este capítulo, pero no obstante su vida y algunos hechos que forman parte de la historia popular del personaje no están del todo claros y son más cercanos al mito que a la realidad. Su biografía se enmarca por la complicada situación política del siglo XI en la península ibérica. Rodrigo, o Ruy, Díaz, nació en los primeros años de la década de 1040 en Vivar, en Burgos, dentro de una familia de la baja nobleza castellana. A los catorce años entró al servicio de la corte, siendo paje de Sancho, el hijo mayor del rey Fernando I de Castilla. En la corte se formó como caballero, como guerrero, pero también recibió instrucción de otro tipo, lo que otorgó un cierto nivel cultural.

Cuando el rey Fernando I falleció, su reino quedó dividido entre sus tres hijos y Sancho, con el que el Cid había crecido, se convirtió en rey de Castilla, como Sancho II. El Cid aún no era conocido como tal, y tan sólo era Rodrigo, aunque el rey lo nombró portaestandarte, siendo uno de sus más cercanos colaboradores. Participó en la guerra de los Tres Sanchos, que enfrentó al rey de Castilla, al de Navarra, Sancho IV y a Sancho Ramírez de Aragón, y en ese conflicto se batió en duelo singular con el caballero navarro Jimeno Garcés, y probablemente sea entonces cuando se ganó el sobrenombre de Campeador, al ser reconocido como Campi Doctor, señor del campo de batalla.

Tras esa guerra de los Tres Sanchos, el rey castellano decidió reunificar el reino de su padre, reclamando para sí los reinos de León y Galicia, que habían ido a parar a sus hermanos en la herencia. En estos conflictos, de nuevo, Rodrigo vuelve a destacar como guerrero. En Zamora ocurrió entonces un hecho muy conocido, cuando Sancho II de Castilla puso asedio a la ciudad, Bellido Dolfos lo asesinó de manera poco honrada y se allanó así el camino para que Alfonso, hermano del asesinado, fuera nombrado rey de Castilla. Rodrigo perdía a su amigo y protector, y quedaba a merced del nuevo rey, contra el que había combatido. Tuvo entonces lugar otra de las escenas míticas, y poco claras desde un punto de vista histórico, de la vida del caballero de Vivar, la jura de Santa Gadea.

Como Sancho II había sido asesinado por un soldado zamorano, en principio al servicio de la hermana de ambos reyes, Urraca, no se podía acusar al rey Alfonso de haber tenido algo que ver en la muerte, pero las sospechas eran obvias. Así, en nombre de todos los nobles castellanos, según la leyenda, Rodrigo hizo jurar al rey Alfonso VI que no había tenido nada que ver en la muerte de su hermano, y únicamente después de tal juramento se pondrían a su servicio y lo aceptarían como soberano. Aquel acto de desconfianza que forzó al rey, llevaría a que la relación entre ambos hombres nunca fuera buena.

Representación artística del juramento de Santa Gadea, donde Alfonso VI juró ante el Cid no haber tomado parte en el crimen contra Sancho II. Sobre la toma de Valencia por parte del Cid en 1110 escribió un cronista musulmán que «toda la estirpe mora fue exterminada de la ciudad, que quedó sola en medio de un mar de muerte».

Rodrigo perdió parte de su importancia, pero el nuevo rey necesitaba de su lado a todos los caballeros que pudiera, por lo que el Campeador dejó de ser el portaestandarte, pero tuvo entonces un papel relevante como juez y como representante del rey en diferentes querellas. También combatió Rodrigo en el bando del rey Alfonso, pero finalmente estas buenas relaciones acabaron por romperse, si bien es cierto que no quedan claros los motivos finales por los que esto ocurrió, siendo posiblemente una suma de razones, entre los que estaba que al parecer el ascenso social de Rodrigo no acababa de llegar por la falta de títulos nobiliarios, que debía otorgar el rey. También tuvo mucho que ver un conflicto en el año 1079, que enfrentó en el sur de la Península a dos ejércitos castellanos, ambos liderados por servidores del rey Alfonso VI, siendo uno de esos servidores Rodrigo, que acabó por vencer. El que perdió era uno de los favoritos del rey y seguramente este hecho también dispuso al rey contra Rodrigo, si bien este no había

actuado de manera desleal o contraria a la ley y por lo tanto no había lugar para el castigo directo.

En ausencia de Alfonso VI, que había partido hacia Toledo, los musulmanes atacaron la zona de Soria y el castillo de Gormaz, lo que llevó a Rodrigo a tomarse la justicia por su mano y tras juntar una poderosa mesnada, atacó territorio toledano en poder de los musulmanes. El señor musulmán de ese territorio tenía un acuerdo de amistad con Alfonso VI y este era además protector de Toledo, por lo que castigó a Rodrigo por su ataque a territorio toledano. El castigo no fue otro que el destierro, teniendo así lugar el conocido primer destierro de Rodrigo.

Comenzó entonces una etapa como mercenario, donde acabó al servicio del rey taifa de Zaragoza, al-Muqtadir. En esa época, volvió a mostrar sus dotes en el campo de batalla y los musulmanes comenzaron a llamarle Cid, que venía a significar señor, dando lugar así al nombre con el que pasó a la historia: el Cid. Las relaciones con el rey Alfonso VI variaron de ser tensas a amistosas con el paso del tiempo y no queda claro qué ocurrió realmente entre ambos hombres, que, si bien acercaron posiciones, no evitaron que el Cid siguiera al servicio del soberano musulmán. Alfonso VI había conquistado Toledo cuando los almorávides invadieron la Península, y ante el nuevo peligro, el Cid acudió junto con sus hombres en socorro del rey Alfonso VI, siendo readmitido en la corte y ascendiendo rápidamente entre los hombres más principales del reino.

El reino de Valencia estaba entonces en manos de un musulmán, que pagaba tributos al rey Alfonso VI y que recibía por tanto la protección de este. Cuando estaba en dificultades, el Cid fue enviado en su ayuda y este consiguió conquistar algunos de los territorios y ganarse una posición en la zona. Entonces, estando Alfonso VI en Murcia, haciendo frente a los almorávides, ordenó al Cid que acudiera en su ayuda, pero Rodrigo no se presentó. Este

acto, considerado una ruptura del pacto por el que Rodrigo era siervo del rey y tenía por tanto que acudir a la llamada de este, llevó a que la familia del Cid fuera capturada y todos sus bienes confiscados. El Cid decidió quedarse en el levante peninsular y acabó dominando un amplio territorio, que incluía Valencia. En los años siguientes, siguieron las tensiones, encuentros y desencuentros entre el rey y su vasallo, vasallo que por otra parte gobernaba casi un reino.

En los enfrentamientos contra los almorávides, el Cid perdió a su único hijo varón, Diego, que curiosamente combatía al lado del rey Alfonso VI, en una muestra de las buenas relaciones, en ese momento, entre el Cid y su rey. Rodrigo falleció dos años después, en Valencia en el año 1099, dando comienzo a la leyenda, al mito. Más de un siglo después de su muerte, en torno al año 1200, aparece El cantar de mio Cid, que recoge la vida y gestas del caballero de Vivar. Lógicamente, no es el único texto que hace referencia al Cid, pero es el más importante. En él se mezclan los hechos históricos con las leyendas y con las invenciones, para ensalzar al personaje y crear así un héroe que aglutinara todas las virtudes del noble y buen caballero: valiente, noble, buen esposo, gran guerrero, justo... En el cantar se recogen muchas de las historias que tras la muerte del Cid se contaban por Castilla sobre su persona, principalmente.

Cuando murió el Cid, su esposa Jimena heredó sus dominios, pero en 1102, ante la amenaza de las tropas enemigas, Jimena pidió ayuda al rey Alfonso VI y abandonó Valencia. En su camino hacia Castilla, Jimena llevó consigo el cadáver del Cid, que fue enterrado en el monasterio de San Pedro de Cardeña. Posiblemente de este viaje proceda uno de los mitos más famosos asociados al Cid, aquel que asegura que venció su última batalla después de muerto. Nos movemos en el territorio de la leyenda, pero es posible que el Cid fuera recompuesto en cierta medida por el embalsamador, y vestido como si fuera a la batalla, con su cota de malla y casco. Menos probable, aunque también lo cuenta la leyenda, es que fuera llevado a lomos de su propio caballo, Babieca. Quizás alguna escaramuza o

pequeño encontronazo durante el viaje acabara bien para Jimena y los suyos, y de ahí naciera el dicho que de el Cid les había ayudado y de algún modo había ganado su última batalla una vez muerto.

S

AN

J

ORGE

En el siglo XIII ya era popular en Europa la leyenda que narraba cómo un santo se enfrentaba a un dragón y conseguía matarlo, para salvar a una princesa. Es complicado localizar el origen exacto, pero el italiano Jacobo de la Voragine, que había nacido en 1230 y que fue obispo de Génova, escribió una recopilación de vidas de santos en la que podemos encontrar un punto de partida. Según dicha obra, en la ciudad de Silca, en Libia, había un dragón temible y gigante que vivía en un lago tan grande que parecía un mar. El monstruo tenía atemorizada a toda la población local, que para apaciguarlo le enviaban ovejas y otros animales como alimento. Cuando estos se agotaron, comenzaron a dejar a personas a su alcance, para que las devorara, y la selección del condenado era por sorteo. En uno de estos sorteos, la elegida fue la hija del rey de la ciudad. Cuando la princesa se dirigía a su muerte, apareció un caballero que se propuso salvarle la vida, aunque para ello tuviera que enfrentarse con el dragón. Se lanzó contra este con su lanza y consiguió vencerlo. A continuación, lo ató con su propio cinturón y se lo entregó a la princesa, que lo llevó como si fuera un animal de compañía, como si fuera un perro, hasta la ciudad, acompañada por el caballero. Ante la gente asustada por la presencia del dragón, el caballero decía que no había nada que temer, que él era un enviado de Dios y que debían bautizarse todos. Cuando lo hubieran hecho, él mataría al dragón y los libraría para siempre del peligro. Ni que decir tiene que asegura la leyenda que todos se bautizaron y que el monstruo fue ejecutado.

El protagonista de la leyenda, como ya habrán adivinado, ese santo, no era otro que san Jorge. Este personaje, san Jorge, el hombre histórico que fue santificado, fue un romano nacido en el año 280, y que tras una importante carrera militar cambió que oficio y se convirtió en tribuno. Tanto él como sus padres eran cristianos, y fue una de las muchas víctimas de la persecución que llevó a cabo el emperador Diocleciano contra los cristianos. No renegó de la fe y fue torturado hasta la muerte. Así, nació san Jorge. La importancia del tribuno y también debido a lo terrible de las torturas a las que fue sometido, hicieron que su caso fuera muy conocido, siendo especialmente recordado y venerado en Asia Menor y Armenia. Ya entonces su muerte comenzó a envolverse de hechos sobrenaturales, y se aseguraba que, durante el martirio, que había durado siete años según el mito que se iba creando, Jorge de Capadocia, como se le conocía, había muerto y resucitado varias veces.

En el siglo V, Jorge de Capadocia fue hecho santo y se convirtió en un importante personaje dentro del mundo cristiano. Se representaba ya entonces, en el arte bizantino, como un guerrero con espada. Durante la Primera Cruzada se descubrió el sepulcro de san Jorge en Kydda y eso aumento el interés. La leyenda fue creciendo y creciendo, y cuando los cruzados volvían a Occidente, traían historias de san Jorge, historias en las que el guerrero no sólo era un guerrero y un santo, sino que ya se había convertido, en la cultura popular de la época, en un caballero, en el modelo perfecto de caballero cristiano, tal y como querían ser de algún modo los cruzados. En algunas batallas contra los infieles, san Jorge ya se aparecía y combatía valientemente del lado cristiano, tanto en Oriente como en la península ibérica, en la Reconquista.

San Jorge y el dragón, representados por el pintor italiano Paolo Uccello. Si bien esta obra de Uccello es muy conocida, son multitud los artistas que se han inspirado en esta leyenda para sus obras: Tintoretto, Rafael, Rubens... Una muestra de la evocación y fuerza de esta historia.

Fue entonces cuando el dragón comenzó a formar parte de historia que se contaba. De nuevo, no se tiene constancia del primer lugar en el que se asocia a san Jorge con el dragón, pero existe una pintura, datada en el año 1006, en una iglesia de Capadocia, donde ya está presente. Dos siglos y medio después, en una descripción de leyendas cristianas, Bartolomeo da Trento habla de una ciudad amenazada por un monstruo, del ritual en el que se le entregan ovejas y corderos como alimento, el sacrificio de la hija del rey al monstruo y la aparición de un caballero sobre un caballo blanco, que vence y consigue que todos los habitantes de la ciudad se conviertan al cristianismo. En el siglo XIII, en el texto de Jacobo de la Voragine del que ya hemos hablado, los elementos se consolidan

y dan lugar a la leyenda que perdurará.

El mito de san Jorge es tan poderoso y simbólico que comenzó pronto a protagonizar obras de arte, y pintores, escultores, orfebres e ilustradores de libros se esforzaron por representar al perfecto caballero, montado en un espléndido animal y combatiendo contra un dragón, enorme y temible. El mito fue creciendo y el santo se tomó como patrón para ciudades e incluso para naciones, como Inglaterra o Portugal, donde sustituyó en el siglo XIV a Santiago en ese honor. También fue tomado como patrón de la Orden de la Jarretera, fundada por Eduardo III y, en la segunda mitad del siglo XIV, la Corona de Aragón también tomó a san Jorge como personaje de culto y se buscó con ahínco cualquier reliquia relacionada con el santo.

B

EOWULF

Otro de los mitos medievales más populares es el que protagonizó Beowulf. El poema épico de Beowulf es la reliquia más antigua escrita en una lengua europea, concretamente en el lenguaje hablado por los anglosajones que habitaban la isla inglesa antes de la conquista normanda. Es probablemente el manuscrito en este idioma más valioso que se conserva. Compuesto por más de tres mil líneas, Beowulf relata las hazañas de un héroe y las sucesivas batallas en las que este va enfrentándose con un monstruo llamado Grendel, con la vengativa madre de este monstruo y con el dragón que guarda un magnífico tesoro. Es, como vemos, una narración clásica en la que un héroe, símbolo del bien y de la virtud, se enfrenta al mal a lo largo de un recorrido por el mundo, plagado de aventuras.

Representación de Tristán e Isolda, imagen también de amor entre los caballeros y las damas medievales.

El poema arranca en Dinamarca: «¡Escuchad! Hemos oído de los

sucesos en el trono de Dinamarca, cómo los reyes florecieron en antiguos días». Grendel aterroriza al pueblo y el príncipe Beowulf, de un reino vecino, se lanza, junto con un grupo de caballeros, contra el monstruo y consigue vencerle en un combate épico. Tras la primera celebración, la madre de Grendel se cobra la venganza y de nuevo Beowulf tiene que combatir, volviendo a triunfar. Medio siglo más tarde, cuando el héroe ya tiene una edad muy avanzada se ve obligado a volver a la acción ya que ahora el peligro amenaza a su propio reino, esta vez en forma de dragón. De nuevo, Beowulf vence, pero paga muy cara la victoria y acaba gravemente herido. El poema se cierra con la muerte y funeral por el héroe, y con un lamento por su memoria.

No se sabe con certeza cuándo se creó el poema, ya que con toda probabilidad pasó de unos a otros de forma oral durante generaciones, sufriendo las lógicas adaptaciones y modificaciones, hasta que llegó a la versión escrita a la que hemos hecho referencia. Por ejemplo, si bien los hechos están localizados en el mundo pagano del siglo VI escandinavo, tienen algunas cuestiones de influencia cristiana. Según algunos estudios, fue escrito a finales del siglo X, mientras que otros lo sitúan en las primeras décadas del siglo XI. El manuscrito que se conserva en el Museo Británico no sólo contiene la historia de Beowulf, sino que esta se acompaña de otros textos.

El poema de Beowulf es una gran epopeya, esencial para el mundo medieval, a la altura de El cantar de Roldán, El cantar de mio Cid o El cantar de los nibelungos. Este último es sin duda la más importante de las obras de este tipo dentro de la tradición germana, cuyo título original es Nibelungenlied, por lo que podríamos decir que es la balada o las calamidades de los nibelungos. De nuevo, nos encontramos con una obra a la que es complicado asignar un autor, y de la que hay varias versiones y documentos con referencias o textos parciales. Probablemente se escribió por un autor austriaco cerca del año 1200, recogiendo leyendas y mitos de siglos anteriores.

Es una recopilación de canciones, que narrando historias y usando mitos diferentes, giran en torno al tesoro de los nibelungos. Sigfrido, Krimilda o el rey Gunther, son personajes de la obra, y en ella se mezclan el amor y los hechos épicos y mágicos. Por ejemplo, Sigfrido, que se había bañado en sangre de dragón, era casi invulnerable, ya que hubo una pequeña parte de su cuerpo que no se mojó con la sangre de dragón. Esa debilidad, lógicamente, es fatal y hace que Sigfrido muera. En la segunda parte, Atila, rey de los hunos, se enamora de Krimilda, viuda de Sigfrido y esta accede al amor para vengarle. En resumen, este cantar de gesta genera de nuevo un buen número de personajes, historias y acontecimientos que, desde la épica y la ficción, aunque con un poso histórico, han poblado la cultura popular desde entonces.

La muerte de Sigfrido, de El cantar de los nibelungos, representada en un manuscrito de 1480-1490. En la mitología germánica los nibelungos eran una raza de enanos, cuyo nombre proviene de su rey: Nibelung. Alberich era el enano encargado de proteger el enorme tesoro que poseían, pero que Sigfrido consigue robar.

Todos estos mitos y leyendas, y algunos más como por ejemplo Tristán e Isolda, forman parte de nuestra cultura, pero también son maravillosas aventuras que influyeron en su tiempo y que nos permiten volver a este, como si fuera una pequeña ventana.

Glosario

Adarga: escudo ovalado de origen musulmán, hecho de cuero.

Algara: marcha ligera de la caballería.

Aljuba: vestidura morisca, usada también por los cristianos, consistente en un cuerpo ceñido en la cintura, abotonado, con mangas y con falda que solía llegar hasta las rodillas.

Almete: yelmo abierto, propio de los soldados de infantería.

Almilla: jubón cerrado, escotado y de manga corta que se ponía debajo de la armadura.

Almófar: pieza de la armadura similar a una cofia o capucha de malla, sobre la cual se ponía el capacete, es decir, la pieza que cubría y protegía la cabeza.

Astiludio: soporte en forma de cruz que se usa para practicar puntería con la lanza.

Bacinete: yelmo puntiagudo y normalmente con visera.

Barda: protección que cubría la grupa del caballo.

Bigotera: en una espada, zona corta, sin filos y plana, próxima a la empuñadura.

Bohordo: entrenamiento para jóvenes caballeros, a imitación de un torneo.

Brafonera: pieza de la armadura que cubría la parte superior de la pierna o del brazo.

Brazal: protección para la parte delantera del antebrazo.

Brial: prenda de vestir similar a la camisa y el jubón.

Broncha: arma blanca similar al puñal.

Broquel: escudo de cuero de pequeño tamaño, con el borde de metal y una cazoleta en la parte posterior para proteger la mano, ligero y manejable.

Calzas: prenda de vestir que cubría, ciñéndolos, el muslo y la pierna, o bien, en forma holgada, solo el muslo o la mayor parte de él.

Canales: en la espada, acanaladuras más estrechas y profundas que los vaceos.

Capellina: casco de metal, semiesférico, utilizado como protección.

Capizana: protección que cubría el cuello y las crines del caballo, siendo habitualmente una serie de escamas o placas metálicas.

Carguero: caballo de guerra.

Celada: protección de la cabeza.

Codera: protección para el codo.

Coraza: parte de la armadura que protege el tronco.

Corona: punta roma, sin filo, de una lanza de torneo.

Cubrenuca: malla metálica que cuelga del yelmo y protege el cuello del guerrero.

Escarpines: zapatos de la armadura.

Espinillera: protección de la parte inferior de la pierna, entre el tobillo y la rodilla.

Estafermo: muñeco utilizado en los entrenamientos militares.

Fonsadera: tributo que se pagaba para atender los gastos de la guerra.

Gámbax: chaqueta acolchada que se sitúa bajo la armadura.

Gambesón: jubón acolchado que se vestía bajo la coraza, para llevarla cómodamente.

Garnacha: prenda de vestir, que era un vestido forrado con la piel de algún animal.

Gola: protección de la parte frontal del cuello.

Gonela: túnica corta, sin mangas.

Gorguera: protección del cuello, que cubre tanto la parte frontal como la trasera.

Greba: pieza de la armadura que cubría la pierna desde la rodilla hasta el pie.

Grupera: v. Barda.

Gualdrapa: cobertura larga de tela que se colocaba como adorno sobre las ancas de las caballerías. Solía mostrar los colores del caballero.

Guantelete: guante metálico.

Guardabrazo: parte de la armadura que protege el brazo, entre el hombro y el bíceps.

Hacanea: caballo de montar de poco valor.

Hombreras: protección del hombro y omóplatos, que podía abarcar también las clavículas.

Hopalanda: sinónimo de tabardo.

Jaqueta: jubón que se ataba a la cintura, creando vuelo y pliegues sobre las caderas.

Jubón: casaca estrecha y a menudo acolchada que se viste bajo la armadura.

Liza: campo acotado, de forma rectangular u ovalada, habilitado para justas y torneos.

Loriga: cota de malla formada por anillos de metal forjados y remachados.

Maniquete: protecciónes de los brazos.

Mentonera: pieza de la armadura para proteger o sujetar el mentón.

Petral: protección para el pecho del caballo. En ocasiones se labraba en él el blasón del jinete.

Polaina: protección que se lleva entre la parte superior del muslo y la rodilla.

Rodela: escudo redondo de metal o madera cubierta de cuero, que se manejaba con una sola mano.

Rodillera: protección para la rodilla, que solía prolongarse hacia el exterior para evitar ataques sobre esa zona.

Saya: prenda amplia de vestir que cubría casi todo el cuerpo.

Sobrevesta: túnica de tela o de lienzo que se viste sobre la armadura

o coraza.

Tabardo: ropón blasonado que usaban los heraldos y reyes de armas.

Tarja: escudo recto cuyo fin era básicamente mostrar las armas del combatiente en las justas.

Tarjeta: tarja pequeña.

Testera: pieza metálica que cubre y protege la cabeza del caballo.

Vaceos: en la espada, acanaladuras anchas longitudinales presentes en algunas hojas para mejorar sus condiciones de peso manteniendo su resistencia.

Cronología

476 Fin del Imperio romano de Occidente.

527 Justiniano inicia la conquista de Oriente Próximo.

622 Mahoma huye a Medina: inicio de la hégira, el calendario musulmán.

711 Los musulmanes invaden la península ibérica.

732 El franco Carlos Martel derrota a los musulmanes en Poitiers.

800 El papa León III nombra emperador a Carlomagno, rey de los francos.

800-900 En este siglo surge y se establece el feudalismo como forma de organización social, basada en el vasallaje.

843 A través del tratado de Verdún, los nietos de Carlomagno se reparten su Imperio. A partir de este acuerdo comienzan a perfilarse lo que en el futuro serían Francia y Alemania.

989 En el Primer Concilio de Charroux la Iglesia trata de poner

freno a las guerras entre cristianos, con la denominada Tregua de Dios.

1008 Muere Abd al-Malik y desaparece el califato de Córdoba.

1014 Brian Boru vence a los vikingos en Clontarf.

1027 El concilio de Toulouse proclama La tregua de Dios, que limita la lucha a lunes, martes y miércoles, y la prohíbe en la cuaresma.

1040 Primera receta de la pólvora en una fuente china.

1046 Llegada del normando Roberto Guiscardo al sur de Italia.

1066 Batalla de Hastings; los normandos conquistan Inglaterra.

1077-1122 Guerras de Investidura en Alemania e Italia entre los emperadores Enrique IV y V y los partidarios del papa.

1085 Alfonso VI de Castilla y de León reconquista Toledo a los musulmanes.

1090 Los almorávides conquistan los reinos de Taifas de al-Andalus.

1094 El Cid conquista Valencia.

1096 Se inicia la Primera Cruzada.

1099 Los cruzados toman Jerusalén.

h. 1100 Los caballeros europeos adoptan el uso de la lanza enristrada.

1113 El papa Pascual II reconoce a la Orden de los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Jerusalén.

1120 El francés Hugues de Pays funda la Orden del Temple.

1130 En el Concilio de Clermont, el papa Inocencio II condena los torneos de caballería y prohíbe el entierro cristiano a los muertos durante un torneo.

1144-1146 Los cruzados pierden el condado de Edesa, lo que lleva a la Segunda Cruzada.

1147 Comienza la Segunda Cruzada.

1167-1177 Guerras de Federico Barbarroja contra la Liga Lombarda.

1187 Batalla de Hattin, donde Saladino derrota a los cruzados.

1189 Comienza la Tercera Cruzada.

1198 Los teutones se constituyen en orden militar.

1204 Empieza la Cuarta Cruzada.

1206 Se establece el sultanato musulmán en Delhi.

1206 Gengis Kan se convierte en el líder de los mongoles.

1209 El papa Inocencio III declara herejes a los cátaros.

1212 Batalla de las Navas de Tolosa, donde los reinos cristianos hispánicos vencen a los almohades.

1214 Batalla de Bouvines, donde Felipe Augusto reafirma el poder real en Francia.

1215 Proclamación de la Carta Magna y creación del Parlamento en Inglaterra.

1219-1221 Quinta Cruzada.

1226-1270 En este período surgen las primeras novelas de caballería: Tristán, Lanzarote, El caballero de la carreta...

1241 Los mongoles invaden Europa.

1244 Los musulmanes recuperan Jerusalén.

1278 Torneo de Hem, organizado por caballeros franceses como una representación del mito artúrico.

1291 Los musulmanes toman Acre, el último bastión de los cruzados.

1298 Eduardo I vence a los escoceses en Falkirk, y se usa por primera vez el arco largo.

1302 Batalla de Courtrai, donde la infantería flamenca vence a Felipe IV de Francia.

1307 Batalla de Loundon Hill, donde tuvo lugar la primera victoria

importante del escocés Robert Bruce ante los ingleses.

1312 El papa Clemente IV disuelve la Orden del Temple.

1331 Se usan armas de pólvora en el sitio de Friuli.

1337 Empieza la guerra de los Cien Años.

1346 Batalla de Crécy, con victoria inglesa ante los franceses.

1356 Batalla de Poitiers, donde los ingleses vencieron y capturaron al rey de Francia, Juan II.

1367 Batalla de Nájera, entre Pedro I de Castilla y su hermano Enrique de Trastámara, con el apoyo del Príncipe Negro y otras fuerzas europeas.

1378 Tiene lugar el Gran Cisma de Occidente, dando lugar a que tres papas se disputen el gobierno de la Iglesia.

1396 Batalla de Nicópolis, donde los otomanos vencen al ejército cruzado franco-húngaro.

1410 Batalla de Tannenberg, donde los polacos vencen a los caballeros teutónicos.

1415 Batalla de Agincourt, donde los arqueros ingleses vencen a los caballeros franceses.

1428 Segunda batalla de Orleans, donde Juana de Arco lidera la reacción francesa.

1453 Los otomanos toman Constantinopla.

1453 En la batalla de Castillon los franceses vencen al conde de Shrewsbury y finaliza la guerra de los Cien Años.

1460 Estalla en Inglaterra la guerra de las Dos Rosas.

1492 Rendición de Granada, último reino musulmán en la península ibérica.

1494 Carlos VIII de Francia invade Italia, iniciando así las guerras de Italia.

Bibliografía destacada

BARLOZZETTI, Ugo, MATTEONI, Sandro y Quinn, Bradley. Atlas ilustrado de armas blancas. Madrid: Susaeta, 2012.

BENNETT, Matthew. Agincourt 1415. Reino Unido: Osprey Publishing, 1991.

—, (ed.). La guerra en la Edad Media. Madrid: Akal, 2010.

BENNETT, Matthew, BRADBURY, Jim, DICKIE, Iain, DEVRIES, Kelly y JESTICE, Phyllis G. Técnicas bélicas del mundo medieval. Madrid: Libsa, 2007.

DÍAZ-PLAJA, Fernando. La España medieval. Madrid: Edaf, 1995.

DOUGHERTY, Martin J. Armas y técnicas bélicas de los caballeros medievales. Madrid: Libsa, 2010.

ELLIS, John. Cavalry: the history of mounted warfare. Reino Unido (Barnsley, Yorkshire): Pen & Sword Books, 2004.

FULLER, J. F. C. Batallas decisivas (I). Barcelona: RBA, 2005.

—, Batallas decisivas (II). Barcelona: RBA, 2006.

GARCÍA FITZ, Francisco. Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea. Madrid: Arco Libros, 1998.

GRANT, R. G. Batalla. Madrid: Pearson Educación, 2007.

GRAVETT, C. English medieval knight 1400-1500. Reino Unido: Osprey Publishing, 2001.

GUERBER, H. A. Mitos y leyendas de la Edad Media. Madrid: Edimat, 2012.

HOLMES, H. Arma. Madrid: Pearson Educación, 2008.

JORGENSEN, Christer (ed.). Grandes batallas. Reino Unido: Parragon Books Service Ltd., 2009.

KEEN, Maurice (ed.). Historia de la guerra en la Edad Media. Madrid: Antonio Machado Libros, 2010.

—, La caballería. La vida caballeresca en la Edad Media. Barcelona: Ariel, 2010.

LOSADA, Juan Carlos. Batallas decisivas de la historia de España.

Barcelona: RBA, 2006.

MATTHEW, Donald. Europa medieval. Barcelona: Ediciones Folio, 2005.

MITRE FERNÁNDEZ, Emilio. Textos y documentos de la época medieval. Barcelona: Ariel, 2011.

NICHOLSON, Helen. Templarios, los guerreros de Cristo. Reino Unido: Osprey Publishing, 2011.

NICOLLE, David y McBride, Angus. French medieval armies. Reino Unido: Osprey Publishing, 1991.

PRESTWICH, Michael. Caballero. Manual del caballero medieval. Madrid: Akal, 2011.

QUINN, Tom. Military's strangest campaigns and characters. Londres: Robson books, 2006.

QUINTANILLA, María Concepción. Nobleza y caballería en la Edad Media. Madrid: Arco Libros, 1996.

SÁNCHEZ PIETRO, Ana Belén. Guerra y guerreros en España según las fuentes canónicas de la Edad Media. España: Servicio de publicaciones del EME, 1990.

VALDALISO, Covadonga. Vivir en un castillo medieval. Madrid: Esfera de los libros, 2009.

VUKSIC, Velimir y GRBASIC, Zvonimir. Cavalry. The story of a fighting elite. Londres: Cassell Books, 1999.

WISE, Terence y EMBLETON, Gerry. Medieval European armies. Reino Unido: Osprey Publishing, 2000.

WISE, Terence, HOOK, Richard y WALKER, William. Medieval heraldry. Reino Unido: Osprey Publishing, 1997.

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA DE LOS EJÉRCITOS:

CABALLERÍA MEDIEVAL

Manuel J. Prieto

Conozca la historia de los caballeros medievales, unos guerreros con unos cometidos y responsabilidades, cuyo objetivo principal era la guerra, la defensa de los territorios y de los intereses propios y de sus señores.

Breve historia de la caballería medieval, le mostrará desde su preparación y formación para combatir, la investidura, sus animales, sus armaduras, sus espadas y el resto de armas, las vestimentas y colores tanto del jinete como de la montura, su papel en las cruzadas en oriente y también en las cruzadas del norte, hasta su declive en el combate con la aparición de nuevas armas y de nuevas formas de enfrentarlo.

Su autor, Manuel J. Prieto, especialista en el tema, le descubrirá en una obra rigurosa y amena, no sólo los tipos de guerreros medievales, unos hombres cuya existencia estaba destinada a la lucha tanto en tiempo de guerra como de paz, sino que mediante sus explicaciones teóricas unidas a los hechos concretos con los que ilustrará el relato, podrá comprender por qué evolucionó la caballería y cómo lo hizo.

BREVE HISTORIA
www.BreveHistoria.com

Síganos en Facebook
www.facebook.com/brevehistoria

Visite la web y descargue fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temáticos y mucho más.